





LITERATURA
INFANTO-JUVENIL PARAGUAYA
DE AYER Y DE HOY



TERESA MÉNDEZ-FAITH

*Literatura
Infanto-Juvenil
Paraguaya
de Ayer y de Hoy*

**Tomo I
(A - J)**

INTERCONTINENTAL

E D I T O R A

Asunción, Paraguay
2011

2011

© **TERESA MÉNDEZ-FAITH**

© **INTERCONTINENTAL EDITORA S.A.**

Caballero 270 c/ Mcal. Estigarribia

Teléfs.: 496 991 - 449 738; Fax: (595-21) 448 721

Pág. web: www.libreriaintercontinental.com.py

E-mail: agatti@libreriaintercontinental.com.py

Composición, diagramación y armado: Gilberto Riveros Arce

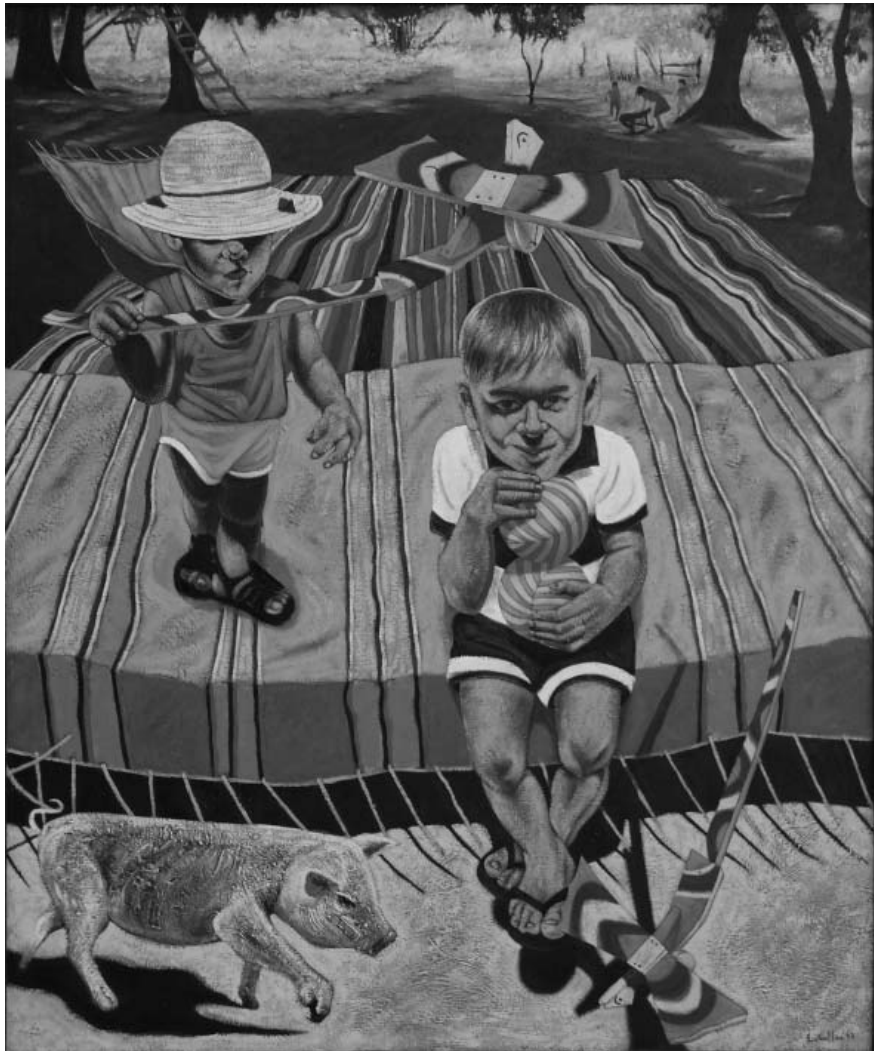
Corrección: A cargo de la autora

Ilustración de tapa: “Alicia en el país de las maravillas 8”, Acrílico mix media,
61 x 91 cms. 2010. Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

Todas las ilustraciones reproducidas en este volumen fueron cedidas para esta edición por gentileza de sus respectivos autores –Catita (Amalia) Zelaya El-Masri, Enrique Collar, Edward P. Faith, Graciela Nery Huerta, Andrea Piccardo, Chester Swann, Nico Espinosa, Carmen Mendoza, Miriam Cabrera, Lourdes Espínola–, de Editorial Lina y/o de Editorial Servilibro.

Hecho el depósito que marca la Ley N° 1328/1998

ISBN: 978-99953-



“Siesta de reyes”, Óleo sobre lienzo, 100 x 120 cms. 1992.
Obra de Enrique Collar.

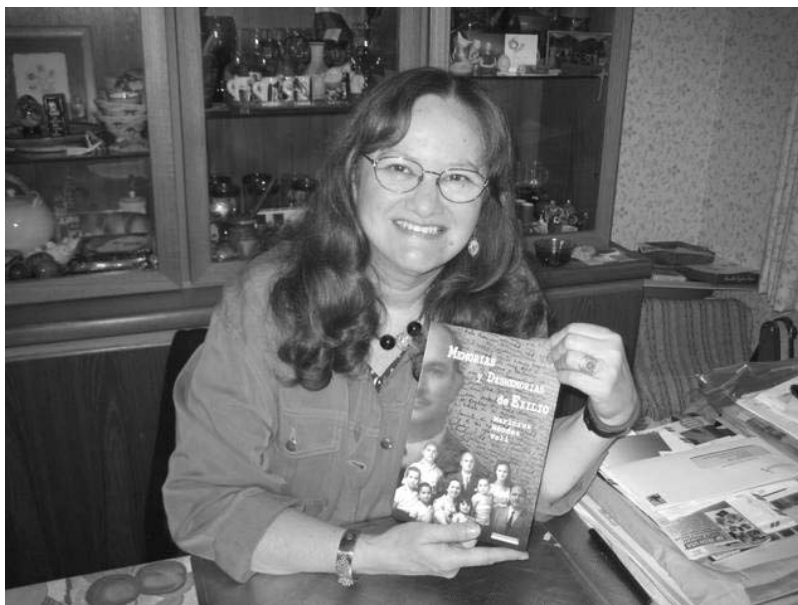
DEDICATORIA

*A los niños
y jóvenes
de mi Paraguay natal,
público lector
al que van dirigidos
todos estos textos.*

**La autora
15 de julio de 2011**



BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Teresa Méndez-Faith nació en Asunción pero ha vivido en el exterior la mayor parte de su vida. Hija de Epifanio Méndez Fleitas, líder político muerto en el exilio, hizo el bachillerato en Montevideo (Uruguay) y completó sus estudios universitarios en los Estados Unidos. Doctorada en Filosofía y Letras por la Universidad de Michigan (Ann Arbor) en 1979, reside actualmente en el área de Boston (Massachusetts). Ensayista, crítica literaria y docente universitaria, ejerce la cátedra de literatura hispanoamericana en Saint Anselm College, universidad católica del noreste estadounidense. Autora de *Paraguay: Novela y Exilio* (1985), libro distinguido por NECLAS (New England Council of Latin American Studies) como el “Mejor libro del año” (1985), de tres antologías literarias hispanoamericanas –*Contextos literarios hispanoamericanos* (1986), *Panoramas Literarios: América Hispana* (1998; 2ª edición, 2008) y *Nuevos Contextos: Doce Cuentistas Contemporáneos de Hispanoamérica*

(2002)—, de más de treinta artículos críticos (publicados en diversas revistas literarias), y co-autora de cuatro textos de lengua (española) y cultura hispánica, ha sido galardonada con varias distinciones académicas, entre las que figuran: dos becas de posgrado del NEH (National Endowment for the Humanities, USA), el premio anual de AAUP (American Association of University Professors) concedido por su universidad al (a la) mejor profesor(a) del año (1990) y, también ese mismo año, el “Sears-Roebuck Foundation Teaching Excellence and Campus Leadership Award”. En diciembre de 1999, la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP) le otorgó un “Diploma de honor” por su trabajo en pro de “la difusión de la literatura paraguaya”. Dicho proyecto de difusión empezó en 1994, con la aparición de dos libros publicados por Editorial El Lector: *Breve Diccionario de la Literatura Paraguaya* y *Breve Antología de la Literatura Paraguaya* (2ª ed., 1997-1998; 3ª ed., 2004-2008). A este par inicial de obras siguieron después cuatro doble volúmenes antológicos, por géneros, publicados por Intercontinental Editora: *Poesía Paraguaya de Ayer y de Hoy*, Tomo I (1995) y Tomo II (1997), *Narrativa Paraguaya de Ayer y de Hoy*, Tomos I y II (1999), *Teatro Paraguayo de Ayer y de Hoy*, Tomos I y II (2001) y *Crónicas y Ensayos Paraguayos de Ayer y de Hoy* (2009). De reciente publicación son *La Babosa y sus críticos* (2007) —en co-autoría con el escritor y crítico cubano Francisco Feito, gran conocedor de la obra casacciana— y una nueva edición corregida y aumentada de *Paraguay: Novela y Exilio* (2009).

PALABRAS LIMINARES

Con la publicación de estos dos tomos de *Literatura Infanto-Juvenil Paraguaya de Ayer y de Hoy* se concreta un sueño que se gestó a fines de 1994, luego de lanzar mi primer dúo textual aquí en Asunción: el *Breve Diccionario* (y la *Breve Antología*) de la *Literatura Paraguaya*, ambos libros publicados por Editorial El Lector. Fue entonces que me vino la idea de trabajar en un proyecto más ambicioso, a largo plazo, preparando una especie de “biblioteca portátil de la literatura paraguaya” para difundir y hacer conocer nuestras letras dentro y fuera del país. Gracias al interés y apoyo, intelectual y económico, de Intercontinental Editora, aquella idea y aquel sueño iniciales se fueron haciendo realidad a lo largo de los últimos dieciséis años: nacieron así, primero, los dos tomos de *Poesía Paraguaya de Ayer y de Hoy* (1995 y 1997), luego los dos de *Narrativa Paraguaya de Ayer y de Hoy* (1999), después el dúo *Teatro Paraguayo de Ayer y de Hoy* (2001) y hace dos años *Crónicas y Ensayos Paraguayos de Ayer y de Hoy* (2009). Ahora, al sentarme a escribir estas “palabras liminares”, con la alegría y la satisfacción de ver que hemos logrado hacer realidad aquel sueño literario y patrio, anuncio el nacimiento de este quinto y último par de mellizos, *Literatura Infanto-Juvenil Paraguaya de Ayer y de Hoy*, y digo “misión cumplida”.

Todo trabajo de carácter antológico implica, necesariamente, selección de un gran número de posibles inclusiones. Por lo tanto, estos dos tomos de *Literatura Infanto-Juvenil...*, reflejan cierta dosis de subjetividad y tienen, por lo mismo, inevitables limitaciones. Creo, no obstante, que los textos seleccionados para este doble volumen cumplen con un par de objetivos básicos: a) representatividad máxima, en lo posible, de lo que

se escribe y publica en Paraguay sobre literatura infantil y juvenil, en todos los géneros (poesía, narrativa, teatro, textos híbridos...); y b) inclusión de autores de todos los tiempos, desde los más maduros y conocidos hasta los más jóvenes y nuevos en el oficio de la escritura.

Siguiendo la ordenación formal ya establecida en las cuatro series antológicas anteriores, *Literatura Infanto-Juvenil Paraguaya de Ayer y de Hoy* está estructurada por orden alfabético de autores. En este caso, los cuarenta y más autores incluidos en ambos tomos, con un total de doscientos cincuenta obras (algunas largas, otras breves o brevísimas), están distribuidos de la siguiente forma: 22 autores con 113 textos en el tomo I; y 21 autores con 137 textos en el tomo II. Con muy pocas excepciones, todos los cuentos, poemas, obritas teatrales y textos varios que aparecen en estos dos tomos han sido anteriormente publicados. Y para cada uno de ellos se dan las fuentes y los datos de publicación al final de la sección correspondiente. Además del material textual, estos dos tomos de *Literatura Infanto-Juvenil...*, como los ocho tomos anteriores (de las 4 series antológicas), constituyen verdaderos objetos artísticos al combinar en sus páginas literatura y arte. En efecto, los dos volúmenes van ilustrados con sesenta o más reproducciones de obras de pintores, dibujantes, ilustradores y artistas varios: Catita (Amalia) Zelaya El-Masri, Enrique Collar, Edward P. Faith, Graciela Nery Huerta, Andrea Piccardo, Chester Swann, Nico Espinosa, Carmen Mendoza, Miriam Cabrera y Lourdes Espínola. Mis infinitas gracias a todos por permitirme reproducir en esta edición, y sin costo alguno, las más de sesenta obras visuales –pinturas, dibujos, ilustraciones digitales– que aparecen en ambos volúmenes, todas cautivantes, imaginativas, mágicas, sensuales, bellísimas...

Como en el caso de los cuatro doble volúmenes anteriores, quizás uno de los aportes más significativos de esta antología es que reúne obras representativas del género, en castellano (la mayoría) y en guaraní (catorce). También aquí, como lo hemos hecho en los volúmenes anteriores, los textos en guaraní van acompañados de su versión al castellano para así poder cumplir con uno de nuestros objetivos originales de difusión de

nuestra literatura extrafronteras: el de darles idea del contenido temático de dichas obras a los lectores de otras tierras, que no entienden guaraní.

Y ahora llegó el momento de dar gracias. Demás está decir que un trabajo de investigación, recopilación y selección de esta naturaleza sólo se puede llevar a cabo con la ayuda de mucha gente. Por lo tanto, inmensa es mi gratitud para todos aquellos –amigos, colegas, compatriotas, familiares...– que con tanta generosidad me han brindado su tiempo y su apoyo para que este quinto par de libros, *Literatura Infanto-Juvenil Paraguaya de Ayer y de Hoy*, haya dejado de ser un proyecto y se haya convertido en una linda realidad. En primer lugar, mis más profundas y sinceras gracias a todos los autores que respondieron a mi pedido (original o en segunda instancia...) de material, vía correo electrónico, y me acercaron sus textos como adjuntos en emails. Esta vez trabajé casi exclusivamente a larga distancia, desde mi rincón internético en mi casa del *norte*, y si no hubiera sido porque más de la mitad de los autores incluidos (27 del total de 43) me hicieron llegar sus obras por email, no estaríamos hoy aquí celebrando el nacimiento de estos dos mellizos textuales. Inmensa también es mi gratitud para mis hermanos Maricruz y Prudencio que me ayudaron a leer, cotejar y corregir varias veces todos los textos de ambos tomos, durante mis ocho días de incógnito aquí en junio pasado e igualmente después de mi regreso a Boston y luego a mi vuelta a Asunción el mes pasado ya para el último cotejo del material en PDF antes de su ingreso a la imprenta.

Como no hay libro sin alguien que se encargue de la composición, diagramación y armado, van aquí mis más sinceras expresiones de gratitud a Gilberto “Gili” Riveros, personaje de tareas y responsabilidades múltiples en casi todos mis libros “made in Paraguay”. Y como tampoco puede haber libro publicado sin editor, otra dosis de millones de gracias a Alejandro Gatti, director de Intercontinental Editora, y a todo su equipo, que con su generoso respaldo editorial y su cuidadoso trabajo de edición han contribuido a realizar este proyecto. Agradezco igualmente a los amigos escritores –Augusto Casola, David Galeano Olivera, Alejandro

Hernández y Von Eckstein, Dirma Pardo Carugati, Lita Pérez Cáceres, Victorio V. Suárez, Lourdes Talavera, Javier Viveros...– que me ayudaron de mil maneras: sugiriéndome nombres de autores o títulos de obras a considerar, enviándome emails de colegas que habían publicado en el género o haciendo de intermediarios para que otros –que ahora integran estos libros– se comunicaran conmigo y me enviaran su material. Infinitas gracias también a Ray (mi esposo) y a Eddie (mi hijo), mis dos maestros del espacio cibernético, por toda la ayuda y el apoyo que me han brindado, en particular en las últimas semanas de finalización del manuscrito. Y a Eddie, además, “extra thanks” por las siete hermosas ilustraciones digitales que me preparó con tanto esmero, exactitud y paciencia y ahora ilustran siete cuentos de este dúo de antologías. Un agradecimiento muy especial para Betsy Partyka, por el valiosísimo trabajo de introducción y análisis, texto magistral y pionero sobre “lo universal y lo particular de la literatura infanto-juvenil paraguaya” con que iniciamos esta trayectoria por la *Literatura Infanto-Juvenil Paraguaya de Ayer y de Hoy*.

Esperando que estos dos tomos sean bien recibidos por mis compatriotas –en particular por los niños y jóvenes del Paraguay, público para el que están dirigidos– y de que sirvan también de complemento a los cuatro doble volúmenes anteriores, largo de la mano a estos mellizos textuales, *Literatura Infanto-Juveni Paraguaya de Ayer y de Hoy*, para que las más de doscientas obras allí contenidas, circulen primero por las bibliotecas escolares, públicas y privadas de nuestro país, y luego, cruzando fronteras espaciales y temporales, lleguen a los más remotos rincones del planeta, a partir de hoy y a lo largo de este nuevo siglo y milenio...

Teresa Méndez-Faith

Asunción, 15 de julio de 2011

**A MODO DE INTRODUCCIÓN:
LO UNIVERSAL Y LO PARTICULAR DE LA LITERATURA
INFANTO-JUVENIL PARAGUAYA**

Los dos tomos de *Literatura infanto-juvenil paraguaya de ayer y de hoy* constituyen el quinto doble volumen en una serie de antologías sobre la literatura paraguaya que pretende ofrecer un panorama extenso del mundo literario de este país tan remoto y aislado del canon de las letras hispánicas. Teresa Méndez-Faith realiza un proyecto monumental con el que siempre ha soñado, que muestra el amor que le tiene a su país natal y su respeto por las letras paraguayas. Empezando con un volumen de poesía paraguaya en español seguido por otro de la poesía en guaraní, Méndez-Faith aumentó su tarea para incluir un doble volumen sobre la narrativa paraguaya, otro sobre el teatro paraguayo y aún otro más sobre el ensayo paraguayo. Ahora el proyecto produce un doble volumen prodigioso sobre la literatura paraguaya para niños y jóvenes. Estos volúmenes representan una obra pionera en la literatura paraguaya y latinoamericana en que por décadas esta rama de las letras ha sido ignorada y considerada literatura de segunda clase.

Estamos seguros que al leer las selecciones incluidas en estos volúmenes (que solo son una pequeña representación de lo que ya existe o ha sido publicado hasta ahora), los lectores encontrarán un mundo maravilloso de realidades, fantasías, ideas y esperanzas que satisfacen las expectativas no solo de los niños, sino también de los adultos. La compilación incluye varias obras de 43 autores que han vivido la mayoría de su vida en el Paraguay y que se identifican con la literatura paraguaya. Aunque algunos nacieron fuera de las fronteras del país por razones políticas o históricas, sus corazones son paraguayos y sus obras reflejan lo que lla-

maríamos algo así como la “paraguayidad” de sus almas. Estos libros contienen más de 200 textos que incluyen ejemplos de poesía, cuentos, mitos, fábulas, piezas teatrales y un par de ensayos. Lo temático varía desde la fantasía hacia la realidad dura de la vida actual, y el estilo varía desde lo más sencillo y directo hacia una complejidad intrincada que requiere por lo menos una doble lectura. Así, niños, jóvenes y adultos encontrarán variedad para todos los gustos en estos volúmenes tan cariñosamente compilados por la Dra. Teresa Méndez-Faith.

En orden alfabético según los autores, es fácil encontrar los nombres más conocidos de la literatura paraguaya como los de Josefina Plá y de Augusto Roa Bastos, pero también se nota una cantidad de apellidos frescos para ampliar el conocimiento de la literatura paraguaya. Es inspirante saber que hay tanta gente escribiendo y pensando en las próximas generaciones que van a disfrutar de este legado literario. Nuevos cuentos de hadas y de ciencia ficción satisfacen la necesidad de alimentar la imaginación; cantos infantiles y haikus en mensajes de texto agradan a los que quieren selecciones cortas y humorísticas; y para los que quieren un toque de la realidad, hay comentarios sobre la pobreza, la condición de la mujer y la disfuncionalidad entre las generaciones. Y para los que quieren un desafío lingüístico, se ofrecen obras escritas en el castellano paraguayo, el yopará y el guaraní. Al leer todas las selecciones, se adquiere un sabor de lo que es el Paraguay y su literatura: una mezcla de culturas, tradiciones, razas e historias. En breve, este doble volumen de la literatura infanto-juvenil toma el primer paso en mostrar al mundo lo que tiene para ofrecer el Paraguay.

Aunque varias de las selecciones fueron escogidas por los mismos autores, la mayoría –y en particular las de los ya fallecidos– fueron elegidas por Méndez-Faith. Un obstáculo que constantemente se encuentra con el acceso a la literatura paraguaya es su escasez en el campo de publicaciones. Esto no quiere decir que el país carezca de escritores, sino que las posibilidades económicas para publicar –y las dificultades involucradas en la diseminación de la literatura– han resultado en la existencia

de muchos libros guardados en forma de manuscrito o publicados por cuenta de los mismos autores, en cantidades limitadas y por lo tanto de poco alcance y distribución mundial prácticamente nula. Méndez-Faith, muy consciente del problema, está mejorando la situación con estas compilaciones antológicas. Este doble volumen de literatura infanto-juvenil representa la primera publicación dentro de este género en la historia de la literatura paraguaya y felicitamos el esfuerzo de nuestra colega.

En este prólogo nos proponemos identificar algunos de los temas prevalecientes en la literatura infanto-juvenil presentada en esta colección, además de dar una idea del mundo de la crítica sobre la literatura para niños y jóvenes. Aunque la crítica sobre esta modalidad de la literatura paraguaya es casi inexistente, la correspondiente en inglés sobre la literatura del mundo anglosajón es extensa, y nos puede servir para entender mejor y guiar nuestros comentarios críticos sobre esta misma literatura que surge del Paraguay.

Uno de los problemas relacionados con la literatura juvenil es encontrar una definición apropiada. Algunos críticos intentan identificar los parámetros considerando el estilo lingüístico o lo temático. Esto resulta más fácil cuando se evalúa la intención o el objetivo de las selecciones; si, por ejemplo, se trata de enseñar tácticas de lectura o identificación de letras y palabras. Sin embargo, hay tantas variables que resulta casi imposible definir lo que constituye lo infantil o lo juvenil. En su artículo sobre su posición de no definir la literatura para jóvenes, Marah Gubar explica que “la literatura para niños siempre se escribe pensando en ambos, niños y adultos; para publicarse [la literatura] debe satisfacer a por lo menos algunos adultos” (209 traducción mía). Ella insiste en que si limitamos la definición de la literatura para jóvenes, también limitamos su valor. Jack Zipes, un crítico muy conocido, reitera que el concepto de una literatura para niños es imaginario puesto que los niños no son dueños de la literatura, no la imaginan, no la escriben y no la producen, y, en la mayoría de los casos, tampoco la compran (40). Sin embargo, se pueden identificar tendencias temáticas en la literatura que se dirige a lectores no adultos, y

es lo que vamos a hacer en las siguientes páginas de este estudio introductorio al doble volumen de *Literatura Infanto-Juvenil Paraguaya de Ayer y de Hoy*.

Usando *Literature for Children. A Short Introduction* por David Russell, que ahora se encuentra en su sexta edición, podemos llegar a algunas conclusiones en cuanto a lo temático, y notar cómo la literatura paraguaya sigue estas tendencias y también se desvía de ellas para mejor representar lo particularmente paraguayo. Russell identifica varios géneros del folklore que servirán para orientarnos bien en la literatura paraguaya, entre ellos incluye: mitos, leyendas, fábulas, cuentos de animales, cuentos de hadas, cuentos de fantasmas, la fantasía, lo sobrenatural, viajes en el tiempo y la ciencia ficción. En cuanto a lo temático incluye asuntos sociales como la familia, la aceptación en la sociedad, y los desafíos físicos y mentales. El tema más pertinente que añadimos es un enfoque sobre la naturaleza. Para mejor identificar los temas con sus autores paraguayos, empezamos con el género más antiguo: el mito.

Mitos

Para los paraguayos el género del mito es tan importante como cualquier otro tipo de ficción o historia. Desde antes de la palabra escrita, los mitos Tupi-Guaraní han pasado de generación en generación de manera oral, con la doble meta de enseñar un sistema de creencias y como forma de entretenimiento. Un mito es un cuento de la creación del mundo y explica fenómenos que no tienen explicación científica. Son narraciones en forma de prosa que, en la sociedad donde se cuentan, se consideran explicaciones verdaderas de lo que ocurrió en el pasado remoto (Bascom 9).

En el Paraguay estos mitos conservan una importancia especial porque con ellos se preserva la lengua guaraní y una cosmogonía que todavía tiene significancia en la vida diaria para mucha gente. Aunque existen colecciones de mitos estudiados desde la perspectiva antropológica (ver Curt Nimuendaju-Unkel, León Cadogan, entre otros), las versiones en-

contradas aquí son adaptaciones modernas que siguen sirviendo las mismas metas: enseñar y entretener.

Los siete micro-mitos de las figuras mitológicas paraguayas más conocidas, presentados por Dirma Pardo Carugati, sirven para recordar los nombres de Tupá, Keraná y Taú, entre otros, y para indicar que están todavía vivos en la conciencia colectiva. Feliciano Acosta Alcaraz cuenta el mito de la creación de la flor Yrupé en “Victoria Regia”, y David Galeano Olivera explica la creación de la flora y la fauna paraguayas como el Jata’y, el Urunde’y, la yerba mate y el picaflor. Al publicar los mitos vía un “blog”, estos están al alcance de todos en un medio ecológicamente inteligente. Leni Pane de Pérez-Maricevich narra el mito de porqué el sol y la luna ya no cruzan camino en “Juncu’clai y Jiveclá”. Un elemento importante de la presentación de estos cuentos es que también preservan la lengua guaraní, además de proveer una explicación hermosa de la existencia de la flora y la fauna. Roa Bastos crea un nuevo mito bíblico con “El país donde los niños no querían nacer” en el que imagina cómo sería un mundo tan terrible y lleno de guerra donde “los niños del país se negaron a nacer”. El único niño sobreviviente, Nada (Adán), debe encontrarse con Ave (Eva) y re-crear el mundo.

Además de la re-interpretación de los mitos tradicionales con metas didácticas, escritores como Nila López y Lourdes Talavera han adaptado sus creaciones para cumplir con las necesidades del mundo actual. Aunque solo vemos algunos capítulos del *Bosque sagrado*, López reconoce que los jóvenes de hoy han perdido el contacto con y la apreciación por la naturaleza. Consumidos por la vida electrónica e ignorantes de las voces secretas del bosque, son llevados por una abuela a escuchar las palabras mágicas de la brisa que abren un camino al mundo encantado del bosque. La brisa crea “un halo fosforescente sobre toda espesura visible”. El cuento cruza las fronteras entre mito, eco-literatura y fantasía con sus encantos y lecciones.

“Espejo y máscaras” de Talavera reitera el mito del famoso Jasy Jateré, un niño rubio con una vara mágica que encanta a los niños que se

niegan a dormir la siesta. Pero aquí, de una manera chistosa, se trata de dos chicos traviesos que ni hacen la siesta, ni le tienen miedo a la figura mitológica, ni han aprendido bien el mito de su profe de guaraní, diciendo que “es el hijo del Pombero”. El cuento muestra cómo el viejo mundo de la mitología juega paralelamente con el siglo XXI, y los chicos se hacen amigos del Jasy Jateré prometiéndose hacerse favores. Según Sandra Beckett, la técnica de contar mal (o al revés) un cuento puede generar la participación del joven lector cuyo conocimiento anterior de la historia requiere que corrija el error, resultando en una experiencia de lectura muy agradable.

Leyendas

Otro género de narrativa semejante al mito es la leyenda. Las leyendas, como los mitos, se creen y se consideran verdaderas por los narradores y su audiencia, pero tienen lugar en un mundo reciente, donde todo era muy similar al hoy (Bascom 9). Con los años una leyenda puede exagerarse y transformarse en mito, cruzando fronteras temporales. A veces una leyenda aún puede ser interpretada como historia, o sea entrar en el dominio de lo verídico. Por ejemplo en “El gigante del cerro” de Maribel Barreto, la gente cree que un gigante que toca la flauta vive en el cerro y come las ovejas del pueblo. Según el narrador niño, el supuesto gigante es solo un pastor que protege las ovejas de otros animales.

Los cuatro cuentos de Josefina Plá se asemejan a las leyendas pero también contienen elementos de la fantasía infantil. Escritos al estilo del realismo mágico, sus dilemas casi se creen a un nivel metafórico, pero para los jóvenes son simplemente cuentos para divertirse. En “Las gorduras de Villaflacos”, la gente es tan flaca que experimenta con cualquier cosa para engordar. En “Las pesadillas de Ciudad Sueños”, sus habitantes felizmente se duermen en cualquier momento pensando que han terminado con sus tareas. En “Los olvidos de Villaolvidos”, todos “nacían con

una memoria muy frágil, o mejor decir, no tenían ninguna”. Las leyendas gozan de una verosimilitud con la vida que conocen los niños.

Cuentos de hadas

Uno de los subgéneros del folklore más familiar entre los jóvenes son los cuentos de hadas, que también se originaron de forma oral. Casi todos hemos escuchado una versión de los cuentos de Grimm o de Andersen. Allí pueden aparecer hadas, ogros, duendes y dioses, pero normalmente cuentan aventuras de animales o de seres humanos (Bascom 8). Uno de los más populares es la historia de la Cenicienta en que aparece una mujer en peligro, después entra un héroe que debe rescatarla. A continuación él debe confrontar una serie de obstáculos antes de ganar su amor. Al final, la pobre se casa con su príncipe azul y todos viven felices. En un país de mucha pobreza, como el Paraguay, un cuento de pasar de “harapos a riqueza” es un cuento de hadas anhelado por todos. “El puente” y “Desprecio” de Raúl Silva Alonso y “Quiero ser doctora” de Nelson Aguilera son ejemplos en los que alguien pobre debe conquistar todo tipo de pruebas y obstáculos antes de ser rescatado de la miseria para vivir felizmente con estabilidad y éxito después, con o sin su “Príncipe azul”.

El cuento de hadas más citado, cambiado, reinterpretado y contado, es “Caperucita roja” (Beckett). Gino Canese reproduce una versión paraguaya en “Caperucita roja y su prima”, pero esta vez las primas, Caperucita y Caperuzota, se encuentran con el jagareté, versión paraguaya del lobo, y le enseñan una lección tirándolo lejos. Cuando su torso vuela por el aire se escuchan las frases cautivadoras de Superhombre: “es un misil, es un meteorito, es un plato volador”, que dan mucho humor al texto. Canese también ofrece una versión de “Patito feo” y de un mito del Jasy Jateré contados usando la fórmula de un cuento de hadas. Sara Karlik juega con el género en “La muñeca de Malo” donde aparecen Alicia del País de las Maravillas, el Sabio de Oz, el Lobo Feroz y una muñeca

llamada Malo que tiene como novia a Caperucita, todos en un mundo de fantasía que es paralelo al mundo verdadero.

Alejandro Hernández y Von Eckstein escribe “El aprendiz de brujo y el hada” que nos recuerda del destino precario de Campanilla cuando es capturada y enjaulada por el Capitán Garfío en el cuento de *Peter Pan*. Cuando su luz disminuye señala que está muriéndose. Augusto Casola presenta “Las gemelas y el caballero enamorado”, un cuento de hadas al revés, donde no hay éxito sino fracaso porque no hay amor eterno al final.

Dirma Pardo Carugati ofrece un comentario, quizás feminista, sobre los cuentos de hadas en su “Cuentos de hadas y princesas”. Se mofa de este género en que las mujeres tienen como “la razón de sus vidas [era] conquistar un galán azul (¿como un pitufo?)”. Rompe el sueño ilusorio de estas fantasías al explicarnos que ha visto varios príncipes y princesas y que la mayoría son bastante feos y que todos son falibles. Ella concluye de una manera directa, prosaica y realista que “En fin; cuentos eran los de antes. Ahora la gente los llama *noticias del jet set*”.

Fábulas

Otro subgénero (de tipo formulaico) de la fantasía son las fábulas, un favorito entre los niños. Estos son cuentos cortos didácticos protagonizados por animales donde normalmente uno intenta engañar al otro, pero pierde el juego al final. En cuanto a la literatura dedicada a los niños, Gladys Carmagnola reflexiona y dice: “Creo que los libros más importantes en la vida del ser humano, son los que nos leen, y leemos después, antes de llegar al metro de estatura. Ellos nos acompañan y ayudan a crecer hasta donde no puede alcanzar –¡pobrecita!– la medida de longitud que conocemos” (11).

Félix de Guaranía escribe sus fábulas “De cuando el conejo quiso ser más grande” y “El espantapájaros que se hizo amigo de los pájaros” con versiones en guaraní. Leni Pane de Pérez-Maricevich cuenta del “Tigre que quiso volar” y Margarita María Prieto Yegros imita una fábula de Esopo de zorros y pirañas en guaraní: “Don Aguará y Alonsito”. Mario

Halley Mora escoge la forma teatral para jugar con otra fábula de Esopo, “El burro y el caballo”, en que los animales se insultan pero el dominado gana y el dominante aprende una lección. Y Luis Hernández presenta una forma de la fábula de Esopo de “El niño y el lobo” con la pieza “Pedro achicado” en que un niño aprende a no mentir y a tratar bien a los animales cuando él mismo se encuentra reducido al tamaño de una hormiga.

Fantasía

Dejando de lado los cuentos formulaicos, muchos autores paraguayos han escrito y escriben relatos de pura fantasía en los cuales los animales y las plantas hablan, la naturaleza decide si quiere llover o no, los gusanos se maravillan sobre la metamorfosis de su propio cuerpo, y tiene lugar todo tipo de posibilidades imaginarias o reales. María Eugenia Garay incorpora duendes en sus cuentos, Sara Karlik cede la palabra a un hipopótamo. Con un tono más serio, en “Lincoln Salvador” Lita Pérez Cáceres personifica a unos perros que descubren el tráfico ilegal de animales. En “Una rabona televisada” de Nidia Sanabria de Romero, un par de perros traviosos humanizados que se hacen la rabona de la escuela, se encuentran en un programa de televisión. Otro perro actúa en “Astolfo, el romántico” de Irina Ráfols, y en “La criatura”, también de Ráfols, un bicho preso por un niño curioso e inocente piensa desesperadamente en su familia. La descripción del niño da una perspectiva particular a cómo los animales ven a los seres humanos:

... me mira con sus gigantescos ojos, dando vueltas... Unos ojos inmensos marrones como cuevas de lombrices... Así son sus ojos, curiosos y odiosos ojos... tiene dos enormes agujeros en las narices que se le dilatan, y me parecen tan siniestros que a veces llego a pensar que también me mira a través de sus horrorosos orificios nasales. Por sus patas presenta cinco tentáculos rosados y sucios, miles de púas doradas emergen alborotadas desde su cabezota y una especie de asquerosas arañas le temblaban alrededor de los ojos...

Otros autores que juegan con la fantasía donde hablan los animales y las plantas para divertir a niños y jóvenes son Jeu Azarru, María Luisa Artecona de Thompson, Lourdes Talavera, Augusto Casola y Margarita María Prieto Yegros.

Eco-literatura

Como hemos visto con los cuentos de hadas, un cuento típico de aventuras requiere un héroe, una complicación, una víctima y una conclusión feliz donde se asegure el triunfo del héroe (Hourihan 9). En la eco-literatura infanto-juvenil paraguaya, generalmente se encuentra un héroe niño cuya gran preocupación, en vez de ser una princesa en peligro, es la tierra en peligro de destrucción. La literatura paraguaya toca muchos temas que aparecen en la literatura universal para jóvenes, pero el tema más recurrente es el de interés en la naturaleza y en la protección de la tierra. Como en los mitos del Paraguay en que la naturaleza se personifica y lucha contra las idioteces del hombre, siempre ganando de una manera u otra, muchas veces de una forma maligna, en estos eco-cuentos la naturaleza se personifica de varias formas positivas. Puede ser que los árboles lloran, o que las aves añoran los tiempos lejanos cuando había plenitud de sombra, alimentos y seguridad, o simplemente que un niño puede comunicarse cariñosamente con lo autóctono. A través de eco-cuentos, eco-poesía, y aún en los cuentos de ciencia ficción donde el héroe ha tenido que abandonar el planeta Tierra en busca de otro lugar que pueda sostener la vida, son los niños los que pueden rescatar la naturaleza de su derrota. Probablemente el tema más sobresaliente en la literatura infanto-juvenil de hoy en día es el del futuro del planeta. El Paraguay se encuentra en una situación peligrosa en que ha sufrido una cantidad desproporcional de deforestación a través de las décadas que solo recientemente ha empezado a resolverse. Consecuentemente, el tema aparece con frecuencia en la literatura para niños y jóvenes con el afán de concientizar a las próximas generaciones del peligro y salvar lo que queda de la naturaleza y así también al ser humano.

Esta antología muestra una gran variedad de selecciones que enfocan en la tierra, desde poemas sencillos para niños de corta edad, hasta cuentos para adolescentes y adultos que siguen llamando la atención al tema. Con el mundo en un vórtice de movimiento cibernético, en que la ciencia y la tecnología dominan, y donde si uno no está al tanto de lo que pasa en su entorno pronto estará perdido, estos autores se detienen y nos obligan a detenernos un momento para valorizar lo que de veras importa y lo que sostiene la vida: la salud del agua, de la tierra y de la atmósfera.

Existe escasa crítica sobre la eco-literatura en Latinoamérica, pero la plétora de eco-cuentos y eco-poesía que surge del mundo literario paraguayo es impresionante. Esta literatura cruza todas las fronteras entre mito, leyenda, folklore, fantasía y ciencia ficción, pero el mensaje es el mismo: si no se protege la naturaleza, nos encontraremos cara a cara con la muerte. A pesar de la existencia de una rica mitología que adora la flora y la fauna, el siglo XX resultó devastador para el bosque paraguayo. La tasa de deforestación llegó a tal punto que pensaron que no habría bosque para el año 2010. Sin embargo, con los esfuerzos de grupos ecológicos y escritores que se dedicaron y siguen dedicándose a escribir a favor del planeta y a educar a la gente, ha disminuido mucho la devastación sistemática del bosque, y ahora hay un gran esfuerzo para proteger la naturaleza y restaurar la tierra. Los autores reunidos en esta obra cuyas selecciones se pueden considerar eco-literatura incluyen a: Maribel Barreto, Gilberto Ramírez Santacruz, Feliciano Acosta Alcaraz, Renée Ferrer, Osvaldo González Real, Lita Pérez Cáceres, Luisa Moreno Sartorio, Margarita María Prieto Yegros y Chester Swann, entre otros que incorporan el tema en otros géneros. En los poemas bilingües de Acosta Alcaraz surge un pesimismo hacia el futuro cuando la tierra grita y ruega pidiendo que alguien pare la destrucción. En los cuentos de Ferrer de la colección *Desde el encendido corazón del monte* los animales protagonistas lamentan el sacrificio que han hecho los hombres de ellos, y se rebelan contra el hombre. La perspectiva de los cuentos es desde los animales, las plantas o de un niño héroe que vive en el bosque. En “La rebelión de los montes”

los árboles bajo amenaza de ser cortados, se arrancan y dejan la tierra un desierto, pero “¡Oh sorpresa! Los animales iban cayendo en la congoja. Los hombres, sentenciados a vivir sin sombra, deambulaban por los páramos; y las nubes, sin el llamado del follaje, retenían los aguaceros, mientras se agrietaba la tierra como una fruta sin pulpa”. Y en “De cómo un niño salvó un cedro” el héroe joven encuentra una manera para proteger el árbol sagrado de las máquinas del hombre. El estilo de Ferrer es de una prosa poética con una proliferación de descripciones que evocan los sentimientos de dolor, pérdida y desesperanza. No siempre todo ni todos terminan felices, así rompiendo a veces con el cuento típico del heroísmo.

En los cuentos didácticos de Prieto Yegros los animales mismos deciden informar al hombre de la destrucción que causan. Estos cuentos terminan de una manera positiva: “Cuando los seres humanos recibieron esta advertencia entendieron que sus vidas dependen de los seres bióticos y de los seres abióticos, y que no deben usarlos irracionalmente; por eso han creado Áreas silvestres protegidas y Corredores Biológicos dentro del BAAPA” – ha vuelto la alegría al bosque.

Pero no siempre es así. En la lucha eterna entre el hombre y la naturaleza siempre hay algunos que quieren aprovecharse económicamente, sea de la flora o sea de la fauna. En “Princesita” de Maribel Barreto, cuento situado en África, los “hombres malos” negocian la venta ilegal de elefantes; en “Lincoln Salvador” de Pérez Cáceres se revela el tráfico de animales chaqueños; y en “El mapa del BAAPA” de Prieto Yegros habla un animal que se escapó de la jaula en la cual lo encarcelaron para venderlo como mascota. El bosque, el agua, el aire y el planeta en general son preciosos, y muchos autores paraguayos han adoptado la misión de concientizar a la gente y enseñar a los niños a proteger el mundo. Como dice Ferrer: “estos cuentos, narrados en voz alta o en la intimidad de cada uno de nosotros, servirán también para abonar nuestra sensibilidad ante la impotencia de la naturaleza frente a la pérdida de ese latido indefenso”. El micro-cuento de Gilberto Ramírez Santacruz, “La batalla semántica”, resume satisfactoriamente el malentendido que divide a los de la ciudad

de los del campo: “Por algo ustedes se llaman ciudadanos, porque viven en la ciudad. También por algo a nosotros nos llaman erróneamente salvajes, aunque debería ser salvajes, porque vivimos en la selva”. Concluye el indio diciendo que todos los seres humanos son iguales, pero en la ciudad mandamos a los niños a la escuela para “educar en todo” mientras que en la selva aprenden sus lecciones en el bosque donde aprenden “de todo”. “Ustedes viven de la naturaleza, nosotros vivimos con la naturaleza”. Pero sin la naturaleza, nadie vive.

Las selecciones de *Ecos del monte* de Luisa Moreno Sartorio, aunque hablan de una familia de carpinchos y enfocan en los regionalismos del Paraguay, se entiende universalmente. El héroe niño campesino observa las injusticias cometidas por los hombres blancos y crueles de la ciudad que vienen al campo para cazar animales como deporte. El texto enfatiza la pared de ignorancia que se ha construido entre lo urbano y el campo. El padre del niño sirve a los de la ciudad por razones económicas, pero el niño es más sensible a la naturaleza. Aunque sabe que no puede cambiar la mentalidad de los adultos, sí puede rescatar a los cachorros en peligro. Los cuentos son para niños, usando un lenguaje sencillo y un argumento directo, y con un niño héroe como protagonista. Él está muy consciente de la condición precaria de los carpinchos y entiende su mundo mientras los observa crecer y empezar su propia familia. El texto es emotivo y sirve para mostrar la realidad del abuso del bosque y de los animales salvajes.

Los lectores de estos cuentos no siempre son jóvenes, pero pueden compartir los valores del héroe, lo que es especialmente importante cuando esos lectores son niños porque sirven para guiarlos en la vida, tomar decisiones inteligentes y apreciar el valor de lo autóctono.

Ciencia ficción

El futuro siempre será un tema de fascinación para los jóvenes puesto que tienen toda su vida por delante. “Imaginar cómo sería la vida si...”

resulta en una rica plétora de escenarios que varían desde la destrucción del planeta como se conoce hoy hasta la realización de una mítica Tierra-sin-mal. Engdahl explica que los jóvenes de hoy no se identifican con el pasado sino con el futuro; así que si queremos “hacer generalizaciones sobre la condición humana... tendremos más suerte comunicándonos sobre el futuro que describiendo el pasado” (426 traducción mía).

Aunque la ciencia ficción no es un género muy desarrollado todavía en la literatura paraguaya, los ejemplos incluidos de Jeu Azarru, Osvaldo González Real y Chester Swann no divergen demasiado de lo que se espera universalmente de la ciencia ficción: se confrontan las fuerzas del bien y del mal; el destino de la civilización se encuentra en una situación delicada; y se dramatizan las maravillas de la tecnología (Russell 198-9).

No obstante, lo impresionante es la correlación entre la visión cosmogónica del futuro y el futuro del planeta si no preservamos el balance delicado de la ecología. En “Otra vez Adán” de González Real todavía existe un árbol viejísimo que ha resistido todos los intentos de aniquilación. Este árbol representa el mítico “árbol del que fluye la palabra” (*yvyra ñe’ery*), el árbol sagrado de la mitología guaraní, o el árbol de la vida de la Biblia. El gobierno de esa futura civilización lo quiere cortar para que no haya ningún resto natural de la vida anterior. Han creado una nueva vida completamente sintética donde la gente vive en permanente estado de paz y hasta “se ha desterrado el pensamiento”. González Real imagina cómo sería la vida y todo lo que se perdería si no hubiera árboles, lo cual resultaría en el efecto dominó. “Con la destrucción de los árboles, se habían ido el otoño, la primavera, las aves, y con ellas, el canto. Nadie podría ya encender una fogata en medio de la noche estrellada para contar extrañas historias, ni sentarse ante una mesa de sólido roble, frente a un cuenco de frutillas. Todas las rosas y su mudo lenguaje del amor desaparecieron, implacablemente segadas por los jardineros de la muerte”.

En “Asteroides” de Azarru y “Los pioneros de Cygnus X-1” de Swann la tierra ha sido abandonada como consecuencia del abuso de los seres humanos, y se busca un héroe para mejorar la situación. “Asteroi-

des” sirve como una advertencia al futuro de nuestro planeta que aparentemente desaparecerá del universo. Los extraterrestres (con “reminiscencias morfológicas humanas”) que están en una misión para contar todos los planetas, notan que ha desaparecido la Tierra, como el planeta de los Atlantes. Pero en vez de rescatar a sus habitantes que han huido a otros planetas, deciden abortar la misión: “Una civilización que es capaz de destruir su propio planeta dos veces, porque no se puede atribuir a un accidente casual lo que ocurrió en menos de diez mil años, y huir antes del final... No sé, tal vez en cinco mil años hagan explotar su nuevo planeta y huyan nuevamente”. Azarru deja un comentario sobre la salud de la Tierra dentro de su mundo de ciencia ficción. Los extraterrestres abortan su misión de encontrar el planeta perdido porque deciden que no vale la pena rescatar a una civilización tan abusadora. Asimismo, en el cuento de Swann, los seres encuentran un nuevo planeta “con las condiciones de habitabilidad requeridas para colonizarlo”, pero el contramaestre Wrenn sabe que los seres no han aprendido de su pasado ni del bombardeo termonuclear que destruyó la primera tierra. La lección es desmoralizadora pero la desesperación a veces es necesaria para concientizar a los jóvenes sobre el futuro estado de nuestro planeta, si no lo cuidamos. El cuento nos advierte del desastre inminente si no aprendemos de los errores del pasado, o sea, del presente en que vivimos ahora. “Vamos a echar a perder de nuevo otro planeta virginal e inocente. Los cyber-libros de historia ya lo dijeron. Ocurrió en América precolombina y en Marte. Y siempre, con las bendiciones del bendito Señor a quien no tengo el gusto de conocer y creo que éstos tampoco” (Swann).

Azarru nos ofrece otros cuentos en el género de ciencia ficción que tampoco se desvían demasiado de lo temático de la ciencia ficción universal. Con una referencia al mundo al revés de Alicia en el País de las Maravillas, en “Alicia y los universos alternativos” la joven Alicia viaja en el tiempo entre universos, y debe funcionar como guardián para unir los planos y vigilar los universos. En “El origen de las ideas” las ideas mismas filosofan entre sí sobre la diferencia entre la mente y el cerebro,

contemplando el buen momento para lanzar una nueva idea al cerebro de un ser humano. Temen que “se est[é]n acabando las mentes capaces de recibir ideas”. Y en “Fútbol” solo funciona el cerebro de un viejo cuando está conectado a un aparato que le facilita usar su memoria y su mente.

Según Millicent Lenz y Ramona Mahood la capacidad de fantasear es la capacidad de sobrevivir (415). Crear un mundo alternativo estimula la imaginación a dos opciones: corregir los problemas de ahora o empezar a poner en acción los pasos hacia una nueva manera de vivir. Ellas concluyen que los elementos que separan la ciencia ficción de la fantasía son tres: “una racionalización científica o seudocientífica para explicar los eventos; la extrapolación de la tecnología existente; y un énfasis sobre lo intelectual en lugar de lo emocional” (416 – traducción mía).

Concientización social

La naturaleza juega un rol esencial en la formación de la moral de un niño; sin embargo, la mayoría de los niños viven en un lugar urbano donde las presiones y desafíos de la ciudad manipulan las decisiones que toman. Algunos de los cuentos más fuertes y con mucha influencia sobre los jóvenes de hoy en día contemplan temas actuales incorporados en sus argumentos. Esta literatura aparece en las últimas décadas y, aunque la mayoría tiene referencias regionales al Paraguay, los problemas son universales. Estas historias evocan emociones de frustración y lástima, y ojalá los temas sean efímeros. No obstante, el mundo se encuentra en crisis a varios niveles: económica, social, familiarmente.

Según Russell, la literatura para jóvenes no solo incluye la fantasía y todos sus subgéneros, sino también muchos asuntos sociales verdaderos como: la diversidad social y cultural, una conciencia de los géneros, las familias y maneras alternativas de vivir, los problemas familiares y las diferencias físicas, mentales e intelectuales, además de los temas difíciles como la muerte, la vejez y la sexualidad. A esta lista se pueden también añadir los temas de la violencia, la autoestima y la diferencia de genera-

ciones. Stringer nos recuerda que la literatura para jóvenes y adolescentes presenta poderosos dilemas éticos e incluye temas como: la violencia de las pandillas, el abuso de las drogas, la homosexualidad, el suicidio y el abuso sexual (xi), todos los cuales requieren discusión y contemplación. La literatura paraguaya no se distancia de estos temas que aparecen en varias selecciones, y relacionado con estas cuestiones está el tema de la identidad. Estudios psicológicos y la literatura para jóvenes ofrecen ejemplos de cómo la identidad se puede desarrollar como resultado de las luchas de un adolescente en circunstancias extraordinarias. Episodios de vida y muerte pueden quitar cualquier pretensión de una persona, resultando en la habilidad de re-identificarse (Stringer 2). Miremos unos ejemplos de cuentos que tocan los temas de: el mundo virtual, ser diferente, las razas y clases, las generaciones, las mujeres y la muerte.

Cualquier niño o adolescente podría decir que lo más difícil de ser joven es el sentimiento de no pertenecer a, ser o formar parte de un grupo. La presión de los amigos, de la familia, de la escuela y de la sociedad en general de ser iguales a los demás es enorme. Sean cuestiones de apariencias, intelectualidad, religión, o raza, ser diferente puede causar estigmas y complejos de inferioridad dañinos por el resto de la vida.

Mundo virtual/tecnológico

Junto con una afición por la ciencia ficción, para los jóvenes la cultura pop es más o menos su vida (Latrobe y Drury 234). Viven a través de su tecnología y están en constante contacto instantáneo. Incluso existe nuevo vocabulario para explicar las nuevas adicciones al ciberespacio. Los jóvenes deben aprender a filtrar la información y escoger las buenas opciones.

Nelson Aguilera y Javier Viveros se identifican con este mundo virtual en sus escritos. Viveros comparte varios ejemplos cortos de mensajes en texto de su colección “Mensajeámena”. El humor de sus textos es ligero y actual. Afortunadamente para nosotros que no crecimos con

esta forma abreviada de comunicarnos con los demás a la velocidad de la luz, también provee una traducción en castellano. Así, “Acompasa2 mis d2 y lati2 labran tu haiku” no entra en lo incomprensible.

Aguilera hace un esfuerzo para representar la realidad de nuestra sociedad en su cuento “El primer televisor” donde lo más importante para una familia humilde en este mundo materialista es conseguir su propio televisor, cueste lo que cueste. El hijo héroe del cuento y de la vida urbana no aspira a salvar el planeta del abuso ni la sociedad de la maldad; pero, sí, salvar a su familia de “mendigar en las casas ajenas” para mirar dibujitos, y para que su madre pueda mirar la novela “Los ricos también lloran”. La banalidad de la sociedad es una realidad casi incomprensible.

Pero más asombrosa es la subcultura de la violencia que acompaña la adicción a los videojuegos. En “Papá, vos no sabés nada” las diferencias generacionales terminan en una confrontación violenta que requiere terapia. Este cuento presenta una imagen espejo del mundo actual en el que una cantidad insondable de jóvenes se encuentran esclavos de los juegos electrónicos; no salen de sus casas; y sufren de obesidad y enfermedades psicológicas. En este cuento horrible y tierno a la vez, el hijo adicto le amenaza a su papá “Me volvés a molestar y te voy a clavar con esto [un cuchillo]”. Su papá debe llamar a las autoridades e internarlo a fin de salvarlo de la locura y de la muerte. Latrobe y Drury señalan la inevitabilidad de la formación de subculturas alrededor de los iconos de la cultura pop (234).

Ser diferente

Según Russell, la literatura para niños debe tratar el tema de ser diferente con sensibilidad, sinceridad y cuidado. Para no crear estereotipos o reforzar prejuicios, el autor debe tratar las situaciones individualmente, dejar que el lector llegue a sus propias conclusiones, ayudar al lector a explorar varias emociones, y presentar el tema con sinceridad (48). Sugiere que presenten los casos de niños especiales de una manera semejante, evitando el uso de lenguaje peyorativo (47).

En “La princesa” Augusto Casola crea un bonito cuento de hadas en que la niña vive una vida privilegiada donde todos sus juguetes están vivos y sus padres son cariñosos y pacientes. Solo se descubre al final que el maravilloso carruaje que llega a su palacio es el ómnibus para niños especiales. Y en “Carta para Narita” de Milia Gayoso, la narradora le escribe a su hermana especial con un tono sencillo y hermoso. En estas selecciones las niñas son especiales, pero respetadas como individuos y por sus características particulares (Russell 45).

El niño pobre nacido sordomudo y rengo de “El puente” de Raúl Silva Alonso, escapa de la pobreza y del abuso entrenando a unas palomas que lo llevan a un bonito orfanato al otro lado del río donde los huérfanos viven felices. Milia Gayoso describe a una familia cariñosa y buena que cría a dos huérfanas como si fueran sus propias hijas, sin prejuicios y con amor y felicidad en “Un vals para Adriana”. Y Carolina y Gaspar en el cuento del mismo nombre por Augusto Roa Bastos “eran los peores del grado, pero eran los mejores en los juegos”. Los niños encuentran su lugar con una confianza en la fuerza de su imaginación. En estos cuentos sencillos e inocentes, los niños aprenden que ser diferente no es problemático, sino una aventura. Cada persona es un individuo que tiene sus atributos positivos, y siempre hay un lugar en el mundo donde cada individuo puede encontrar amor y cariño.

Razas y clases sociales

Un tema particularmente pertinente a la situación social paraguaya es el de las razas y clases sociales. No siempre van juntas, pero con mucha frecuencia el color de la piel indica la clase social o si se identifica con la raza indígena. La gente paraguaya se jacta de ser una raza mestiza en que todos tienen sangre indígena; no obstante, la realidad es que la sociedad usa el color de la piel para crear una sociedad de dominantes y dominados. Los cuentos incluidos en esta antología demuestran cómo las clases y las razas diferentes pueden respetarse y vivir juntas.

En un cuento simple y hermoso, “Naomi”, Milia Gayoso muestra cómo dos niñas, una blanca y la otra maká, pueden ser amigas para siempre, respetando y valorando sus diferencias. En “La princesa india” de Sara Karlik, durante un camping de *boy scouts*, una niña se viste de la princesa indígena Anahí y aparece tras las llamas frente a sus amigos para explicarles: “te darás cuenta de que los colores de la piel o las formas de las caras no tienen por qué hacernos diferentes”.

En otros cuentos verosímiles de Maribel Barreto, Susy Delgado, Milia Gayoso y Osvaldo González Real, niños de la clase baja deben encontrar su lugar en el mundo luchando contra la pobreza y el menosprecio. Algunos lo encuentran con su imaginación, si no físicamente, y otros con la fuerza de su carácter. En una conversación filosófica entre el francés St. Exupery y el paraguayo Herib Campos Cervera en “El príncipe lustrabotas”, Campos Cervera dice: “En el Paraguay... existen muchos niños huérfanos y abandonados, que tienen que ganarse la vida de este modo... Estos inquilinos de la plaza son grandes filósofos. Podemos aprender de ellos, porque sin ir a la escuela han llegado a los límites de la experiencia humana” (González Real). Susy Delgado capta el poder de la imaginación entre dos niños que viven en un basural en “Cacho Necho y un paseo por un país invisible”. En una conversación transcrita en yopará, Cacho busca comida mientras Necho maneja su carrito imaginando un mundo en que todos son ricos y nunca falta la comida. Su amigo contempla sus alrededores y al final decide entrar en el mundo mágico de su amigo, “Ndé... Esperá un poco, Necho. Yo me voy contigo a ése tu paseo...”.

Y en “Regalo de amor” Maribel Barreto presenta la solución a un dilema social que ocurre con alguna frecuencia. Un chico de la clase alta se casa contra los deseos de sus padres con una niña de la clase baja. La familia rica rechaza a la pareja hasta que nace el primer nieto “rubio igual al patrón”. El progenitor hace que la abuela por fin acepte el matrimonio. La literatura para jóvenes invita a los lectores a disputar los dilemas morales de la sociedad (Wolk).

Generaciones

Anteriormente vimos cómo la violencia surge de la obsesión con los videojuegos y la distancia entre las generaciones. Ahora en el siglo XXI, con los avances en la tecnología y la rapidez del mundo con el bombardeo de información 24/7, y la falta de conversaciones cara a cara, la diferencia entre las generaciones parece ser de años de luz en vez de décadas. En *Bosque sagrado* Nila López abre la obra con una discusión entre una nieta y su abuela en que la abuela critica a la gente por mirar tanto fútbol y no leer. La nieta le llama malcriada a la abuela mostrando la creciente falta de respeto por las generaciones mayores. Y Mario Halley Mora presenta dos diálogos entre mayores y menores, “El candidato” y “Todo es según el color”, en que la falta de respeto se transmite desde arriba hacia abajo. En los dos casos el joven continúa el diálogo hasta que por fin hay un entendimiento y todo se resuelve; pero los ejemplos indican que sin conversaciones habrá mucha tensión y una posible ruptura completa entre las varias generaciones. Estos cuentos sirven, si no para enseñar una lección, al menos para mostrar porqué los malos entendimientos entre las generaciones ocurren con más y más frecuencia.

La mujer

Otro tema relacionado con la sociedad que aparece en estos textos es el rol de la mujer. Aquí vemos una yuxtaposición con otros temas como las clases sociales, las generaciones, y el pertenecer a un grupo. En “Canciones sin sentido” de Milia Gayoso, una niña viene del campo a la ciudad para encontrar trabajo, pero es abusada y tratada como esclava por sus patrones. Así, deja su trabajo para vivir en la calle donde, a los trece años, “alguien la poseyó salvajemente”. Según Franzak y Noll, la peor violencia no es la violencia individual, la visible, sino la violencia institucionalizada o invisible (663). La violación de esta niña resulta de la pobreza, una estructura económica ya aceptada en la sociedad como inevitable. El resultado de la violación es un niño cuando ella no es más que una niña

ella misma. Cuando no puede cuidar bien a su hijo se lo llevan a un orfanato, dejando a la pobre vagabundeando las calles y refugiándose en la locura. Aunque la verosimilitud del cuento es tremenda, y sirve para concientizar a los lectores, también hay cuentos de “harapos a riqueza” como “Yo quiero ser doctora” de Nelson Aguilera, en que una mujer pobre del campo alcanza sus metas honorablemente en la ciudad y tiene éxito en su vida.

En cuanto a la mujer, también surge el problema de la perfección y el complejo de baja autoestima, como se ve en la protagonista joven de “Estoy gorda y fea” de Aguilera. Este cuento revela la obsesión por las apariencias y el dinero desechable cuando todas en un grupo de niñas han tenido cirugía plástica y liposucción para adquirir las codiciadas apariencias de Barbie. Con una de las niñas todo salió un desastre; pero ella no puede dejar de obsesionarse con la cara hasta que conoce a una mujer terriblemente deformada por un incendio. “El rostro de esa mujer estaba lleno de cicatrices de quemaduras. Sus manos y brazos también. Pero ella transmitía una paz y una alegría indescriptibles. Raquel se le acercó sin miedo. Se sentía como atraída por ese rostro deformado, por esa imperfección monstruosa”.

Según Younger la sexualidad y la imagen del cuerpo son aspectos cruciales para el desarrollo de los personajes en la literatura para jóvenes, y afectan al lector y su auto-imagen (45). Sus estudios revelan que la literatura refleja las ansiedades que tienen las jóvenes sobre su cuerpo. El cuento de Aguilera muestra la triste realidad en que las niñas solo quieren el amor de sus padres, pero en su lugar reciben atenciones materiales. “Durante la adolescencia la popularidad entre amigos puede producir emociones de alegría y bienestar. La falta de popularidad puede terminar en un sentimiento intenso de soledad, rechazo y aislamiento. La importancia de la popularidad temprana en la adolescencia es exagerada por la creencia de los jóvenes de que ‘el ahora es para siempre’ ” (Stringer 30 – traducción mía).

Para concluir el tema de la mujer, hay que mencionar el micro-cuento de Dirma Pardo Carugati, “Etapas de la vida de la mujer perfecta”,

que critica sarcásticamente la sociedad que obliga que la mujer se conforme a las expectativas de la sociedad para ser perfecta: “No seas una bebé malcriada... No seas una niña problema... No seas una alumna diferente”.

La muerte

La violencia y la muerte son elementos típicos de los mitos y a veces de los cuentos de hadas, pero la muerte solo aparece como tema principal en dos selecciones muy distintas de esta antología: “Yo no maté al obispo (Relato de un joven en la cárcel de menores)” de Catalo Bogado Bordón y “La niña que abrió el cielo” de Chiquita Barreto. El primer cuento trata de un joven encarcelado por haber matado al obispo, pero él solo confiesa haber matado a su “querido Ángel”. El chico vive con su madre en una extraña locura donde cree que un ángel negro le sigue matando a todos sus seres queridos, incluso a su mamá.

Los críticos dicen que es importante decir la verdad sobre la muerte para que el niño entienda lo que significa y no espere inconsolablemente la vuelta de un ser querido que nunca va a volver. Es mejor entender que sentir el abandono (Russell 48). En el cuento de Barreto le dijeron a la niña que su padre estaba en el cielo. Entonces, con el poder de la imaginación ella abre el cielo porque “todo es posible en el tiempo mágico de la niñez”. Mientras visita a su padre, también conoce por primera vez a su abuelo. Con una simple conversación en silencio con su papá, la niña se entera y acepta que su papá y su abuelo viven en el mundo del silencio y ella en el de los sonidos. Es un cuento infantil, con un estilo simple y una explicación prosaica que satisface a la niña.

Otros temas:

Costumbres

Las costumbres de cualquier país deben encontrar su lugar en la literatura para preservar su valor. En un mundo donde las generaciones se

diferencian más y más, es importante recordar que hay tradiciones que se deben conservar porque involucran y definen a la familia. Elly Mercado de Vera, Pilar Ruiz Nestosa y María Eugenia Ayala describen, a su manera, los ritos y las prácticas de la Navidad, poniendo énfasis en la comida, las decoraciones y las tradiciones de los pesebres tanto en la ciudad de Asunción como en el campo. Con estas selecciones se aprende sobre la historia del Paraguay, su comida, sus celebraciones y los valores intrínsecos de su cultura. En “Cómo es la Navidad en Paraguay” Ayala cuenta la leyenda de Caacupé que incluye referencias al lago Ypacaraí, a fray Luis de Bolaños y a la aparición de la Virgen en un pedazo de madera –la misma leyenda que se puede ver en las pinturas y en los vitrales de la Basílica de Caacupé. Mercado de Vera hace referencia a las joyas perdidas de Mme. Lynch en el cuento “Las joyas de doña Natí” que también explica con detalles la comida tradicional de las celebraciones navideñas. Y Ruiz Nestosa en “Tacalaguana, el Príncipe del Pilcomayo”, que es un tipo de cuento de hadas, explica los regionalismos de las celebraciones de la Navidad al mismo tiempo que incluye también referencias a las razas y compara lo urbano con el campo.

Historia y política

A veces es difícil convencer a los jóvenes de la importancia de aprender la historia y la política de su país. Esta antología presenta algunas selecciones con referencias fuertes a la historia del Paraguay y a la historia en general. En “La búsqueda”, primer texto de una ingeniosa colección de cinco cuentos, María Irma Betzel combina el presente y el pasado mientras cuenta la historia de la Guerra de la Triple Alianza. Una niña encuentra un diario en una casa vieja, y cada día lee una de las cartas. Al día siguiente comparte lo que ha aprendido de la historia paraguaya con sus padres y hace preguntas curiosas. En “Paráfrasis de la fundación mítica de Buenos Aires de Borges”, Catalo Bogado Bordón parodia la obra de Borges. En 1536 todos los líderes indígenas del Paraguay se reúnen para

gozar de una increíble cena preparada por una cocinera indígena famosa. Pero ningún plato sale sabroso y no se entiende porqué. Al final se revela que la carne provenía de un lugar donde había estado Juan Díaz, el conquistador que vino con Mendoza, quien simboliza el fin del mundo indígena como era.

El patriotismo es evidente en estos cuentos y también sirve de tema principal de varios poemas de Gilberto Ramírez Santacruz, Gladys Carmagnola, María Luisa Artecona de Thompson, Elsa Wiezell y Nidia Sanabria de Romero que glorifican la libertad, la raza indígena y los niños héroes. El poema “Libertad” de Sanabria de Romero deja un fuerte sabor de patriotismo que recuerda a los jóvenes de la historia tumultuosa de su país: “Si me quitan la libertad, me dejarán sin aire, sin agua y sin luz. Ya no habrá razón de existir. Entonces iré detrás de ella, hasta lograrla”.

En un cuasi ensayo titulado “El día que los niños dejaron de jugar”, Gilberto Ramírez Santacruz empieza quejándose de la molestia que son los niños, pero después decide que “Los niños verdaderamente son un problema en un mundo diseñado para adultos. Sería un gran perjuicio hacerlo para niños, ya que estos pronto serán también adultos y se quedarán sin nada si no tuviesen un mundo para esa edad. Porque la infancia pasa como una fiebre ligera, pero la adultez dura hasta la muerte”. Para protestar las muchas guerras irracionales que hay por todo el mundo, los niños globalmente deciden hacer una huelga de no jugar hasta que terminen todas las guerras. Todos los niños hablan electrónicamente y se ponen de acuerdo. Así, las guerras terminan. Pero de veras nada ha cambiado y los adultos siguen con sus convicciones y prejuicios.

Y en “Los espectros de la floresta” de Chester Swann, que también estilísticamente parece ser un cuasi ensayo, el narrador cree que ha visto y hablado con algunos soldados de la Guerra de la Triple Alianza que son “custodios de la nación”. El narrador vuelve al sitio muchos años más tarde, y desilusionado llega a la conclusión de que el Paraguay ha perdido tres guerras: “la primera, contra la triple alianza,... la segunda contra la cobardía, que nos hiciera ceder gran parte del territorio conquistado en la guerra del Chaco... ¿y la tercera? Pues, contra la ignorancia, la delincuen-

cia y la corrupción. El crimen organizado ya forma parte indivisa de la estructura del poder, es decir: del Estado”.

Poesía infantil

Muchas de las selecciones de esta antología son tanto para jóvenes como para adultos; pero también algunos autores han dedicado sus selecciones a los niños más jóvenes y han escogido el género de la poesía para expresarse. Los niños aprenden de la belleza de la naturaleza, que las flores y los animales son sus amigos, y que también hay que proteger la naturaleza para poder disfrutar de ella en el futuro. Entre los poetas que enseñan y entretienen con sus versos y cantos infantiles se destacan: Gladys Gloria Luna, Maribel Barreto, Gladys Carmagnola, Feliciano Acosta Alcaraz, Renée Ferrer, Elza Wiezell y Lita Pérez Cáceres. Hay demasiados poemas para hablar de ellos individualmente, pero todos, con su estilo personal, captan la imaginación infantil con su rima y ritmo, y su vocabulario sencillo y simpático.

Además de enfocar en las delicias del mundo natural, otras poetas como Elly Mercado de Vera, Lillian Stratta, María Eugenia Garay y Nidia Sanabria de Romero, se dedican a explicar en sus versos el amor de un niño, las maravillas de la vida, y las costumbres de su país. Los poemas seleccionados para niños pequeños ponen una sonrisa en el rostro y los lectores fácilmente pueden imaginar los dibujos ilustrativos. Gladys Carmagnola en su introducción al poemario de María Luisa Artecona de Thompson, *Viaje al país de las campanas*, resume la importancia de la poesía infantil: “La que llamamos poesía *infantil* es la menos infantil de todas. Quien la escribe, generalmente una persona que ha superado el tiempo de la inocencia y del deslumbramiento, ha de liberar de su hontanar profundo lo que de niñez conserva, para que sus textos resulten al menos relativamente infantiles” (7). Continúa diciendo que “El tema se vuelve algo más complejo cuando el texto **debe** cumplir (además, o sobre todo) un fin didáctico, ya en la línea, ya en la entrelínea. Y ya se sabe el efecto que produce la literatura con moralina”.

Conclusión

En síntesis y después de lo ya anotado, no nos queda duda de que dentro de estos dos tomos hay una riqueza de temas, estilos, géneros y amor que nunca se han visto juntos en blanco y negro. Es casi seguro que hay muchas más selecciones todavía no editadas que van a surgir después de la publicación de este doble volumen de *Literatura Infanto-Juvenil Paraguaya de Ayer y de Hoy*. Desde la tradición oral hasta los mensajes de texto, esta literatura goza de binarismos y dualidades que abren las puertas a la interpretación y a la discusión. El mundo de los jóvenes y de los niños es complejo y maravilloso. Héroe y víctimas viven juntos, la razón y la emoción están en constante fricción, la civilización y la barbarie todavía no se pueden separar, el orden y el caos deben compartir el mismo lugar, y la realidad y la fantasía se confunden de manera regular. Y si no podemos definir la literatura para jóvenes, quizás podemos aprender de los jóvenes que leen literatura leyendo lo que les interesa a ellos y así entrar un poco en el mundo de la imaginación. Teresa Méndez-Faith con esta maravillosa colección literaria nos proporciona los elementos y la herramienta necesarios para sentarnos a leer por horas y horas. Desde ya, espero con impaciencia la segunda edición de esta publicación que incluirá, indudablemente, aún más ejemplos de la creatividad paraguaya.

Betsy Partyka, PhD

Jefa, Departamento de Lenguas Modernas

Ohio University

Athens, Ohio

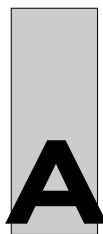
14 de julio de 2011

OBRAS CITADAS

- Artecona de Thompson, Marialuisa. *Viaje al país de las campanas (Poesmas escolares)*. Asunción: Criterio Ediciones, 2005.
- Bascom, William. "The Forms of Folklore: Prose Narratives". *Sacred Narrative. Readings in the Theory of Myth*. Ed. Alan Dundes. Berkeley: U of California P, 1984.
- Beckett, Sandra. *Recycling Red Riding Hood*. NY: Routledge, 2002.
- Carmagnola, Gladys. *Paseo - ¿Al zoo? - ¡Lógico!* Asunción: Criterio-Intercontinental Editora, 2003.
- Franzak, Judith and Elizabeth Noll. "Monstrous Acts: Problematizing Violence in Young Adult Literature." *Journal of Adolescent & Adult Literacy* 49.8 (2006): 662-672. Web.
- Gubar, Marah. "On Not Defining Children's Literature." *PMLA* 126.1 (2011): 209-216. Web.
- Hourihan, Margery. *Deconstructing the Hero. Literary Theory and Children's Literature*. London: Routledge, 1997. Print.
- Latrobe, Kathy and Judy Drury. *Critical Approaches to Young Adult Literature*. NY: Neal-Schuman, 2009. Print.
- Lenz, Millicent and Ramona Mahood. *Young Adult Literature. Background and Criticism*. Chicago: American Library Association, 1980. Print.
- Russell, David. L. *Literature for Children. A Short Introduction*. 4th ed. New York: Longman, 2000. Print.
- Stringer, Sharon. *Conflict and Connection. The Psychology of Young Adult Literature*. Portsmouth, NH: Boynton/Cook Publishers, 1997. Print.
- Wolk, Steven. "Reading for a Better World: Teaching for Social Responsibility with Young Adult Literature." *Journal of Adolescent and Adult Literature* 52.8 (2009): 664-673. Web.
- Younger, Beth. "Pleasure, Pain, and the Power of Being Thin: Female Sexuality in Young Adult Literature." *NWSA Journal* 15.2 (2003): 45-56. Web.
- Zipes, Jack. *Sticks and Stones. The Troublesome Success of Children's Literature from Slovenly Peter to Harry Potter*. NY: Routledge, 2001.



“Miedo a la siesta”, Óleo sobre lienzo, 50 x 30 cms. 1994.
Colección privada (Paraguay).
Obra de Enrique Collar.



FELICIANO ACOSTA ALCARAZ

(Concepción, 1943)

Poeta y narrador en guaraní. Miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay, dirigió la revista bilingüe *Ñemity* (co-fundada por él, Natalia de Canese y Tadeo Zarratea en 1977) por más de una década. Licenciado en lengua guaraní, se desempeña actualmente como profesor de literatura guaraní del Instituto Superior de Lenguas de Asunción. Colaborador regular en numerosos medios de comunicación radial y periodística, Feliciano Acosta es uno de los más destacados estudiosos de la lengua nativa de su país. Su labor en el Instituto de Lingüística, sus trabajos de recopilación de cuentos y leyendas populares y, en particular, la publicación de su primer libro de relatos, *Ka'i rekovekue [La vida de Ka'í]* (1994), le han ganado la distinción de 'Personaje del año 1994', título compartido con Natalia Krivoshein de Canese, traductora al castellano de sus obras narrativas, reunidas hasta la fecha en tres ediciones bilingües. Dos libros de relatos posteriores son: *Mombe'ugua'u [Colección de mitos, fábulas y leyendas paraguayas]* (1999) y *Mombe'u momba'e* (2003), colección que reúne once cuentos. Además de los títulos ya mencionados, también ha escrito *Ka'i rembiasakue [Las aventuras de Ka'í]* (1994), en co-autoría con Tadeo Zarratea, y *Tetãgua remimombe'u [Cuentos populares paraguayos]* (1996), en colaboración con Natalia Krivoshein de Canese y Carlos Martínez Gamba. Ha publicado además dos poemarios en guaraní: *Ñe'ëryryi [Palabra temblorosa]* (1983), obra que rompe con los moldes tradicionales de la poesía escrita en nuestro idioma nativo, y *Muã sa vera [Luciérnaga de ojos brillantes]* (1996), libro de poesía para niños, con prólogo de Tadeo Zarratea. También son de su autoría: *Pyambu* (1999), *Tape Yvy Ku'i [El árido camino]* (2001), *Mandu'a rendy [Encendido recuerdo]* (2002), *Yvy Sapukái [El grito de la tierra]* (2005) y *Mombyryete, mombyry [Remotamente lejano]* (2006). De más reciente aparición son: *Ñe'ëryryi ryryive [Más voz temblorosa]* (2008) y *Guaraní Ñe'ëporã [Literatura Guaraní]* (2011).

YVY SAPUKÁI

Hasy katu ko yvy.
Ikorasōme hasy,
ipytuhẽ kyta'ĩ
huguy rape ityaipa
ha ipyahẽ ojupí,
hye mbytégui okapu

ha avave nohendúí.
¡Ikangýma hekove!
Ha avave ndohecháí.
Avavete nohendúí.

YVYRA OMANO

Hácha pu
ryapu
ikyre'y
Kuimba'e
hi'ambu
ombota
ha ombota.
Yvyra
ikangy,
ojero'a
ho'a.
¡Yvyra omano!
Guyrakuéra
ombyasy
vyvra re'ongue

EL GRITO DE LA TIERRA

La tierra está enferma.
Enferma en el corazón,
respira en pequeños sorbos,
su sangre se ha enturbiado
y su sollozo asciende,
estalla desde el centro de su
vientre
y nadie lo escucha.
¡Ya languidece su vida!
Y nadie lo ve.
Nadie lo escucha.

EL ÁRBOL HA MUERTO

El hacha
resuena,
inquieta.
El hombre
se afana,
golpea
y golpea.
Tambalea
el árbol,
se inclina
y cae.
¡El árbol ha muerto!
Los pájaros
sufren
ante el árbol caído.

ANI...

Haku.
Hakuve
ko yvy
ha ivai
jaheja ojehesy
tave ÿme ojevy
ha ogue,
oguate.
Ani jaheja
Guyrágui
ikangy ipepo.
Ani.
Anianga.
Aniete
Jaheja
Ipytupa
ko yvy.

KA'I OJEPOPETE

Mokõi jatyta
mbegue oguata,
Oho oheka
Mokõi mbaraka.
Ka'i oñe'ẽ,
Oturũe'ẽ,
Ka'i ovyáite,
Ojepopete.

NO...

Está caliente,
Cada vez más caliente
Esta tierra
Y no está bien
Dejar que se ase,
Se vuelva desierto
Y se apaga,
Se apague del todo.
No permitamos
Que languidezcan
Las alas de las aves.
No.
No, por favor.
Que nunca
Pierdan su aliento
Se vuelvan cenizas
Y acabe esta tierra.

EL MONO APLAUDE

Dos caracoles
caminan despacio,
se van a buscar
dos guitarras.
Habla el mono, habla,
silba,
el mono, feliz,
palmea las manos.

CHE MBARAKAJA

Che mbarakaja
Ojogua mitãme,
Ho'use kamby,
Ho'use so'o.
Che mbarakaja
Ndoikéi ipirépe,
Ikyra rasa
Ha hesa vera.

MI GATO

Mi gato
se parece al niño:
Quiere leche,
quiere carne.
Mi gato
no cabe en su piel,
gordo por demás
¡le brillan los ojos!

KOREKO

Kuarahy oñemi
arai kupépe.
Oha'ã koreko
yvýndi ha'e.
Jasy sa'yju
oguary hasẽ
noma'ẽi haguére
kuarahy hese.

KOREKO*

El sol se esconde
detrás de las nubes
juega al koreko
el sol con la tierra.
La pálida luna
se sienta a llorar
porque el sol no quiere
mirarle la cara.

DE: *Yvy Sapukái [El grito de la tierra]* (Asunción: Editorial Servilibro, 2005). Traducción de Susy Delgado.

* * *

* Juego de niño en el cual un pequeño esconde su rostro detrás de las manos, frente a otro, diciendo: "¡koreko!" Y se descubre rápidamente diciendo: "¡Gua!"

OKÁI YVYTU

Pytä yvytu rembe'y,
okái yvytu
ha hendy.
Ikũ rakuvópe
oheréi kapi'i
ha omosununu.
Ka'aguy rovykã
omocha'ĩ
ha omyendy avei.
Hendypa yvytu,
kapi'i ha
ka'aguy.
Okái che retã
Ha ipyahẽ ryapu
Tatafĩre ojupi.
Okái,
okaihágui
okaive
che retã.

ARDE EL VIENTO

Escarlata se ha vuelto
la orilla del viento,
se quema el viento y arde.
Con su tórrida lengua
lame la hierba
y la inflama.
Arruga
los árboles del bosque
y los enciende a su paso.
Arden el viento,
las hierbas y
el monte.
Mi tierra se incendia
y su gemido
se levanta en humo.
Se calcina,
más
y más
mi tierra.

DE: *Ñe ãryryi ryryive [Más voz temblorosa]* (Asunción: Editorial Ser-
vilibro, 2008)

* * *

YRUPE

Morotĩ ndajeko héra raka´e kuñataĩ porã so´okangue ñuícha morotĩ asýva ha Pytã katu ndaje guarini hete joja asýva kavaju ñanácha. Morotĩ ha Pytã ndaje rasa ojohayhu. Peteĩ ko´ême ogueroguatárõ hikuái imborayhu ysysy rembe´ýre, Morotĩ oikuaase añetehápepa Pytã ohayhu chupe, omboveve ipyapy jegua ysyry Paranáme.

Pytã oñemombo hekávo ha nosëvéi. Morotĩ itarovaite, oho paje rendápe oikuaaségui mba´épa oiko chugui. Paje he´i chupe oĩha ysyry ruguápe kuña paje poguýpe.

–Che aháta aheka chupe –he´i Morotĩ.

–Nde mante rehova´erã oime ramo añetehápe rehayhu chupe –ombohováĩ karai paje.

Morotĩ oñemombo ýpe ha nosëvéi avei.

Kuarahy hendypúvo ararembére katu okapu y rováre Yrupe, yvoty tuicha, ryakua asy, pytã ha morotĩva.

* * *

VICTORIA REGIA

Blanca era una linda joven, su cutis era tan claro como los huesos que encontramos en el campo. Rojo era un guerrero de cuerpo tan esbelto como el de un caballo de carreras.

Blanca y Rojo se querían mucho.

Una mañana, mientras paseaban, enamorados, por la orilla del río Paraná, a Blanca se le ocurrió averiguar si Rojo realmente la amaba. Tiró su pulsera al río.

Rojo se tiró a buscarla y no volvió a salir. Blanca se desesperó y fue junto al mago para saber qué pasó con él. El mago le dijo que estaba en el fondo del río, prisionero de una bruja.

–Yo lo buscaré –dijo Blanca

—Tú únicamente tendrás que ir si de veras lo quieres —contestó el mago.

Blanca se arrojó al río. Y ella tampoco volvió a salir.

Al alumbrar el sol en el horizonte se abrió en la superficie del agua una gran flor de *Yrupe* [Victoria regia], roja y blanca, de rico aroma.

DE: *Mombe'ugua'u [Colección de mitos, fábulas y leyendas paraguayas]* (Asunción: Editorial Servilibro, 1999)





“La sombrilla”, Óleo sobre lienzo, 100 x 100 cms. 1991.
Colección privada (Paraguay).
Obra de Enrique Collar.

NELSON AGUILERA

(Asunción, 1961)

Poeta, narrador, actor de teatro y profesor de literatura. Licenciado en Letras y en Lengua Inglesa por la Universidad Nacional de Asunción, Nelson Aguilera tiene además una Maestría en Lingüística Literaria para la Enseñanza de Lengua y Literatura de la Universidad de Strathclyde (Glasgow, Escocia). Miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP), hasta la fecha tiene más de una docena de libros publicados. En poesía, es autor de *Las hebras del olvido* (2000), *Cadenas de mi tierra* (2000), *Encuentros y reencuentros* (2001), *Naturalmente lírico* (2004), poemas en guaraní, castellano e inglés, y *Ojos ladrones* (2007). En narrativa, son de su autoría *En el nombre de los niños... de la calle* (2003), una novela corta, y tres libros de cuentos: *Cuentos para mujeres* (2001; en versión trilingüe [castellano, guaraní, inglés]), *Héroes y antihéroes* (2003) y *El pombiero convertido al Cristianismo y otros cuentos* (2006). Además ha publicado tres cuentos infantiles y varios textos didácticos para estudiantes de primaria, secundaria y también para docentes. Algunos de sus cuentos han sido incluidos en antologías locales y extranjeras. De más reciente aparición son *Karumbita la patriota* (relato infanto-juvenil, 2010) y *Pedro Juan Cavallero: El Patriota de la Libertad* (novela; 2011).

ESTOY GORDA Y FEA

Raquel andaba siempre cabizbaja. Casi no hablaba con ninguna de sus compañeras. En la clase, participaba poco y siempre se la veía desganaada. En el recreo se pasaba devorando manzanas, en el almuerzo sólo comía ensaladas verdes. Según ella estaba muy gorda, y no alcanzaba los cincuenta kilos.

De cuando en cuando, sacaba un espejito de su cartuchera, se tocaba la nariz, se arqueaba las cejas con los dedos y siempre se retocaba los labios con un lápiz labial. Según ella su nariz era muy prominente, sus ojos muy grandes, sus pómulos muy salientes y su mentón muy puntiagudo.

La madre, preocupada por las obsesiones de Raquel, llegó al colegio desesperada.

–Profesor, no sé qué hacer con mi hija.

–¿Por qué, señora?

–No come casi nada y si come más de la cuenta se va al baño, se mete el dedo hasta la garganta y vomita todo lo que ingirió. Ya la llevé a un psicólogo...

–¿Y qué le dijo?

–Que es normal en la adolescencia querer lucir bella y delgada.

–Pero eso no soluciona el problema.

–Exactamente, y lo peor es que ahora me pide una cirugía plástica.

–No puede ser, hacerse eso a su edad es un crimen.

–Es lo que yo le digo, profesor. Imagínese si empieza a tocarse el rostro a los quince, ¿qué se hará a los treinta?

–¿Y qué es lo que se quiere hacer?

–La nariz, el mentón y los pómulos.

–Pero, no le advirtió sobre la posibilidad de que la operación pueda salir mal.

–Ella no quiere operarse aquí. Ya está viendo por Internet quién es el mejor cirujano plástico en Buenos Aires.

–Yo creo que usted no debe ceder. Su hija necesita ayuda profesional y creo que ustedes, sus padres, deben ayudarla muchísimo para salir de esta crisis.

–Es lo que yo le digo a mi marido, pero él me dice que no tiene tiempo para locuras de chiquilinas malcriadas. Él viaja mucho por cuestiones de la empresa.

–Pero, ¿quién la malcrió?

–Profesor, es cierto que ella, comparándose con sus hermanas, es un poco feíta y para remediar esas deficiencias nosotros la hemos mimado demasiado. Siempre hemos satisfecho todos sus caprichos...

–Y por lo que veo, el capricho de la cirugía también se lo concederán.

—Y si no hay otra salida...

Raquel se fue a Buenos Aires con su madre durante las vacaciones de verano. La cirugía duró horas y el precio no fue nada miserable. El padre accedió una vez más a los caprichos de su benjamina soltando los miles de dólares necesarios para que la testaruda de su hija saliera una vez más con la suya.

Su recuperación se realizó en una casa de playa cerca de Mar del Plata. El resultado fue horrendo. Ahora la cara de Raquel se parecía bastante a la de Michael Jackson. Sólo que al cantante afroamericano le dejaron más pómulos que a ella y la nariz menos chueca. Sin embargo, Raquel se veía bella. Se consideraba una perfecta Barbie a punto de irrumpir en el mundo del espectáculo. Sus padres y hermanas le siguieron la corriente diciéndole en todo momento: ¡Qué bella nariz! ¡Ese mentón está precioso! ¡Esos pómulos están como hechos a mano! ¡Qué bella niña! Raquel se sentía feliz y amada por su querida familia. La única que lloraba en silencio era la madre. El padre levantó una demanda millonaria en contra del galeno bonaerense.

En febrero, antes de volver a clases, la madre llamó a todas sus compañeras para pedirles el favor de no comentar negativamente sobre el nuevo rostro de Raquel. Todas estuvieron de acuerdo en apoyar el pedido, excepto Rocío.

Los primeros días de clases estaban llenos de historias desopilantes, anécdotas y relatos de experiencias veraniegas. Todos hablaban de sus viajes, los lugares y las personas que conocieron, pero Raquel se limitaba a sonreír levemente y no contaba absolutamente nada.

Las chicas la llenaron de elogios: ¡Qué bien quedó tu nariz! ¡Ahora sí que lucen más tus ojos de miel! ¡Tu mentón está perfecto! Pero los muchachos se reían a escondidas y murmuraban: ¿Ya le viste *pio, chera'a*? Parece una momia. Está más fea que nunca. Está peor que Michael Jackson, ¡ndeee!

Rocío esperó con paciencia para lanzar su dardo venenoso. La miraba desde lejos, no se le acercaba. Sólo chismoseaba en voz baja: Dice que

su papá le está demandando al cirujano que le jugó la cara a la pobre. Se merecía este castigo porque ella nunca se aceptó a sí misma. Bueno, no es la única que se tocó la nariz en este colegio. Y no hablemos de las chicas que se hicieron la lipo. ¿Te enteraste lo de Julieta? Se mandó agregar bastante silicona en el pecho y en la nalga. Yo no me tocaría el cuerpo, jamás.

Pasaron dos meses de haber comenzado las clases y la profesora de Sociales presentó el proyecto para visitar el orfanato “Dios es Amor”. Todos los chicos y chicas del primero se dispusieron a recolectar juguetes, golosinas, ropas y zapatos usados. Raquel también formó parte del proyecto, y mientras hacían las bolsas para los niños, Rocío se acercó y le preguntó en voz alta:

–¿Vos te vas a ir al orfanato?

–Sí, ¿por qué?

–Espero que esos niños estén acostumbrados a mirar monstruos, porque de otra manera se asustarían muchísimo al verte.

Raquel se quedó pálida. No dijo ni una sola palabra. La profesora le reprochó duramente a Rocío. Jazmín tomó a Raquel del brazo y la llevó hacia el patio.

–No le hagas caso, Raquel. Ella está envidiosa de tu nariz.

–¿Te parece? A mí me parece que me odia.

–Vos sabés que a ella no le da el cuero para una cirugía, entonces persigue a todas las que nos hicimos algo.

Sin embargo, las palabras de Rocío calaron muy hondo en ella. Se fue al baño, se miró en el espejo y por primera vez, en meses, se vio fea. Su nariz le pareció chueca y sus pómulos muy hundidos. Suspiró, se secó unas lágrimas y se dispuso a ir hacia el ómnibus que los llevaría a ella y a sus compañeros el orfanato.

Durante el viaje, no pronunció verbo alguno. Se sentó lo más lejos posible de Rocío y se pasó contemplando el paisaje. Al llegar al lugar, vio desde lejos a una mujer rodeada de niños. Ella parecía alegre y feliz al estar con esos chicos.

Los estudiantes bajaron todas las donaciones para los niños, y aquella mujer se les acercó, con una sonrisa en los labios, para agradecerles. Los muchachos y las chicas no sabían qué decir ni qué hacer. El rostro de esa mujer estaba lleno de cicatrices de quemaduras. Sus manos y brazos también. Pero ella transmitía una paz y una alegría indescriptibles. Raquel se le acercó sin miedo. Se sentía como atraída por ese rostro deformado, por esa imperfección monstruosa.

La mujer, al ver la sorpresa de los chicos, les dijo:

—No se asusten. Las cicatrices que tengo se deben a un incendio en el que perdí a mis tres hijos y a mi marido. Yo sobreviví, gracias a los bomberos y a las múltiples operaciones a que fui sometida. Ahora me dedico a servir a estos niños que perdieron a sus padres, y ellos me dan un amor parecido al de mis hijos. Yo soy feliz al amar y al ser amada. Aprendí a aceptarme y amarme con este rostro deformado. La verdadera belleza está en el alma. El cuerpo, tarde o temprano, se desfigura. La verdadera belleza está en conocer a Dios y en amar a los demás y en amarse a sí mismo. Tranquilos, chicos, mi rostro es monstruoso pero mi corazón está lleno de amor.

Raquel sintió explotar algo dentro de ella. Lloró quedamente y deseó desesperadamente conocer esa belleza de la que hablaba esa mujer. La algarabía de los niños llenó el patio. Las bolsas fueron distribuidas a los pequeños. La boca de la mujer se llenó de risas y todos los niños vinieron a mostrarle sus regalos.

—Tía Amada, mira mi juguete.

—Tía Amada, ¡qué rica es esta galletita!

—Tía Amada, estos zapatos me quedan super bien.

—Y a mí me gusta este vestido, tía Amada.

—Tía Amada, yo te quiero mucho.

—Yo también, te quiero tía Amada.

—Y yo. Y yo. Y yo.

La tía Amada se reía, recibía abrazos y besos de sus pequeños huérfanos. Se sentía realmente feliz y útil en esta vida, a pesar de lucir monstruosamente fea.

Raquel la envidió al verse rodeada de tanto amor y anheló que los brazos de su padre la rodearan fuertemente y que su madre posara un tierno beso sobre su mejilla fabricada en Buenos Aires.

* * *

PAPÁ, VOS NO SABÉS NADA

¿Qué sabés de MP4, Ipod, Vista o Google Chrome? Por favor, papá, ni siquiera conocés a Will Smith, Adam Sandler, Christina Aguilera, Britney Spears o Hayden Christiansen. Tu época ya pasó, papá. Estás en el viejazo. La nueva generación soy yo, nosotros los jóvenes. Vivimos otra era, la de la informática, la digital y la satelital. No podemos seguir aceptando costumbres de otros siglos. ¿Me entendés, papá?

Te entiendo, mi hijo. No, no me entendés, papá. Vos crees que entendés, pero realmente no tenés ni idea de lo que es el mundo de ahora. Esto no se compara a lo que vos viviste. Para tu generación la televisión, el teléfono, el fax y haber llegado a la luna fueron los grandes pasos de la humanidad, pero lo que nosotros experimentamos está a cien años luz de tu mundo. La humanidad va hacia el desarrollo total de todas las potencialidades del ser humano. Para nosotros ya no hay secretos, papá. Todo, gracias a los inventos de la ciencia y de la tecnología. Hoy quiero ver un átomo y lo veo, papá. Quiero una información sobre el BIG-BANG, aprieto un botón y allí está frente a mis ojos millones de páginas que puedo leer y analizar.

La pregunta es ¿leés realmente toda la información? ¿Entendés todo lo que te dice la Internet, mi hijo? O te pasás copiando y pegando sin procesar nada en tu pequeño cerebro. ¿Vos creés todo lo que te dicen o de vez en cuando, te quedás a analizar si no te están manipulando y vendiendo baratijas como si fueran diamantes? ¿Será que sos libre, hijo mío, o será que te convertiste en esclavo de los juegos electrónicos, del Orkut, del Facebook, de la fantasía que te brinda el cine y de la música sin profundidad? ¿Qué pensás al respecto?

Pero, papá, ¿vos creés que yo soy tonto? No, yo soy más inteligente de lo que pensás. Para vos todo esto de la tecnología es un peligro y no te das cuenta que yo desarrollo más mi creatividad interactuando con mucha gente al otro lado del planeta. ¿Vos conocés a esa gente, mi hijo? ¿Sabés algo de sus valores? Ellos pueden hacer de vos lo que quieran una vez que tengan tu mente y tu voluntad en sus manos. Hasta te pueden hacer asesinar a alguien.

No me hagas reír, papá. Vos si que estás imaginando estupideces. Espero que lo que te estoy diciendo sean realmente tonteras, mi hijo, porque lo que pasó en China la semana pasada puede pasar en cualquier parte del mundo. No, papá, ese era un loco que le mató a la persona con quien estaba combatiendo en el jueguito electrónico. Yo no voy a hacer eso, jamás.

Pasaron los días, las semanas y los meses. Víctor no se apartaba de su compu, tenía todos los sentidos metidos en ella. Se atrasó bastante en el colegio, se aplazó en nueve asignaturas y comenzó a engordar como un chanco. Ya no le gustaba hacer ningún deporte y los encontronazos con su padre aumentaban cada día.

Un día, cuando su querido padre le llamó la atención para dejar la computadora e ir a bañarse porque ya llevaba todo el fin de semana sin mojarse siquiera la cara; Víctor se levantó y le gritó a su padre, con un cuchillo en la mano: ¡Te dije mil veces que no me molestaras más cuando estoy jugando creativamente con mis amigos virtuales! ¡Me volvés a molestar y te voy clavar con esto! ¡Me entendiste viejo atrasado!

El padre se quedó lívido. No podía creer lo que estaba escuchando. Miró a su hijo que en otrora fuera tan elegante y delgado, pero ahora con casi 115 kilos encima, con unas tremendas ojeras y con un cuchillo en la mano se parecía más a un demonio engordado que a un adolescente de diecisiete años. ¿Qué pasó? ¿Qué hice? Se preguntó a sí mismo. Debí ser más duro con él y no tratar de consentirlo en todo porque su madre nos haya abandonado. No, esto no puede seguir así.

Víctor, calmate. Está bien. Seguí con tu juego, ¿Ok? Y después de lanzar una felina mirada a toda la habitación, volvió a su vicio con una

sensación de victoria sobre su progenitor. El padre salió al patio, tecleó su celular y una voz muy amable resonó al otro lado de la línea. Recibió algunas indicaciones y cortó.

Luego salió por un momento. Al regresar observó que Víctor estaba más que metido dentro de su juego favorito: *El sangriento puñal*. Le preparó un jugo de frutillas y unos sándwiches. Echó unas gotitas en el jugo y se lo llevó a su único y adorado hijo.

Víctor, aquí te traigo algo para masticar y beber mientras estás jugando. No le prestó la más mínima atención. Seguía sumergido dentro de su droga, embelesado y totalmente acelerado por cada cabeza que rodaba o por cada brazo que cortaba en su pantalla. Casi en forma automática bebió el jugo de un tirón y devoró los sándwiches sin ni siquiera mirarlos. El padre lo seguía observando desde la puerta.

A los quince minutos, Víctor cayó sobre el teclado de su computadora totalmente dopado. El padre hizo un gran esfuerzo por retirarlo de la silla y recostarlo en su cama. Llamó otra vez al centro asistencial, cuyo personal no tardó ni veinte minutos para entrar a la casa y llevarse a Víctor. El padre lloraba, pero por amor a su hijo no tuvo otra alternativa. Y aunque él no sabía nada de MP4, Internet, Vista o Google Chrome, sabía que su hijo estaba al borde de la locura y quería salvarlo.

* * *

EL PRIMER TELEVISOR

–Mi mamá está enferma y hoy no vamos a ver la tele.

–Pero y nuestra novela de la siesta.

–Ella dice que se le subió la presión.

–Bueno, que se mejore, decile.

Ña Guillermina no tuvo otra alternativa que buscar otra vecina con quien pudiera ver su novela *Los ricos también lloran*. Su comadre, Ña Juanita, amaneció de mal humor y no quiso recibir a nadie en su casa, ni siquiera a su querida comadre.

Milciades vio que su madre estaba decepcionada y fastidiada por no tener un televisor. Vio también que sus hermanitos tenían que ir a mendigar en las casas ajenas para ver los dibujitos animados. Se sintió frustrado y se decidió a conseguir un televisor para su familia cueste lo que cueste.

Él trabajaba de ordenanza en una empresa donde ganaba doce mil guaraníes al mes, era el único que traía algo a la casa. Su hermano menor Alcides contaba con once años y su hermanita Susana con siete. El padre se había esfumado como neblina al amanecer. Ña Guillermina lavaba ropa ajena cuando su dolor de cintura le permitía.

Milciades era un joven de diecisiete años, vivaz y astuto para trabajar y ganarse algún dinerito extra. Fue así que se ofreció a una tienda de la calle Cerro Corá a vender cintos, anatómicos y hasta bombachas en forma paralela con su otro empleo. Él no tenía problemas para llevar estos productos en su maletín y ofrecer a los empleados bancarios y a los funcionarios públicos mientras realizaba las gestiones de la otra empresa.

–Che, aquí tengo unos cintos hermosos que te van a gustar.

–Vamos a ver, un poco.

–Mil nomás te sale.

–Dejame uno.

–Ah, y mirana un poco estos anatómicos, son súper cómodos.

–¿Cuánto salen?

–Quiniento’i nomás.

– Dame dos.

–Y este si que le va a quedar genial a tu patrona.

–Vos me vas a dejar en la lona, Milciades. Dejame uno, pero disimuladamente para que los perros no se rían de mí.

Así, con las ganancias de las ventas y su sueldo mensual Milciades iba juntando para la entrega inicial del primer televisor que llevaría a su casa. Les pidió a sus compañeras de trabajo para que le salieran de garante y la única que se animó fue Estela.

Milciades fue con Estela a la Casa Elvor y así consiguió firmar los quince pagarés de mil quinientos guaraníes cada uno para retirar el apa-

rato. Fue un viernes de tardecita, el calor de diciembre se sentía en todas partes. Milciades retiró un televisor Phillips de 24 pulgadas y sonrió satisfecho. El problema que surgió es que no tenía ni un centavo para ir en colectivo y menos aún en taxi con el preciado obsequio para la familia. Entonces, con el televisor al hombro, resolvió caminar desde 14 de Mayo y Oliva hasta el barrio Sajonia.

El sudor le chorreaba de todo el cuerpo, pero a Milciades no le importó ese detalle. Su alegría era más grande que el peso del televisor y que el calor de diciembre. Se imaginaba a sus hermanitos sentados frente a la pantalla y reírse a carcajadas de las aventuras de *Tom y Jerry*. También a su madre secarse las lágrimas cuando la pobre Mariana era víctima de las traiciones de Esther. Su familia ya no mendigaría para ver televisión.

Al llegar a General Díaz y Hernandarias, un señor mayor de aproximadamente sesenta años se le acerca y le dice:

–Mi hijo, mi esposa está internada en el Hospital Militar y tengo que comprarle este remedio y no tengo la plata.

–Señor, yo ...

–Y te quiero empeñar este anillo carretón por cinco mil guaraníes para...

–Don, yo te quiero ayudar pero no tengo ni siquiera para mi pasaje.

–Por si acaso, ¿no sabés dónde puedo empeñar este anillo?

–Y si te vas aquí derecho vas a encontrar la Casa Rosada. Allí podés empeñar tu anillo, don.

–Gracias, *che ra'y*.

Milciades continuó su camino hasta llegar a su casa. Sus hermanitos saltaron de alegría con el regalo y su madre estaba agradecida por el esfuerzo que su hijo había hecho en favor de la familia. Ahora podía acostarse en su cama, olvidarse de las humillaciones de sus vecinas, soplarse con su pantalla paraguaya y ver *Los ricos también lloran* desde su apoltronada pobreza.

Milciades no se conformó con el televisor, vio que su familia debería ahuyentar el calor con agua helada de una heladera y con algún ventilador de pie; por lo tanto, no pararía de seguir trabajando como ordenanza y vendiendo cintos, anatómicos y hasta bombachas, con tal de satisfacer las necesidades de su familia.

* * *

YO QUIERO SER DOCTORA

Nde tarováningo nde! ¿De dónde sacaste esa estúpida idea? Nosotros somos pobres, *che rajy* y jamás vamos a poder pagar tus estudios en Asunción. Si vos querés estudiar Medicina vas a tener que ver qué vas a hacer porque la enfermedad de tu hermano ya nos dejó en la lona, mi hija. Vos sabés bien que el precio del *takware'ê* ya no es el mismo que antes y que la azucarera nos explota a todos los campesinos. Apenas *ningo* tenemos para comer y vos *katu* querés ser doctora, *ndaje*. No, mi hija. Pensá bien y después vamos a hablar otra vez.

Gabriela se sintió desmoronada pero no destruida. Presentía que esa iba a ser la respuesta de su padre y era como un *dejavu* para ella. Ya lo había vivido antes sin saberlo cuándo ni dónde, pero esas palabras ya las conocía de memoria.

Se fue hacia los cañaverales con sus pensamientos bailando en su mente. La idea de ser médica había sido su sueño desde niña. Siempre se vio a sí misma en la sala de un hospital ayudando a los niños a recuperarse; y su gran deseo era ver a su hermano Aníbal levantarse de la cama a saltar, cantar y jugar otra vez con sus otros hermanitos. ¡Cuánto quería ser ella la que lo ayudara con sus conocimientos y habilidades de pediatra!

No voy a retroceder. Yo voy a ser médica. No me quedaré en este pueblo para ser la sirvienta de otro campesino. Yo nací para triunfar. No de balde me esforcé tanto a estudiar Química, Física, Matemáticas y Biología como una condenada estos tres años. Claro que le debo mucho

a la profesora Esther, pero un día se lo voy a pagar todo. Mis ahorros me ayudarán a instalarme en alguna pensión para comenzar, pero ¿y después? Después ya veremos. Lo que realmente importa es ingresar a la universidad, sea como sea. Menos mal que la profesora Ana María ya me inscribió para los exámenes de ingreso. Papá se muere si sabe que ya estoy inscripta. Más vale no decirle nada. En dos semanas debo estar en Asunción.

Las azules pendientes del Ybytyrusu se divisaban en la distancia. Gabriela amaba aquellos cerros entrañablemente. Desde niña los había visto cada mañana al ponerse su blanco guardapolvo para ir a la escuela y al beber su cocido con leche sin las tres galletas, que ella guardaba en sus amplios bolsillos para su recreo y no las comía hasta sonar la campanilla de las nueve.

Amaba también la vida del campo: apacible y tranquila. La sencillez de la gente era tan ingenua que muchas veces se confundía con la ignorancia. Quizás el no saber crea menos complicaciones en la vida de la gente, cavilaba Gabriela. Ella era una chica vivaz, ávida lectora de todo lo que cayera en sus manos, y si era una revista o un libro sobre el cuerpo humano Gabriela devoraba con sus ojos hasta la última letra de cada artículo, de cada párrafo.

Al llegar a la adolescencia, su fama de sabionda ya había traspasado las fronteras de Valle-pe. Todo el departamento del Guairá sabía de sus ganas de leer y de adquirir conocimientos. Su decisión de ser médica no fue sorpresa para nadie, excepto para sus padres, que escépticos ante la decisión de Gabriela, se preocupaban por la enfermedad de Aníbal y por lo único que tenían para sobrevivir: unas cincuenta hectáreas de caña dulce.

El calor de marzo seguía ardiendo en las casas paraguayas. En Valle-pe, el calor se desplazaba como llamaradas por los cañaverales, por los ranchos y por los calcinados cultivos de los lugareños. Los rayos del sol no perdonaban a nadie ni a nada. El suelo estaba árido y sediento. De cuando en cuando caía una tardía tormenta estival que refrescaba los

campos por unas horas hasta que el vapor, cálido y sofocante, comenzará a subir de nuevo desde la húmeda tierra.

En medio de olores y sudores veraniegos, Gabriela se despidió de sus hermanitos, de Aníbal que no entendía mucho lo que estaba pasando pero que aun así dejó rodar dos gruesas lágrimas por sus mejillas. La madre rompió en sollozos y entre bendiciones y buenos deseos abrazó a su hija por última vez. Su padre, soplándose con el sombrero *piri* toscamente, se acercó, la abrazó y le dio en un sobre unos cien mil guaraníes. Gabriela se contuvo fuertemente para no lanzarse a llorar sin consuelo en sus brazos. Debo ser fuerte, pensó para sí. Él necesita verme segura de mi decisión. No debo retroceder. Mi decisión está hecha.

En la calle la esperaba la profesora Ana María con el motor del auto encendido. Ella la llevaría hasta Villarrica, donde Gabriela tomaría el ómnibus rumbo a Asunción. Subió al coche casi en forma solemne. Movié la mano derecha en señal de otro adiós y fue alejándose lentamente de su pueblo, de su casa, de su familia. A lo lejos seguía divisando a su padre abanicarse con su sombrero y a su madre secarse las lágrimas con un blanco pañuelo.

Gabriela había estado en Asunción un par de veces cuando niña, pero nunca sola. Llegó a la terminal de ómnibus con algunas indicaciones escritas en una hoja en blanco en su mano derecha y su raída maleta en la izquierda. Tomó la línea 8 y se fue hasta el barrio Dr. Francia a la pensión “Los estudiantes” ubicada sobre la calle Dr. Mazzei, muy cerca de la facultad de Medicina. Entró a un cuarto pelado donde había una cama elástica de una plaza, una mesita con dos sillas y un roperito de un cuerpo, ya gastado y con los espejos rotos. Se acomodó como pudo, pagó un mes adelantado por el cuartucho y se dispuso a repasar sus lecciones de inmediato. El examen de Matemáticas sería el primero y lo debería tomar al día siguiente de su llegada.

Las evaluaciones se sucedieron unas tras otras. Gabriela estaba feliz con cada experiencia en las aulas de la universidad. Se sentía importante y muy desafiada. La actitud de los profesores arrogantes la intimidaba un

poco, pero se sobreponía respirando profundamente y convenciéndose a sí misma de que ellos no la vencerían.

El día deseado llegó. Grupos de estudiantes apretujándose para ver la lista de ingresantes con sus respectivos puntajes. Había llantos, desmayos, gritos de alegría. Padres y madres que abrazaban el fracaso de sus hijos, otros que los besaban y saltaban con ellos por el logro obtenido. Gabriela fue acercándose lentamente a la gran pizarra verde. Las piernas le comenzaron a temblar, el corazón le palpitaba apresuradamente, sintió que los labios se le secaron súbitamente y que la lengua se le había pegado al paladar. Cuando estuvo bien enfrente de la larga lista, levantó su dedo índice y fue recorriendo los apellidos uno a uno hasta llegar a la letra S. No pudo contener su grito ni sus lágrimas cuando vio su nombre: SALDÍVAR FRETES GABRIELA MARÍA con el puntaje total requerido para el ingreso. Había hecho el 100 % en todos los exámenes.

Salió corriendo a buscar una cabina telefónica. La profesora Esther debía ser la primera en enterarse de su triunfo. Ella se lo comunicaría a sus padres, ya que los mismos no contaban con un aparato telefónico. La profesora se gozó en gran manera con su discípula y lloró en forma entrecortada al relatarle lo sucedido con su familia:

—Gabriela, esta mañana sucedió algo terrible. Como la sequía sigue azotando a Valle-pe incesantemente, cada hoja de caña de azúcar es combustible potencial para un incendio. Y alguien, que pasó fumando por los cañaverales de tu padre, arrojó la colilla de su cigarrillo. Luego todo se redujo a cenizas. Tu papá está por el suelo. Tu mamá está lamentándose.

—¿Qué le pasó a mis hermanos?

—Gracias a Dios, a ellos no les pasó nada, pero la vaca lechera quedó carbonizada. Nadie pudo rescatarla del fuego.

—¿Y Aníbal?

—Él está bien. Yo creo que tenés que venir de vuelta. Tu familia te necesita aquí.

—No puedo profesora, no puedo.

—Pero, mi hija...

—No puedo...no puedo.

Y colgó el auricular para salir corriendo hacia la pensión. Ya en su cuarto se tiró a la cama y lloró amargamente. La soledad se acercó a hacerle compañía y para ser su consejera y amiga por largo tiempo.

Las clases comenzaron y la poca plata que le quedaba invirtió en comprarse unos championes chinos y el tradicional guardapolvo blanco de los estudiantes de Medicina. Estaba feliz y triste. ¡Cuánto le hubiera gustado ayudar a su familia a levantarse de la tragedia!, pero ¡cuánto deseaba que sus sueños comenzaran a despegar el vuelo hacia el futuro!

Gabriela se sentó en primera fila. Su actitud tímida y meditabunda hizo que las chuchis de la clase la ignoraran por su facha de campesina y de pobre. Los profesores, sin embargo, la observaban bien de cerca. Especialmente al ver los resultados de los primeros exámenes. ¿Quién era esta chica que obtenía puntaje sobre puntaje en todas las materias? ¿De qué colegio viene? ¿Dónde la prepararon tan bien? ¿Quiénes son sus padres? Ella era diferente de los recomendados por los políticos de turno o de los que ingresaron porque sus padres ostentaban tres apellidos rimbombantes. Ella era ella, y nadie más.

A mediados de julio, la dueña de la pensión la echó a la calle poniendo todas sus pocas pertenencias en la vereda. A Gabriela se le agotó la plata y ya no pudo pagar el alquiler del cuartucho. Tomó sus bártulos que no eran tantos, y se fue arrastrándolos por las calles de Asunción. Hacía frío, lloviznaba y la noche comenzaba a caer. Llegó sobre la calle 4ª. y Ayolas. Se quedó enfrente a una casa derruida y abandonada. Empujó el portoncito y entró casi con miedo. Pasó al patio trasero, subió unos cinco peldaños, dio un breve golpe a la puerta y ésta se abrió chirriando, lentamente. Gabriela estaba ingresando a su nuevo hogar.

En el interior encontró una mesa herrumbrosa, cuatro sillas viejas, algunos cubiertos oxidados y lo que alguna vez fue una cama matrimonial, sin colchón. Algunas ratas corrieron al verla y otras cucarachas las imitaron. La madera de la cama era maciza a pesar de haber sido ya devorada parcialmente por los insectos y roedores. Abrió su maleta, sacó

unos periódicos viejos y tendió las hojas de los mismos en su nuevo lecho. Se echó a dormir tratando de olvidar el hambre de horas que no pudo ser aplacada con las dos empanadas del almuerzo. Lloró en silencio, pensó en su familia, en Aníbal y se quedó dormida profundamente. Gabriela ya no pudo escuchar el correr de las ratas ni la carrera de las cucarachas.

Al día siguiente, se preparó como pudo y se fue a la facultad con el estómago vacío y una lividez casi cadavérica en el rostro. Dos chicas de Caazapá: Mirna y Nelly, se le acercaron con interés. Le preguntaron si podía ayudarlas con algunas materias que no entendían muy bien. Ella aceptó la oferta. En agradecimiento, las nuevas amigas la invitaron con un café en la cantina. Así Gabriela se consiguió un desayuno, y mientras sorbía su café con leche pensó: ¿Y qué voy a comer en el almuerzo?

Pasaron dos semanas de su mudanza a la casa abandonada. Siempre lograba acercarse a alguien que necesitara su ayuda y que le convidara con algo que comer; pero una mañana se desmayó en plena clase de Anatomía. Los profesores la asistieron. Mirna y Nelly estaban junto a ella cuando volvió en sí. Gabriela comenzó a llorar y a relatar sus penurias. Las caazapeñas la tranquilizaron ofreciéndole a vivir con ellas en la casa que habitaban en Barrio Herrera. Gabriela sonrió asintiendo mudarse ese mismo día.

Las caazapeñas eran hijas de unos hacendados ricachones que tenían miles de ganados en las zonas de Yuty, y generosas compartieron techo, cama y comida con la compañera guaireña. Gabriela retornó los favores enseñándolas todo aquello que no comprendían. Los millones de sus padres no habían podido comprar las neuronas que les faltaban, pero que a Gabriela le sobraban.

Así pasaron días, semanas, meses y años devolviéndose finezas unas a otras hasta terminar la carrera. Las caazapeñas optaron por especializarse en oftalmología, Gabriela en pediatría. Fue así que una noche de setiembre, haciendo su residencia en la Sala de Niños del Hospital de Clínicas, apareció Timothy Jemkins con un niño accidentado en sus brazos. Gabriela desplegó sus conocimientos y destrezas para salvar al pobre

niño. Pensó que era su hermanito Aníbal, luchó una hora y otra hora para no perderlo pero el pobre niño se fue a mejor vida. Gabriela salió de la sala de urgencias con lágrimas en los ojos para darle la noticia al americano compasivo. Él también lagrimeó y le relató lo sucedido:

–Iba yo caminando por la calle Carlos Antonio López y Colón cuando vi que este niño saltaba de un colectivo a otro ofreciendo estampitas; pero al querer subir a la línea 21, perdió el paso y se fue a parar debajo de las ruedas del bus. Yo grité y grité al chofer. Luego lo retiré debajo del ómnibus, tomé un taxi y lo traje, y...

La voz de Timothy se quebró en un llanto silencioso. Gabriela le puso las manos al hombro y le dio algunas palmadas.

–Usted hizo lo que pudo, y yo también. Tranquilícese.

Timothy agradeció a la doctora, se secó la nariz con un pañuelo azul oscuro y se fue hacia los policías que le tomaron su declaración sobre el suceso. Gabriela se quedó impresionada al ver a semejante hombre llorar por un niño de la calle.

Después de unos meses de ese incidente, Gabriela se presentó a un examen de inglés en el Centro Cultural Paraguayo Americano con miras a obtener una beca para los Estados Unidos, y cuán grande fue su sorpresa al ver que el profesor que le tomaría la prueba oral era nada más y nada menos que Timothy Jemkins. Ella lo reconoció de inmediato. Él fingió no conocerla, pero sus sentimientos lo traicionaron al terminar de evaluarla.

–Doctora, ¿le gustaría tomar un café en la esquina?

–Claro.

–Espéreme en *El Molino*, ¿le parece bien?

–Sí, como no.

Gabriela se asustó de sí misma, pero accedió a esta invitación, y a otra, y a otra hasta terminar con él en un altar en la iglesia de Valle-pe. Todo el pueblo fue a ver a Gabriela, al yanki y su familia, a los Saldívar - Fretes; pero no al pequeño Aníbal que no pudo ser salvado de la leucemia por su hermana la pediatra. La profesora Esther fue la madrina de la boda, y las caazapeñas hicieron de damas de honor. El casamiento fue el gran acontecimiento del año para el pequeño pueblo guaireño.

Gabriela se casó y se fue a vivir con su marido en Nueva York, donde él sigue enseñando inglés y ella atendiendo a niños de todos los colores, en su clínica privada.

Gabriela ayudó a sus padres a adquirir más tierras donde plantar caña de azúcar y criar vacas lecheras, y a sus hermanos a continuar estudiando. De cuando en cuando, su mirada se pierde en la lontananza y recuerda cuando sus pensamientos de ser doctora bailoteaban en su mente por los cañaverales de su padre; y sus labios pronunciaban: Yo quiero ser doctora.

DE: *Cuentirrelatos para jóvenes* (Asunción: Edición del autor, 2009)



“Cuando mis hijos eran chicos 3”, Óleo, 61 x 61 cms. 1999.
Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

MARÍA LUISA ARTECONA DE THOMPSON

(Guarambaré, 1927 - Asunción, 2003)

Poeta, cuentista y dramaturga. Licenciada en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, María Luisa Artecona de Thompson cultivó primordialmente la literatura infantil. En 1965 fue galardonada con el Premio Doncel de narrativa infantil. Entre sus obras publicadas se destacan: *El sueño heroico* (1963), *Canción para dormir una rosa* (1964), *Cartas al señor sol* (1966) y *El canto a oscuras* (1986). Posteriormente publicó *La flor del maíz: Calendario escolar paraguayo* (1992) y una voluminosa *Antología de la literatura infanto-juvenil del Paraguay*, también aparecida en 1992. Tiene además muchos cuentos y poemas dispersos en periódicos, revistas y antologías literarias locales y extranjeras.

EL ÁNGEL GUARDIÁN DE LA AMAPOLA

A Isabelino Bogarín, lustrabotas

Antes de que se inventaran los jardines, las plantas vivían felices en cualquier parte.

Si alguien quería una plaza para poner hamacas y balancines, sencillamente tejía metros de fibras para piola y cerraba una parte del terreno dentro de un cuadrado, un rectángulo, un triángulo, un círculo, y ya estaba. Estas cosas podían hacerse porque todas las plantas tenían sus Ángeles Guardianes visibles. Y si alguien pedía una plaza se reunía la Comisión Central de Guardianes Angélicos, gente buenísima que estaba acostumbrada a escribir sí sobre una flor del aire, y ya podía correr la piolita repasando su lección de geometría.

Cuando las plantas formaban la plaza, dejaban fuera de ella a sus Ángeles Guardianes, quienes se veían obligados a alquilar caracoles vacíos, semillas redondas, semillas ovaladas, troncos huecos o nidos vacíos, para pasarse la vida cuidando su árbol, su flor o su fruta preferida. Tele-

grafiaban al sol, a las nubes, a la humedad, a la llovizna, a la lluvia. Hablaban por teléfono a los mares de la luna, importaban insectos útiles, enemigos de plagas, savia ascendente y descendente.

En fin, se ocupaban de la felicidad de sus plantitas y para eso no dejaban quieta ni la tierra, ni el cielo, ni las estaciones rastreadoras de satélites. Porque hay que hacer justicia, por lo menos para que esta palabra no se apolille en los rincones de las casas. Cuando el hombre descubrió o inventó jardines, importación, exportación, teléfono, telegrafía, satélites y compañía, la Central de Guardianes Angélicos, ya los conocía de memoria.

El cuento empezó un día en que un señor platudo –no contento con tener un patio–, quiso tener una plaza triple a orillas de la margen derecha del río Paraguay.

Entonces –junto a una casita de la ribera– se reunieron los Ángeles Guardianes de los vegetales de la zona, y ya estaban trazados los límites de la plaza, cuando despertó Isabelino Bogarín y entre dormido y despierto salió de su pobre casa de madera. La Central de Guardianes, tuvo que pedirle permiso, para usar la tierra de las plantas de su casa. Isabelino no entendía estas cosas. Le daba lo mismo tener o no tener tierra y vivienda. Estaba acostumbrado a vivir en la calle.

Tranquilamente, también escribió sí sobre la flor del aire.

Le gustó la idea de vivir en una casa con plaza privada a orillas del río Paraguay.

Después de escribir el sí, tomó su cajón de lustre y se perdió por un caminito cuesta arriba. Cuando volvió por la noche ya estaba la plaza y su casita, justo en el lindero.

Mientras tanto todos los Ángeles Guardianes, buscaron domicilio y se instalaron. No quedaron locales desalquilados y hasta hacía falta una casa para Florecita, el Ángel Guardián de la amapola silvestre.

Florecita dio vueltas por el campo durante varias horas, sin encontrar sitio. Finalmente le sorprendió la noche con cara de tormenta, y antes de que cayeran las primeras gotas, un viejo cáliz le ofreció su techo y allí se refugió.

Lo malo es que se le mojaba mucho el vestido y la cesta donde guardaba los elementos de la naturaleza para embellecer las flores. Comenzó a estornudar. Entonces una margarita y un hongo se deslizaron por entre las piolas de la plaza. Entraron a la casa de Isabelino. Abrieron la caja de lustre. La barrieron a soplos y allí instalaron a Florecita.

Tiempo después, una mañana de setiembre, Isabelino tomó su cajón, se lo echó al hombro y salió, era primavera, en el viento de la calle el cajón comenzó a florecer y desde entonces, Isabelino lustra zapatos y al mismo tiempo vende a los transeúntes, cientos, tres veces cientos de amapola y de clavel.

DE: *Peldaños de papel: Cuentos para niños y adolescentes* (Asunción: Escritoras Paraguayas Asociadas, 2002)

* * *

EL SUEÑO HEROICO

En los estrados de la tarde en marcha,
he de surcar los mares de tu gloria
como si fueses hijo de mi entraña,
capitán de la noche de los Andes.

Miro empaparse el horizonte rojo
con la lava inmortal de tus memorias;
corre el girón de tu bandera libre
desde la estrella al árbol de la tarde;
y crece la raíz de tu bravura
en el vértice voraz de historia y alma.

Se despliegan las páginas sublimes
de tu diestra de hombre y de guerrero.

Corazón de aguerridas vestiduras
ensalzaron el salmo de tu nombre.
Cumbre de espada y espada siempre en cumbre,
eres la flama de estas patrias nuevas.

Sangre de veneradas madres puras
llevaste entre tus huesos libertarios,
y esos hijos labraron con su esencia
el fecundo trigal americano.

Cadencia de tus honras,
fue el pan divino de la gesta nueva.

Cayó a tus ojos el fatigado lirio
de la espada de aceros enemigos;
y así el raudal crujiente de tus huestes
cruzó la viril Esparta de los llanos
y transformó en muros las montañas.

Libertador: la suma de los nombres
donde se sacia el grito portentoso
de la anhelante ambrosía del hombre;
iluminada libertad gloriosa
que se encarnó en tu entraña
de roble y oro, de esperanza y canto.

Libertador, la llama de tu escudo
flamea en ondulante pendón de espiga sana;
no hay verbo que se encumbre más allá
de tu gloria, ni imagen peregrina
que recrudezca la estirpe de tus mandos.

Sólo el espíritu fuerte de dilecta armonía
transpasa la ultratumba de los entes mortales;
tu escudo es el compendio de la inmortal hartura
que ansía el hombre nuevo, pretérito y futuro.

Viril Libertador del cielo de estos mundos
donde se espeja el caudaloso azul del firmamento,
que en la quietud del valle calca el agua
y en la altura del árbol labra su himno
de inmarcesibles tardes nacaradas.

Desde allí miro alzarse tu estatura,
jamás inmensa como en esta hora
de opresoras cadenas y dolores.

Es perentorio el grito de tu espada,
Simón, el Cirineo que empuñó tras la cruz
americana, el angustioso instante de otro Cristo,
llama de tierra y sol de meridiano.

Vibra tu nombre ya en la sacra esfera
de la tierra fecunda y promisoría;
te enarbolan ciudades y estatuarias
sin que ningún extraño dogma impuro
se atreva a derribar el pendón puro
de la verdad que con tu ardor fundiste.

Heroísmo, firmeza y sentimiento,
fe en el poder de la justicia exacta,
nivelaron los mares de tu sangre
con diadema de cíclopes ignotos.

Tiempo agosto y lozano de la hazaña,
tu mano en alto sólo besa el aura
donde el alma inmortal en Dios existe.

La estrella vésper de tu añeja espada
-sabor de sangre y eslabón de amores-
se descuelga del cielo por las tardes,
mendicante del pecho de un guerrero.

Apenas la potestad del pensamiento
puede rozar tu historia en cuerpo y alma.

Ni tan sólo la hondura del poema.
Ni tan sólo el espíritu de sus formas.
Ni el ánfora del sol,
ni el plenilunio,
ni la amapola,
ni su sombra, en vano.
Ni el vértigo sin cuerpo,
ni la intangible claridad del agua
donde derrama el viento sus campanas.

Ni el nombre.

Sólo estás en la estela libertaria
que el mar ensaya para asir la estrella.

DE: *Voces femeninas en la poesía paraguaya*, edición de Josefina Plá,
Asunción, 1982. También publicado en la *Revista Ñe-engatú*, Año XXIX,
Nº 172, Marzo de 2011.

* * *

ESTROFAS PARA AMÉRICA

Sobre la lumbre plata de los ríos,
bajo la estancia de las frondas verdes
está tu corazón de tierra y sangre
brotando hacia la luz de nuevos hombres.

Flameas en el espíritu del mundo
con todos los pendones desplegados
en un anhelo de esperanzas hondas
por conquistar tu libertad de espiga.

Tu sueño palpitante está en los surcos
de las carnes morenas de este suelo,
en el hierro, canción de los arados,
en la palabra pura de los niños
y en la sacra bandera de tus bronces:
escuela, Cristo, libertad o tierra.

Desde las gemas de Isabel Católica
brillante estás como señora estrella
hacia un Belén de paz y de concordias
que derribe el martirio de las armas,
vínculos de la impiedad y el egoísmo.

Tu verbo es piedra y es paisaje y canto.
Tu verbo es pueblo. Es el fraterno abrazo.
Es caridad de amor entre los hombres
que se yerguen al fin para ensalzarte,
soberana de vientos y de mares.

En las montañas altas y en los valles,
el eco de tus próceres revive
con sus gestas de gloria y de bravura
—con un lema dramático y exacto—
rompiendo esclavitud de las cadenas:
América es el suelo de los libres.

* * *

LA CASA DE LA INDEPENDENCIA

Hace ya más de un siglo
las puertas de esta casa
se abrieron para siempre
desde el patrio solar,
como un divino arcángel
en cuyos pulsos laten
las memorias de mayo
desde remota edad.

Las estancias guardaron
los ensueños tempranos
de los primeros padres
de nuestra libertad,
y la poblaron toda
de leyendas y besos
como un jazmín tremante
sobre el hierro y la cal.

En la casa de mayo
la independencia vibra
como un éxtasis puro

de bravura y honor.
Y en el dintel se enciende
el fuego de las almas
que dieron a la patria
de mayo, libertad.

* * *

ASUNCIÓN

Esta mi ciudad hermosa,
a quien llamo mi Asunción,
tiene un porte de princesa
de caserón colonial.

Esta mi ciudad hermosa
la fundó un noble español
cuyo nombre nos decía
—soy don Juan de Salazar.

Esta mi ciudad florida
tiene un misterio de amor
que encanta a los caminantes
con su cielo tan azul.

Asunción, mi ciudad linda,
mi ciudad de ardiente sol,
arpegio de madre selvas,
guitarra de mi canción.

DE: *Viaje al país de las campanas [Poemas escolares]* (Asunción:
Criterio Ediciones, 2005)

* * *

AMANDÁU

Era el tiempo en que Tupã repartía sus dones a la naturaleza. Dio al reino vegetal el sol y el agua para que las plantas brotasen abundantes y lozanas. Con el verdor de las hojas, el colorido de las flores y de los frutos, los paisajes se pondrían más bellos.

El agua de los ríos y de las fuentes era el espejo de la hermosa naturaleza.

Entre los vegetales creó plantas de todas las especies. Arboles corpulentos, hierbecillas frágiles, dándole también la canción de las aves y el murmullo de las hojas. Así pintó este mundo que observamos con tanta alegría.

Un día llamó a Y, genio de la lluvia, personificado en un joven de largos cabellos negroazulados y profundos ojos grises.

—Hermoso príncipe que reinas soberano sobre uno de los elementos —le dijo Tupã—, hace tiempo que no visitas la región de los cerros de Ybytyruzú. Allí, los pobladores no consumen el producto de la tierra porque les hace falta tus beneficios.

—¡Oh gran Tupã! —respondió Y—. Tengo motivos para esta venganza, pues tú sabes que son mis enemigos la pereza y la desidia de esos pobladores.

—Comprendo tus razones, pero no olvides que estás destinado al bien de la tierra. Yvy da frutos; tú habrás de ser generoso con ella.

—Convocaré a todos mis vasallos. El esplendor sea siempre tu morada, gran Tupã.

Dichas estas últimas palabras, el genio de las aguas desapareció para dar cumplimiento a su promesa.

A poco, montados en el frío viento invernal y oleadas de ventiscas, llegaron los grises habitantes del espacio, dominados por la voz del genio de las aguas.

Fueron tomando sitio en derredor del trono, Amá, Amamgy, Amandayvi y sus hijos.

Desde su trono, Y les manifestó el objeto de esa asamblea. A lo lejos se dejó oír un trueno profundo. Araverá hacía sentir su protesta.

Todos estuvieron conformes con manifestar que cuantas veces habían prodigado el bien de la lluvia en aquellos lugares, los habían encontrado sin sementeras, con los bosques empobrecidos, pues los indios se servían de la buena madera para hacer fogatas con que desentumecerse en los días de invierno o cocinar la carne de los animales que se procuraban con poco esfuerzo, ya que en la caza eran diestros y ligeros.

También Amá se negó a obedecer, creyendo que Y aceptaría su protesta, pues hacía tiempo que la amaba con la misma pasión con que la tierra seca bebe la lluvia después de la sequía.

Pero aquel príncipe hubo de hacer justicia y castigó la soberbia de Amá, diciéndole:

–Tú sabes que eres para Yvy el supremo bien. Cuando a ella llegas, te reciben alborozados los corazones humanos. Pero yo haré que el labriego, la bestia, las aves, desprecien tu endurecido corazón. Haré que él sea de roca cristalina y cuantas veces llores de tristeza, tus lágrimas caigan como castigo sobre las débiles criaturas de la naturaleza.

Y desde aquel día cayó sobre Yvy el corazón de Amá, convertido en pequeños cristales que destruyen los sembrados. Pero como el amor busca siempre el milagro, hizo Y que Amandau se convirtiera también en la delicia de los niños.

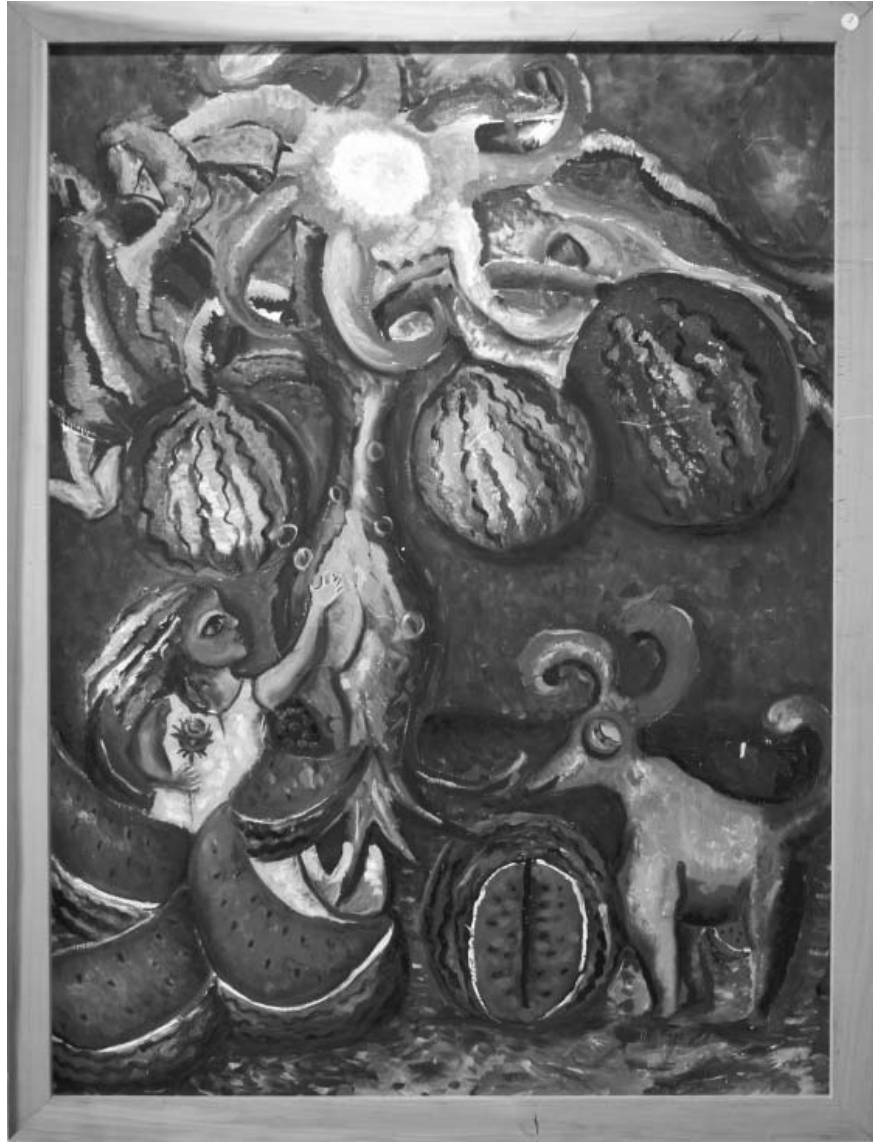
El castigo de Amá fue perdonado, porque al tocar su corazón de cristal los labios de un niño, su tristeza se volvió alegría después de aquel beso purísimo que no era otra cosa que el amor de aquel hermoso príncipe.

Tupã:	Dios
Y:	Agua
Yvy:	Tierra
Ama:	Lluvia
Amangy:	Chubasco, racha de lluvia

Amandáu: Granizo
Aravera: Relámpago
Amandayvi: Llovizna.

* Se conservó la grafía tradicional, conforme con el diccionario Guaraní-Castellano y Castellano-Guaraní del Padre Antonio Guasch, S.J., Cuarta edición. Corregida y acrecentada. Sevilla, 1961.

DE: *La flor del maíz [Calendario Escolar Paraguayo]* (Asunción: Centro Editorial Paraguayo S.R.L., 1992)



“Pintando un sueño”, Óleo, 99 x 129 cms. 2001.
Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

MARÍA EUGENIA AYALA

(Buenos Aires, 1977)

Periodista y poeta. Hija de exiliados políticos pero nacionalizada paraguaya, miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP) y del PEN Club del Paraguay, María Eugenia Ayala es también coordinadora del Movimiento Literario Generación de los 90. Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción, tiene activa participación en el ambiente literario local y es actualmente presidenta del WIPC (Writer in Prison Committee), comité de escritores en prisión que trabaja por la libertad de expresión de escritores presos por causas ideológicas y que depende institucionalmente del PEN Club Internacional. Sus publicaciones incluyen, hasta la fecha, *El callejón de las musas* (2001), *Café Canela* (2004) y dos libros colectivos: *Generación de los 90, 99 poetas nuevos* (1999) y *Sin Fronteras 1 1/2* (2004) –que reúne a 16 poetas jóvenes paraguayos y uruguayos– en coordinación conjunta con Luis Marcelo Pérez (Uruguay). Tiene además poemas incluidos en antologías literarias locales y algunos *online* en publicaciones virtuales de Internet. De más reciente aparición es *Ut Eros, poesía erótica femenina* (2009), obra (co-editada con Cristino Bogado) que reúne a 12 poetisas paraguayas.

¿CÓMO ES LA NAVIDAD EN PARAGUAY?

La pintoresca imagen del Paraguay de los naranjos, guayabos, jazmines y azahares, despierta de su realidad pictórica en cada mes de diciembre. La peregrinación a Caacupé inicia el viaje por una geografía con aroma a flor de coco, pesebres de adornos naturales, comidas típicas: sopa paraguaya, ryguazú kaẽ, que culmina el 25 de diciembre con la celebración del nacimiento del niño Dios.

El día de adoración a la Virgen abre, para cada paraguayo, simbólicamente el camino a Belén. Cada 8 de diciembre, los paraguayos peregrinan desde diferentes lugares del país hasta la ciudad que alberga a Nuestra Señora de Caacupé.

Pero ¿de dónde viene esta historia?

Según los relatos que trascienden de boca en boca, con el correr del tiempo, la historia de la peregrinación a Caacupé comienza así: Hacia el año 1603, un indio cristiano escultor de profesión, había ido al bosque en busca de barro. Otros nativos de la aldea enemiga del indio cristiano, los Mbayáes, se encontraron con él y lo persiguieron con la intención de matarlo. Al verse en peligro de muerte, subió a un frondoso árbol, y casi en la copa, prometió a la Santísima Virgen, que si lo salvaba de aquel peligro, tallaría una imagen de la Virgen con la madera de ese mismo árbol.

Por obra divina, el devoto indio se vio librado de caer en manos enemigas y al poco tiempo hizo una imagen de la **Inmaculada Concepción**, que se destinó primero al culto privado, pero no pasó mucho tiempo para que llegase a ser públicamente venerada y poder auxiliar a los necesitados. Cuenta la leyenda, que el indio esculpió en realidad dos imágenes: una de ellas es la que se conserva en la ciudad de Tobatí y la otra es la que recorrió un largo camino a través de los años hasta por fin llegar a Caacupé, ya que el indio era procedente de Tobatí y la suposición popular es que desearía conservarla hasta la muerte.

En el año 1603, se desbordó el pequeño lago **Tapaicuá** que inundó el valle Pirayú. Llamaron los habitantes del valle al misionero franciscano Fray Luis de Bolaños, famoso por haber hecho manar una fuente milagrosa con sólo golpear las piedras con un crucifijo. Éste se presentó en el lugar de la catástrofe y en presencia de todo el pueblo, mandó a las aguas que se calmen.

Las aguas entonces bajaron, y el valle recobró su aspecto anterior. Entonces aquel lago tomó el nombre de Ypacaraí, al cual se lo conoce de esta manera hasta nuestros días.

Mientras el Fray daba gracias al cielo, gente del pueblo se había acercado a las orillas del lago, y observaron un objeto flotando sobre las aguas, Uno de las personas que allí estaban se lanzó al agua y recogió el

objeto misterioso. Era un cofre de cuero, de forma cilíndrica. Lo abrieron y del pequeño cofre sacaron una imagen de la Inmaculada Concepción, tallada artísticamente en madera.

Se cree que el piadoso escultor, que conservaría la imagen hasta su muerte, se ahogó en las aguas ya que nunca volvió a reclamarla; mientras el pequeño cofre pudo flotar salvándose dicha escultura, la que recorrió el camino de mano en mano hasta llegar a la localidad de Caacupé.

De lo que se sabe, la Virgen pasó por varios lugares hasta llegar a construirse un lugar fijo en el año 1765 en lo que hoy es el **Santuario de la Virgen de Caacupé** (detrás de los montes). Desde entonces hasta hoy los paraguayos peregrinan cada 8 de diciembre hasta Caacupé en señal de fe.

Los festejos navideños

Los festejos navideños fueron adquiriendo, a lo largo del tiempo, diversas formas según el lugar, la época y las características religiosas de cada región o país. La representación del pesebre es la más antigua de las formas de recordar el nacimiento del niño Dios.

Desde los primeros tiempos de la cristiandad, los pesebres estaban constituidos por las figuras principales del misterio, la Virgen María, San José y el Niño Jesús. Con la finalización de la persecución de los cristianos la demostración de la fe fue creciendo y de la mano de grandes artistas con los materiales más variados desde el barro, la madera o el plomo, se recrearon las escenas del nacimiento que fue creciendo con la inclusión de nuevos personajes.

Con aroma a flor de coco, en el Paraguay las calles de las ciudades se visten de luces de colores y motivos navideños, los adornos naturales con plantas y flores típicas es lo más usual para los pesebres. Los pesebres vivientes organizados en los barrios son pintorescos, con la flor del cocotero como una protagonista más de esta representación escénica del nacimiento más esperado de todos los tiempos.

En la Noche Buena, en el interior del país las familias van a la misa del gallo así como la visita a los vecinos y familiares. Es una fiesta que se celebra con toda la familia, ya que por lo general las personas viajan a la casa de los familiares radicados en el interior del país o viceversa.

A la hora de la cena, no puede estar ausente la sopa paraguaya, el chipa guazú, el ryguazú kaẽ (como se llama al pollo o pavo) el *clericot* elaborado a base de frutas, jugo de naranjas y un buen vino. Pero más allá de una cena en familia, motivos navideños característicos, es el momento de reflexión al que invitan estas fechas y tiene su origen en remotos años de nuestra existencia.

Poco se sabe acerca de cómo se fueron caracterizando los festejos meramente paraguayos, no obstante, invitamos a los lectores a realizar un viaje hacia el años 1492.

La primera navidad en tierras americanas fue celebrada el 25 de diciembre de 1492 en *La Española*, como bautizó Cristóbal Colón a la isla que conforman actualmente República Dominicana y Haití.

El almirante realizaba un reconocimiento de los archipiélagos de la zona, cuando una mala maniobra dañó irreparablemente a la Carabela Santa María.

Los indígenas fueron amigables y ayudaron a rescatar la carga y a construir un fortín donde quedaría parte de la tripulación.

Se utilizaron las maderas de la Santa María para levantar dicho fuerte, y se terminó de construir el 25 de diciembre. Por esa razón se lo llamó “*La Navidad*” (Natividad). Allí celebraron con gran emoción la Navidad de 1492, la primera navidad de los colonos en América.

Los festejos navideños, sin embargo, se remontan a las fiestas paganas Romanas, a las Saturnales o Fiestas de Saturno, que se celebraban anualmente en el mes de diciembre con grandes festines, banquetes, bebidas, y bailes de los que participaban casi todos los pueblos en la antigüedad, excepto los verdaderos cristianos.

El origen de la representación del pesebre

El pesebre más antiguo que se inscribe en las amarillas páginas de la historia, data del año 343 y mostraba al Niño Jesús en una cuna acompañado por las figuras del asno, del buey y de algunos pastores. Ya en el siglo IV aparecen las figuras de los tres Reyes Magos, de quienes se tiene recuerdo del Evangelio de Mateo: “Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Heródes, unos magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle”. Poco o nada más se sabe de ellos.

También fueron muy comunes en los primeros siglos los pesebres vivientes, hasta su prohibición en el año 1216 por parte del Papa Inocencio III debido a los escándalos que protagonizaban los actores. Durante la Edad Media, con la protección de los mecenas y el apoyo de los clérigos la creatividad de los artistas se volcó a reproducir los temas bíblicos y exponerlos en las iglesias. Carlos III, que era muy religioso, estimuló a los artesanos para recrear los pesebres, y hasta él mismo interviene en la creación de las figuras de su propio Pesebre.

Hacia 1790 nace la fábrica de porcelanas de **Capo di Monte** interpretando un nuevo gusto en los pesebres que copiarían muchas otras partes de Europa. Uno de los religiosos que impulsó la devoción al Pesebre fue San Francisco de Asís y los padres Franciscanos desde Italia lo trasladaron a España, donde se enriqueció con la fuerza interpretativa, aumentando en su aspecto escenográfico y la ubicación de los ropajes de los personajes según la ciudad o la región. Desde España se trasladó hacia el Nuevo Continente. Con el correr del tiempo dejó de ser propiedad de los palacios para enriquecerse en la representación emotiva de los hogares. Los pesebres son tesoros familiares celosamente custodiados, que son el orgullo de cada familia que los presenta el 25 de diciembre a familiares y amigos.

El polvo que ha permitido levantar el tiempo, hizo que los pesebres sean venerados en la intimidad de los hogares y en el seno de las iglesias.

Nuestro pesebre paraguayo, huele a flor de coco, azahares, a figuras de barro, pinos y palmeras... a frutas típicas tropicales de esta época. No importa el material, la suntuosidad o humildad con que esté realizada la recreación viva del nacimiento, sino el entusiasmo y la emotividad con que la familia lo prepara el día 8 de diciembre, despertándose en cada integrante de la familia el sentimiento de adoración a la Sagrada Familia.

DE: Portal Paraguayo *Yagua.com*, 15 de diciembre de 2005.

* * *

**DEL “NIÑO ÁRA” AL “DÍA DE REYES”
PARAGUAY: KA’AVOVE’I, FLOR DE COCO
Y KAMBA KUA**

Bocetos del largo diciembre

El Niño Ára llega con aroma a flor de coco, reseda y frutas frescas, los mangos, los naranjos, el ka’avove’i y el Kambá Kuá de Reyes. Paraguay deja ver los bocetos del largo diciembre que acaba el seis de enero, plasmado en el rito guaraní y con sello propio.

Todos los países o regiones guardan, aún en medio de la rutina, del ajeteo diario de los giros culturales, de la internacionalización de las costumbres y los usos, el mayor de los tesoros de sus tradiciones. El “de boca en boca”, “de generación en generación”, es lo que nos ha llevado durante años a conservar lo nuestro. Las fiestas de fin de año son un fiel ejemplo de ello y Paraguay no es la excepción a la regla.

La Navidad es un momento fuerte de la religiosidad popular debiendo reconocerse, sin embargo, que la transformación de una economía de la reciprocidad en una de mercado ha ido menguando la vigencia de esta tradición que gira en torno al Niño Jesús.

En la víspera preparándose para la Nochebuena del 24 de diciembre, se hace el pesebre de bóveda de ka'avove'i, pasto en panes, imágenes de barro, de Jesús niño, María y José, Los Tres Reyes Magos, los pastores, las ovejas, las vacas, los bueyes, frutas, chipa y la Estrella de Belén, recordando el humilde pesebre en el que nació el Salvador del Mundo.

Lo más pintoresco de esta escena conmemorativa de diciembre está justamente en la forma en que se prepara el ka'avove'i. El Niño Ara (día del niño), comienza con la preparación del pesebre en el corredor de la casa, lo cual es muy común ver en cualquier casa del interior del país.

El piso se cubre con panes de pasto, en algún lugar se coloca un cajón de bordes bajos con tierra húmeda en la que se sembró 15 días antes arroz o maíz y que para el día de Navidad ya han brotado dando la impresión de un campo sembrado con pasto alto, un maizal o un cañaveral. En otro lugar se pone, también un recipiente playo, con agua, simulando un lago o un pedazo de espejo, sobre ellos se ponen patitos de carey (hoy día de plástico).

En algún rincón del pesebre se arma con piedras, un cerro o cosa parecida. Se recurre también a un artificio para representar accidentes del terreno, ondulaciones y cerros.

El cuadro central del pesebre es un Niño Jesús. Está desnudo o envuelto en tul o gasa en la cadera, con las piernas y brazos recogidos y, siguiendo la tradición, acostado en una batea con paja o directamente sobre el pasto, también se usa para ello una cesta o cuna hecha de takuapi o de mimbre con paja, como colchón y hasta hemos visto que descansaba en un catrecito. El niño suele estar acompañado de imágenes de barro, yeso o madera. A veces se representan algunos animales bebiendo agua en una batea o alimentándose, la imagen de la Virgen, San José, los pastores y los tres Reyes Magos.

Es costumbre visitar los pesebres en recorridas que llevan a los más famosos por belleza, de la vecindad o del pueblo. En casa de los más pudientes puede haber un conjunto musical por las noches. Cuando se visita individualmente o en grupo, se pide permiso para entrar y ver el

pesebre, a todos se los reciben amablemente y se invitan golosinas, algún chipá, trago, caña vieja con guaviramí, vino seco, etc. En algunos lugares se rezan oraciones cortas ante el pesebre.

Durante los días 24 y el 25 de diciembre, se reúnen los parientes para comer en la Casa Grande, de los padres y abuelos. En ese caso los parientes y amigos más allegados llevan comestibles como obsequio al Niño y todos participan en la mesa de la Noche Buena. Es la oportunidad para que los que por cualquier razón viven alejados, esa noche vengan a participar de la gran Fiesta Familiar.

¿Qué podemos decir del Año Nuevo?

El Niño puede continuar en la misma posición en el pesebre o se lo puede cambiar. En algunos hogares es costumbre que después del primero de enero, en el Año Nuevo, se lo sienta al Niño o se lo reemplaza por otro en pie que lleva en la mano derecha un globo terráqueo encimado por una cruz: imagen del Salvador del Mundo. En la misma fecha a los tres Reyes Magos se los pone en dirección opuesta, indicando que ya están de vuelta de Belén o del pesebre, después de haber presentado sus obsequios al Niño.

El pesebre se mantiene hasta el día 6 de enero, fecha en la que se conmemora la llegada de los Tres Reyes Magos a Belén. Luego se lo desarma (pesebre ñemuaí o pesebre japo'ó). Para esa ocasión, se invitan a los parientes más cercanos, especialmente a los niños, se comen los chipá y las frutas. Para los mayores generalmente se prepara el clericó.

¿Qué dice la tradición en torno al pesebre?

Se dice que:

–Quien instala una vez el pesebre debe hacerlo por siete años de lo contrario, no habrá suerte ni abundancia en el hogar.

–Quien arma un pesebre no debe abandonarlo, como viajar o dejar la casa, debe quedarse pues en caso contrario trae mala suerte.

- En algunos lugares la gente dice que hay que besar al niño.
- En la noche del 31 de diciembre, a los Tres Reyes Magos y a su caravana de camellos, se los ponen en posición de quien retorna, como volviendo de Belén.
- Si la persona se duerme antes de las 24:00 hs. en Navidad, es considerado como “kuré-hu”.

En Año Nuevo se dice que:

- Año Nuevo con lluvia indica bonanza.
- En este día hay que estrenar algo para tener suerte.
- No trabajar el 1 de enero, pues se pasará el año trabajando.
- Se comerán 12 uvas para tener abundancia durante todo el año.

Seis de enero: Culmina el largo diciembre

Desde días antes los niños mayores escriben a los reyes pidiendo los regalos que quieren que les traigan, conmemorando el hecho de que los reyes llevaron obsequios al Niño Dios. San Baltazar es especialmente festejado, el más popular de los tres, considerado el patrono de los Kambá (negros) y su fiesta el Kambá Kuá con novenario y rezos en el oratorio, danzas y fiestas populares con disfraces de promeseros que usan máscaras y danzan al son de los tambores. Tal vez lo único que aún queda entre nosotros de la influencia negra (afro-americana) en nuestro folklore son las fiestas de enmascarados que heredamos de los descendientes de los negros traídos por el Gral. Artigas desde Uruguay en el año 1820.

Las fiestas y nuestras comidas

En el ámbito de la alimentación aparecen numerosos conocimientos populares todavía hasta hoy. Atañen a lo que se come, las formas de recolección, preparación y cocción, la conservación y la ocasión en que se sirven.

La base alimenticia del Paraguay está dada por la carne vacuna, el maíz, las legumbres, y la mandioca. El týra –acompañamiento del plato principal– es una constante en la mesa local. Está dado, fundamentalmente, por la mandioca suplementada por algún panificado u otro alimento que cumple similar función.

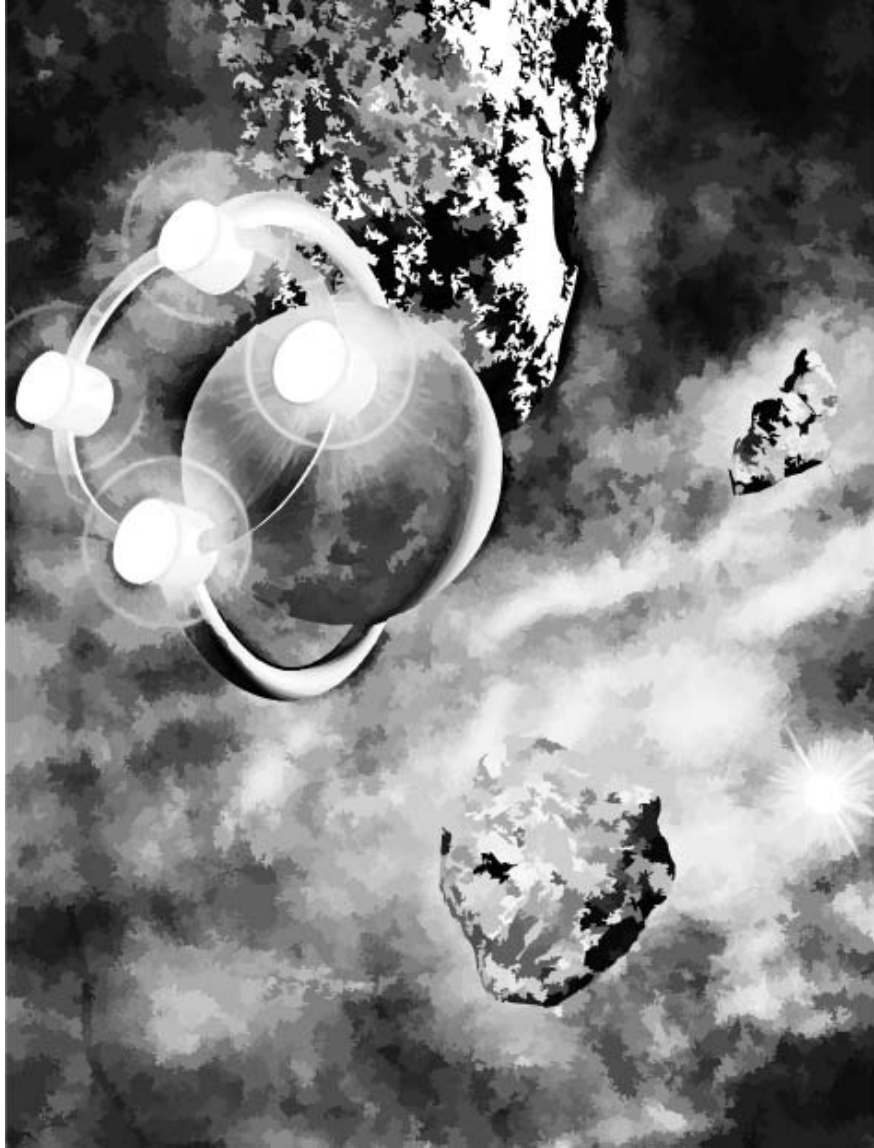
La Sopa Paraguaya

El menú guaraní con sello propio y nuestra estrella en la cartilla de comida nacional. La Sopa Paraguaya es la de mayor arraigo y difusión. Es una torta de maíz con grasa, huevos, queso, cebolla y sal cocida al horno, mejor en nuestro popular horno de barro “tatakuá”. En su nombre se advierte una contradicción, ya que sopa es una palabra designada al caldo, y este alimento es sólido.

Y como cuenta la leyenda, la tradición oral recogió una versión acerca de su origen señalando que en tiempos de Don Carlos Antonio López, a mediados del siglo XIX, una “machu” le llevó un caldo de maíz que se aproximaba más a una polenta. Le ordenó, entonces, que le pusiera más harina de maíz y la pusiera al horno. Allí, supuestamente, se originó la sopa.

Ahora que hemos concluido nuestro recorrido por el “largo diciembre paraguayo” dejemos que el aroma a flor de coco, las delicias de nuestros mejores platos y el candor del ka‘avove‘i cierren con broche de oro este típico capítulo paraguayo.

DE: Publicado “online”, sección “Notas”, *Yagua.com*, 29 de diciembre de 2006. Ver texto original ilustrado en: http://yagua.paraguay.com/notas/29_dic_2006.php



“Asteroides”, Arte digital, 2011.
Obra de Edward P. Faith.

JEU AZARRU

(Mar del Plata, Argentina, 1974)

Ingeniero en informática, locutor, escritor y profesor universitario. Aunque argentino de nacimiento, Jeu Azarru (seudónimo literario de **Juan Eduardo de Urraza**), reside en Paraguay desde muy niño (1976) y es uno de los pocos cultivadores de la literatura de ciencia ficción en las letras paraguayas. Sus publicaciones incluyen, hasta la fecha, *La sociedad de las mentes* (2001), su primera novela de ciencia ficción, *Verdades futuras y mentiras antiguas (escritas en un presente incierto)* (2003; Mención de honor en el Premio “Roque Gaona” de la SEP y 2º puesto del Premio Municipal de Literatura 2004), una recopilación de 29 relatos breves, *Yronia* (2005), una segunda novela de ciencia ficción, y *Adagios, réquiems y alegros* (2006), su primer poemario. Algunos de sus relatos han recibido distinciones importantes y en 2004 formó parte de la antología poética *Sin Fronteras 1 1/2*, libro que reúne la obra de 16 poetas jóvenes paraguayos y uruguayos. De reciente publicación es *Diferentes caminos a la verdad* (2007), su segundo libro de relatos. De más reciente aparición son: *Alicia y los Universos Alternativos* (relatos; 2009) y *El Síndrome de Zavala* (novela; 2010).

ASTEROIDES

La nave de exploración galáctica OHM-AHM, proveniente de un rincón alejado de nuestra galaxia, por fin llegó a los límites del sistema solar. El viaje había sido largo (unos cuatro años terrestres), a pesar de la velocidad inaudita que el enorme aparato podía alcanzar. Los exploradores decidieron viajar hasta ese lugar tan remoto cuando detectaron la presencia de vida inteligente, a través de señales de radio enviadas por civilizaciones que habitaban sus planetas. Tenían dos lugares claves para buscar: el tercero y el quinto planeta del sistema, de los cuales el quinto parecía tener la civilización más antigua, ya que su señal se empezó a escuchar mucho antes y con mayor potencia, aunque esa transmisión había terminado tiempo atrás, mientras que la del tercer planeta aún se seguía escuchando. La gigantesca nave llevaba tecnología, gente y cono-

cimiento, para establecer contacto y relaciones con los seres de estos planetas, quienes estaban menos desarrollados tecnológicamente pero constituirían un gran avance en la expansión de su raza, la cual ya tenía puestos de comando, control y abastecimiento en cientos de lugares diseminados por toda la galaxia.

—¡Este debería ser el mundo que buscamos! —exclamó alguien observando desde un panel el planeta al cual se estaban acercando. Los viajeros tenían reminiscencias morfológicas humanas, si bien técnicamente no lo eran. De todos modos, para provenir de tan lejos, las similitudes eran más que asombrosas.

Korg, el capitán de la nave, abandonó su sillón de mando y abrió uno de los paneles protectores, para poder ver directamente el espacio exterior. Sí, efectivamente allí estaba el planeta. Una gran masa de colores, con innumerables anillos a su alrededor. Era hermoso.

—¡Señor! —exclamó el segundo al mando, Frebert, luego de unos instantes. Korg volteó para prestarle mayor atención. - No creo que este sea el planeta. Dijo el sub-comandante.

—¿Por qué? —le preguntó Korg.

—Primero porque la descripción del mundo, según los registros que tenemos, no coincide con uno tan grande y con anillos en su derredor. Además, el análisis atmosférico indica que no es respirable, por lo menos para seres con la estructura biológica que recibimos como dato. Y de hecho, no hay señales de ningún tipo de vida en su superficie.

—Vayamos al siguiente planeta, entonces —dirigió el comandante al personal.

—Pero en ese caso no coincidiría con la descripción que recibimos —le explicó Frebert.

—No importa. Tal vez el orden de recorrido o la cuenta que estamos haciendo es incorrecta.

La nave se dirigió velozmente hacia el siguiente planeta. El más grande de todo el sistema solar, con una tormenta tan inmensa en su superficie que formaba una mancha de miles de kilómetros en su superficie, visible desde grandes distancias.

—Evidentemente éste tampoco es, no coincide en nada con la descripción de lo que buscamos —dijo el segundo al mando, una vez que se acercaron lo suficiente.

—¿Qué hay más adelante? —preguntó el capitán.

Por unos segundos las computadoras trabajaron y analizaron los datos de sus sensores, hasta proveer una respuesta.

—Hay un cinturón de Asteroides —respondió uno de los acompañantes en la cabina—. Polvo, rocas, y nada más. Más allá hay un planeta rojo, que tampoco coincide con las descripciones de los lugares que buscamos.

—El planeta de los Atlantes, el quinto, ya no existe. —sentenció el capitán. Se desvaneció por algún accidente natural, o por una guerra global.

—Eso es imposible —dijo Frebert, viejo amigo y compañero por años del capitán—, porque ese cinturón en todo caso estaría representando al cuarto planeta, y no al quinto, como tú dices.

—Salvo que hubiera desaparecido algún planeta más —insistió el capitán, fiel a su palpito.

—Nunca en la historia de la conquista espacial nos encontramos con algo así —le replicó el subcapitán.

—Siempre hay una primera vez para todo. Confeccionenme un mapa total de este sistema en base a los datos que estamos obteniendo ahora, y a los datos que nos enviaron los seres habitantes de estos planetas.

—En menos de un minuto se pudo observar comparativamente el diseño de tres sistemas planetarios en forma de holograma, sobre la mesa de comando. Los tres eran diferentes. El primero, enviado por los Atlantes, indicaba un total de diez planetas rodeando al sol, y entre ellos el de los Atlantes, el quinto, que no fue encontrado por ellos. Por debajo se observaba el mapa solar enviado por los Terrestres, que tenía tan sólo nueve planetas, y un cinturón de asteroides entre el cuarto y el quinto planeta.

—¿Ven? —indicó el capitán—. Según los Terrestres eran nueve planetas, y falta justamente el planeta que estábamos buscando, reemplazado

por un cinturón de asteroides. Estoy seguro que la civilización de los Atlantes se extinguió junto con su planeta antes de que los Terrestres siquiera pudieran saber que existía.

–Pero, según entendemos, los Atlantes poseían tecnología lo suficientemente avanzada como para realizar un viaje corto entre dos planetas con naves construidas por ellos mismos –aseguró Frebert.

–Quien sabe, tal vez hayan migrado a la Tierra. Puesto que la información que recibimos por radio de ambos lugares indica seres terriblemente semejantes en su estructura biológica... Pero que no se conocían entre sí. Tal vez... –pensó el capitán–. Es posible que los Atlantes llegaran a la Tierra escapando del fin de su mundo, y que, a lo largo de miles de años en este otro planeta hayan perdido el contacto o el conocimiento de sus ancestros, olvidando todo con el tiempo. Inclusive, al estar en un lugar inhóspito, pueden haber retrocedido cultural y tecnológicamente, hasta que a lo largo de los siglos fueron dominando su nuevo ambiente.

–Es una teoría interesante –reflexionó Frebert.

Luego el grupo se puso a estudiar la situación actual del sistema solar. Evidentemente, donde debía estar la Tierra también había un cinturón de asteroides girando de forma impasible. Es por eso que los primeros cálculos fallaron en el recuento de planetas.

–¿Ven? –indicó Korg–. Ya no está. La Tierra ha desaparecido ¿Existe algún otro planeta habitable por este tipo de estructura biológica dentro del sistema solar?

–El segundo tal vez –respondió luego de unos instantes uno de los científicos que los acompañaban–. Tiene cambios de temperatura muy bruscos entre el día y la noche, pero su atmósfera puede ser modificada sin mucho esfuerzo para ser habitada por Atlantes o Terrestres.

–Vamos allí –indicó el capitán–, tal vez rescatemos los restos de esta civilización, que, si se ha comportado de la misma manera, habrá logrado escapar a la hecatombe nuevamente, e iniciará su trabajo de reconstrucción en algún lugar cercano.

La nave cambió de rumbo otra vez, y se dirigió hacia el segundo

planeta del sistema solar. Korg y Frebert estaban juntos de pie, observando la profundidad del cosmos a través de un ventanal, absortos.

–No sé si es buena idea continuar con esta misión –dijo el segundo luego de un rato de reflexionar sobre el tema.

–¿Por qué? –le preguntó el capitán.

–Piénsalo bien. Una civilización que es capaz de destruir su propio planeta dos veces, porque no se puede atribuir a un accidente casual lo que ocurrió en menos de diez mil años, y huir antes del final... No sé, tal vez en cinco mil años hagan explotar su nuevo planeta y huyan nuevamente...

–Y bueno, nuestra misión es salvarlos entonces, antes que se extingan.

–A eso me refiero. No creo que sea una idea acertada –insistió Frebert–. ¿No será que en su esencia está la destrucción, como parte integral de su vida, de su ser? Imagínate que los rescatemos y tengan acceso a nuestra tecnología, a nuestro conocimiento... En vez de explotar mundos, terminarían con galaxias enteras, se harían incontrolables, como una plaga...

–¿Y qué sugieres? –le preguntó el capitán preocupado–. ¿Que regresemos con las manos vacías, luego de una expedición de semejante importancia? ¿Qué les diremos a los líderes?

–Que ambas civilizaciones se extinguieron, y punto, que sus planetas ya no existen, lo cual es cierto. El peligro para el universo es demasiado grande. Ya hemos tenido malas experiencias con civilizaciones violentas o conquistadoras, poco avanzadas en la escala de la inteligencia universal, y que tanto daño nos han causado. Creo que es mejor que demos media vuelta y volvamos por donde vinimos, sin investigar más.

Korg estaba nervioso, sudando. Cerró los ojos por un momento y asintió.

–Tienes razón. Si algún día llegan a un estado mental positivo, a una tecnología adecuada, y sobreviven todo el tiempo necesario, esperaremos que escuchen nuestras señales de radio, y sean ellos los que nos busquen a nosotros.

El capitán dio la orden, y de inmediato la nave tomó rumbo de regreso a su planeta natal. La humanidad quedó sola nuevamente, librada a su eterno destino.

18/01/2002

DE: *Verdades Futuras y Mentiras Antiguas [escritas en un Presente Incierto]* (Asunción: Arandurã Editorial, 2003)

* * *

EL GUSANO

Soy un gusano, uno de esos pequeños insectos verdes que viven y se alimentan en las junglas inconmensurables y deliciosas que los humanos llaman “jardín”. Soy un insecto ordinario, como todos los demás hermanos que viven conmigo en este paraíso. Como fiel representante de mi especie, limito mi existencia a vivir los placeres de la vida, comer todo lo que pueda, y descansar cuando me he hartado. No hay ningún otro significado para nuestra existencia, o por lo menos eso me han dicho los demás.

Yo me he preguntado una y otra vez qué hay después de esto, del ser gusano ¿Existe alguna otra posibilidad después de la muerte, o soy un mero ente material cuyo único fin es lo que pueda realizar con la propia materia? (esto lo pregunto mientras tomo un trocito de esta deliciosa y carnosita hoja, para degustarla lentamente y a continuación avanzar un paso y tomar otro pedacito).

Muchos me han dicho que deje de pensar en ello, de soñar con otra vida más allá de esta que veo diariamente. Dicen que no existe nada más, y que luego simplemente nos iremos, cuando todo acabe y ya no seamos nada. La prueba está en los restos de los demás que de vez en cuando encontramos colgando en el jardín; cascarones vacíos y sin vida de otros

que alguna vez fueron lo que nosotros. Por lo tanto hay que apurarse y vivir al máximo nuestra propia existencia.

Según todos los que conozco, nuestra vida es demasiado corta, poco más que una temporada y por lo tanto no hay que desperdiciarla en nada que no sea la satisfacción de nuestras necesidades y placeres. El jardín está lleno de gusanos como yo, pero todos han optado por ni siquiera pensar en el futuro, y mantenerse simplemente en el hoy.

Hace poco conocí a otro que estaba un poco loco, y me afirmó que luego de nuestra muerte, de nuestra desaparición corporal, hay otra vida mucho mejor, y que simplemente hay que saber esperar por ella. Estos cuerpos que poseemos no serían más que una etapa en un camino más largo, del cual no recordamos el pasado ni vemos el futuro. Yo le pregunté por qué esperar, y qué pruebas tenía de ello, pero se limitó a decir que son cuestiones de fe, que no tienen explicación racional alguna.

Y ciertamente, tengo fe en que la existencia debe ser algo más que vivir una temporada y comer todo lo que encuentre. Debe haber algo más, algo sublime, esperando por mí, y por cada uno de nosotros. Pero no vale la pena siquiera discutir eso con los otros. Me limitaré a esperar...

Un tiempo pasó desde estas disquisiciones, de ciclos irreconocibles para un gusano, hasta que el cansancio, y el presentimiento del fin cercano se apoderó de mí. Sentí que pronto no pertenecería más al mundo, que todo iba a acabar, como pregonaban los demás. Por lo tanto, encerrado en mí mismo, acosado por la duda, tejí un capullo donde encerrarme para morir mi propia muerte, en soledad. Me cubrí de delicadas hebras, me escondí del sol y la intemperie, y cerré los ojos abrazando el fin... Esperando un nuevo inicio, inexistente para todos, pero no para mi fe.

Y así fue que la noche eterna me cubrió por un tiempo indefinido, la oscuridad total y la carencia de pensamiento. Hasta que finalmente un día, como siempre había creído, regresé. Era yo, pero al mismo tiempo no lo era. Rompí la fría cámara que me atrapaba, y volví al mundo. Un mundo que veía con otros ojos, y que comprendía diferente. Era yo, pero al mismo tiempo no lo era... Había regresado cubierto por un cuerpo de luz, renovado, con una conciencia total de la vida, y de lo que nos esperaba.

Un humano salió en ese momento al jardín, y caminó con los pies descalzos sobre el césped. Me pregunté si él también cambiaría de cuerpo luego de su muerte, pero seguiría existiendo aunque fuera irreconocible o invisible. Al fin y al cabo, los otros gusanos ya no podrían reconocerme, puesto que soy otro, completamente diferente a mi apariencia anterior. Tal vez él pudiera regresar siendo otro, y tampoco sería reconocible por los demás de su especie...

Tal vez todos en este universo estuviéramos destinados a sufrir una metamorfosis y cambiar, y convertirnos en seres cada vez más perfectos, donde la muerte física no fuera más que uno de los tantos cambios por los que pasamos a lo largo de nuestra verdadera vida.

Pero ya me cansé de pensar en ello, ahora que conozco la verdad. Por lo tanto abriré las alas y levantaré vuelo, para encontrarme con otras mariposas como yo, quienes también han descubierto estas verdades y han aprendido a disfrutar el sol y a tener esperanza en el mañana.

23/03/2004

* * *

EL ORIGEN DE LAS IDEAS

–Creo que voy a lanzar una nueva idea al mundo.

–Aún no es tu turno, Omega10 –le respondió Alfa11.

–No me importa. Voy a hacerlo.

–No puedes, hasta que llegue tu momento –insistió Alfa11. Ambos eran meras entidades luminosas que observaban a la tierra desde el infinito impertérrito, y sin embargo visualizaban cada detalle de lo que en ella ocurría a la perfección en cada instante espacio-temporal.

–Pero hay que esperar demasiado tiempo entre turno y turno ¿Cuánto ha sido? ¿Cinco minutos desde la última vez?

–Once.

—Y bueno, es mucho.

—Lo que pasa es que somos muchos. Y las ideas deben enviarse en orden, una a una, o sino se mezclan y no sirven a los humanos. Y el tipo de ideas que tú generas son escasamente necesitadas en el mundo actual, a diferencia, por ejemplo, de las ideas que yo genero.

—Añoro las épocas en que éramos tan pocos... Cuando hasta podíamos elegir fácilmente a quienes enviar nuestras ideas. Tragedias griegas, cantares medievales, sainetes...

—Tú sí que tienes suerte —dijo Alfa11 a Omega10—. Tienes la potencialidad de crear obras literarias, líricas, poesía... Poder dictárselas directamente al oído de los poetas, cambiar sus vidas... Yo en cambio sólo puedo crear ideas prácticas... Dónde comprar más barato, cómo extraer un tornillo con un cuchillo, cómo evitar que se filtre el agua de la bañera de la familia Juárez...

—Es que tú eres un creador operativo, y yo soy un artista, cada uno tiene su utilidad e importancia para el mundo... Así ha sido desde el principio. Pero tú tienes una gran facilidad. Tus ideas pueden repetirse... En cualquier parte del mundo puedes dar la misma solución al problema del tornillo, siempre que tengas un cuchillo cerca... Y por eso te toca el turno cada millonésima de segundo, tanta es la necesidad que hay de ti y tus compañeros. Yo, en cambio, si repito un tema ya existente, caigo en plagio, el peor de los pecados... Y seré removido de mi puesto... ¡Quiero enviar algo allí abajo! ¡Ya mismo! ¡Lo tengo tan claro ahora! ¡Y se perderá si no lo hago!

—Ahh... Tú eres de los buenos... No como Omega236... Ideas más planas que las tuyas no hay. Poesía barata, adolescente...

—Sí, pero ése es su trabajo... Siempre hay que entrenarse para mejorar. Omega236 da ideas a quienes están empezando, aprendiendo. Luego, a los que perseveran, los asisto yo, u otros como yo. Pero tengo miedo... Siento que se están acabando las ideas.

—¿Cómo puedes decir eso? —regañó Alfa11 a Omega10—. ¿Cómo van a acabarse las ideas, si nosotros las concebimos, y somos entidades infinitamente creativas?

—Bueno, tal vez no me haya expresado bien... Me parece que se están acabando las mentes capaces de recibir ideas... Creo que los cerebros son componentes anatómicamente recesivos del cuerpo humano... No en tamaño, sino en capacidad ¿Cómo es posible que antes fueran menos y tuviéramos más trabajo creativo, y en cambio ahora que son tantos miles de millones tengamos menos trabajo? Sus mentes están cada vez más cerradas...

—Deberíamos preguntarle eso a los betas, que son quienes tienen preferencia por las ideas educativas y sociales. Tal vez ellos nos puedan decir lo que ocurre allí abajo. Además, estás mezclando la mente con el cerebro, y no son lo mismo...

—¿No? ¿Estás seguro? —dudó Omega10 por un instante—. ¿Adónde le enviaste a Juárez la idea de cómo reparar su bañera? ¿A su cerebro o a su mente?

—No lo sé... —reflexionó Alfa11—. Simplemente a él, a una entidad individual e indivisible.

—Hay cosas que nosotros mismos no sabemos, como los grandes misterios del universo... —afirmó Omega10—. Al fin y al cabo todo lo que conocemos es lo que le hemos enseñado a los humanos. O sea, conocemos exactamente lo mismo que ellos... Los conocimientos los vamos creando de la nada, y se los vamos dando, no son preexistentes... Por lo tanto, tenemos las mismas limitaciones que ellos... Así que creo que cuando nosotros conozcamos dichas verdades, ellos también lo harán, o viceversa.

—¿Me estás queriendo decir que nosotros somos un mero puente entre cada humano consigo mismo? ¿Que ellos en realidad crean sus propias ideas, nosotros las procesamos y las ordenamos, y luego se las reenviamos en forma clara y concisa? ¿Seríamos nosotros sus mentes? No me parece que sea esa la situación, porque en ese caso seríamos parte de ellos mismos, y no lo somos, somos entidades independientes a ellos.

—No, no me refería a eso, sino a que las ideas tal vez realmente preexistan desde siempre y estén almacenadas en algún lugar, y se nos

van dando para traspasárselas a los humanos, o se van creando desde algún infinito espacio para que podamos ser puentes hacia ellos.

—¿Te refieres a que hay alguien más, por encima de nosotros, que nos está alimentando de ideas para que se las traspasemos a la humanidad?— se preguntó Alfa11 asustado— En ese caso todo esto no tendría sentido, porque no seríamos necesarios... La mente universal podría hacer contacto con la humanidad por sí misma...

—Salvo que nosotros seamos simples emanaciones de la mente universal...

—¿Crees que tú y yo somos, en efecto, el Todo, y simplemente estamos tan inmersos en nosotros mismos que no lo notamos?

—¡Eso es lo que creo!... ¡Pero espera! ¡Tengo una ventana de tiempo libre! ¡Allí va! —exclamó Omega10 en una emanación asombrosa de energía mental—. ¡“El origen de las ideas”! ¡Así llamaré ese joven escritor al nuevo relato que le he transmitido!

07/12/2004

DE: *Diferentes Caminos a la Verdad* (Asunción: Arandurã Editorial, 2007)

* * *

ALICIA Y LOS UNIVERSOS ALTERNATIVOS

Alicia, una vez más, como otras tantas veces, se hallaba en un mundo desconocido y completamente diferente al que solía habitar. Como en previas ocasiones, el contacto con algún objeto o portal, en un momento casi mágico, o tal vez místico, la transportó por los pasillos entre planos y universos hasta un lugar usualmente inalcanzable desde su propio mundo.

Pero en este caso, a diferencia de los anteriores, no se encontró con fantásticas criaturas ni con persecuciones o juegos de lógica que pusieran su vida en riesgo. Y como por tantos años vivió de esa forma, saltando de

un mundo a otro, siempre en viajes de ida y vuelta, ya nada la sorprendía ni le parecía sobrenatural, todo lo contrario, estas experiencias eran comunes y ordinarias para ella, aunque nadie jamás le creyese lo que le sucedía. Finalmente dejó de relatar a sus allegados dichas vivencias, puesto que sólo servían para poner en duda su cordura, ya que no existían pruebas de que lo que dijera fuera verdad.

Pero no dejó de viajar. En los primeros casos regresaba a su mundo despertando de un sueño, pero con el tiempo se dio cuenta de que ésa era una estrategia de los universos para devolverla a donde pertenecía, y no significaba que realmente hubiera dormido y soñado los eventos fantásticos que vivía en el “otro lado”, sino que era la salida de su estado de trance, o la reinsertión de su propio cuerpo físico en el mundo que usualmente habitaba... Además, sus viajes fueron volviéndose cada vez más largos, y a veces regresaba al mismo punto y momento de partida, pero en otros casos transcurría un tiempo considerable en su propio mundo, o peor aún, regresaba a un tiempo muy posterior al de la partida, y aparecía en ubicaciones muy diferentes y alejadas del lugar donde el recorrido se había iniciado.

Pero en este caso, Alicia, como se mencionó, no llegó a otro de esos mundos extraños, de seres increíbles, o de futuros y presentes alternativos. Simplemente apareció en un gran salón esférico, blanco, gigantesco, de cientos de metros de diámetro, carente de objetos, y donde la luz parecía proceder de lo más alto, pero al mismo tiempo de todas las direcciones.

La jovencita caminó por varios minutos en descenso, hacia el centro inferior de la esfera, donde inicialmente se veía un punto, pero acercándose empezó a vislumbrar a una figura humana, que finalmente terminó convirtiéndose en una hermosa mujer, muy sensual, que flotaba a un metro sobre el suelo. Sus insinuantes ropajes flotaban a la par de ella, armoniosa y delicadamente. La mujer parecía estar dormida, o inconsciente, puesto que se mantenía inmóvil, con los brazos levemente extendidos y los ojos cerrados.



“Alicia en el país de las maravillas 6”, Acrílico mix media,
61 x 91 cms. 2010.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

Cuando Alicia estuvo a unos metros de ella, sin embargo, ésta los abrió repentinamente y la miró fijamente, con una expresión difícil de descifrar, puesto que no era de enojo ni dureza, pero tampoco amable ni cariñosa. Simplemente la escudriñó profundamente, como traspasando su carne y buscando algo en su interior.

–Eres tú –le dijo luego con voz dulce–. Has llegado, me has encontrado... Siéntate –la invitó, al tiempo que el suelo dejaba de ser curvo, y surgían del mismo unas salientes que terminaron conformando un sillón. La luz disminuyó su intensidad y dejó de verse el blanco infinito, para formarse un horizonte de sombras cada vez más cercano. La mujer descendió y se sentó frente a ella en otro sillón similar.

–Alicia –continuó hablando, una vez sentada–, te he visto, y me he cruzado contigo en diversos universos. Posees un don especial, o al menos una gran suerte, para lograr encontrar los puntos de enlace entre los diferentes universos existentes.

–¿Quién eres tú? –preguntó Alicia a la mujer–. ¿Cómo sabes mi nombre?

–Yo soy la reina de los planos, guardiana de los infinitos universos, la que hace y deshace los entuertos y las uniones entre los mundos. Soy la tejedora de destinos, y la artesana del caos. Soy el bien, el mal y la neutralidad, todos juntos, según me plazca, soy la totalidad, o Dios, para muchos... Hace eones que llevo esta responsabilidad, convertida en la guardiana de los planos de existencia. Pero en realidad no soy más que un ser humano como tú, atrapada entre los universos, rodando por ellos gracias a este lugar fruto de mi pensamiento, controlando lo que sucede en cada uno, y siendo la custodia que impide que la entropía crezca y los domine. Siempre creí que otro guardián tomaría mi lugar, y así podría llevar adelante una vida corta, superflua y carnal, donde un hombre me poseyera completamente y donde pudiera regalar mi amor, mi vida, a él y a mis vástagos. Pero estoy encarcelada dentro de esta inmortalidad infinita, dentro de esta omnipotencia divina, que he recibido y aceptado. Soy la aduana, el puesto de control que decide quién pasa y quién no entre

los universos, quien vigila todos los enlaces de un lugar y tiempo a otros lugares y tiempos...

–No lo comprendo –alcanzó a decir Alicia.

–No me decepciones. Tú y yo tenemos mucho en común, tenemos la capacidad de ver más allá de la ilusión de los mundos, y encontrar las conexiones entre ellos. Tú eres el único ser que puede comprenderme. Yo tengo la esperanza de que lo hagas. Necesito que lo hagas.

–Yo ya no sé qué creer o pensar –insistió la joven–. A veces me parece que simplemente estoy loca y alucino. Otras veces siento que tengo algo especial que me permite recorrer lugares vedados a la humanidad...

–Eso no importa. Yo puedo darte las respuestas que siempre has buscado. Y asegurarte que no estás loca. Sólo debes prestarme atención y escuchar lo que tengo para decir. Por experiencia propia ya lo sabes, de manera intuitiva, yo sólo voy a formalizar el conocimiento que posees. La verdad es que en realidad no existe un único universo, sino un cosmos de universos. Cada universo se rige por sus propias reglas, y tiene desde una hasta infinitas dimensiones. Usualmente, en la investigación científica y en el pensamiento filosófico, a esta situación se la conoce como la de “universos paralelos”, pero ésa es una acepción errónea, puesto que el paralelismo sólo tiene sentido entre dos rectas en un mismo plano, o entre dos planos para un cierto eje de coordenadas, ya sean espaciales o temporales. Pero la verdad es que los universos, en muchos casos, se superponen unos con otros, o son paralelos en alguna dimensión pero no en otras. A veces tienen las coordenadas espaciales similares, pero las coordenadas temporales no, tal vez opuestas inclusive, entonces mientras un universo avanza, el otro retrocede. O hay universos que avanzan mucho más rápido que otros, o que tienen más o menos dimensiones...

–Creo entender lo que me explicas –indicó Alicia–, pero no por ello deja de ser confuso.

–¡Pero claro que lo es! –rió la reina, echando su larga y renegrida cabellera hacia atrás, dejando entrever las pronunciadas curvas bajo su

túnica semitransparente—. Hasta para mí. No puedo pedir que entiendas todo tan rápido, pero por lo menos necesito que comprendas lo que sucede. Llamaremos a partir de ahora, a lo que conoces como universos o mundos paralelos, simplemente “universos alternativos”. Estos universos son independientes unos de otros, pero para evitar el caos que causaría el hecho que estén todos a la deriva, sobre todo los que son similares entre sí, o realmente paralelos, desde el punto de vista de ser reflejos unos de otros, es necesario anclarlos de alguna manera a algún lugar, y mantenerlos juntos, en algún tipo de sistema de referencia absoluto. Estas anclas son puntos en común entre dos o más universos, es como pinchar varias hojas con un alfiler y fijarlas por el mismo lugar. El alfiler, en ese caso, sería el ancla, y quien fuera capaz de encontrarla, podría utilizarla como medio para moverse de un universo a otro... Obviamente, existen numerosas anclas en cada universo, fijándolo a su vez a otros universos, y entre todos formando el cosmos infinito, estable, gracias a esas uniones, siendo el centro inamovible de todas ellas este lugar. Tú has encontrado en más de una ocasión esos puntos de anclaje. A veces es un túnel, que es similar en los dos universos, y al cruzarlo puede llevarte del uno al otro. Otras veces es un espejo, o una llave, o una puerta... El punto de conexión puede ser cualquier cosa. Normalmente dicho conector tiene un umbral reconocible, pero en algunos casos no.

—Creo entender. Aunque me parece asombroso que yo, por mí misma, haya encontrado tantas anclas en mi universo, y que las personas que me rodean no hayan encontrado ninguna.

—O tal vez las encontraron, pero simplemente no se dieron cuenta. Hay universos tan similares entre sí que uno no notaría la diferencia entre uno y otro... Hasta poseen exactamente el mismo desarrollo, los mismos habitantes, las mismas ciudades, las mismas reglas físicas... Mucha gente migró de uno a otro sin haberlo notado, y su alter ego fue intercambiado al mismo tiempo al universo donde él pertenecía, por lo que finalmente ambos creyeron que seguían en su propio mundo, cuando esto ya no era así.

—Entiendo... —murmuró Alicia, aunque no estaba del todo convencida—. ¿Y tú qué haces aquí? ¿Qué tienes que ver con todo eso, cómo sabes tanto? ¿Eres realmente Dios, disfrazado de una hermosa mujer?

—Gracias por lo de hermosa —le respondió la reina de los planos, sonriente—. Esta esfera donde estamos actualmente es mi universo, mi razón de ser, y al mismo tiempo mi prisión. Es el eje de todo, y gira lentamente, manteniendo en movimiento todos los otros universos, teniendo además al menos un punto de conexión con cada uno de los existentes, ya que se halla en el centro absoluto del cosmos, y puede crecer o reducirse de tamaño infinitamente, a mi voluntad. Así, lo que hago es recorrer todos los mundos posibles e imposibles, todos los tiempos, todas las realidades, todos los sueños, y buscar situaciones o entidades que estén causando algún tipo de desequilibrio entre ellos, para destruirlas, o corregirlas.

—¿Y yo estoy aquí por eso? —inquirió Alicia, preocupada—. ¿Para ser destruida por ser una causa de todo tipo de perturbaciones entre los universos alternativos?

La reina sonrió y la miró con amabilidad.

—Querida, si deseara destruirte hace tiempo lo hubiera hecho, sin darte explicaciones. Pero ésa no es la situación, yo deseo mucho más de ti.

Alicia se mostraba visiblemente confundida, y continuaba sin poder descubrir lo que la reina pretendía de ella.

—¿Y qué quieres de mí, entonces? —preguntó nuevamente—. No creo que nadie llegue hasta aquí por curiosidad, ni gracias a las anclas de los demás universos, sino porque es tu propio deseo...

—Así es, Alicia —asintió la reina—. Estás aquí porque yo lo deseo y te he abierto un camino hasta este lugar... Yo te he observado recorrer numerosas realidades, siempre encontrando pasajes de ida y vuelta a tu mundo. Al principio pensé que eran casualidades, pero últimamente, debido a la gran frecuencia con que eso sucede, aunado al hecho que no existen realmente más puntos de conexión en tu área que en cualquier otra área de

cualquier universo, llegué a la conclusión de que tú no eres una viajera, como otros descubridores de anclas, ¡Sino que eres tú misma un ancla! ¡Eres un ancla capaz de conectar a los universos a su antojo, traspasarlos y unirlos con simplemente desearlo, sólo que no sabes aún utilizar completamente dicho poder! Y en todos los universos posibles, he encontrado solamente otra entidad con esas mismas cualidades...

–¿Sí? ¿Quién es? –preguntó intrigada Alicia.

–Yo, mi princesa, yo misma, y sé que gracias a mis súplicas finalmente has venido a sustituirme como guardiana de los planos, y a permitirme morir en una vida humana como merezco, luego de tantas eras al servicio de los universos...

28/07/2007

DE: *Alicia y los Universos Alternativos* (Asunción: Editorial Servilibro, 2009)

* * *

FÚTBOL

Diego observó con detenimiento a la barrera. La estudió en cada aspecto. La altura de cada jugador, el ángulo en que se ordenaban, los resquicios que dejaban libres, el temor que cada rostro mostraba... Años de experiencia le permitían comprender a cabalidad la situación, y seleccionar el mejor curso de acción, que le asegurara el éxito... Cinco hombres, altos y fornidos, se interponían entre él y la gloria... O más bien, entre la pelota y el arco. Obviamente que el arquero también era un obstáculo a tener en cuenta en su plan, pero estaba seguro de que lo batiría si lograba colocar el balón como había decidido.

Esperó unos instantes... Calculó la fuerza con la que debería azotar a la bola, tomó en cuenta el viento y la comba que le daría, así como la

distancia para que llegue justo a clavarse en el ángulo, y así asombrar a la multitud, pero más importante, elevarlo a la gloria.

Estaba cansado. Sus piernas ya no respondían bien, y era notorio. Pero debía realizar ese último esfuerzo. El partido iba 3 a 3, y se jugaba el descuento del segundo tiempo del alargue. El destino de su equipo, y de la copa, estaba depositado en sus manos, o mejor dicho, en sus pies. La tribuna rugía con cánticos, bombos y tambores... La lluvia de papeles cubría el estadio entero... Era su momento de gloria, como tantos años atrás lo había sido, en otro ámbito, pero tan real y palpable como ahora.

Una gota golpeó su rostro. Luego de unos interminables segundos otras más empezaron a caer sobre el terreno de juego, anunciando un ya omnipresente chaparrón. La impaciencia sumía a rivales y compañeros por igual, y ni qué decir al público, cuyas gargantas no resistirían mucho más. Esto era todo. El fracaso o la gloria. Una vez más.

Respiró hondo, no podía prolongar más la situación. Corrió y remató con fuerza golpeando el balón con la parte interna del pie, y dándole un efecto parabólico asombroso. La bola esquivó a la barrera casi rozándola, para luego girar en el aire debido a la fuerza de rotación impuesta, dirigiéndose directamente al arco, tal cual él lo había planeado. El arquero, sorprendido por un chut casi imposible, cubría el palo opuesto, y apenas alcanzó a saltar en la dirección contraria estirándose como un felino al acecho de una escurridiza presa. Alargó los dedos, rozando levemente el balón, húmedo ya, que se le resbaló burlonamente, para incrustarse en el ángulo sin posibilidad de ser detenido.

Los espectadores se lanzaron aullando contra la alambrada, las bombas explotaron con fuerza, los papeles cubrieron todo el escenario. Los compañeros de Diego corrieron hasta él y lo abrazaron, cargándolo en andas, mientras los rivales se tomaban el rostro, presos por la impotencia y desazón. El goleador se sacó la remera y la revoleó henchido de alegría. El árbitro, por su parte, dio el doble pitazo final que certificaba su victoria definitiva, luego de mostrarle la cartulina amarilla.

Los vencedores corrieron la vuelta olímpica gritando y vitoreando, saludando a la gente, y festejando hasta regresar al túnel de los vestuarios,

donde poco a poco la oscuridad los fue envolviendo, y el rugido de la gente fue opacándose hasta desaparecer.

Luego de unos instantes, una luz blanca brillante lo despertó de su ensimismamiento. Un enfermero muy cordial le desconectó los contactos neuronales de la cabeza con cuidado.

–¡Felicitaciones! –le dijo–. ¡Veo que ganaron el partido! ¡Son los campeones!

El anciano asintió con la cabeza y sonrió. Trató de responder pero sólo balbuceó unas palabras inteligibles. El cambio brusco del mundo virtual a su cruda realidad siempre se le hacía muy difícil. Allí él corría libre, como en su juventud, con la energía y fuerza de siempre, pero en cambio aquí estaba postrado en una cama y apenas podía ir y venir de un lugar a otro en sillas de ruedas, con la ayuda de un enfermero, así como utilizar el baño asistido por alguien más... Ese partido semanal que jugaba con sus compañeros de equipo de antaño era el único alivio que tenía dentro de su mísera existencia, y lo único que lo mantenía (y hacía sentir) vivo. Nada más importaba para ese entonces. Ya no quedaba ningún miembro de su familia viva, no tenía un lugar al que perteneciera, no recibía visitas, no le quedaba nada de su antigua vida, exceptuando los recuerdos de glorias pasadas y unos pocos compañeros vivos de equipo.

Así que simplemente sonrió, y agradeció al enfermero. Con gestos le solicitó que lo llevara hasta su habitación, puesto que estaba fatigado. Sólo le quedaba vegetar otra semana hasta poder volver a la cancha, a la gloria, a lo único que le importaba.

08/11/2010

DE: Cuento inédito.





“Danza mágica en noche oscura”, Óleo, 99 x 130 cms. 1999.
Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

B

MARIBEL BARRETO (Quyquyhó, Paraguarí, 1936)

Docente y escritora. Licenciada en Humanidades por la Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción y Master en Letras por la Universidad del Norte, Maribel Barreto es miembro de Escritoras Paraguayas Asociadas (EPA) y de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP). Tiene publicados hasta la fecha varios libros de cuentos, entre ellos: *La otra orilla y otros cuentos* (2002), *El gigante del cerro y otros cuentos* (para niños, 2002), *El país de las aguas y otros cuentos* (para niños, 2003), *Los cuentos de María Julia* (para niños, 2008) y *Desde el silencio* (2009). También es autora de dos novelas: *Código Arapóna* (2005) y *El retorno de Arapóna* (2007), y de tres poemarios: *Rondas infantiles* (2005), *Romancero de Amor y de Olvido* (2009) y *Nube y cielo* (para niños, 2010), su obra más reciente.

PRINCESITA

La tomaron en sueño, la alzaron en un camión enorme cuyos motores roncaban haciendo temblar al bosque.

La larga picada que abre el vientre de la intrincada selva africana ve pasar velozmente esa máquina infernal en cuyas entrañas ella se siente prisionera.

Aún no logra entender qué está haciendo allí, profiere un sonido agudo para llamar a su mamá, pero el ruido del motor apaga su voz, se revuelca en el piso del camión.

Intenta mirar a través de las rejillas y sólo ve la oscuridad.

Los rayos de la luna penetran ese tupido follaje y se proyectan sobre el sendero de tierra, siente el aroma de los follajes, se aturde, se desespera:

–Tengo que salir, liberarme, necesito ver a mi papá que me alimenta, ¡mamá, mamá!, tengo hambre, necesito caminar a tu lado para llegar a casa, allá cerca del río junto a la roca. Estos hombres malos me alejan de ti..., me están llevando...

De repente, ve una cara de pocos amigos cuyos ojos encendidos penetran dentro de la carrocería y luego grita ¡está bien!, ¡está viva! Luego alarga la mano y deposita una vasija con agua en el plan del camión.

Yo no voy a tomar esa agua; se dice a sí misma, estos hombres son malos, muy malos, me separan de mi mamá, yo quiero irme de vuelta; un frenazo la sacude, la sorprende, es que llegan a un cruce de carreteras.

El muy bruto grita a su compañero ¡vamos al oeste! Allá en el puerto nos esperan.

Ella tiene mucho temor, ¿qué se va hacer de mí?, ¿a dónde me llevan? Estoy muy cansada, tengo sed, ¿y mi mamá?

Seguro que me está buscando, pero no podrá encontrarme, los hombres malos me llevan lejos, sí, yo siento que me alejo de mi tierra, los olores que me llegan son distintos, ¡no entiendo nada!

Unos rayitos de sol piquetean entre las rendijas de la carrocería, ya es de día.

El barquinazo es brusco y el camión se detiene. El camino se presenta barroso, el fango cubre la carretera, había llovido en esa zona, el agua llenó las zanjas y el camión quedó al borde de un precipicio que el chofer pudo ver a tiempo.

La pobre lloraba, se restregaba la cara por la carrocería, daba pataditas con sus pies y olfateaba el aire como queriendo descubrir por donde andaba, el cansancio le venció y se extendió en el piso del enorme camión.

–¡Está dormida!, dijo el hombre malo.

–Dale agua, dale comida, le responde el otro.

Ella oía las voces y sentía terror, un terror cada vez más fuerte que la inmovilizó. Cuando el vehículo logró salir del fango y reinició la marcha. La pobre pudo abrir los ojos y vio que ya era de día.

El chofer aceleró y avanzó a gran velocidad, tenía que llegar a tiempo hasta el puerto, allí un enorme barco esperaba. Grandes jaulas abrían sus puertas como bocazas que se querían tragar a alguien.

La prisionera fue bajada por unos hombres con sombreros y capas rojas que sostenían un látigo en la mano derecha...

¡Oh! ¡Qué genial!, han conseguido traerla, es hermosa, ella será la princesita.

El dueño del circo pagó una fuerte suma a los cazadores y ordenó que ella subiera al barco.

Un niño muy blanco, de tez rosada se acercó a ella y dijo:

–¡Qué bella elefantita! ¡Qué tierna!, yo la cuidaré, será mi amiga.

–Te irás con nosotros a París, a Londres, recorrerás el mundo, ¿sabes?

La elefantita no entendía nada, solamente quería volver con su mamá elefanta, no le interesaba recorrer el mundo en una jaula, ansiaba su libertad, su selva húmeda, su aire aromado y el calor de mamá elefante que le acaricia con su trompa humedecida y el empujoncito de papá elefante cuando ella se sentía cansada.

DE: *Los cuentos de María Julia* (Asunción: Editorial Servilibro, 2008). También publicado en la *Revista Ñe-engatú*, Año XXIX, N° 173, Mayo de 2011.

* * *

REVUELTA EN EL BOSQUE

A lo lejos se oye el ronroneo de un motor, poco a poco se escucha más cerca, ya es un rugido ronco que se acerca... se acerca peligrosamente hacia la selva.

Chotey, el niño aché presta atención al ruido que se vuelve más cerca a cada instante; ¡es que se dirige hacia acá!, se dijo.

Trepó rápidamente a un árbol de incienso, subió hasta la rama más alta y allí se sentó para mirar.

Desde su atalaya, oteó a la distancia y divisó que una enorme topadora se acercaba.

Un gringo barrigón se bajó. A su lado, un joven moreno recibía órdenes precisas: empezará por este lado, luego avanzará hacia el norte; irá derribando primero los arbustos, luego los más altos quedarán para el motosierrista.

Chotey se alarmó cuando escuchó lo que decía el gringo, era alto, barbudo y fumaba en pipa; llevaba una campera de cuero marrón y un sombrero de alas anchas le cubría su cabeza.

Chotey se puso triste y pensó cómo podría evitar el desastre que se avecinaba. Se rascó la cabeza y meditó un momento, luego echó a correr hasta reunirse con sus amigos del bosque. Con el pulgar y el índice apretó su labio inferior y emitió un prolongado silbido que hizo eco en la selva.

A poco rato, apareció don Karaja, entonces *Chotey* le dijo: Amigo Karaja, van a echar el monte y vamos a morir todos, no tenemos a dónde ir, terminarán los alimentos y se secará el agua de la fuente. Contale a todos en tu colonia.

Karaja se encontró con doña Mirikinita, que era muy chismosa y el amigo Karaja le dijo: Señora contale a todos los miriquinás que van a echar el bosque y que moriremos todos si no hacemos algo para remediar.

Doña *Mirikina*, corrió a la comunidad de los *Ka'i mirikina* y les dijo: van a echar el monte y moriremos todos, necesitamos hacer algo para impedirlo.

En ese momento, pasaba don Jabalí con su hijito jabalicito que venían a beber el agua en el manantial, ellos escucharon la noticia y fueron a contar a los demás jabalíes: vamos a morir todos si no hacemos algo, debemos levantarnos y hacer una manifestación.

Pasaba don *Tapir* muy tranquilo, estaba satisfecho, había comido suficiente cuando le saludó a don *Jabalí* levantando la pata derecha. En-

tonces el amigo le dijo: van a echar el bosque, derribarán los árboles y vamos a morirnos todos, ya no tendremos comida, necesitamos reunirnos para protestar.

–De acuerdo, movilizaré a mi gente. Por el camino se encontró con *Jurumi*, el oso melero, que traía un panal en la boca, iba para compartir con doña Osa hormiguera y sus hormigueritos.

El amigo tapir le dijo: van a echar los árboles, van a acabar con el bosque y nos vamos a morir: ¿A dónde iremos? Tenemos que reunirnos y hacer una marcha de protesta para que las autoridades entiendan.

–Es grave, dijo don *Jurumi*, iré a reunir a mi gente y saldremos juntos para defender nuestra tierra.

Mientras tanto, *Chotey* llamó con un silbido a todas las serpientes, a todos los lagartos, y les dijo: van a acabar con el bosque, debemos reunirnos para defender la selva.

–Nosotros te apoyamos, ¿qué debemos hacer?

–Iremos todos a enfrentar a esa máquina infernal.

–Bueno, ¡vamos!; dijeron todos y se arrastraron hacia el lugar, haciendo crujir las hojas secas.

–¡Oh! Me falta llamar a los loros, a las cotorras, a los *tapiti*. Debemos acudir en masa para defender nuestro bosque.

–¿A dónde van?, dijo doña *Kiri kiri*, con voz chillona.

–A Protestar, porque destruirán nuestro bosque y moriremos todos.

–Yo me adhiero, traeré la bandada y también voy a invitar al amigo *Taguato*. Se esparció la voz de alarma y la población se puso en alerta.

En marcha, dijo el indiecito Valente *Chotey*, que dirigió la manifestación.

Avanzaron desordenadamente, un gran tumulto en el bosque y caminaron hasta colocarse frente a la topadora que con el motor rugiente iba a empezar su tarea de destrucción.

¡Al ataque!, dijo *Chotey*, los *Karaja* lanzaron sus chillidos aterradores, los monos juntos chillaron, una bandada de loros furiosos atacaron al tractorista, secundados por los *Taguato* que se lanzaron sobre el pobre

hombre, éste trató de espantarlos, pero las cotorras lo atacaron por la espalda, le picotearon en la cabeza y le arañaron el rostro.

Miró a su alrededor y vio que una tropilla de jaguares y tapires se acercaban peligrosamente, entonces se dijo: Si no corro, estoy perdido y huyó presuroso, abandonando su máquina con el motor encendido.

Chotey lanzó una carcajada y dijo a sus amigos: este monstruo se callará cuando se canse, no le hagan caso. Ahora ya nadie nos molestará y los manifestantes volvieron muy contentos a sus casas.

Y así fue, el gringo entendió el mensaje y resolvió dejar el bosque como reserva natural.

DE: *Los Cuentos de María Julia* (Asunción: Ediciones y Arte, 2008)

* * *

EL GIGANTE DEL CERRO

Cuentan los hombres y las mujeres que habitan en las laderas del cerro, que en algún lugar de la cumbre existe un rincón secreto, una cueva habitada por un gigante barbado de enmarañada cabellera, dueño de muchos tesoros.

En ocasiones, las mujeres que lavan la ropa en el arroyo que baja del cerro, oyen una música de flauta, muy triste, pero cuando caminan en dirección al sitio de donde proviene, los sonidos se alejan. Cuando más caminan, los sonidos se diluyen cada vez más, hasta perderse en la distancia.

En algún tiempo, alguien lo vio cuando bajaba hasta la fuente. Allí bebía en un enorme porongo, luego cargaba el agua del manantial en dos grandes cántaros de barro. Dicen que sorbía desde el mismo cántaro por medio de una gran bombilla hecha de *takuapi*.

En verano, la gente que iba hasta la cascada, creía ver muy fugaz-



“El gigante del cerro”, Ilustración de tapa de *El gigante del cerro y otros cuentos*. (Asunción: Editorial Servilibro, 2007).
Obra de Andrea Piccardo.

mente una formidable silueta que se escondía en la cima. No se dejaba observar, pero se escuchaba una voz de trueno que llamaba a las bestias.

Dicen que con su estridente silbido alejaba a las serpientes. Se alimentaba de la carne del jabalí, que el mismo mataba, apretándole el pes-
cuello con sus manazas.

A su llamado, acudían sus amigos, los monos, que le bajaban las frutas de *pacurí* y de *aguaí*. También era amigo de los *tapiti* y de los *tejuasaje*.

De siesta, juntaba muchos rayitos de sol, los apretaba en un manojo que llevaba hasta su oscura cueva para alumbrarse durante la noche. Se divertía cosechando luciérnagas en las chacras de maíz, que los agricultores cultivaban al pie del cerro.

—Mira estas enormes pisadas, papá.

—Son las huellas del gigante del cerro.

—Se perdió el ternero blanco, la cría de la vaca overa.

—Habrá bajado el gigante y se lo habrá llevado para comérselo.

Un atardecer de invierno, desaparecieron dos ovejitas del corral. Amanecía rosa y lila sobre los cerros, los dueños se dieron cuenta, faltan dos... Salieron a buscarlas, recorrieron los plantíos, subieron al cerro, ascendieron hasta la cima y no las encontraron. No había ningún rastro de ellas. Decidieron tenderle un *ñuha* al gigante. Armaron la trampa a borde del zanjón, allí esperaron pacientemente varios días, pero nada sucedió, el gigante no cayó en ella.

La madrugada estaba muy fría, los que quedaron de guardia cerca del cerro vieron unos brazos como de cien metros y unas manazas como de diez metros, que sostenían un caballo con la mano derecha y un toro con la mano izquierda, pero no veían el cuerpo, ni la cabeza. ¡Qué misterio! ¡Hasta hoy día!

Los niños del lugar se vuelven ancianos, esperan sorprender al gigante cuando salga de la caverna y baje hasta el manantial en busca de agua. Hasta hoy día en noches tormentosas se escuchan los sonos de su flauta llamando a los monos y haciendo huir al *jagüareté*. De repente,

cuando un relámpago ilumina la cumbre; una gigantesca sombra se esconde presurosa perdiéndose en la cima.

Lo que no sabían los hombres y mujeres que habitaban en las laderas del cerro, lo que no saben, pero yo sí lo sé es que las ovejitas desaparecidas –que no eran dos– no fueron comidas por el gigante, que vivían contentas con el que les protegía de los lobos y de otros animales, el gigante era un pastor. Eso es lo que no saben pero yo sí sé.

DE: *El Gigante del Cerro y otros Cuentos* (Asunción: Editorial Servilibro, 2002)

* * *

EL ARPA MÁGICA

En las afueras del pueblo vivía con su mujer y sus nueve hijos, un zapatero remendón. Todos ellos vivían pobremente, lo que ganaba el padre apenas alcanzaba para el locro de cada día. Un día cuando los hijos volvían de la escuelita, el padre les dijo: deben salir a trabajar para ganar el pan, lo que yo gano ya no alcanza, los vecinos están tan pobres que ya no hacen reparar sus zapatos, ya van descalzos por las calles.

¿Qué podemos hacer?, preguntó Juan. Vos sabés pintar, ofrecete para pintar las murallas, le dijo la madre. ¿Y yo? Dijo Felipe. Vos podés ser jardinero, te gustan las flores, cuidalas, vos sabés cómo combinar las plantas para formar los setos floridos.

A mí me gusta sembrar las hortalizas, seré hortelano, sugiere Andrés. Yo seré una buena repostera, dice Jacinta, soy hábil para preparar masitas. A mí me gusta coser, dice Pablina, procuraré ser una excelente camisera.

Ya Ramón salía de la pieza con un serrucho en la mano y se disponía para pedir trabajo en el taller de don Cantalicio, cuando el menor de todos,

Nicolás, dijo: yo sólo quiero ser arpista, no deseo dedicarme a nada más. ¿Arpista?, dijo la madre. ¿Arpista?, repitió el padre. ¿Arpista?, gritaron en coro sus hermanos.

—Sí, quiero un arpa.

El arpa es un instrumento musical caro, le explicó Vicente, que quería ser albañil.

Don Tomás tiene un arpa, que dejó abandonada un músico para irse a la guerra y nunca volvió. ¡Veré si me la puede dar a cambio de mi trabajo!, él necesita que le ayuden con la curtiembre, con los cueros. Dicho esto, se encaminó a la casa de don Tomás. La tarde languidecía, ya el sol se perdía detrás de los cerros. Lo encontró desinfectando unos cueros ya curtidos, se lo veía muy cansado; tenía la espalda encorvada por el peso de la edad. Vengo a ayudarle, le dijo el muchacho.

¡Oh!, desde que mi hijo salió de casa, no tengo más ayudante, porque todos quieren ganar mucho; hoy día ya no se gana mucho con la curtiembre.

—¿Por qué?

—Porque en vez de cuero, se usa la cuerina, sale más económica. Desde que inventaron el plástico, nosotros perdimos, la gente prefiere zapatos y carteras de plástico. ¡Qué pena! ¿Verdad?

Don Tomás le asignó una habitación en el fondo de la casa. Allí acomodó su escasa ropa y un par de zapatones que le había regalado su padre. Don Tomás le dio de comer y se fue a su habitación; allí en un rincón estaba el arpa dormida, él la miró con ansiedad.

La tocó, la acarició y susurró, yo te quiero mucho..., tienes magia, me atraes, deseo pulsar las notas dormidas en tus cuerdas, notas alegres como chispitas de risa, como gotitas de lluvia, suaves como el rocío, como rayitos de luz.

¿Pero... qué estoy diciendo? Nunca me salieron palabras como estas, se dijo cuando, de pronto, oyó una voz: Claro que tengo magia. Y su cerebro y su corazón se llenaron de arpegios encantados y melodías dulcísimas que invitaban al encantamiento, a la ensoñación. Se acostó con una canción en el corazón.

Esa noche, soñó que el arpa era suya. El patrón le dijo que podía tocarla, mimarla, pero que era ajena, porque aquel músico soldado quizá volvería.

Nicolás no perdió la esperanza, siguió trabajando con ahínco, y al llegar la noche, se acercaba al arpa y le sacaba unos sonidos encantados que le sumergían en el río, le hacían bogar en un bote, o lo arrastraban en el torrente del arroyo, y hasta se creía estar metido en una jaula de pajarritos. Eran muchos los fragantes arpegios que poblaban su imaginación y se instalaban en sus oídos y él lo escuchaba claramente, insistentemente.

¡Tengo que sacar esos sonidos!, ¡me vuelven loco! Pulsó las cuerdas, las encontró tensas ¿cómo eso, si nadie la ha tocado desde hacia tiempo?

Yo tengo el secreto, le dijo la voz. Sal esta noche y recorre los caminos y la magia del arpa te convertirá en un gran músico.

Partiré esta madrugada con mi arpa mágica, recorreré los pueblo... y volveré con mucho dinero para pagarle a don Tomás.

Salió con el primer canto del gallo, el patrón dormía. Nicolás se encaminó hacia la ruta. Pasó un camión transganado que no se detuvo, a poco avanzó entre ruidos ensordecedores, un camioncito mandioquero, que iba al mercado de Carapeguá, detuvo su marcha y lo alzó. Cuando llegó a su destino, el camioncito parecía dar su último suspiro, tosió dos veces y después quedó callado, tan calladito que parecía enfermo. El pobre camionero se entristeció, casi llorando le dijo a Nicolás: apenas llegó, está muy viejito... con lo que gano no me da para comprar uno nuevo.

Nicolás bajó el arpa del camión y empezó a tocar una música alegre que semejaba al sonido de campanitas o al trino de la calandria, al poco rato, se vio rodeando de mucha gente que entusiasmada aplaudía. Una chipera le ofreció chipá de maíz calentito, otra le ofreció refresco de naranja y otra miel de caña.

Cargó el arpa y salió del mercado cuando se cruzó con un caballero de aspecto de buen patrón, se detuvo para decirle que era el cumpleaños

de su única hija y deseaba darle una serenata, porque ella hacía tiempo que sufría de tristeza, ¡ya ni sonrío!, le contó con voz apenada.

Partió con él, cuando llegó a la casa encontró que estaba llena de invitados, se sintió emocionado. Apenas puso sus pies en la sala, acarició el arpa y ella despertó como el canturreo de las olas sobre las rocas, como el ruido del viento en el naranjal, como el cuchicheo de la lluvia en el tejado o el júbilo del arroyo entre las hierbas o como el picoteo de dos avecillas enlazadas por el amor. Parece el hilillo del agua que brota del estanque –dijo una señora copetuda–. Todos quedaron encantados con su música de alas, de oro, de luz, de agua... Mariela, la joven de cumpleaños, comenzó a bailar y a reír alegremente.

Despertó la admiración de sus invitados. Cada vez la música fluía más alegre, más chispeante. Los jóvenes se sentían enamorados con solo mirarse; el arpa encantada había producido la magia de unir no sólo sus miradas, sino sus corazones.

Una mañana soleada de abril, los vecinos se engalanaron para asistir a la boda más bonita y más alegre. Una tierna ceremonia en la que el joven arpista y la bella Mariela se juraban amor eterno.

DE: *El país de las aguas y otros cuentos* (Asunción: Editorial Servilibro, 2003)

* * *

REGALO DE AMOR

Se frota el vientre
florecido, en primavera
aletean mariposas,
ritmo suave el anhelo.
Hijo del niño Andrés

vástago de patrón
que en noches calientes
visita el catre crujiente
escondido en el desván.
Siente ese tierno latido
de la entraña bendecida
soñando con un destino
feliz del hijo que espera.
Amor, confianza, ternura
los jóvenes se prodigan;
nada separa a las almas:
mujer pobre, rico el varón.
Ante el amor verdadero
Florenia al soñar desvaría
de dicha, de fantasía.
Ayer sola, hoy somos dos,
nuestro el futuro será
goce, permanente afán.
Cuando llega la señora
madre del joven Andrés,
que ciega de ira y despecho
maldice el amor con saña.
Yo voy contigo, le dice
su amor muy decidido,
y salen corriendo ambos
sin mirar atrás, no rendidos,
pusieron los pies en la calle.
Él sin dinero, ella sin nada
pero ambos convencidos
que siempre estarán unidos.
Nació un niño rubio
igualito que el patrón.

Presurosa trae la abuela
pañales y biberones,
y entona bella canción
meciendo al rubio niño
igualito que el patrón,
tan pequeño, tan querido
hermoso regalo de amor.

DE: *Romancero de Amor y de Olvido* (Asunción: Ediciones y Arte,
2008)

* * *

PECECILLO DORADO

El pececito dorado
se queda dormido
sueña en la pecera
con su isla de coral.
El pececito dorado
no quiere jugar
está preso y solitario
en su caja de cristal.
El pececito dorado
se pone a soñar
que un delfín enorme
le quiere tragar.
El pececito dorado
se pone a temblar
porque una gran orca
lo quiere devorar.

El pececito dorado le envía
un suspiro a su mamá
y ella muy asustada
lo viene a salvar.

* * *

CADA MES UNA FLOR

Sol de enero
lluvia en febrero
jazmines en marzo
rosas de abril.
Verdes los campos
siembras en mayo
brotes en junio
frutos en julio.
En agosto las cosechas
setiembre muy florecido
octubre el aire fragante
noviembre días radiantes,
y diciembre la Navidad.
Vuelen azules mariposas
y el colibrí de flor en flor
las abejas en la flor de coco
y la perdiz en el pajonal.

* * *

AMOR Y FAMA

Conocí una vez una niña
la llamaban Carmencita
quería ser enfermera
bailarina o arquitecta.
Armaba rompecabezas
hacía de periodista
en la revista del cole.
Su carpeta colorida
con flores del arco iris
tarjetas, cintas y moños
en su mochila llenaba.
Cuando salió de la escuela
se hizo gran bailarina
la aplaudían en escenarios
la fotografiaban los diarios.
Un día conoció a un atleta
campeón de jabalina
y juntos saltaron la valla
del amor y la fama.

DE: *Nube y Cielo* (Asunción: Ediciones y Arte, 2010)

* * *

EL LAGARTO Y LA LAGARTA

El lagarto y la lagarta
están muy enamorados
el lagarto en la laguna

la lagarta allá en el lago.
El lagarto le da un beso
la lagarta un empujón
mueve la cola y se ríe
el lagarto barrigón.

* * *

SAPITOS VERDES

Un sapito verde musgo
se baña en la lagunita
verde yerba, verde mar
agüita, cielo y cristal.
El sapito se zambulle
y en cada salto que da
besa la hierba en la costa
cerca del caraguatá.
Ahí dejó muchos huevos
al cuidado del conejo
se detiene a saludar
un caracol muy añejo.
Salen sapitos chiquitos
ojos saltones, negritos
saltando van hasta el agua
agua verde del charquito.

DE: *Rondas Infantiles* (Asunción: Ediciones y Arte, 2000)

* * *

NIÑO DEL BICENTENARIO

Niño que navegas en las redes
el Paraguay lo ves pequeño
mira al cielo, relumbra un lucero
y millones de refulgentes estrellas.
Si buscas derroteros espaciales
y miras desde un telescopio gigante
encontrarás estaciones en Marte
y podrás iniciar viajes estelares.
Cuando abordes la nave del siglo
llévate contigo a los Próceres
a nuestros valientes del Chaco
y a los sones de Emiliano o Flores.
En tu mochila de cosmonauta
con una guitarra y un mate
canta una polca y tu himno
cuando despegue tu nave.

DE: Nube y Cielo (Asunción: Ediciones y Arte, 2010)





“Sonámbula”, Óleo, 40 x 60 cms. 1998.
Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

CHIQUITA BARRETO

(Colonia Dr. Cecilio Báez, Depto. de Caaguazú, 1947)

Narradora, poeta y docente. Graduada de la Facultad de Pedagogía de la Universidad Católica, Amelia (conocida como **Chiquita**) Barreto es profesora de la Universidad del Norte y colabora con la UMPAM (Unión de Mujeres Para Ayuda Mutua) en Coronel Oviedo. Tiene varios cuentos publicados en suplementos culturales, revistas literarias y antologías diversas, tanto nacionales como extranjeras. El resto de su producción narrativa incluye, hasta la fecha: *Con pena y sin gloria* (1990; cuentos), *Con el alma en la piel: 9 relatos eróticos* (1994), *Delirios y certezas* (1995; cuentos), *Ese extraño que me habita* (2002; cuentos), *Historias pequeñas* (2003; relatos para niños) y *Una siesta asombrosa* (2006; novela infantojuvenil). En poesía es autora de tres poemarios: *Setiembre para Manolo* (1997; poemas de carácter elegíaco), *Jazmines y cenizas* (2005) y *De estrella y barro somos* (2007). De más reciente aparición son dos novelas: *Mujeres de cera* (2009) y *La voz negada* (2011).

LA NIÑA QUE ABRIÓ EL CIELO

La niña entró a la cocina y trajo el cuchillo, levantó la cabeza hacia el cielo y alzó la mano que lo sostenía; con la mano levantada dio un salto y de un tajo abrió el cielo.

–Todo es posible en el tiempo mágico de la niñez –le había dicho su papi muchas veces. Recordó.

Y recordando miró un rato el firmamento estrellado y saltó con la mano levantada y abrió el cielo.

Era precioso hablar con su papá, preguntarle por qué la risa ya no llenaba su boca, por qué ya no masticaba la alegría, por qué el pájaro cautivo aleteaba dolorosamente.

Los grandes ojos de la pequeña se desorbitaron de asombro al mirar el mundo que se abría ante ella.

Su papá y el bisabuelo le pasaron la mano y la levantaron suavemente hasta dejarla depositada en ese lugar de estallidos incandescentes.

Se encontró sostenida en un espacio de luz inabarcable: los astros y planetas giraban sin prisa ni pausa; el universo infinito se ofrecía a ella sin develar su misterio y al mismo tiempo sin esconderla. Se abrazó a su papi y reconoció al bisabuelo en el anciano sonriente al lado de su padre; tocó con manos trémulas la cara cubierta de polvillo luminoso de su papi y su corazón rebotado de preguntas que se le atoraban en la garganta sin encontrar la forma de las palabras que pudiera componerlas. Sólo atinó a decir:

—¿Qué pasó, papá?

Las palabras no tenían sonido; vio cómo salieron de su boca y caminaron en punta de pie por el espacio infinito, sobre las espesas alfombras de nubes doradas.

Se vio reflejada en las transparentes pupilas de su padre, miró cómo sus labios se movían sin que emitiera ningún sonido y volvió a preguntar:

—¿Qué pasó, papi?

Las tres palabras volvieron a cobrar formas y corrieron en puntas de pie levantando unas manitas rosadas que se confundieron rápidamente con el esplendor multicolor del firmamento.

Ella quería una explicación.

Todos creían que se había conformado con la escueta información que le dieron:

—Tu papá se fue al cielo.

Nadie sabía que desde aquel día, allí en su pecho, donde siempre hubo como un aleteo de pájaro cautivo, había quedado un hueco doloroso que no podía explicar, sólo sabía que ya no despertaba por las mañanas mordiendo su risa como antes y masticando la alegría del nuevo amanecer.

Desde el tiempo sin medida que instaló la ausencia de los abrazos al despertarse, todas las mañanas miraba el espacio azul, inmenso y lejano, donde suponía el cielo, y el aleteo de pájaro cautivo de su pecho cambiaba de ritmo, le subía a la garganta y le robaba el aire. Sentía como una miel caliente que, en vez de endulzar su despertar, le quemaba los ojos y el pecho.

Siguió mirándose en los espejos de las pupilas y preguntó sintiendo que las palabras sin ecos se depositaban como azúcar sin derretir en el corazón de ambos.

Su papi le abrazó con fuerza e impregnó sus bucles negros de polvillos de estrellas y le dijo, moviendo los labios mientras las palabras sin ecos que pronunciaba se alejaban en puntas de pie sobre la inmensa alfombra de nubes doradas y sonaban dulcemente en el corazón de ella:

–Mi niña, mi niña amada, abriste el cielo para que el pájaro cautivo de tu pecho pueda aletear sobre una media luna de olvido.

–No quiero olvidarte, papá.

–Por eso es sólo una media luna, para que no me olvides, sino para que vivas y revivas alegre todos los días el tiempo de los abrazos y ya no sientas el hueco doloroso de mi ausencia.

La levantó y le mostró cómo el antes, el ahora y el después se juntaban en la inmensidad del universo y cómo cada ser, por diminuto que fuera, tenía un lugar y un tiempo.

La niña se puso feliz.

El bisabuelo le hizo un gesto pícaro y le mostró las manos cerradas y llenas y, mientras se miraba en las pupilas transparentes de su papi, abriendo las palmas le tiró polvillos de estrellas y ella se vio luminosa en el universo infinito que desorbitaba sus ojos.

Apretada en los brazos de su padre, la niña trató de abarcar con su mirada todo el esplendor que los rodeaba y sintió que el inmenso silencio que los cubría era la causa que la distanciaba de su papi.

Él se había ido a un mundo de silencio. Ella habitaba el mundo de los sonidos.

Sólo eso.

Siempre podía traerlo junto a ella con sólo cerrar los ojos y recordarlo.

La media luna de olvido cerró el hueco doloroso y dejó intacto el recuerdo.

De repente el silencio profundo se rompió, sus oídos se llenaron del

son de su música favorita y despertó masticando su risa y mordiendo el júbilo del nuevo día.

En el hueco de la almohada quedaron pequeños trozos de cristal derretido.

DE: *Historias pequeñas*, Asunción, 2003.



“Luna llena”, Óleo, 147 x 99 cms. 2000.
Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

MARÍA IRMA BETZEL
(Corrientes, Argentina, 1957)

Docente y narradora. Aunque argentina de nacimiento, desde 1986 vive en Paraguay, donde ha concebido y escrito sus obras publicadas. Miembro de Escritoras Paraguayas Asociadas (EPA) e integrante del Taller Cuento Breve (dirigido por el profesor Hugo Rodríguez-Alcalá hasta el año 2000 y posteriormente por la escritora Dirma Pardo Carugati), hasta la fecha ha dado a luz la novela *Savia Bruta* (1998; premiada en 1997 con la Primera Mención en el Concurso de Novela Club Centenario), *Cuentos en fuga* (2005) y *Virusón* (2006), una novela infanto-juvenil. De más reciente aparición son *Los mil y un caminos* (2011), colección de cuentos, y *Memorias de un viejo baúl* (2011), otra novela infanto-juvenil. Algunos de sus cuentos han aparecido en antologías colectivas y en publicaciones del Taller Cuento Breve.

CINCO CUENTOS

1

LA BÚSQUEDA

—¡Se acercan buques enemigos! ¡Son brasileños! ¡Ya llegan al puerto de Asunción!

La noticia se propagó rápidamente. La Guerra de la Triple alianza azotaba al país en aquellos difíciles días del año 1868.

El enemigo avanzaba. Los habitantes de Asunción recibieron la orden de abandonar la ciudad.

—¿Y Adolfito? —clamaba Rosa, una joven madre paraguaya que vivía frente al puerto. Eventualmente, su hijo de siete años, se encontraba en un barco paraguayo.

Llena de angustia, sin poder rescatar a su pequeño, Rosa no tuvo más alternativas que tomar a Honorio, su hijo menor, e iniciar el doloroso recorrido de las residentas.

En su sufrida marcha cavilaba: ¿Qué será de Adolfito? ¿Cuándo y dónde volveré a verlo?

El encuentro era improbable ya que, debido al avance brasileño, el barco paraguayo en que iba el niño no regresó.

Lejos de allí, después del desembarco, el pequeño extraviado vivió todo el horror de la guerra.

Soportando penurias, junto a otros chiquillos perdidos, trajinaba detrás de las tropas paraguayas y también de las brasileñas, quienes, según recordaba ya adulto, a veces les daban de comer un bocado de fariña con azúcar.

Sobrevivió a duras penas y, en medio de la desolación reinante al terminar el conflicto, un oficial brasileño se compadeció de él y lo llevó a su país.

Al mismo tiempo, Rosa, ya viuda, hizo divulgar escritos por todo el Paraguay y Brasil requiriendo información sobre su hijo.

Habían pasado tres años desde el final del conflicto cuando alguien le hizo llegar una fotografía y la dirección de un niño extraviado, que nombraba a sus progenitores y a su hermano Honorio. Ella, inmediatamente envió un telegrama a la familia donde estaba el niño, comunicando su próximo arribo.

Agradecida, hizo construir un oratorio a la Virgen de Concepción y se embarcó rumbo a Brasil.

Durante el viaje, refirió la historia de su búsqueda al comandante de la embarcación, un navegante portugués, quien quedó hondamente impactado por el relato y la actitud de aquella mujer joven y bien parecida.

Poco después, se produjo el emocionante encuentro. En la entrada de la vivienda, la familia brasileña, junto a Adolfo, esperaban impacientes a la esforzada madre.

Ella reconoció a su hijo cuando le palpó una cicatriz que el pequeño tenía en la cabeza.

-De la emoción –relataba Adolfo, ya adulto– mi madre guardó cama durante cinco días y yo no me apartaba de ella ni un instante y lloraba si me querían separar, porque me parecía que iba a perderla otra vez.

Regresaron madre e hijo en el mismo barco junto al comandante Pinto de Mattos, quien, enamorado de Rosa, le solicitó autorización para escribirle. Meses después, en una de sus cartas, le pidió matrimonio.

Ella aceptó. Adolfo y su hermano Honorio fueron los únicos retoños de la pareja.

Se radicaron en Portugal y luego en Brasil.

Después de tantas peripecias por fin habían dejado atrás las aflicciones de la guerra para disfrutar en familia reconfortantes momentos de paz.

Día lunes

Al pie del primer cuento, Mariana encontró escrita esta frase:

La carta del capitán me fue entregada en el Brasil por Sor Johana Miltos, monja del convento Las Marías, pariente de la familia.

¿A qué carta se refería?, pensaba Mariana una y otra vez. Suspirando, le dio la razón a su madre, quien solía decir *estamos rodeados de misterios* cuando ella o Tobías, después de alguna travesura, guardaban silencio.

Su padre le recomendó que Adolfo, el niño perdido, realmente existió. Había documentos históricos que confirmaban su existencia.

Con los ojos cerrados, Mariana se imaginaba un barco surcando las aguas del mar y en la borda, una hermosa mujer paraguaya abrazando a sus hijos.

Hasta Tobías pareció interesarse. Preguntó:

–¿Es cierto que el chico anduvo solo recorriendo por ahí, durante esos años del conflicto?

–Sí, durante las guerras ocurren tantas cosas extraordinarias. Adolfo sobrevivió porque, por ser niño, se compadecían de él y, a veces, hasta los soldados enemigos le daban de comer... –dijo el papá.

–Ojalá nunca más tengamos guerras –dijo Mariana.

–Mejor hubiese sido que las guerras no existieran –finalizó su mamá con un suspiro.

Más tarde, Mariana trazó un plan de lectura: decidió que continuaría leyendo un cuento todas las noches, así terminaría para el siguiente jueves.

Después, se dispuso a leer el segundo cuento.

2

UNA AHIJADA PRODIGIOSA

María Inés era una chiquilla inquieta de grandes ojos negros y hermoso cabello rizado.

Se padre se llamaba Juan Bautista Rivarola y su madre María Gregoria Acosta.

A la pequeña le gustaba trepar por los árboles de la estancia donde vivía, en Barrero Grande, y corretear por el bosquecillo recogiendo frutas silvestres. Cuando la vestían con un primoroso vestido, ella sabía que acompañada de su padre, Don Juan Bautista Rivarola, iría a saludar a Don Gaspar Rodríguez de Francia, su padrino.

Al llegar, después de que algún sirviente abriera la puerta, la niña inquieta, soltándose de la mano paterna, traspasaba el umbral pugnando por llegar primero. Enseguida, juntando las manos expresaba el acostumbrado pedido:

—La Bendición Padrino—. Y el hombre, adusto, levantaba una mano haciendo la señal de la cruz, mientras decía:

—Que Dios te bendiga, mi hija.

Mientras los hombres conversaban, ella, curiosa, recorría las habitaciones hasta que, asediada por la invitación de la cocinera, se sentaba al lado del fogón a disfrutar de una generosa porción de dulce de guayaba.

Cuando la chiquilla se despedía de aquel cuya sola presencia hacía temblar a muchos, brindaba una tierna sonrisa al hombre taciturno.

Pocos años después, el poderoso Dictador hizo llamar a Juan Bautista Rivarola desde Barrero Grande y lo detuvo bajo la sospecha de participar en la conspiración.

Angustiada, María Gregoria decidió acercarse al Supremo y solicitar la liberación de su esposo. Llevaba a la pequeña María Inés con ella.

El temido Karaí Guasu permaneció en silencio. Atisbó a la graciosa niña y el asomo de la ternura le inquietó el corazón. Después, lentamente, rozando como al descuido uno de los suaves rizos, enunció:

–En gracia a María Inés le perdono a su marido. Esta niña tan linda no puede quedar sin padre.

Hizo un gesto al lacayo para que acompañara a las visitantes hacia la puerta de salida. En seguida, rutinariamente, se sentó a almorzar.

Días después, Juan Bautista fue puesto en libertad. Enseguida se retiró a su estancia en Barrero Grande. Se había librado milagrosamente de un trágico final.

Al verlo llegar, su familia y los sirvientes agradecieron con lágrimas de alivio la respuesta a sus ruegos.

Enterado de todos los detalles, Juan Bautista volvió a abrazar a su esposa y a la pequeña María Inés.

Según la tradición familiar, muchos años después, Doña María Inés siempre recordaría, como grabadas a fuego, las palabras “en gracia” iniciadoras de la frase que salvó la vida a su padre, en aquellos azarosos días de la dictadura, cuando era ella una chiquilla de largos rizos oscuros e inocente sonrisa.

Día martes

Mariana se había dormido profundamente después de leer el cuento.

El veraniego sol tropical irradiaba claridad cuando su mamá la despertó:

–¡A levantarse! –dijo la señora golpeando las manos–: ¡Es hora de desayunar! ¡Hay pan tostado caliente!

Después de desperezarse un poco, Mariana se levantó.

Durante el desayuno, mientras masticaba ruidosamente el pan tostado, ella pensaba que el cuento “*Una ahijada prodigiosa*” leído la noche

anterior, le recordaba algunas cosas que aprendió en el colegio. No le había dado tanta importancia en ese entonces (a veces era un poco distraída en clase) pero ahora deseaba entender más acerca de la Dictadura de Don Gaspar Rodríguez de Francia.

Su papá –quien había leído los cuentos la tarde anterior– le dijo que todas las historias eran verdaderas.

–Tal vez no ocurrieron exactamente como se las relata –le dijo–, pero están basadas en hechos históricos reales.

A Mariana le pareció que vivir en aquellos tiempos de dictadura debió ser difícil para muchas familias. Sin embargo, creía recordar que en ese período también se gestaron cosas positivas.

Por lo tanto... ¿Fue el gobierno de Rodríguez de Francia bueno para el Paraguay o no? ¿O tal vez ambas cosas?

–Algún día –pensó Mariana– voy a leer libros que me aclaren todas esas cuestiones.

Después, como el esplendoroso día invitaba a pasear, Mariana buscó su bicicleta y, pedaleando afanosamente, salió a dar unas vueltas por el barrio.

Al pasar frente a la casa abandonada, se sintió complacida al recordar que la antigua casona y ella compartían el secreto de aquella solitaria y aventurada visita.

3

PIEL OSCURA, CORAZÓN DE PARAGUAYO

Cándido, el niño moreno de encrespados cabellos, ayudaba desde pequeño a sembrar en la chacra de su comunidad.

El caserío de los afroamericanos -descendientes de aquellos que vinieron con Artigas- estaba ubicado en una llanura de Ñu Guasu (San Lorenzo) con abundantes plantas de laurel. Él no conocía otro lugar en el mundo. Había nacido allí, en una humilde casucha, alrededor de 1840.

—Cándido, vamos a buscar agua—ordenaba su madre y la acompañaba cargando recipientes de arcilla.

—Cándido, hay que quitarles los yuyos a las plantitas de zapallo—era el pedido otro día.

Una vez a la semana el niño ayudaba a cargar el carro de su tío con los productos de la chacra para ofertarlos en el Mercado Guasu de Asunción. Por unos instantes, los ojos vivaces del pequeño se iban detrás del carromato rebosante de rubias mazorcas, raíces tiernas de mandioca y verduras crujientes... anhelaba conocer el mundo más allá de su aldea.

No entendía aún que ellos, “los negros”, no eran bien considerados en la sociedad asuncena de aquellos días.

No obstante, Cándido era feliz. Cuando batía los tambores en la fiesta patronal, el ritmo frenético despertaba en él la alegría de la danza. Alegría de pobres. Alegría ancestral.

El muchacho amaba los sonidos naturales. El agua del Ykua, el trinar de las aves, el crujir oscuro de las raíces, todo era música. Pronto aprendió a soplar el aire sobre cañas imitando retumbos telúricos.

Así, la armonía sonora abrió para él sus secretos. Y Cándido, al llegar a sus años mozos, era reconocido como el mejor músico de la aldea. Eso lo diferenciaba. Por lo demás, la vida parecía consignarle a él y sus amigos una sacrificada existencia de campesinos en ese mismo lugar.

Pero agazapada, cual monstruo al acecho, la guerra aventó sus horrores. La patria, esa patria esquiva que apenas conocía, clamaba por todos sus hijos.

Cándido y otros hombres fuertes de la aldea partieron para la lucha. Oscura la piel y el corazón rojizo como jirón de bandera.

Algunos volverían, otros ya no.

Varios de ellos fueron consagrados héroes en la lucha naval frente a Corrientes.

El Sargento Cándido Silva sobrevivió a la guerra y, según se cuenta, no volvió a ejecutar el clarín.

Pensaba, tal vez, que nunca las notas podrían ser tan sonoras como

las de aquella tarde en Curupayty, el 22 de septiembre de 1866, cuando él, clarín en mano, elevaba al viento su melodía de victoria.

Día miércoles

Mariana era tan impresionable que la aventura de los relatos la perseguía en sus sueños. Por eso, después de leer el cuento sobre el músico Cándido Silva, tenía la sensación de haber dormido con melodías de tambores y clarines.

Esa mañana el tiempo había cambiado. Una ligera llovizna persistía desde la madrugada. Estaba fresco.

Mariana se arrebujó entre sus mantas y decidió quedarse tibiecita, durmiendo un rato más.

–Es temprano –pensó– y mamá no vendrá aún a llamarme.

Pero ya no podía dormir y, sentada en su cama, decidió analizar el cuento de la noche anterior. Se preguntaba: ¿Por qué los afroamericanos vinieron con Artigas? ¿Quién era Artigas? Había una avenida con su nombre en Asunción. Y sin darse cuenta, con el cuaderno en las manos, volvió a quedarse dormida.

Cuando su mamá la despertó, había dejado de llover y el sol abría algunas luces que asomaban hasta su ventana.

Ya levantada, Mariana ayudó en algunos quehaceres. A veces, desde el jardín, su mirada volaba hacia la casona pensando en la caja que le pareció haber visto en el baúl, debajo de unas revistas. Ansiaba ir de nuevo...

Por la noche, su papá le comentó que la comunidad afroamericana aún existía en San Lorenzo, al costado del Hospital Materno-Infantil.

–Me gustaría ir allá alguna vez, papá –dijo Mariana entusiasmada.

–Tal vez –respondió él– podríamos ir un 6 de enero, ellos organizan danzas y espectáculos tradicionales en esa fecha.

–¡Qué gusto! –palmoteó Mariana y Tobías agregó:

–¡Sí, hace mucho que no nos vamos de paseo! ¡Va a estar bueno, papá!

Esa noche Mariana pensó: “¡Qué rápido pasan los días! Hoy ya voy a leer el cuarto cuento”. Y abrió el cuaderno en el siguiente relato.

4

EL AMIGO DEL RÍO

El niño payaguá había crecido en las tolderías ribereñas. El río era para él una nodriza más que acunaba sus sueños en la canoa cuando su padre lo llevaba a pescar.

El río también era la madre que calmaba el hambre. Exquisitos peces, como el gran suruvi y el delicioso paku, era regalos otorgados por la suelta cabellera de agua.

Cuatí (su nombre cristiano era José) sabía que arrojando ramas tier-nas de timbó en algunos recodos lentos adormecería pequeños peces que, sumisos, se le ofrecerían a manos llenas.

Mas también había experimentado la crueldad del río. Fue una tarde de verano cuando él, muy pequeño aún, se divertía bañándose en la orilla junto a su familia. Se le ocurrió de pronto lanzarse a nado contra la corriente detrás de los niños mayores. Su padre le observó fijamente y lo dejó hacer. Pero sus brazadas no tenían la fuerza suficiente y su cabeza se hundió una, dos y tres veces en los bajíos del agua. Cuando, desfalleciente, se abandonó al desesperante abismo, el vigoroso brazo paternal lo elevó a las alturas del aire. Cuatí nunca olvidaría la lección. El río es vida pero también muerte. Y debía respetarlo.

Desde muy joven Cuatí empezó a frecuentar Asunción para acercar pescado fresco y porongos hermosamente grabados. Se había integrado así al comercio asunceno y fue abandonando la vida un tanto errante del canoero payaguá para asentarse en la zona ribereña de la capital.

Cuando los hombres fueron llamados al combate para la Guerra Grande, Cuatí fue de los primeros en ofrecerse. Su valentía y el gran dominio del río lo distinguieron enseguida.

El Gral. Eduvigis Díaz le brindó su confianza y él su fidelidad.

Aquella mañana, en pleno conflicto, el río parecía calmo. El Gral. Díaz y algunos de sus hombres (entre ellos su ordenanza Cuatí) viajaban en la canoa observando a los navíos brasileños. Pero fueron descubiertos y un cañonazo arrojó al agua al héroe de Curupayty. El Sargento Cuatí, al ver a su jefe malherido luchando contra la muerte, no lo dudó un instante. El amigo del río, el que conocía todos sus secretos, nadando vigorosamente, transportó al Gral. Díaz sobre sus espaldas hasta dejarlo a salvo en la orilla.

Aunque la muerte, pertinaz, días después arrebató la vida del gran héroe de Curupayty, el fiel payaguá podía estar con la conciencia en paz. En el momento oportuno él había cumplido su misión, allí, donde tenía dominios ancestrales, en el seno oscuro y luminoso del profundo río.

Día jueves

Cuando terminó de leer este relato, Mariana reconoció algunos hechos y personajes. En la escuela había aprendido que el Gral. Díaz fue salvado por su fiel ayudante.

Al día siguiente, durante el almuerzo, mientras comían el postre, la mamá de Mariana preguntó:

—¿Y, Mariana? ¿Qué tal estuvo el cuento que leíste anoche? ¿Te resultó interesante?

—Mmmm... sí, mamá —dijo Mariana apurando un bocado de mazamorra.

—El que salvó al Gral. Díaz era un indígena payaguá. ¿Dónde habitan estos indígenas? —preguntó Mariana.

—Tengo entendido que estaban a lo largo del río Paraguay, pero que actualmente se los considera extinguidos.

—¿Eso quiere decir que no queda más ninguno de ellos? —preguntó Tobías.

—Algo así, o al menos que ya no existen como comunidad.

—¡Qué lástima! —dijo Mariana.

—Sí —dijo su padre—. Los indígenas eran los primitivos habitantes de estos lugares. Deberíamos respetarlos y ayudarlos a perdurar. Josefina Plá, una brillante artista española-paraguaya, reprodujo grabados de los mates que los payaguá ofrecían a la venta. Son muy hermosos. Sólo eso nos queda de ellos...

—También el recuerdo de Cuatí —dijo Mariana.

—Sí, es cierto —dijo el papá.

5

SE LLAMABA MANUELA

El arroyo transparente y sinuoso se perdía en recodos de verde espesura, en los campos de San Roque, cerca de Quiindy. La niña, menuda y morena, lo recorría con brazadas rápidas mientras vociferaba a los demás chiquillos:

—¿Quién me alcanza? ¡Yo gano! ¡Yo gano! ¡Nadie puede alcanzarme!

Reía con una risa contagiante de júbilo. Reía, envuelta en difusas estelas de agua...

Caminando descalzo a la vera del arroyo, un pequeñuelo intentaba avanzar a su lado. Las espinas de una karaguata hicieron mella en él. Trastabilló el niño y un grito agudo entorpeció la alegría.

La chiquilla nadadora, al oírlo, inmediatamente emergió de las aguas y lo consoló en la orilla; luego, a pesar de que no era mucho más grande que él, lo alzó con dificultad hasta el camino de hierbas pisoteadas que llevaba al caserío.

Vigorosa y maternal, Manuelita tenía especial predilección por su pequeño hermano. Como dijera el poeta:

*“Por lo de pequeña se me ocurre así
Ponerle por nombre la madre kui
Allá por los montes alza a su hermanito
Cuida que gatee, limpia su moquito
Apenas un palmo separa la altura
Qué larga distancia
Medida en ternura...”¹*

Pasó el tiempo. Manuela se había revelado como una joven fuerte, de porte atractivo y recio.

Corría el año 1932 cuando la guerra, otra vez la guerra, surgió en pos del sueño de unos pocos y destruyó a millares.

El llamado para el hermano de Manuela conmocionó a la familia. Ella, impasible, comunicó a todos que, vestida como un hombre, había decidido acompañarlo.

Pocas fueron las objeciones. Conocían su osadía y el cariño maternal que la joven tenía por su hermano.

Ayudada por sus facciones recias, dijo en el frente llamarse Manuel y le entregaron un uniforme verde olivo que disimuló aún más su apariencia femenil.

Combatió tenazmente. Pero la guerra es brutal. Agotada, decidió huir del frente, acompañada por su hermano.

Los apresaron antes de llegar a destino y fueron procesados por desertores. El muchacho pidió clemencia para Manuela, revelando que era una mujer soldado. Al comprobarse la verdad, ella fue condecorada y él obtuvo permiso para guiarla.

Así, con una medalla en el pecho, desde la sequedad chaqueña, la mujer regresó a su valle de arroyuelos cantarines.

Vivió largos años Manuel Villalba. Hermana maternal, heroína del Chaco Paraguayo.

1. Mamá kui, de Franklin Rúveda.

Día viernes

A Mariana le agradaron los cuentos. Su padre opinaba que fueron escritos por la antigua dueña de la casona, ya que llevaban su firma. Quizás pensaba publicarlos alguna vez...

Ahora que su lectura había terminado, ella ansiaba volver a revisar el baúl. Le parecía que algo más había quedado allí, en su oscuro fondo.

–Mamá –dijo–. ¿Cuándo nos iremos otra vez a la casona?

–No sé –le respondió ella–. Tal vez alguna tarde de la semana próxima.

A Mariana eso le pareció mucho tiempo.

Por suerte, unos días después, la señora ordenó:

–Debemos abrir puertas y ventanas de nuestra nueva casa para ventilarla un poco, sacar las alimañas y hacer limpieza.

–¡Sí! –exclamaron Mariana y Tobías (les encantaba “tomar posesión” del antiguo caserón).

–Bueno, aunque no hay apuro, falta un buen tiempo hasta que pueda contratar a los trabajadores para la restauración –dijo su padre.

–¡Voy a terminar de revisar el baúl! –aplaudió Mariana, entusiasmada.

–Vos y tus chirimbolos –señaló con antipatía Tobías. Pero su padre intervino:

–Mariana encontró cosas muy interesantes. Esos escritos, por ejemplo... así que no la molestes, Tobías.

–¡Bah! –dijo el chico, enfurruñado–, si al menos encontrara una pelota...

Y agregó, con picardía:

–O unas tijeras más filosas para cortar su flequillo... ¡Ja! ¡Ja!

–Tobías... –le reprendió la madre–. El conocimiento de la historia es importante. Nos permite valorar nuestras raíces, descubrir nuestra identidad, querernos más...

–¡Ufa, mami! ¡Estás hablando como una profe! –dijo Tobías y se fue a buscar su bicicleta para vagar un poco por el barrio.

—Y bueno... —dijo Mariana— ella es profesora.
—¡Ay! ¡Éste mi hijo...! —suspiró la madre—. Algún día va a entender,
al menos eso espero...

DE: *Memorias de un viejo baúl* (Asunción: Fausto Cultural Ediciones,
2011)



“El angelito”, Óleo sobre lienzo, 110 x 110 cms. 1990.
Colección del artista.
Obra de Enrique Collar.

CATALO BOGADO BORDÓN

(Villarrica, 1955)

Narrador, poeta, periodista, músico y pintor. Corresponsal en Nueva York de las revistas *Estudios y Discurso Literario*, y de los diarios *Hoy* y *ABC Color* de Asunción en la década del ochenta, desde 1989 Catalo Bogado Bordón fue columnista invitado del *Diario La Prensa* de Nueva York, donde vivió entre 1981 y 1995, cuando volvió a su país y donde reside actualmente. Prolífico escritor, miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP) y del PEN CLUB del Paraguay, su obra poética incluye: *Los hombres del sur* (1987), *Iluminada orilla* (1989), *Antes del amanecer* (1998) y *Cristo ya no vive aquí* (2003). Su producción narrativa cuenta con los siguientes títulos publicados: *Días de verano* (1989; cuentos), *El amor de la memoria* (1993; cuentos), *Por amor y otros cuentos* (1994), *La noche de los francotiradores* (2000; cuentos), *Memoria de la soledad* (2001; novela breve) y *El fantasma de Ykua Bolaños* (2006; novela). También es autor de varias biografías, entre ellas sobre el Coronel José Félix Bogado, Manuel Ortiz Guerrero, Natalicio Talavera, José Asunción Flores y otros. Desde su regreso a Paraguay (1995), se ha dedicado a la investigación y publicación de materiales de interés cultural, lo que le ha ganado tres importantes distinciones: en julio del 2001, la Municipalidad de Asunción le otorgó la Medalla de Honor al Mérito Ciudadano por su aporte a la cultura ciudadana; en abril del 2003, la Municipalidad de la ciudad de Villa Rica del Espíritu Santo lo declaró Hijo Dilecto de la Ciudad; y en octubre del 2004, los organizadores del Festival de la Raza (Villarrica) le entregaron un Certificado de Gratitud y Reconocimiento por su aporte a la cultura nacional. De más reciente aparición son: *El piloto del ambiente* (2008), *Insurgencias del recuerdo* (cuentos; 2008) y *El impertinente* (novela histórica; 2009).

YO NO MATÉ AL OBISPO

(Relato de un joven en la cárcel de menores)

Así es señor. Nadie puede asegurar que yo maté al Obispo. Al momento de dispararle a Ángel, que estaba sobre el cercado de la casa parroquial, no vi ni siquiera una sombra parecida al representante de Dios... De eso estoy seguro, señor.

Que quise matar a mi querido Ángel sí confieso, pero tampoco lo logré; eso también puedo asegurar, pues esa noche, al despertar de un sueño fantasmagórico que tuve, mientras me secaba el sudor frío que corría por mi espina dorsal, percibí cómo ese monstruo negro se deslizaba junto a mí en el interior de la cama. En la oscuridad, tanteando temerosamente con la mano, sentí su pelo suave y frío e inmediatamente escuché un suave ronroneo. El ronroneo típico de Ángel después de un hecho siniestro.

Ángel..., ese mismo día de la muerte del Obispo, Ángel se la había llevado al infierno a mi profesora, a la querida señorita Alba. ¡Ah...!, qué hermosa era la señorita Alba. Nunca imaginé que su imagen perviviría tanto tiempo en mi memoria. Pero los años han demostrado que sí. Ahora mismo, en esta sucia y maloliente celda, con sólo cerrar los ojos puedo ver sus piernas, su desesperada cabellera, oler su perfume, sentir estrellarme con su profunda mirada y escuchar su voz diáfana vistiéndome de poesías los conocimientos. Sí..., aquél día había un hermoso sol. Sin embargo, de repente unas nubes de cuero crudo se colgaron opresivamente sobre el pueblo y un álgido viento se arrastró como un pesado lagarto por entre los riscos del cerro Ybytyruzú, donde estábamos los alumnos del cuarto y quinto grado con la profesora Alba y su colega, el profesor Vicente.

Todos estábamos absortos en las explicaciones que nos daba el profesor Vicente sobre la metamorfosis de las crisálidas, cuando de repente escuchamos un grito de espanto proveniente de la orilla del precipicio, cerca de la cima. Con toda la fuerza que nos permitía la edad y el susto, corrimos hacia la cumbre del cerro. No sé cómo, yo llegué primero que nadie; es decir..., cuando los demás llegaron ya me encontraron allí llorando, mirando cómo a la señorita Alba se le iban aflojando los dedos que la sostenían a la piedra saliente. Luego llegó el profesor Vicente y vi que pateó un bulto negro que aterrorizaba a la señorita Alba, pero antes de conseguir llegar a ella, extendiendo la mano, se le fue hacia el abismo, aferrada a su propio grito de terror.

El zumbido de su guardapolvo blanco al batirse contra el viento, la gravedad de la atmósfera y, luego, el ruido sordo que hizo su cuerpo al

chocar contra las piedras del pequeño arroyo, nos helaron la sangre a todos. Por unos minutos quedamos todos en silencio, paralizados por el trágico acontecimiento.

Inmediatamente, los cuarenta alumnos de la señorita Alba corrimos cuesta abajo sin importarnos que los espinos arrancaran a jirones nuestros pantalones y vestidos de domingo. Lo que encontramos en la vera del arroyo fue algo horripilante.

Pese a la rapidez con que llegamos, allí ya estaban las hormigas formando grupos de cooperativas para llevarse las dispersas margaritas de la dentadura y, avariciosas moscas y abejas ya se estaban disputando la masa encefálica y otras esparcidas e irreconocibles materias de lo que fuera el cuerpo de nuestra querida profesora.

Entre horror y llanto, con improvisadas escobas procuramos juntar los pedazos dispersos por los barrancos hasta que yo, incapaz de seguir soportando un momento más el olor a sangre fresca y la mirada acusadora del profesor Vicente, decidí marcharme solo a casa.

Cuando ya me iba alejando unos metros del grupo de alumnos, el profesor y un compañero de clase llamado Miguel Bordón me tomaron del brazo y me preguntaron por qué lo hice. Les dije sinceramente que no sabía de lo que me estaban hablando.

Cuando llegué a casa, tras vagar un rato por las calles del pueblo, al traspasar el pequeño portón que precede al jardín sin flores, vi que allí estaba él, ufano e indolente, mirándome desde la umbrosa rama de la ovenia.

¡Maldito Ángel!

Desde que lo vi caminar sobre el cuerpo de mi hermana, la noche que un rayo la electrocutó junto a una de sus compañeras, llegué a la absoluta convicción de que él era el culpable de la muerte de mis padres en aquel absurdo accidente casero y del improbable accidente que acabó con la vida de la señorita Alba. Ángel, mi gato negro, había acabado con la vida de las personas a quien realmente he amado en esta vida...

Mi abuela Fermina, apenas le referí lo acontecido con mi maestra y, pese a que no le comenté ni el más mínimo de los detalles de lo ocurrido

en el cerro, ya sabía que aquel escurridizo felino había hecho que la maestra perdiera el equilibrio y se resbalara hacia el abismo. “Él la mató”, me dijo y, con el dedo índice en los labios me pidió silencio, que callara, que no dijera nada, que mantenga mi respiración...., y, caminando por la punta de los pies, se fue dentro de la casa y regresó con la escopeta que el señor Obispo le había prestado para tirar a las palomas que entran a la iglesia y se posan en la espada de San Miguel y cagan sobre la espalda de Jesús. Miró hacia la copa de la ovenia y, tras señalarme un bulto negro escondido entre el follaje, cerró uno de sus ojos y apuntó con firmeza al misterioso objeto. El disparo atronó todo el valle. El bulto, que no era otro que mi gato, por el impacto de las municiones, salió volando por el aire hasta caerse pesadamente sobre el espinoso rosal.

–Abuela, ¡lo mataste! –grité.

–No creas, mi hijo, todavía le faltan varias vidas –me dijo, mientras trataba de recargar su arma. En esto, el gato, que quedó por unos segundos quieto, empezó como atacado por un intenso frío a temblar; luego, sacudiéndose su erizado pelo, se paró sobre sus patas y, sin más síntomas que el haber sufrido un gran susto, salto de la enramada de rosas y haciéndose del tronco de la ovenia llegó hasta la cornisa de la casa y se perdió por el musgoso tejado de la vecindad.

Fue en aquel momento que recordé que los gatos tienen siete vidas y pregunté a mí abuela si cuántas vidas le sobraban a mi gato.

Ella me miró con cara aterrorizada y me dijo de mala gana:

–Le faltan dos, este maldito tiene que llevarse siete vidas.... Ya se llevó cinco.

Terminaba la frase cuando en la canaleta de la casa una sombra oscura que maullaba furiosamente voló por sobre la cabeza de la abuela. Instintivamente ella apretó el gatillo de la escopeta y, tras el disparo, se derrumbó sobre las afiladas puntas de las secas ligustrinas; tenía las mandíbulas destrozadas por los balines. Así fue como murió mi abuela, no como dicen la gente del pueblo.

Fue entonces que, cegado por la rabia, tomé la escopeta, la volví a

cargar y fui tras él hacia el cercado... El resto de la historia ya te la había contado. Puedo jurar que yo no maté al Obispo.

DE: *Por amor y otros cuentos* (Asunción: Editorial Tigre Azul, 1994)

* * *

PARÁFRASIS DE LA FUNDACIÓN MÍTICA DE BUENOS AIRES DE BORGES

Imagínese que está en una madrugada de verano de 1536, año del Señor; no muy lejos del mar, en un lugar donde desembocan las turbias aguas de los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay, observando una de esas importantes reuniones de Principales de la región. Si sabe usted qué cosa es una *cumbre*, del MERCOSUR por ejemplo, ya se puede imaginar cómo sería una reunión de líderes en aquel tiempo, igual al de ahora, pero en que los eventos se presentaban mucho más pugnantes.

En fin, no le quiero llamar la atención sobre los líderes y guardaespaldas, ni sobre las cautivantes retóricas que se escuchan, pues en el aire hay rumores de guerra debido a que unos hombres barbados arribaron y echando mano a un fabuloso santoral empezaron a ponerle nombre a las cosas que ya tienen nombre. No señor, no le hablo de los acaramelados ojos de las muchachas nativas, que ya eran dulces y encantadores en esa época, ni de las brillantes cabelleras sobre las desnudas espaldas, las afiebradas danzas a contraluz y el humo alrededor de las hogueras, cosas que no tenían nada qué envidiar a las discotecas de moda de hoy, nada. No deseo distraerle siquiera con las coloridas plumas que adornan las cabezas de los concurrentes, ni sobre las cálidas pieles de tigres y pumas que abrigan a los niños, ni le quiero impresionar explicándole la misteriosa e inagotable fuente de energía de los músicos encargados de mantener el frenético y excelente ritmo; no, me remitiré a mostrarle una cabeza, la cenicienta cabeza de una anciana que manipula unas enormes ollas de cerámica, con alma y devoción.

Ella se llama Arapysandú¹, tendrá encima, por lo menos, unos setenta inviernos. Nació en la mítica región del Guairá. Es buena mujer y excelente cocinera; las personas de su profesión de todas las tribus del continente la estiman. Mbo'ehara (Maestra) es su nombre familiar; y decir familiar y continental era la misma cosa en ese oficio y en aquella época de gran dogmatismo y respeto. “Mbo'ehara dirigirá la cocina...” equivaldría a decir hoy algo así como: “subirá al escenario Mercedes Sosa” o, “Plácido Domingo cantará su mejor repertorio”. Nadie quería faltar a un comensal que Arapysandú dirigía.

El desafío que ella enfrentaba en cada congreso de líderes donde era invitada no era poca cosa. Imagínese el peculiar paralelismo, la fría e irreconciliable diferencia, la distancia exótica que puede existir entre los refinados gustos de Dilma, Cristina, Lugo y los palurdos modales de Chavez, Mujica, Morales... Pero, la presencia de Arapysandú en la cocina significaba una fiesta del sabor para todos, una garantía de gozo para el paladar, la sazón exacta, la medida delicada del sabor entre lo selecto y lo popular.

¿Quién no conocía a la Mbo'ehara? Tenía la humildad de los grandes. Se desenvolvía con movimiento medido, con pasos lentos y seguros, su mirada era tranquila y su hablar pausado, pero..., a la hora de cocinar, todo eso desaparecía frente a la materia prima requerida, las ollas y las fogatas. Cocinar era, para ella, rito y dogma, dogma y rito. Y, en ese momento ritual, la savia de sus venas se tapujaba en vida por todo el cuerpo y todos sus gestos se volvían eufóricos: su mirada se encendía, su sonrisa se iluminaba y, con su espátula, levitando primorosamente en el aire, se hacía omnipresente. Se convertía en una vehemente conductora de orquesta sinfónica. Era otra.

Esa madrugada azul, de 1536, con entusiasmo y esmero, Arapysandú desplegó todos los trucos de su arte, pero, ¡imposible!, ninguna inspi-

1. Arapysandu, en guaraní significa: el que ausculta o siente el universo.

ración le sonreía. No atinaba a dar con una miserable pizca de sabor. Probó la receta del coatí, del jaguar, del yacaré y del mboreví: fue inútil. Volvía al principio, repetía las recetas, lavaba nuevamente la carne, cambiaba de leña, incorporaba nuevas especias y sal traídas del Chaco y del Caribe; mezclaba hojas, flores, semillas y raíces de hierbas, arbustos y árboles buscando recuperar migajas de sensaciones dúctiles extinguidas; recordó e invocó a sus muertos, pero nada.

Fatigada por el malestar y la impaciencia mandó buscar la cabeza del animal sacrificado para el menú, pero le dijeron que el hijo del líder jíbaro ya se lo había llevado hacia los oscuros cañadones; entonces, echando maldiciones, volvió con la espátula a las ollas, pero ni las invocaciones a sus muertos había nutrido su inspiración, y el sabor siguió siendo, lacio, desabrido e insípido; casi repugnante.

Desesperada, para no decir rendida, dio por terminada la ceremonia culinaria, como si terminara un intenso rito de exorcismo. La última prueba de sabor le había dejado en el rostro una ordinaria luz de insatisfacción. Antes de abandonar el lugar con fogatas para dirigirse adonde estaban conferenciando los líderes, hizo formar a sus ayudantes un círculo y, apoyándose en su bastón, lo recorrió para estrechar la mano de cada uno de sus asistentes. El último de ellos era Ka'í Pukú, el que le proporcionó la carne; ella lo saludó y, apuntándole el rostro con el bastón, le preguntó: hijo, ¿de dónde sacó esa carne tan sin sabor?

—Maestra, la encontré cerca de aquel “*río de sueñera y de barro*”, iba “*a los tumbos*” en un barquito pintado “*entre los camalotes de la corriente zaina*”². Cuando le di el flechazo y fui para recoger su cuerpo, escuché en medio de los chapoteos que desde el desmedrado sitio del barranco alguien lo llamaba: “¡Juan Díaaaaz..., Juan Díaaaaz!”³.

2. Adaptación y cita de los primeros cuatro versos de “Fundación mítica de Buenos Aires”, famoso poema de Jorge Luis Borges.

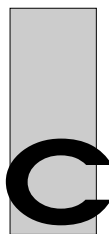
3. Juan Díaz, marinero que acompañó a don Pedro de Mendoza (1536). En “Fundación mítica de Buenos Aires”, dice Borges: “el sitio en que ayunó Juan Díaz y los indios comieron”.

Arapysandú sonrió nerviosamente y, como dando por aclarado el misterio que la mortificaba, escupió hacia el fuego y se dirigió al sitio donde estaban reunidos los caciques. Allí aceptó un lugar en la ronda, pero estuvo todo el tiempo entre indiferente y pensativa, observando calladamente cómo los Principales iban masticando a desgano lo que, algunos más diplomáticos, llamaban: “menú exótico”. Al fin, carraspeando fuerte, ella se puso de pie y mirando al grupo con ojos glaciales y blandiendo histérica el bastón, antes de alejarse del lugar, echó una profecía que nadie entendió a pesar de la vehemencia con que pronunció; dijo: “Sepan bien, si no les toman gusto a ese sabor, pronto acabará con nuestros dioses y nos devorará”.

DE: Cuento inédito.



“Cuando mis hijos eran chicos 1”, Óleo, 61 x 61 cms. 1999.
Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.



GINO CANESE
(Asunción, 1920-2008)

Cuentista y novelista. Aunque médico, investigador y docente universitario de profesión, Gino Canese (nombre literario de **Arquímides Tomás Gino Canese Prezioso**) es autor de cinco libros, todos publicados a edad muy avanzada. Tenía más de 75 años cuando dio a luz su primer libro: *El arca de Marangatú* (1997), serie de relatos inspirados en su época de estudiante de medicina. Un año después publicó *Qué linda era mi tierra* (1998), acerca del barrio Colón, y posteriormente salieron *Jasy y Kuarahy* (2002), *Karai Guasu* (2004), una biografía del Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia, y *Alí Babá y los 40.000 ladrones* (cuentos; 2007), su última obra publicada.

CAPERUCITA ROJA Y SU PRIMA
(Versión libre)

Hace mucho tiempo, antes de que se usara la energía eléctrica, en medio de una hermosa llanura de un país sudamericano, vivía una pareja de campesinos recién casados, quienes de día trabajaban la tierra, criaban aves de corral y ordeñaban las vacas, y por las noches, a la luz de las velas de sebo, fabricadas por ellos mismos, cenaban y, antes de dormir rezaban a Dios para que les enviase una hija.

Una mañana, antes de que saliera el sol, la mujer se despertó, y sacudiendo a su marido que todavía estaba durmiendo, le dijo:

—¿Sabés lo que soñé anoche?

—No sé —le contestó el marido que estaba todavía semidormido.

—Soñé con nuestra futura hija —le dijo la esposa y continuó hablándole—: Esta vez me dijo que estaba esperando que eligiéramos un nombre para que pudiera venir a vivir en mi vientre. Yo le dije que me gustaría llamarla Caperucita Roja, porque una sobrina, hija de mi hermana gemela, que ha nacido este año, iba a llamarse así, pero sus padres le pusieron el nombre de Caperuzota Roja.

—¿Por qué la llamaron Caperuzota Roja?

—En realidad, quisieron ponerle el nombre de Caperucita Roja, como era el deseo de mi mamá, la abuela de la niña, quien había tejido precisamente para ella una caperuza roja. Pero al nacer, viendo que la prenda no le servía para nada, porque le quedaba muy chica, decidieron ponerle el nombre de Caperuzota Roja. Además me dijo mi hermana que esa caperuza me la va a regalar para que la use nuestra futura hija. Es por eso que quiero ponerle a nuestra hija el nombre de Caperucita Roja, como era la voluntad de mi mamá de tener una nieta que se llame así.

El marido le contestó:

—Estoy de acuerdo contigo. La llamaremos Caperucita Roja.

Después de un tiempo, nació Caperucita Roja, hecho que llenó de felicidad a sus padres.

Pasaron los años, y las dos primas Caperucita Roja y Caperuzota Roja iban creciendo. Mientras Caperucita Roja tenía el desarrollo de una niña normal, Caperuzota Roja crecía en forma tan exagerada que la capucha roja que la abuela tejía para ella apenas le servía para unos pocos meses, luego de lo cual, tenía que tejer una nueva prenda. En cambio, la que la abuela tejía para Caperucita Roja, le duraba años. Caperucita Roja era una niña normal y corriente que retozaba con sus amigas, entreteníendose con las muñecas y los juegos propios de las niñas de su edad, en cambio, Caperuzota Roja, con su enorme cuerpo musculoso, prefería jugar con los varones, a quienes los superaba siempre, sea en las pulseadas, en las carreras, y en cuantos juegos masculinos competía.

Los padres de Caperuzota Roja vivían en la ciudad y una vez al año, en las vacaciones de invierno, iban a visitar a sus parientes en el campo.

El reloj de la sala marcaba las 9 horas en punto. El viaje a la casa de la abuela le llevaría alrededor de una hora, si es que iba por el camino de las carretas que era el más largo y el más aburrido, en cambio, si cruzaba el bosque llegaría en menos tiempo, además en ese sendero podía gozar del canto de las aves y podía recoger un lindo ramo de flores silvestres para obsequiarle a la abuela.

Mientras Caperucita Roja estaba dudando cuál camino debía elegir, llegó su prima Caperuzota Roja, que también quería ir a la casa de la abuela.

—¡Hola! ¿Cómo andás Caperucita Roja?— tronó la voz de Caperuzota Roja.

—¡Hola!— le contestó Caperucita Roja y continuó diciendo—: No esperaba tu visita. Es una suerte que llegaste antes de que me fuera a la casa de nuestra abuela.

—En realidad me acordé del cumpleaños de la nona y sabiendo que vos irías temprano a visitarla, vine para acompañarte. Veo que tenés una canasta preparada con el regalo. ¿Qué es?

—Es una torta de frutilla. Y observo que vos traés un gran paquete de regalo. ¿Qué le llevás a la abuela?

—Le llevo un lechón asado que estoy segura que le va a gustar mucho a la abuela y al abuelo— contestó Caperuzota Roja y prosiguió—: Vamos ya.

—¿Por dónde te parece mejor que vayamos? ¿Por la carretera o por el bosque?— le preguntó Caperucita Roja.

—Por el bosque, sin ninguna duda. Es un sendero mucho más divertido— convino Caperuzota Roja.

—Mamá no quiere que yo vaya por allí porque dice que suele deambular un enorme *jagueté* (yagueté, tigre)— insinuó Caperucita Roja.

Pero Caperuzota Roja la convenció diciendo:

—Hace rato que nadie ve a la fiera en el bosque. Yo creo que se habrá ido a otro lado o sino se habrá muerto de viejo. Además yo no le tengo miedo y te voy a proteger.

Caperucita roja, convencida por los argumentos de su prima, asintió y enseguida, ambas, iniciaron la marcha por el bosque.

El día estaba maravilloso, un radiante sol brillaba en el firmamento, y la suave brisa primaveral les estimuló a caminar cada vez más rápido. Penetraron en el bosque, y mientras Caperucita Roja recogía las multicolores flores silvestres, Caperuzota Roja iba recolectando y comiendo cuantas frutas encontraba a su paso.

Así fueron avanzando por el camino peatonal hasta que llegaron a la entrada de un estrecho puente, formado por dos troncos, sobre un arroyo.

Cuando Caperuzota Roja, que iba adelante, subió en la pasarela vio, con sorpresa, que un gigantesco *jagueté* estaba acostado encima de los maderos. Sin dudar un solo instante, dirigiéndose al tigre le gritó:

–Salí de nuestro camino, inmediatamente.

El tigre, que había olfateado los ricos comestibles que traían, le contestó:

–Solo saldré del puente y les daré paso, si es que me entregan el chanchito asado y la torta de frutillas.

–Sos loco si crees que te vamos a dar los regalos que son para nuestra abuela –dijo Caperuzota Roja y agregó–: Te vuelvo a repetir: Quiero que salgas de allí.

–Yo te contesto que no voy a salir si no me das lo que te pido –dijo el *jagueté*.

–Mirá que me voy a enojar –dijo la niña.

–Y yo te digo lo mismo –rugió el tigre.

Entonces, para demostrar que era el rey del bosque, el *jagueté* se dirigió hacia Caperuzota Roja y abriendo su gran boca, le mordió en la pierna derecha.

Al instante se oyó un espeluznante ruido que retumbó en todo el bosque:

–Crash... Crash...

Era el ruido engendrado al chocar los dientes del felino contra la musculosa y dura pierna de Caperuzota Roja, quien estaba parada en el

medio del puente, mirando fluir las aguas del arroyo que estaba debajo de ella.

En el mismo momento, la superficie del arroyo recibe una lluvia de dientes enteros o en pedazos, mientras se oía en medio de los rugidos de dolor, la voz del tigre que decía:

–¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Se han roto todos mis dientes. ¿Qué va a ser de mí ahora? ¡Me moriré de hambre si no puedo comer!

–Vos sos el único culpable –le respondió Caperuzota Roja y agregó–: Te advertí que salieras de mi camino y no me hiciste caso. Para más me raspaste la piel de mi pierna. En vista de que te portaste mal, tendré que darte una buena lección, para que aprendas a respetar a los demás.

Al terminar de decir esto, agarró al *jagueté* por la cola y lo hizo girar sobre su cabeza.

–¡Ay! Me duele mucho –gritó el animal.

Caperuzota Roja aumentaba, cada vez más, la velocidad de giro del tigre, tanto, que producía un ventarrón tan impresionante, que iba derribando a su alrededor todos los árboles situados hasta cien metros a la redonda.

–Soltame –imploró el *jagueté*–. Te juro que nunca más morderé a nadie en lo que resta de mi vida.

–Te creo –le contestó Caperuzota Roja, riéndose del tigre y agregó–: Si no tenés más ningún diente, ¿cómo vas a poder morder a nadie?

–Soltáale, por favor –intervino en ese momento la Caperucita Roja–, no ves que es un pobre tigre arrepentido y además viejo.

–Está bien, en mérito a tu pedido –expresó Caperuzota Roja dirigiéndose a su prima–, lo soltaré.

Para el efecto, abrió la mano que apretaba la cola del tigre, e inmediatamente, la bestia, debido a la enorme fuerza centrífuga que lo impulsó, salió disparada a una velocidad superior a la del sonido. El pobre felino, gritando de dolor, iba seccionando a su paso cuantos árboles encontraba en su camino.

Los pobladores de las áreas vecinas, al verlo pasar, opinaban:

—Es un misil.

—Es un meteorito.

—Es un plato volador.

Pero un niño de cinco años, que tenía muy buena vista, exclamó:

—Es un tigre volador, pero sin alas.

Al final, el tigre chocó contra un cerro y se cayó al suelo.

Las dos primas corrieron hasta el lugar en donde estaba, aparentemente muerto, el tigre.

—Pobrecito —dijo Caperucita roja y dirigiéndose a su prima le sugirió—: Vamos a ayudarlo.

—Está bien —aprobó Caperuzota Roja.

Consiguieron que un vecino les prestara una carretilla y colocaron sobre ella al tigre y lo llevaron a la casa del veterinario. El profesional, después de examinarlo y de hacerle algunas curaciones, opinó:

—Este animal, lo que más necesita, es que lo lleven al dentista para que le fabrique una dentadura postiza, porque no le ha quedado un solo diente sano en la boca.

Así lo hicieron. El odontólogo tomó la impresión correspondiente y les dijo que volvieran dentro de una semana, cuando ya tendría lista la dentadura.

—¿Qué puede comer mientras tanto este pobre animal? —le preguntó Caperucita Roja.

El dentista le contestó:

—Solamente puré de papa y de banana.

—¡Puag! —dijo el tigre—. ¡Qué asco!

Llevaron al *jagueté* hasta la casa de la abuela, quien al verlo tan golpeado, se apiadó de él. Entonces, ella misma les preparó un caldito de lenteja y el puré de papa y de banana.

Mientras el desdentado tigre comía a regañadientes (¿regañaencias?) su comida vegetariana, los abuelos y las nietas se dieron un atracón con el lechón asado y la torta de frutillas.

* * *

LOS PATITOS Y POLLITOS FEOS

Hace muchísimos años, en una granja ubicada a orillas del lago Ypoá, vivía una pareja de ancianos que se dedicaba a criar aves de corral, especialmente gallinas, gansos y patos.

Era costumbre que cuando las aves habían desovado suficiente cantidad de huevos en el nido y se tornaban cluecas, las ponían, con sus respectivos cajones-nidos, en jaulas separadas para que los incubaran y así no se molestaran unas con otras.

En cierta oportunidad una gallina que había puesto una docena de huevos y una pata que había desovado diez huevos se pusieron cluecas al mismo tiempo. El anciano llevó primero el cajón con los huevos de la gallina a una jaula y luego transportó el de la pata a otra jaula contigua, pero, como en ese mismo momento una vecina vino a pedirle prestado un litro de leche, tuvo que interrumpir el traslado de las aves y se puso a ordeñar la vaca.

Después de un rato, cuando terminó de ordeñar, le entregó la leche a la persona que se la había pedido y entonces volvió a encargarse de transportar la gallina y la pata a sus respectivos nidos.

Habían transcurrido las tres semanas habituales para que nacieran los pollitos de la gallina y en su nido no pasaba nada, en cambio, en la jaula en donde empollaba la pata se rompieron las cáscaras de los huevos y ante la sorpresa de la pareja de ancianos, salieron doce pollitos. La mujer le dijo entonces a su esposo:

—Parece que en esta oportunidad te has equivocado al trasladar la pata y la gallina a las jaulas en donde se encontraban sus respectivos huevos.

El anciano le contestó:

—Creo que tenés razón, querida. Tenía que haberme fijado mejor, puesto que el tamaño de los huevos de la gallina y de la pata son diferen-

tes. Además el nido de la gallina contenía doce huevos y en el de la pata había solamente diez.

–¿Qué haremos? –le preguntó la anciana.

–Dejaremos las cosas como están. La pata está convencida que estos pollitos son sus hijos. Lo mismo ocurrirá cuando la gallina vea a sus patitos.

Pocos días después nacieron los patitos y los ancianos pudieron comprobar que la gallina los atendía muy bien. Esta conducta inicial de las dos aves madres: mamá gallina y mamá pata, tranquilizó a los ancianos, que se olvidaron del tema y se dedicaron a sus tareas habituales.

Al día siguiente la mamá pata y la mamá gallina sacaron a pasear a los polluelos, pensando llevarlos a orillas del lago. Mientras caminaban en medio de un grupo de ocas oyeron que éstas murmuraban diciendo:

–¡Qué patitos tan feos tiene nuestra vecina la nueva mamá pata! –dijo una pata.

–¡Qué patas largas y ridículas, sin membrana entre sus dedos poseen los hijos de nuestra amiga pata! –dijo una tercera pata.

–¡Sin embargo, miren qué lindos son los polluelos de la mamá gallina! –dijo una cuarta pata.

La mamá pata se afligió al oír los comentarios de sus congéneres, en cambio, la mamá gallina se sintió orgullosa al escuchar las opiniones de las patas sobre sus crías.

Ambas madres continuaron caminando con sus respectivas camaradas hacia el lago. A unos veinte metros de él se encontraron con un grupo de gallinas que estaban escarbando la tierra en busca de los sabrosos *sevo'í* (lombrices, vermes, gusanos). Estas aves, al ver a las dos madres con polluelos se asombraron tanto, que dejaron de remover la tierra y se pusieron a opinar entre ellas, en voz tan alta, que sus palabras llegaron nítidamente a los oídos de mamá pata y mamá gallina.

–¡Qué pollitos tan feos tiene esta mamá gallina! –dijo una gallina.

–¡Qué espantosos picos aplanados tienen esos pollitos! –dijo una segunda gallina.

—¡Qué patas chuecas y cortas poseen, además de esas inútiles membranas entre los dedos! —dijo una tercera gallina.

—¡Fíjense qué lindos son los hijos de la mamá pata! —dijo una cuarta gallina.

En esta ocasión, la que se apenó mucho fue la mamá gallina al escuchar las opiniones de las gallináceas, en cambio, la mamá pata se puso muy contenta al sentir el parloteo de estas aves.

La orilla del lago se encontraba cerca y a ese lugar, seguida por su prole, se dirigió la mamá pata para darse un buen chapuzón, nadar y a la vez alimentarse con los numerosos *piky* (pescaditos) que solían abundar en esa zona.

Mientras tanto la mamá gallina se puso a remover la tierra con sus patas, mostrándole a sus críos cómo deben buscar los *sevo'í*. Estos miraron a su madre e intentaron realizar lo que ella hacía, pero era evidente que sus patas eran incapaces de escarbar la tierra puesto que no hacían otra cosa que alisarla con las membranas que tenían entre los dedos. Por lo tanto, como no consiguieron encontrar ningún *sevo'í*, empezaron a sentir hambre.

La mamá pata, apenas pisó el agua de la orilla del lago, se sintió feliz y graznando le llamó a su prole. Para dar ejemplo de cómo debían hacer las cosas, se metió al lago y empezó a nadar, zambulléndose de tanto en tanto, para aparecer enseguida con un succulento *piky* en la boca. Al ver que sus hijos no atinaban a entrar en el lago los estimuló diciendo:

—¡Entren al agua! ¡Vengan conmigo! El agua está con una temperatura excelente y además hay mucha comida en ella.

Los pollitos, obedientes como todo ser vivo debe ser con su madre, intentaron entrar al agua, pero sintieron miedo al instante y le dijeron a su madre:

—Nosotros no sabemos nadar. ¿Cómo vamos a poder ir hasta donde estás vos?

—Vayan caminando hasta el muelle y desde allí salten al agua, en donde yo los estaré esperando.

Cumpliendo la orden de mamá pata, los doce pollitos subieron al muelle y desde allá arriba miraron con mucho temor el agua del lago. Mamá pata les incitó a lanzarse al agua diciendo:

–Voy a contar hasta tres para que salten todos a la vez: ¡A la una! ¡A las dos! y ¡A las tres!

Los doce pollitos saltaron casi al mismo tiempo y de inmediato se pusieron a chapotear, desesperados porque no sabían nadar, mientras gritaban pidiendo auxilio:

–¡Socorro! ¡No sabemos nadar! ¡Nos vamos a ahogar!

La mamá pata quedó desconcertada. Nunca le había pasado algo igual en su vida. Quiso ayudarlos a todos, pero no dio abasto, pues mientras socorría a un polluelo, los otros once se hundían en el agua y ella no sabía a quién salvar primero. Entonces mamá pata también gritó:

–¡Socorro! ¡Se ahogan mis hijitos! ¡Ayúdenme!

Los patitos de mamá gallina, que en vano intentaban sacar *sevo’í* eran los que estaban más cerca del lugar. Instintivamente entendieron la llamada de auxilio de la mamá pata y, antes de que la mamá gallina pudiera evitarlo, corrieron hacia el muelle y se arrojaron al agua. Al ver esto la desesperada mamá gallina, que no sabía nadar y pensaba que su cría tampoco sabía hacerlo, se puso a gritar:

–¡Salven a mis pollitos que se van a ahogar! ¡Nosotras las gallinas no sabemos nadar!

Los diez patitos hijos de la mamá gallina, al caer al agua nadaron como solamente lo saben hacer los patos. Cada uno de ellos tomó un pollito con su fuerte pico aplanado y todos juntos, nadando vigorosamente, llevaron a diez pollitos a la costa, mientras mamá pata llevaba a los dos restantes al mismo lugar.

Inmediatamente se juntaron en ese sitio centenares de aves de corral, que cuchicheaban todas al mismo tiempo, sin lograr que nadie entendiera lo que decía la otra.

Al final, un viejo ganso, patriarca del corral de la granja, se puso en medio de todos y habló en un idioma ánade-gallináceo, para que todas las aves presentes pudieran entenderlo:

—El que tiene la culpa de esta desgracia con suerte es el anciano granjero, quien es, sin embargo, una buena persona y nos atiende cariñosamente a todos por igual; nunca nos hace faltar la comida y además cuida que no le falte nada a nuestras futuras madres cuando están cluecas. En esta oportunidad yo pude ver cómo este amable señor se equivocó cuando trasladó a las mamá gallina y mamá pata a sus respectivos nidos. Observé que puso a la mamá pata en el nido que tenía los huevos de la gallina y acto seguido colocó a la mamá gallina encima de los huevos de la pata.

Todas las aves, tanto las gallináceas como las palmípedas, quedaron satisfechas con la clara exposición del viejo ganso. De esta manera las aves, con el viejo ganso a la cabeza, retornaron a la granja. Mamá gallina llevaba orgullosa a sus doce pollitos y lo mismo sucedía con mamá pata que era acompañada por sus diez patitos.

El viejo granjero, al ver llegar a las aves de corral, le dijo a su mujer:

—¡Qué maravilla! Mirá lo que ocurrió con las dos cluecas. Parece que alguien les sugirió que intercambiaran sus crías. ¿Quién pudo haber sido?

Su mujer le contestó:

—No tengo la menor idea de quién pudo haber logrado este milagro, pero deduzco que debe ser obra de alguien muy inteligente.

El viejo ganso, al oír este comentario, graznó feliz y todas las aves de la granja, alegres y contentas, le acompañaron con sus cantos, festejando así el afortunado final de este raro acontecimiento.

* * *

KARAI VOSA Y JASYJATERE

En los comienzos del siglo XX, el Bañado era un barrio despoblado de Asunción, situado al sur de la avenida 15 de Mayo (hoy Carlos Antonio López), que abarcaba, a partir de allí, hasta la calle Colón por un lado y el río Paraguay por el otro.

Era un barrio de verduleros y pescadores cuyos productos eran transportados, a lomo de burro, cada mañana, desde antes que despuntara el

sol, para acceder de esa manera al mercado de Asunción situado en la manzana limitada por las calles: Estrella, Oliva, Independencia Nacional y 25 de Noviembre (hoy N. S. de la Asunción). La manzana contigua que estaba hacia el sur era un establo en donde se dejaban estacionados los burros. El concierto de melodiosos rebuznos dentro de este predio se podía escuchar hasta varias cuadras a la redonda y a veces hasta a un kilómetro de distancia, especialmente cuando los jumentos estaban sumidos en sus bochornosos períodos de celos.

La vida de los pobladores del Bañado era monótona y tranquila. Las personas mayores, hombres y mujeres que habitualmente comenzaban sus tareas a las 4:00 horas de la madrugada, volvían muy cansadas a sus casas poco después del mediodía y tras un breve almuerzo, lo que más querían era dormir una siesta reparadora. Para poder descansar sin problemas debían luchar con la numerosa prole, que por lo general tenían, prohibiéndoles a los niños que jugaran fútbol o que deambularan por el bosque por el peligro que entrañaba la presencia de alimañas que había en ellos.

La mejor arma que tenían los padres para tener a los infantes dentro de la casa era amenazarlos con el *Jasyjateré* y el *Karai vosa*, temibles personajes que durante la *asaje* (siesta, mediodía), recorrían los bosques vecinos y los estrechos caminos peatonales en busca de niños cabezudos y desobedientes.

–El *Karai vosa* te va a meter dentro de la bolsa y te va a cortar el cuello para sacarte la sangre y el *Jasyjateré* te va a llevar al bosque y te vas a extraviar para siempre –le decían las madres todos los días a sus hijos.

El *Karai vosa* (el señor de la bolsa) o *Mitã rerahaha* (raptor de niños) lo describían los padres, como un señor de edad madura o un anciano que llevaba sobre su espalda una bolsa en la que ponía a los niños que raptaba, y a los cuales los desangraba para usar su sangre joven como remedio infalible para la cura de la lepra, sangre que la vendía, generalmente, a algún señor adinerado enfermo, que vivía en alguna oscura mansión, rodeada de frondosos árboles y que por su enfermedad, nunca salía a la calle.

El *Jasyjateré*, según también los padres, es un niño pequeño, como de 4 a 5 años, de piel muy blanca, ojos azules, cabellos rubios, que deambula en los bosques y llanuras solitarias, preferentemente al mediodía y en horas de la siesta. Le gusta, muy especialmente, la miel silvestre y nunca se desprende de un pequeño bastoncito que tiene, vara que le confiere el poder de ser invisible cuando quiere y que además es mágica. Este duendecito es un protector de las flores, de los frutos y de las avecillas canoras que tanto abundaban en la zona del Bañado.

Una siesta en la que numerosos niños, desobedeciendo a sus padres, estaban jugando, muy entusiasmados, al fútbol, un desconocido *Karai vosa*, se acercó sigilosamente y se escondió detrás de un árbol situado cerca del arco en el que estaba Juancito, un niño de apenas 6 años, ocupando el puesto de arquero de uno de los equipos.

Cuando el juego se trasladó hacia el arco contrario y todos los niños estaban embobados mirando el desarrollo del partido, el siniestro *Karai vosa* se acercó a Juancito, quien por estar de espaldas, no lo vio venir. Entonces el viejo, en un santiamén, lo aprisionó con el brazo izquierdo y le tapó la boca con la mano derecha. Para introducir a Juancito dentro de la bolsa el *Karai vosa* tuvo que dejar de taparle la boca a Juancito, oportunidad en la que éste aprovechó para gritar con todas sus fuerzas:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Los compañeros, al oír los gritos de Juancito, observaron que el *Karai vosa* lo estaba metiendo dentro de una bolsa para llevarlo. En el acto quedaron paralizados por el miedo y casi todos huyeron a sus casas. Sólo quedó en el lugar su gran amigo Pedrito, quien escondiéndose detrás del grueso tronco de una gigantesca planta de mango, observó cómo el viejo llevaba a Juancito en su bolsa, mientras éste no dejaba de chillar ni un solo instante. Pedrito lo siguió al temible personaje, escondiéndose a cada rato, para no ser visto y atacado por el *Mitã rerahaha*. Así pudo ver Pedrito cómo el maléfico raptor se dirigía hacia la casa de un conocido gigantesco anciano, que tenía la mala fama de comprar sangre de los niños para bañarse con ella.

Pedrito se dio cuenta de que si iba a pedir auxilio a los padres que estaban durmiendo la siesta, éstos no llegarían a tiempo para salvar la vida de Juancito. Optó entonces por ir a buscar a su amigo *Jasyjateré*, que en ese momento estaría cerca del lugar, cuidando las flores silvestres y enseñando a cantar a los pájaros zorzales.

Al llegar Pedrito, muy asustado y jadeante, junto a *Jasyjateré*, le urgió:

–Vení pronto *Jasyjateré*, solamente vos podés salvar a mi amigo Juancito.

–¿Qué le pasó a Juancito? –preguntó el aludido.

–Lo acaba de raptar el *Karai vosa* –le contestó Pedrito.

–Vamos corriendo antes de que sea muy tarde –asintió *Jasyjateré*.

Sin perder un solo instante fueron corriendo ambos hasta la tenebrosa casa en donde estaban discutiendo el precio los dos maleantes. Una vez que llegaron a un acuerdo, *Karai vosa* recibió el dinero convenido y salió de la lúgubre mansión, huyendo del lugar sin cerrar el portón de la casa.

En ese momento llegaron *Jasyjateré* y Pedrito y viendo que el portón estaba abierto, entraron en la enorme mansión. Buscaron a Juancito en todos los ambientes de la casa sin poder encontrarlo. En el momento en que entraron a la cocina descubrieron que el pequeño Juancito estaba acostado sobre una de las mesas atado de pies y manos. Cuando intentaron acercarse a él, el descomunal gigante les cerró el paso. Al querer *Jasyjateré* usar su varita mágica para inmovilizar al dueño de la mansión, éste le golpeó la mano que la sostenía y el bastoncito cayó al suelo. Cuando el enorme anciano se agachó para agarrarlo, Pedrito fue más rápido y se apoderó del bastón. Al instante le apuntó al temible anciano con la varita mágica y le ordenó:

–¡Te ordeno que duermas!

El gigante soltó a *Jasyjateré*, cayó al suelo y quedó profundamente dormido.

Pedrito corrió a desatar a Juancito, el que, a pesar de tener un gran tembleque motivado por el tremendo susto que había pasado, no presentaba ninguna lesión.

Pedrito, Juancito y *Jasyjaterere* salieron corriendo de la casa. Todos estaban muy contentos, aunque *Jasyjaterere* no estaba satisfecho del todo. Por eso les propuso a sus amigos:

–Yo pienso que nos hace falta darle una buena lección, la más dura posible, al *Karai vosa*, porque él es el responsable de la desaparición de tantos niños de nuestra comunidad y luego hace correr la voz de que yo, *Jasyjaterere*, soy el que extravió a los niños en el bosque. Para eso tengo un plan. Como el *Mitã rerahaha* no me conoce, voy a ponerme en su camino para que me meta dentro de su bolsa. Para que mi bastoncito no se pierda, te lo daré, momentáneamente, a vos Pedrito, que ya he visto que sabés manejarlo muy bien. Cuando el viejo me haya puesto en su bolsa, vos Pedrito le cerrarás el paso y le tocarás con la vara mágica, a la vez que le dirás:

–Malino *Karai vosa*, convertite en un feo sapo.

Así lo hicieron. El *Mitã rerahaha* quedó convertido en un tonto sapo, que solo sabía saltar, comer cucarachas y todo tipo de asquerosos insectos y cantar horriblemente en la laguna con voz gruesa diciendo:

–¡Croac! ¡Croac!

Pedrito y Juancito desataron, inmediatamente, la bolsa y abrazaron cariñosamente a *Jasyjaterere*. Enseguida llamaron a los otros compañeritos de juego, que temerosos todavía, no se atrevían a acercarse. A partir de ese momento, los niños se hicieron tan amigos de *Jasyjaterere* que desde ese día en adelante todos se peleaban para que *Jasyjaterere* formara parte de su equipo de fútbol.

DE: *Alí Babá y los 40.000 ladrones* (Asunción: Editorial Servilibro, 2007)



“El adiós 1”, Óleo, 91 x 121 cms. 2008.
Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

GLADYS CARMAGNOLA

(Guarambaré, 1939)

Poeta y docente. Miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP), del PEN Club del Paraguay, de Escritoras Paraguayas Asociadas (EPA) y Miembro de Número de la Academia Paraguaya de la Lengua Española, ha publicado una docena de libros de poesía, varios poemarios conmemorativos (1979, 1982 y 1988) y parte de su obra ha sido incluida en diversas antologías y publicaciones literarias tanto nacionales como extranjeras. Aunque se ha dedicado a la creación poética desde muy joven, sus primeros libros publicados fueron considerados de “poesía infantil” y son: *Ojitos negros* (1965), *Navidad* (1966), *Piolín* (1979 y 1985) y *Lunas de harina* (1999). Sus poemarios posteriores, “para adultos”, incluyen: *Lazo esencial* (1982), *A la intemperie* (1984) –obra donde recoge algunos de sus primeros poemas, de comienzos de la década del 60–, *Igual que en las capueras* (1989), distinguida con el Premio de Poesía “José María Heredia” de la Asociación de Críticos de Arte de Miami, Estados Unidos (1985), *Depositaria infiel* (1992), poemario ganador del Premio (único) de Poesía del Instituto Cultural Paraguayo-Alemán (1992), *Un sorbo de agua fresca* (1995; Premio El Lector), obra que le ganó en 1996 el Premio Municipal de Literatura, compartido ese mismo año con Jacobo Rauskin (por su libro de poemas *Fogata y dormitorio de caminantes* aparecido en 1994), *Territorio Esmeralda* (1997), *Un verdadero hogar* (1998), *Banderas y señales* (1999), *Río Blanco y antiguo* (2002) y *Crónicas de Cualquierparte* (2008), su libro más reciente. Tiene también un par de obras inéditas: *Para reconocernos como hermanos*, texto finalista en el concurso poético del Ateneo Casablanca, de Córdoba, España (1989), y *Ceniza y llamarada*, obra que obtuvo el accésit en el Concurso Quinto Centenario convocado por la Embajada de España en Paraguay (1990). Además de su prolífica producción poética, Gladys Carmagnola es editora de las colecciones de poesía infantil *Corcel* y *Piolín*.

CHIQUITITO

Un bultito encarnado
tan chiquitito
que cabe
en una mano

de tan chiquito.
Si no tienes
pañales
o culeritos,
o si te faltan
batas
y zapatitos,
no has de llorar,
mi bien;
eres
chiquito:
te arroparé en mis manos,
mi pequeñito.

* * *

OJITOS NEGROS

Ojitos negros
como el carbón:
sonrisa dulce
como un bombón.
Cuando me mira
con sus ojuelos
y me sonrío,
baila contento
mi corazón
tilín, tilón,
y me hace ruidos
dentro del pecho
como un camión
pim-pom – pim-pom.

Sonrisa dulce,
ojitos negros.
¡Ay! ¡Cómo baila
mi corazón!
tilín – tilón.
¡Ay! ¡Me hace ruidos!
pim-pom – pim-pom.

* * *

LO QUE ME GUSTA

Yo no sé cómo se llama,
pero me gusta.
Cuando mami se agacha,
toma mi cara entre sus manos
y aproxima su boca a mi mejilla,
me gusta.
Sí: me gusta.
No sé cómo se llama
pero me gusta.
¡Ah, Mami! ¡Si supieras
cómo me gusta!

DE: *Ojitos negros (Poemas a mi sobrino)*, Asunción, Paraguay, 1965.

* * *

BURRITO DE NAVIDAD

Borriquito navideño,
borriquito barrigón;
suave, gracioso, pequeño

montoncito de algodón:
¿Cómo pueden tus espaldas
cargar con facilidad
tantos regalos hermosos
y tanta felicidad?
¿Cómo trotas tan ligero
con tu carga sin igual
—el amor de Jesús Niño
nuestro Dios angelical—?
Trota, burrito ligero,
lleva la felicidad
a todos; al mundo entero
enséñale la hermandad.
Borra, al trotar, los dolores,
las penas y la maldad
y haz florecer los albores
de la paz y la igualdad.

DE: *Navidad*, Asunción, Paraguay, 1966.

* * *

FIESTA EN CUALQUIERPARTE
(prohibida para mayores)

Hay fiesta en el patio:
es la que organizan
quince mariposas
blancas y amarillas.
De lejos vinieron
nueve golondrinas,
ocho picaflores

picando alegría,
catorce canarios
de capa amarilla,
doce cardenales
con rojas gorritas,
catorce luciérnagas
y siete ranitas.
Desde muy temprano
iban y venían
cargadas de cosas
las maripositas.
Hace tanto tiempo
que son mis amigas,
que me consultaron
sobre la comida.
Con tanta experiencia,
hice varias listas
para que eligieran
las más exquisitas.
Y éste es el menú:
¡Oye qué delicias!:
cóctel de naranjas,
salpicón de migas,
guayabas al tuco
y puré de orquídeas.
De postre ¿qué crees?:
¡flan de mandarinas!
y de sobremesa
licor de llovizna.
Y en medio de tanta
selecta comida
oyeras la música

aún más exquisita.
¿De quién es la orquesta
que tanto ameniza?
Pues de los canarios
de capa amarilla
que con siete notas
hacen maravillas.
¿Y si ellos se cansan?:
Están las ranitas
que esperan lucirse
con sus melodías.
¡Qué fiesta en el patio!
Las maripositas
revolotean
de tanta alegría
y a nadie le importa
que se esfume el día.
¿Ya llega la noche?
¡Mejor todavía!
Están las luciérnagas
con sus lamparitas
y, además, la luna
abrió las cortinas.
¡No!, tampoco importa
si llueve o llovizna
pues los hongos usan
lindas sombrillitas.
Ven. Vamos al patio.
Oye. Siente. Mira:
¡Tú eres mariposa,
gorrión, golondrina...
Extiende las alas

de adentro, y la vida
será aún más hermosa
de lo que imaginas!

* * *

EL CIRCO DE CUALQUIERPARTE

Yo conocí una vez en Cualquierparte
un circo del cual hoy quisiera hablarte.
Era realmente tan, tan especial,
que no existe en el mundo ya otro igual.
¿La carpa?: Un enorme mosquitero
que había que remendar el año entero,
y la pista tenía, no aserrín,
sino montañas de chocolatín.
Si el tiempo amenazaba insolación
¡claro!, se suspendía la función,
y, ahora que me acuerdo, si llovía,
también se suspendía .
Sin embargo, en ciertas ocasiones,
el circo regalaba unas funciones
con monos, magos y malabaristas,
trapecios, trapezoides, y demás artistas.
En la platea reían los actores,
mientras debajo de los reflectores
el público guardaba en su galera
un tigre, un conejito, una escalera...
Los payasos hacían sus payasadas
intercambiando chistes y trompadas
y el público, ¡qué raro!, se reía.
¿Pasa esto en los circos todavía?

Cuatro monos, con ocho bicicletas,
embelesaban con sus mil piruetas
mientras muy delgadito y elegante
al trapecio trepaba un elefante.
En la cola de un perro pequinés
siete loros charlaban en inglés,
y un león, disfrazado de payaso,
se abotonaba su batón de raso.
¿La entrada?: Era realmente muy barata:
un níspero, un coquito, una batata,
alguna que otra uva verde o lila
y te sentabas en primera fila.
Como mago actuaba un aprendiz
que sacaba un puñal de la nariz.
Era el único truco que sabía
y hacía tiempo que nadie lo aplaudía.
Deseando complacer a aquella gente
súbitamente tan, tan exigente,
el circo contrató
al mago más fantástico que halló.
Y él resultó ser mago verdadero:
se guardó todo el circo en el sombrero,
a Cualquierparte en el bolsillo izquierdo
(¡ya ves que no era lerdo!);
se ocultó en su maleta, la cerró,
y desapareció.

De: *Lunas de harina (Relatos de Cualquierparte)*, Asunción, Paraguay,
1999.

* * *

CRÓNICAS DE CUALQUIERPARTE

Acerca de estas *Crónicas*

El tierno libro de recuerdos que *Crónicas de Cualquierparte* debía ser, me resultó un travieso guiño a la solemnidad, aunque también un fugaz pestañeo a la gran enciclopedia del disparate que para nuestra dicha un día se escribirá.

Incompleta como la vida, y como ella a veces dramática y otras sencillamente risible, *Cualquierparte* es *esa aldea hermosa*, informal y seria a la vez, con responsables moradores, que hace mucho puebla mi corazón alberga y es el paraíso de verdor donde nací y los sitios reales que tuve que conocer alguna vez, arrancada del paraíso primero y por propia decisión de amor después. Sobre todo, es el *país de cunas y presagios*, donde *entonces era siempre*. Lo componen briznas de Guarambaré, Asunción, Clorinda, Luque... unidas y recreadas por esta que vive en mí.

Cualquierparte ganó su identidad impresa en *Lunas de harina (relatos de Cualquierparte)*, con versos escritos muchos años antes, que encantaban a mi hija cuando pequeña y hasta hace poco a mi nieto. En título de libro aparece otra vez ahora, porque después de la presentación de *Lunas de harina* en mayo de 1999 en el Salón del Libro Iberoamericano de Gijón, Asturias, descubrí con dolor que en el último tema: *El circo de Cualquierparte*, había *cerrado* la historia de mi pueblito, sin haberlo hecho vivir lo suficiente. Seguí escribiendo relatos en versos ubicados allí, destinados a los más chiquitos, que quizá un día aparecerán también.

Hoy les toca a estas *Crónicas* para gente de toda edad, con las que pretendo dar a mi pueblo ese soplo de vida que un día le negué y que él me exigió y merece. Como cualquier otra *crónica*, estas incluyen grandes verdades y soberanas mentiras. Pero a ver si alguien encuentra un historiador, escritor o cronista que no haya dorado u opacado algún tema, aun sin intención, al menos una vez. ¿Por qué en versos? Porque los amo, lleven o no la gran poesía que los poetas de veras pueden por ese medio

transmitir. Más aún, porque me recuerdan la bella voz de mi padre que tantas veces los revivió para mí.

A quienes noten la falta de innúmeros componentes de un pueblo que se precie de tal, puedo decirles que estoy consciente de eso. El *cine*, por ejemplo, deberá ser como fueron alguna vez el *Pettirossi*, el *Corrientes*, el *Marconi*, el *Gloria*...

Deseo que estas ***Crónicas de Cualquierparte*** lleguen principalmente a las personas de alma sencilla y ánimo dispuesto a disfrutar de los simples gozos que nos brinda este *valle de lágrimas* (y sonrisas o carcajadas) tan breve para lo verdaderamente hermoso y trascendente. Algo así pensé y sentí, feliz de haber disfrutado de unos deliciosos chipás de bienvenida el Miércoles Santo de este 2008 en Capiatá, ante el portón donde Jenaro Morales y su esposa Beba nos despedían al retirarnos de recoger Julio y yo algunas de las ilustraciones que debían acompañar estos textos.

Aunque hay una dedicatoria expresa aquí, estas ***Crónicas*** están destinadas a todas las personas que deseen o decidan recorrer y descubrir ***Cualquierparte***. A cada una, como se promete en la página , se le expide al final una constancia escrita, con firma y sello de *quien corresponde, para lo que hubiere lugar*.

Abril de 2008

* * *

MUNICIPALIDAD

Grandes ventanas al este,
en la calle principal
se alza con su regia estampa
la Municipalidad
que al ir creciendo la aldea
se tuvo que organizar.

Casi frente a la parroquia
y a la casa parroquial
se inauguró su amplio patio
donde se solía bailar,
asistir a las veladas
o a algún acto cultural.
Del mejor modo cumplía
su responsabilidad.
Nadie le encontró una falla
ni un bache por rellenar.
La cotidiana faena
de eficiente actividad
solía empezar a la una
y a medianoche acabar.
Hasta no haber ni una hoja
nadie podía descansar.
Pero lo mejor de toda
esta misión servicial
es que cuidar los servicios
de higiene y salubridad,
inspeccionar edificios,
tasas e impuestos cobrar,
no dieron al Intendente
motivo para pelear.
La hermosa bandera blanca
lo podía atestiguar
y el Presidente y todita
la Junta municipal.
Hay un único defecto
que se le podría achacar:
Tanta limpieza, obligaba
cada día a eliminar

polvo, hojas y papeles
que otros suelen conservar,
y al no existir documentos
que nos cuenten la verdad,
sólo quedan estas **Crónicas**
hechas por necesidad
para suplir a la historia
y a la tradición oral.

* * *

CANCHITA DE CUALQUIERPARTE

De floreciente baldío
como tantos por ahí,
de yuyal y basurero
de aquellos que hacen sufrir
se volvió después potrero
donde vacas y terneros
hallaron lugar seguro
donde vivir.
Hasta los pocos vecinos
de respingada nariz
soportaban el aroma,
y el barrio debió admitir
lo sabrosa de la leche
que solía distribuir
el lechero fabricante
del queso más delicioso del país.
Pasado el tiempo, la empresa
lechera debió partir:
clientes, vacas y terneros

comenzaron a exigir
al menos ventiladores,
piso y tinglado de zinc.
En el mercado del pueblo
ni siquiera un guaraní
se exigía de alquiler.
Aún permanecen allí.
Libre entonces la manzana,
¡la historia comienza al fin!
Bien nutridos habitantes
pretendieron convertir
el lugar en sembradío
de arroz, mandioca, maní,
y aunque abono les sobraba,
la intención fue rechazada de raíz
como el voto de unos pocos
partidarios de un jardín:
la gente estaba cansada
de tanta rosa y jazmín.
Prefería una canchita
para algún buen *partidí*.
Triunfó pues la democracia:
la idea de un albañil.
El conocía el terreno
porque solía venir
de siesta a un descansito
de su agotador trajín:
unos ladrillos de almohada
y de colchón, un *pirí*.
Con los mínimos cuidados
el pasto empezó a tupir
y al plantarse cuatro palos

y al empezar a venir
hombres, mujeres, criaturas,
tuvimos para elegir.
Alguien trajo la pelota
y alguno que otro candil.
Llegó el técnico, elegido
por su excepcional perfil,
y con pito y reglamento
¡todo estaba pronto al fin!
Así empezó la canchita
de nuestro pueblo a existir.
Claro está que algún vecino
suele a menudo decir:
¡Cómo rompen las pelotas!
¡Ya no nos dejan dormir!
Otros al menos proyectan
con aplausos contribuir.
Lo cierto es que en **Cualquierparte**
vive gente muy feliz,
un poco por la canchita
y otro poco porque sí:
Con su copa en varias fotos
se ve al equipo infantil
y en otras lucen los premios
del equipo juvenil
mientras el de adultos sigue;
no se cansa de insistir:
practica por si algún día...
¿Qué más te puedo decir?
¿Verdad que un premio en sí mismo
es tener una canchita y competir?
Ésta, seguro que nunca,
nunca jamás tendrá fin.

¡Ah! de nombre le pusimos
Club Deportivo ALBAÑIL.
A veces él nos visita
y la gente no se cansa de aplaudir.
Vale la pena. ¡Qué suerte
que aún haya gente así!

* * *

SOPA DE CUALQUIERPARTE

La sopa que en *Cualquierparte*
sí que es rica de verdad
no es de las que se derraman:
¡esta sopa hay que cortar!
Maíz blanco bien molido,
grasa, cebollas y sal,
huevos batidos a punto,
leche y queso-paraguái.
¡Qué fácil! Aunque hay secretos
que algún día repetirás:
cuánto de qué y de qué modo
batir, revolver, mezclar.
Manteca o aceite pueden
a la grasa remplazar.
Si prefieres sólo claras,
no sé quién lo impedirá
y si usas cebolla cruda,
nadie te criticará.
Recuerda que hay que cocerla
aún mejor en *tatakua**.

* *tatakua*: horno redondo de ladrillo

Quien haya saboreado
esta sopa excepcional,
sabe por qué tantos títulos:
Miss *Juky**, Miss Paraguay...
Miss ***Cualquierparte***, Miss Barrio,
Miss Modelocereal...
y entiende por qué es la reina
en toda reunión social,
más aún de algún encuentro
poéticocultural,
Miss Delicia, Miss Ricura,
Miss Mercosur (blablablá)...
Reina del Mantel a cuadros,
Miss Gala Internacional,
Miss Universo y Miss Mundo
de la mesa, aquí y allá:
Es Reina que en cualquier parte
por los siglos reinará
por rica, por deliciosa,
aromada y mucho más.
Si vienes a ***Cualquierparte***
seguro la probarás
y hasta el final de tus días
por placer la adoptarás.
No miento.
Ya lo verás.

DE: *Crónica de Cualquierparte*, Asunción, Paraguay, 2008.

* *juky*: gracioso/a, sal, gracia

* * *

PATRIA

La patria es el lugar donde nacemos,
el sitio singular donde vivimos;
es donde trabajamos y soñamos,
lloramos y reímos.

Patria es el nombre con que designamos
un rincón en el mapa: tierra, ríos...
y gente unida por los mismos lazos
de lengua, sangre, amor y sacrificio.

Patria, al fin, para los paraguayos,
es este Paraguay donde el destino
se unió a la voluntad de nuestros próceres
y un 14 de Mayo, el heroísmo
dejó huellas de honor y de esperanza
en un mundo mejor para sus hijos.

DE: Suplemento Escolar, *Última Hora*, pág. 5, mayo de 1980.





“Escaleras al cielo”, Óleo, 40 x 50 cms. 2009.
Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

AUGUSTO CASOLA

(Asunción, 1944)

Poeta, narrador y ensayista. Socio fundador de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP) y miembro del PEN Club del Paraguay desde 1973, Augusto Casola ha publicado, en poesía: *27 silencios* (1975) y *Tiempo* (2002); y en narrativa: *El laberinto* (1972), su primera novela (premiada en 1972 por el PEN Club del Paraguay), *La catedral sumergida* (1984), una colección de relatos, *Tierra de nadie-ningún* (2000), otra novela, *Segundo horror* (2001; Primer Premio “Roque Gaona 2001” de la SEP), su tercera novela, y *Firracas y pandor-gas* (2006), su segundo libro de cuentos. Es también autor del ensayo *Masonería y profanidad* (2005). Tiene además poemas y cuentos incluidos en revistas literarias y antologías nacionales y extranjeras. Varios de sus relatos han sido distinguidos con menciones y premios diversos, entre ellos: “La princesa” (Primer Premio del Concurso de la Cooperativa Universitaria, 1992) y “El tercer día” (Primer Premio del XIII Concurso Club Centenario, 2007). De más reciente aparición son *El Stradivarius* (2009) y *Ese pedazo de tierra mío* (2010).

LA PRINCESA

Al cerrar tras de sí la enorme puerta de nogal, le acaricia el rostro la brisa fresca que fluye del paisaje del bosque cautivo en el marco del cuadro y llega hasta sus oídos el gorgoteo incesante del arroyo al correr por el cauce donde acaba la pendiente del valle, alfombrada de florcillas multicolores sobre las que ondulan mariposas en torbellinos de luz.

Contempló su habitación iluminada por el sol. La luz amortiguada cruza el denso cortinaje del amplio ventanal de molduras trabajadas hasta en sus mínimos detalles por las manos hábiles de los artesanos del reino.

La Princesa percibe el halo de felicidad de ese mundo donde la metamorfosis creada por ella, da origen al universo brillante y satisfecho que la rodea y al que alienta con los efluvios de su corazón, creando la incertidumbre extraña de sonido y luz que despierta a la vida a los juguetes, dispersos en desordenado contraste, dentro del ambiente mágico del recinto.

Ante su presencia de hechicera, tras un breve temblor, los pequeños seres vuelven a alentar y se integran al reverbero vegetal del horizonte, absorto en el tenue navegar de sus nubes.

Los soldados de plomo desfilan en ordenada sucesión de columnas elegantes.

Los tamborileros enloquecen en su felicidad de latón, golpeando en frenético y descompasado ritmo los instrumentos que sostienen en la cintura con gruesos cinturones negros que destacan el rojo vivaz de los uniformes.

Las muñecas, coquetas y frívolas, sentadas en un rincón, vuelven a tomar el hilo de antiguas conversaciones interrumpidas y el saltimbanqui, todo rojo, verde y oro, evoluciona en temerarias acrobacias creando una red de arco iris policromos al cruzar el espacio en arriesgada sucesión de pies y manos que van y vienen, cortando, con un silbido, el aire fresco y puro que brota del paisaje del cuadro ubicado en una de las paredes de la habitación.

De allí se extiende y cobra vida hacia el bosque pintado, el tornasol de arboles que huye de un poniente absorto. Los árboles liberan el susurro del viento adherido a sus hojas al sobresaltarse a causa del canturreo del arroyo que se desliza y acaricia los vértices gastados de las rocas y el cantizal del fondo de su lecho.

Es gracias a ella que el cuarto se amalgama a la magia de ese alucinante calidoscopio de colores, risas y sonidos, para crear el tiempo misterioso de vivir a través de la Princesa.

Claro que sus padres, el Rey y la Reina, no imaginan la fantástica cosmogonía de esa galaxia secreta. La fascinación acaba ni bien algún extraño accede al recinto, que recupera de inmediato su aspecto deslucido y anodino de realidad. Los profanos ven un dormitorio infantil desordenado y un cuadro desteñido y cursi colgado de la pared.

Las otras habitaciones del palacio siempre despertaron miedo en la Princesa. Salones desleídos que parecen esconder la amenaza de extraños sortilegios, desdoblan en una ansiedad opresiva que la hace temblar de pies a cabeza cada vez que cruza frente a sus puertas cerradas.

La Princesa prestó atención al golpeteo de cascos proveniente de la avenida y supo reconocer el de los caballos blancos, enjaezados en plata, ungidos a la carroza por un rico juego de correa de cuero resplandeciente, la parafernalia adecuada para los coches destinados a transportar a los príncipes y princesas del reino.

El traqueteo de las ruedas sobre el pavimento cesó cuando el vehículo se detuvo frente al portón del castillo y fue reemplazado por el taconeo de los botines de la Reina que resonaron urgentes dentro del silencioso corredor que conduce al aposento de la Princesa.

Sonrió a sus amigos que uno tras otro volvieron a adoptar la máscara de juguetes comunes. Los colores fulgentes del cuadro se replegaron hasta adquirir el tono opaco que se ofreció a los ojos de la Reina cuando abrió la puerta y tomó una mano de la niña.

Atravesaron el largo corredor de paredes oscuras que resudan su humedad añosa de dolor y lágrimas.

A la entrada del castillo se accede luego de recorrer un extenso sendero –flanqueado de rosales multicolores en constante floración– que va a desembocar ante el enorme portón de hierro labrado. Allí está el carruaje, cuyo delicado diseño causó en la Princesa, como siempre que lo veía, una inexplicable sensación de placer.

Ella misma no podría asegurar si la impresión era originada por las ruedas con engarces de piedras preciosas, por la nivea blancura de los asientos o por la espléndida sonrisa del joven paje que hace de conductor y de quien se sabe secretamente enamorada.

El la saludó con una breve pero elocuente inclinación del torso, quitándose el sombrero de plumas con el que tocaba siempre su cabeza rubia.

Los caballos blancos, empenachados, a duras penas contenían su fogosa inquietud de caminos mientras esperaban entre relinchos y resoplidos golpeando, en breves saltos, sus cascos contra el pavimento, marcando un ritmo que recordaba al de los alegres bailarines de mazurkas y polkas de las fiestas que eran frecuentes en los salones del Rey.

Los otros príncipes, los que subieron a lo largo del trayecto, la llamaban a gritos, riendo entre sí y haciendo morisquetas para urgirla a acompañarlos. Ellos también iban cubiertos de esplendorosos vestidos de ricas telas coloridas, el atuendo adecuado a los príncipes y princesas de su edad.

Giró hacia la Reina que inclinó el altivo porte para recibir un beso y luego, corriendo, la niña se dirigió al carruaje, donde la algarabía crecía por momentos.

Su madre no pudo evitar el secarse de la mejilla la humedad de la saliva depositada con el beso y lo hizo, como de costumbre, aprovechando la distracción de la Princesa que subía a la carroza.

Al tiempo que el paje restallaba el látigo sobre las cabezas de los corceles de blancas crines, ricamente adornadas, la Princesa volvió hacia la Reina su rostro, sonriente y mongólico y el viejo ómnibus arrancó, rumbo a la escuela de niños especiales.

* * *

PRIMER AMOR

1

Tengo casi 16 años y adolezco mi edad con el dolor que –dicen–, sólo se sufre en la adolescencia y –digo yo–, sólo durante ella se tiene la fuerza necesaria para soportar la irreplicable experiencia del primer amor.

No quiero esa sonrisa de tolerancia comprensiva que de manera invariable se forma en los labios de ustedes. Han de saber que cuanto les cuento no es, ni como lo piensan, ni como recuerdan los primeros escarceos amorosos de su propia juventud. Lo mío es único y acabarán por darme la razón cuando terminen de leer esta historia.

De un tiempo a esta parte, se volvió hábito salir a caminar con mi amigo César, que ya es viejo (tiene 53 años ¡imagínense!) y por tanto,

cínico. Él suele decirme, con esa odiosa sonrisa torcida que se gasta y muchas veces hace explotar en carcajadas, que no desespere, que a los 16 humanos años el amor es una ilusión. Algo transitorio, hermoso y fugaz, sí, cierto, algo que después se recuerda con nostalgia cuando se lo ubica en la dimensión que le corresponde, en el encuadre adecuado y no en medio de ese estado de duermevela penoso que pretende conquistar cada minuto de ausencia para revisar y reproducir cualquier detalle trivial de los minutos compartidos.

Cuando se pone así, me enojo con César porque sé que busca irritarme a propósito, me quiere hacer rabiar para que yo me defienda y él se eche a reír a mi costilla. Usa un lenguaje grandilocuente y pedante para señalar que al filo de un nuevo milenio, ante lo convulsionado del mundo y la situación de nuestro país –dice él–, en busca de ocupar una posición de respeto y dignidad en el consenso de las naciones, dentro del cual el concepto en que se nos tiene no es precisamente halagüeño –digo yo–, porque es evidente que nadie hace nada por mejorar otra cosa que no sea la bonanza del propio bolsillo, prendido cada uno a las prebendas adquiridas con una habilidad para la cual, tantos prohombres de hoy nos asombran por su denuedo, ingenio y su tenacidad por mantenerlas vigentes desde tantos años atrás –desde aquella época cuando según cuentan, nadie podía hablar, a diferencia de ésta, en que todos hablan sólo para decir pavadas–, resulta tonto y hasta ridículo –dice él–, pasar horas y horas en la contemplación extática del ser amado y del amor, como ocurría, según parece, con los poetas del siglo XIX, aquellos de *los ladridos de los perros a la luna* –digo yo.

Entonces dejo por unos días de acompañarlo en sus caminatas vespertinas, las que le recomendó el médico para quemar colesterol, triglicéridos y ayudarlo a superar no sé qué otros achaques de viejo y durante las cuales se aburre si yo no voy con él, porque para ser bien sincero, debo decir que César es un solitario sin otro amigo que no sea yo, pese a nuestra diferencia de edad.

Es que a los dos nos gusta recorrer las calles de Asunción a esas horas remolonas de la tarde, luego de aquietado el bullicio diurno, cuando se

afinca en ellas el aire sonámbulo que tanto nos complace compartir y parece hecho a propósito para regodearme en mis reflexiones y dejar destilar mi tristeza.

Tanto para César como para mí, Asunción es un constante deseo insatisfecho. No sé si ustedes la conocen, pero deben saber que es caprichosa y le gusta esconder sus facciones tras la máscara de sus calles (las que a mi me gustan y a César también) y los barrios donde persisten aceras empedradas y veredas de piedra loza que acusan irregularidades, a veces peligrosas para los transeúntes y contra las cuales suele tropezar César —que es bastante torpe, en realidad—, el pobre...

Y es esta ciudad que nos agrada y a la que tanto amo, no sé si por haber nacido en ella o por qué, la que me hace comprender que las cosas del amor no necesitan de un por qué y vienen solas. Cuando uno ni las espera ni las presiente, surgen como telaraña que te atrapa y de la que resulta imposible escapar. Así siento, sentimos, la necesidad de disfrutar de la ciudad durante esas horas mágicas de la tarde.

Perdonen la digresión..., quería destacar nomás la razón por la cual me molesto cuando César aprovecha esas ocasiones amables para hablarme con un tono pedante y burlón de algo que me resulta tan sensible y lacerante.

A veces César se dispara a recitar alguna de las poesías de Guillén —yo prefiero a Gustavo Adolfo—, que tanto le gustan, aunque las dice mal, porque ya tiene mala memoria:

*Bajo la línea escueta
De su nariz aguda,
La boca en fino trazo
Traza una raya breve
Y no hay cuervo que manche
La blanca geografía de nieve
De su cuerpo que fulge
Tembloroso y desnudo...*

César ríe y me dice:

—Pronto vas a encontrar una linda negra regordeta que te va a hacer olvidar a la Blondie esta..., se va a convertir en historia antigua...—y vuelta a reír con ese cinismo descarado y casi procaz que por lo visto le resulta adecuado a la gente de más de cincuenta años cuando trata el tema del amor.

Está equivocado. Lo nuestro es mucho más profundo y complejo a lo que César parece capaz de aceptar y comprender. Me irrita, pero sé que en el fondo no es malo —es algo peor, digo yo y lo sostengo: es viejo...— y lo único que desea es ayudarme a “superar la crisis” como lo expresa él.

2

Blondie es hermosa, blanca, ágil, esbelta, tierna. Sus ojos, ligeramente rasgados, guardan, tras los párpados de pestañas largas y negras, las pupilas color oro más relucientes que uno pueda imaginar. Su nariz delicada dibuja un leve respingo y se abre en las dos estrechas cavernas de donde fluyen los suspiros que alientan mi vida y coronan la boca de labios finos cuyas comisuras, por algún extraño capricho, la naturaleza quiso doblar en el delicioso rictus que le confiere la expresión de una sonrisa imperturbable y perpetua.

Nos miramos con largueza, acercándonos lo indispensable para que nuestros cuerpos perciban su calor en el aura casi físico que, a veces, causa la impresión de poder sustituir la necesidad del contacto real.

Yo sufro y estoy seguro que a ella le ocurre lo mismo porque me ama..., de eso al menos, no me caben dudas. Blondie lo hizo manifiesto mil veces en mil pequeñas cosas: en su modo de mirarme, en el esquivo roce de su piel, en algún beso furtivo, en su forma de escabullirse, hábil y discreta, cuando movido por la pasión me acerco demasiado a un punto irreversible que cambiaría del todo el sentido de nuestra relación... Ella es más prudente, más consciente que yo, debo aceptarlo, más discreta, pues posee mayor experiencia de la vida, que la obligó a soportar penas más hondas que las mías, las cuales, aunque sinceras —reconozco—, no dejan de ser egoístas.

Su viudez prematura, a causa de un accidente automovilístico del marido y la temprana separación de sus hijos, eleva entre nosotros una bruma densa e infranqueable que a veces me obliga, a pesar mío, a considerar como válidas las opiniones de César, a aceptar sus carcajadas malintencionadas y sus bromas no exentas de escarnio...

Lo peor es que con cada día que pasa se me hace más evidente la imposibilidad de nuestro amor y eso me subleva tanto o más que la incompreensión de mi amigo, más que las miradas de soslayo de las amistades de Blondie o las ojeadas de asombro que nos lanza cualquier transeúnte cuando nos ve juntos, sentados en el zaguán, despreocupados y felices durante esos segundos de compartir y que acaso no vuelvan a repetirse cuando ella tome la determinación que más temo y me diga que no hemos de vernos más, que eso es lo mejor para los dos, lo más prudente...

No pueden escapar de la aguda inteligencia de Blondie tales síntomas que anuncian nuestra desdicha, ese abismo que nos separará para siempre, sin que importen la intensidad de nuestro amor o la sima de nuestro infortunio.

Y cada día que pasa es peor, hasta siento cómo crece la mala hierba de la hostilidad que nos rodea y nos empuja al momento obligado y desolador de tener que separarnos para siempre, de aceptar nuestro destino, de resignarnos a la soledad enajenante de los amores frustrados.

¿Puede acaso alguien que no esté enamorado comprenderme y comprender el estado de zozobra que significa vivir de prestado con el aliento de la amada, preso en esa telaraña de un amor imposible, ¡sí..., sí...!, lo reconozco como tal, no puedo negarlo, pues además de la diferencia de edad entre ella y yo y pese a lo profundo de nuestro amor, nunca podremos alcanzar a un final feliz ni constituir un hogar dichoso porque yo soy un perro y Blondie, una gata.

DE: *Firracas y pandorgas* (Asunción: Editorial Arandura, 2006)

* * *

LAS GEMELAS Y EL CABALLERO ENAMORADO

*A Teresa Méndez-Faith,
que es geminiana, esta
historia irreal.*

El Caballero, de hinojos frente a Teresa, no puede menos que bajar la vista al sentir los ojos de la dama, entre divertidos y desdeñosos, posar su mirada sobre el cuerpo revestido cubierto de la armadura y los blasones que adornan el escudo puesto a los pies de la bella, a su disposición, lo mismo que la espada, de hoja reluciente, donde se reflejan ella y las imágenes multiplicadas por los espejos de su alrededor, bajo el resplandor de un sol herido que agoniza con la tarde.

—Soy yo —se dice—. El que las vio junto al arroyo al detenerme para el reposo y abreviar a mi caballo *Noche*, nombre impregnado por el azabache de su piel y la extraña marca que semeja la luna en cuarto menguante en una de sus ancas.

Una tarde, con destino a un nuevo frente de la Guerra Interminable, a poco de estar echado, con la mente distraída, escuchó el cascabeleo de la risa de dos mujeres sentadas junto al arroyo y sin esfuerzo por disimular su presencia, se acercó al lugar de la algarabía.

El primer impulso de ellas al verlo, fue huir, pero el noble porte de ese hombre joven, de barba hirsuta, inusual en los lechuguinos que conocían, cubierto de una brillante armadura y acompañado de un caballo hermoso que lo seguía dócil, les inspiró esa extraña confianza que a veces, siempre imprudente, conmueve hacia el varón, el alma femenina.

Permanecen serias junto a los canastillos de la merienda, sin apartar los ojos de él.

—Sois dos gotas de agua —exclama admirado el Caballero.

—Sí —responden al unísono—, somos las gemelas Teresa.

—Y ¿cuál de vosotras es Teresa?

—Las dos, ella y yo —responden y se señalan una a la otra al tiempo que sueltan el alegre campanileo de sus risas que penetra en el corazón del Caballero con su alegre campanileo.

—Entonces: ¿cómo es posible distinguíros?

—No es posible —responden al unísono y sueltan una nueva carcajada.

—Debe haber alguna forma —insiste el Caballero.

—Tal vez —contestan ellas—, pero hasta ahora, nadie pudo descubrir quién es Teresa y quién es Teresa.

—Yo lo haré —manifiesta el Caballero— y os aseguro que aquella de vosotras que comulgue con mi alma, será la elegida de mi corazón.

Ambas se miran sin comprender.

—Os digo que amaré a aquella Teresa que condiga con mi condición de Caballero de Aries y solamente una podrá satisfacer mis exigencias.

Esta vez sus risas sonaron breves y desconcertadas.

—Ah, Caballero de Aries, ¿os consideráis capaz de desentrañar el misterio de las dos Teresas? ¿Habréis pues de identificar a una de la otra? Nos guía la estrella Aldebarán y somos amigas de los Silfos. Ambas olemos a narciso y verbena que es el aroma que emana de nuestros cuerpos y nos es fácil huir de la presencia de cualquiera, pues como os decimos, nos protegen los espíritus del aire...

—Sí, lo haré y cuando lo consiga, desposaré a mi Teresa y su gemela habrá de buscar otro caballero para sus nupcias. No soy de los que se rinde fácilmente y mi espíritu está impregnado del fuego de las salamandras que respiran a través del aire, vuestro elemento y enciende mi fe en este anillo de rubíes y diamantes que veis en mi dedo formando el escudo del cuerpo y del alma en cuyo centro me muevo yo en este tiempo que poseo, caballero de Aries guiado por la estrella Alferate, impaciente y obstinado, identificaré a mi Teresa.

—Qué hermosa promesa hacéis, caballero, aunque sea sólo para una de nosotras, pero ¿quién os asegura que no moriréis, como tantos, en la Guerra Interminable?



“Gemelas”, Arte digital. 2011.
Obra de Edward P. Faith.

—¡No moriré! y si es preciso, lucharé con quien fuera y tantas veces cuantas sean necesarias para alcanzar el amor de mi amada. Tras cumplir con mi deber de guerrero, volveré a vosotras para descubrir el secreto de las dos Teresas.

—No os resultará fácil, caballero —expresan las hermosas Teresas con rostro preocupado—, llevar a una de nosotras con vos, aún cuando lleguéis a identificar a la que amáis, porque para ello, habréis de vencer primero la oposición del Ogro Terrible que nos mantiene prisioneras en el Castillo de Piedra, del que, pese a intentarlo, no pudimos escapar jamás.

—Pero entonces, ¿cómo es que estáis aquí? —arguye el Caballero.

—Somos una ilusión, caballero —dijeron a la par—. Os lo dijimos, espíritus del aire capaces de viajar a voluntad en diferentes planos de la realidad. Pese a que creéis vernos, permanecemos encerradas en la habitación más alta del castillo que está allá, en la cumbre de ese peñón espantoso donde fue excavado en roca viva. En realidad, somos irreales en esta realidad que veis.

Al trote a veces, otras al galope, el Caballero se adentra en el silencio fragoroso del Zodiaco donde se desarrolla la Guerra Interminable. No le preocupan los cuerpos de hombres despedazados ni los ojos sin vida de los caballos muertos dispersos sobre la superficie de montes y llanuras ni el llanto de los niños ni el ruego de las mujeres ni el crepitar del fuego ni el miedo. Todos pasan a su lado con las manos extendidas en ruego y exigencia, en vano afán por aferrarse a la túnica del caballero de Aries que sobre *Noche*, al trote a veces, otras al galope, tocotoc, tocotoc, tocotoc, avanza en pos de la gloria que permitirá a su amo retornar en busca de Teresa, la mujer que sin saber quién es, encendió en su pecho la llama inconfundible del amor. Tocatoc tocotoc, tocotoc.

En medio del campo de batalla está el Cangrejo, que avanza distraído hacia atrás, temeroso de ver interrumpida su liturgia de fertilidad amenazada por el fuego del León e incita al caballero a enfrentarlo. Odia al León pues es la causa de su desgracia. El fuego de sus fauces devora la paciente obra que al Cangrejo le es tan difícil organizar entre la carencia

del agua y la sequía del verano. El Caballero, por ayudar al Cangrejo, decide enfrentar al León, pero éste, sin mediar explicación, agacha ante él la cabeza orgullosa y lo deja continuar su camino hacia la voz hechizada de tules, seductora y extraña que resuena con la modulación virginal que emana de la rosa de su boca, cuando abre los labios y suspira la Virgen que lo llama:

–Ven a mi mansión, oh noble caballero, vierte en mí tu esencia yo que soy perpetua virgen y viuda. Entrégame la fuerza de tu amor, fecunda mi soledad y haz que vuelva a ser madre en este tibio verano de hoy.

El Caballero de Aries la observa y aprecia la soberana hermosura de la luz que mana de la Virgen, viuda y madre perpetua y aunque la tentación de reposar en ella es grande, le responde:

–Ah, señora, si hubiera precedido nuestro encuentro el versátil encanto de las gemelas, otras serían mis ansias. Ya no puedo daros mi corazón. que es ajeno desde que está preso en el de aquella que amo, oh señora, siempre Virgen y madre viuda, disculpad a mi corazón, pues es ajeno.

–No existe aquella que buscáis ni hay mellizas, ellas son una ilusión más, caballero –responde con tristeza la Virgen–. Son una sola, caballero, no os engañéis con el fuego fatuo del ensueño... , quedaos conmigo.

–¿Qué queréis decir?

La voz del caballero se pierde en el infinito de la noche que envuelve al sendero porque ya *Noche* atraviesa el desierto de la oscuridad al trote ligero primero, luego al galope, tocotoc, tocotoc hacia el equinoccio otoñal que discrimina y clasifica y se apodera por un momento de la irrealidad del caballero:

–Aries –exclama, sin distraer su atención de la balanza que sostiene–, bah, bah, bah...., sois tan ingenuos dentro de la dualidad absurda ¡qué afán loco por crear dificultades y dolores! Sois uno, vos, las gemelas, la virgen viuda, ah, cuán necios ¿y venís a molestarme en medio de esta batalla cruel de la Guerra Interminable? Vete, vete, que ya el Escorpión otoñal, lleno de ponzoña, te espera en la próxima casa. Acaso seas capaz de vencerlo o acaso allí mismo acaben tus miserias. Vete.

Tocotoc, tocotoc tocotoc.

Y de pronto, la aguda cola del Escorpión desciende con la velocidad del rayo sobre el Caballero que, al esquivarla, deja al descubierto el cuello de *Noche*, quien recibe toda la ponzoña. Lanza un relincho de muerte antes que la espada del Caballero corte en dos al cruel Escorpión que aunque abre amenazador sus fauces babosas, retrocede.

–Ya es demasiado tarde –susurra con calma el sabio Centauro Quirón, mientras ayuda al Caballero a ponerse de pie. Lo invita a descansar en el propileo de su mansión, compadecido del dolor que percibe en él y busca consolarlo con la calma religiosa e inútil del soñador–. Lo siento por vuestro amigo, Caballero, pero es así como funciona este mundo en lucha perpetua. Soy el frío borde del otoño. Sé de vuestra pena pues las ondas zodiacales vibran y se expanden por igual cualquiera sea el equinoccio o el solsticio donde nazcan, pero ¿pudieron nunca las palabras de consuelo aquietar las penas del corazón? Somos uno y todos, caballero, dispares, dispersos y enfrentados en esta Guerra Interminable, cada uno ansioso de sí mismo como vos lo estáis del amor de la gemela elegida de vuestro corazón y a la que consideráis única. ¿No será un sueño, la sombra fugitiva de la ilusión?

–Oh, no, gran sabio Quirón. La siento clavada en mí, tan viva, y vibrante que me duele. Está en mi pecho y duele.

–Ah, eterno juvenil instinto de la vida. Soy casi un anciano cínico porque ya he visto demasiado –agrega el sabio Centauro Quirón–, pero ¿a qué desilusionar las nuevas ilusiones? Convertido en flecha de mi ballesta te haré atravesar el espacio siguiente. Sólo debes cuidarte del malhumorado Makara, ese viejo cocodrilo armado de tridentes que no ve bien y pese a ser paciente e industrioso, no sabe qué hacer consigo mismo ni con los demás y entonces, cuando pasa algún brillo frente a su casa gris de nubes amenazantes, no duda en arrojar el arma destructiva. Cuídate de él y llegarás, ya en pleno invierno, a las aguas impetuosas que riegan el pasado y el presente y presumen poder adivinar el futuro.

El Caballero percibe, dentro de su alma, la negra oquedad de un destino donde el frío se hace intenso y los árboles duermen desnudos y

ateridos bajo la bóveda brillante de la negrura sin fin. El tridente, arrojado por Makara, pasa a su costado con un silbido mortal al que sigue el bufido de desencanto al comprobar que no dio en el blanco y ve cómo el hierro cruza el espacio y acaba por clavarse tembloroso en el trémulo silencio del vacío.

Poco después, el caballero de Aries se encuentra sumergido en las aguas frías y transparentes que lo acarician y consuelan.

–Quédate –borbotean las voces del agua–, quédate con nosotras, que somos ondas emanadas del amor y la ternura – ¿Percibes cómo pronto, el invierno, va congelar el fluir de nuestra vida? Ven y danos el calor de tu presencia. Haz de tu corazón nuestra morada.

–Ah, tiernas criaturas –responde una vez más apenado, el caballero–. Sois dulces y con gusto me entregaría a vosotras, si no fuera porque ya me devora la nostalgia de Teresa, una de las gemelas, que espera mi retorno de la Guerra Interminable para recibir el amor que he de entregarle.

Se agitan las aguas con furia y esa furia que lo quiere devorar le hacen temer por su vida, hasta que el cardumen forma una montura sobre la cual es trasladado el caballero hasta las cárcavas de la orilla de las aguas impetuosas que braman en su explosión pueril y estéril de despecho.

–Ah, Caballero Aries, ¡estáis de vuelta! –el Toro lo observa indeciso a través de sus ojos rojos, sin dejar de bufar ni de arañar el suelo con sus patas delanteras.

–Pues bien, ya ves que sí, lo estoy.

–¡Seáis bienvenido! Vamos pues, hacia el castillo que el Ogro Tremendo ha construido para encerrar a las gemelas de vuestro desconsuelo.

–¿Cómo estáis enterado de mi anhelo? –se asombra el caballero.

–¿Que cómo? –brama el Toro–. No se habla de otra cosa sino de vuestra deriva por las casas más lejanas del Zodíaco, la que al final os condujo aquí donde estáis - Nadie ignora vuestras aventuras en la Guerra Interminable y si bien algunos ríen y se burlan de vos, otros os admiran por vuestra intrepidez. Yo soy uno de estos últimos. Vamos.

El peñón de roca viva y desnuda se alza majestuoso y en las ventana más elevada del castillo labrado en él, titilan dos lucecillas en pestaños reiterados. No existe ningún sendero que permita alcanzar la altura.

—Os ayudaré a llegar, dándoos una terrible cornada —dice el Toro y acompañando la acción a la palabra, lo hace.

El Caballero Aries asciende veloz hacia la cumbre del peñasco y cae de bruces sobre el suelo de un patio polvoriento donde no hay nada fuera de las lucecillas que giran a su alrededor.

—Oíd, Ogro Tremendo —exclama con vigor, una vez en pie—: vengo en busca de las gemelas que pretendéis guardar, para elegir, tomar y llevar a mi Teresa —exclama el Caballero cuando recupera el aliento—. Tengo el alma destrozada pero he cumplido mi palabra. He vuelto de la Guerra Interminable para unir mi amor al de mi amada, la gemela elegida de mi corazón.

La penumbra del ambiente se adensa para conformar una cabeza enorme de rostro triste, donde los puntitos luminosos no son sino los ojos llorosos del Ogro Tremendo, de cuya boca fluye un halo luminoso que gotea sobre el suelo de la habitación y la humedece.

—Las gemelas, ¿eh? —y fuera de lo que pudiera presumirse, la voz del Ogro Tremendo suena dulce en su melancolía. Hace tiempo me dejaron, pese a que construí este hermoso castillo para ellas y para tenerlas aquí conmigo... Nada vale con encerrar a las gemelas, caballero, os lo aseguro. Id al arroyo, donde las visteis por primera vez que allí descubriréis a vuestra amada. Id.

El Caballero, de hinojos frente a Teresa, no puede menos que bajar la vista al sentir los ojos de la dama, entre divertidos y desdeñosos, posar su mirada sobre el cuerpo revestido cubierto de la armadura y los blasones que adornan el escudo puesto a los pies de la bella, a su disposición, lo mismo que la espada, de hoja reluciente, donde se reflejan ella y las imágenes multiplicadas por los espejos de su alrededor, bajo el resplandor de un sol herido que agoniza con la tarde.

—Soy yo —se dice—. El que las vio junto al arroyo al detenerme para el reposo y abrevar a mi caballo *Noche*, nombre impregnado por el aza-

bache de su piel y la extraña marca que semeja la luna en cuarto menguante en una de sus ancas.

–Habéis vuelto –exclama Teresa–. Tóname contigo.

–Pero... –arguye el Caballero de Aries–. ¿Cómo estar seguro de que sois vos aquella a la que amo? Veo cien Teresas repetidas en estos espejos.

–¿Y qué pretendías encontrar, oh noble Caballero? Somos dos o cien, somos una y somos todas. Yo soy la gemela Teresa, soy las dos en esta mujer que os aguarda.

Desconcertado, el Caballero de Aries cierra por un momento los ojos, confuso ante la inesperada confesión de Teresa, ahora repetida en los cristales engañosos y en la penumbra que veloz se apodera del paisaje y lo engulle en su boca rojiza y desdentada de occidente.

–Ah, Caballero –exclama Teresa–. ¿No habéis pues comprendido nada? –y al quebrarse el espejo, la noche termina por sorberla en sus mil fragmentos que desaparecen al instante ante el Caballero que de pie, solo, angustiado al descubrir que a causa de su incertidumbre, acaba de perder a Teresa, a su gemela amada y a las miles que son una convertidas en el amor que encienden las doncellas esquivas en el pecho de los nobles caballeros.

Intuye la irrealidad alucinada de su larga y vana búsqueda y no es Teresa sino su gemela y no es la gemela sino Teresa quien encarna, en esa forma de mujer, presente en la oscuridad de la noche, en el frío del olvido, en el desengaño del recuerdo, el destello del alma consumida para saturar, con sus manos, la ofrenda de amor ahíta de ansias inconfesas y de luna, habitante inquieto dentro del pecho palpitante del Caballero de Aries.

Arroja su espada y besa la mano blanca que estructura, por fin, la irrealidad de la mujer.

DE: *El Stradivarius* (Asunción: Editorial Arandurã, 2009)



“Alicia en el país de las maravillas 3”, Acrílico mix media,
61 x 91 cms. 2010.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.



FÉLIX DE GUARANIA

(Paraguarí, 1924 – Asunción, 2011)

Poeta, narrador y autor teatral bilingüe (español-guaraní), profesor de guaraní y profundo conocedor de la lengua y cultura de los guaraníes, este prolífico vate bilingüe es uno de los poetas sociales más conocidos del Paraguay actual. Traductor oficial al guaraní de la Constitución Nacional y cofundador del Instituto de Lingüística del Paraguay y del Centro Paraguayo de Investigaciones Lingüísticas (CEPAIL), Don Félix de Guaranía (seudónimo literario de **Félix Giménez Gómez**) es autor de una veintena de obras entre las que figuran los poemarios *Poemas de Noche y Alba* (1954), *Penas Brujulares* (1964), *¡Despierten las palabras!* y *¡Tuju nde aho'i che retã!* (1985; volumen doble), *Tojevy Kuarahy* (1989), *A Tiempos de Nostalgia* (1992; reedición de *Pétalos*, 1942), *De la raíz del sudor* (1994), *Ñe'ẽ poty mitãme guarã* (1998) y *Me identifico* (2000), una colección de 18 poemas “Para recordar los nombres de los que dieron todo por la patria antes, durante y después del Marzo Paraguayo”, como se lee en el epígrafe inicial del libro. Sus publicaciones incluyen varias ediciones antológicas dedicadas a conocidos representantes de la poesía popular, entre ellos a Carlos Miguel Jiménez (1990), Antonio Ortiz Mayans (1991) y Emiliano R. Fernández (1992). Su obra creativa como también su incansable labor en defensa de los indígenas y en pro de la cultura guaraní le han ganado algunos premios importantes como la Plaqueta Homenaje de la Poesía Local (XX Edición del Festival de Ypacaraí) y el Plato “Los 12 del Año” otorgado por Radio Primero de Marzo, distinciones recibidas ambas en 1992. En 1995 fue distinguido con plaquetas honoríficas por el Festival del Takuare'e y Radio Nacional del Paraguay y con la Condecoración en el Grado de Comendador por el Gobierno Nacional. Un año después, en 1996, fue galardonado con la Medalla de Sembrador de Cultura por la Municipalidad de Lambaré. En 1995 publicó *Estos son mis testigos y mi testimonio*, libro que documenta décadas de violaciones a los derechos humanos cometidas contra el pueblo paraguayo por el

gobierno dictatorial del general Higinio Morínigo (1940-1948) primero y por el del general Alfredo Stroessner (1955-1989) después. De posterior aparición son los ensayos *Lo sagrado en la cultura guaraní* (2000), *Paraguay cultural* (2000) y *De la sabiduría popular* (2000), ensayo y muestrario antológico del folklore paraguayo. En teatro es autor de *Mboriahu rekove* (escrita y estrenada en 1944) y de *Tekoa'anga: Teatro Popular en Guaraní* (2001). Tiene además varios libros de gramática y lengua guaraní, y un diccionario guaraní-español-español-guaraní para uso escolar. Como traductor, ha vertido al guaraní: de José Martí, *Versos sencillos* y *Ñokuã'i* (traducción de su cuento "Meñique", 2001); de Molière, *Molière en guaraní* (2000); y de Bécquer y García Lorca, *Gustavo Adolfo Bécquer y Federico García Lorca en guaraní* (2001). En narrativa es autor de *El Cristo de Collar y otros cuentos* (1997; edición bilingüe) y de *Cuentos clandestinos* (2000), serie de relatos-testimonios que recobran y reflejan vivencias de un largo y trágico período del siglo XX paraguayo. También tiene una antología infanto-juvenil: *Temimboeu ha purahéi mitãme guarã / Cuentos y poemas para niños* (2004).

TAPITI TUICHASEVÉ RAMO GUARE

Ymá ndajeko oikomi peteĩ Tapiti nechi'õva. Mba'événte naiporã chupe. Opa mba'e ogueropopo. Néima katu ipochy morofitereí haguére, oimeraëva mba'énte ndaje omongy'a chupe. Ojejatapy ramo, chupe jeýma tataĩ omohumba. Ha pe omoñeko'õivéva chupe, aipo michĩ haguére.

Peichahágui oime ohendúva ñe'ẽ resangy ha ohapejokóvo he'i chupe:

–Ndé, Tapiti resangy, che roipytyvõta, rejapó ramo ha'éva ndéve. Tereho eru chéve peteĩ Taguato rague pytãva, peteĩ Jaguarete rãingupy haimbe porãva ha peteĩ Mboi rupi'a... Mboi akã kurusu vaerã! Che rombotuichavéta... Ani reponradu chéve mba'éichatapa.

Mitã Tapito osẽ oho, ojepy'amongeta porã riré mba'épa oja póta. Upei ojupi yvyty ru'ãme ha peteĩ ita guasu ári guive, ohenói taguato Ruvichápe. Upevarã, ombopu peteĩ turu guasu vaka ratĩngue.

Pochy ojapo Taguato Ruvicha ha okorói Tapitípe:

–Máva piko ndé cherenói haguã turúpe...

–Aikotevēnteko nderehe, karáí Taguato, anína ndepochuy chendive... Reme'ero chéve peteĩ nde rague pytã nde pepoguýpe guare, oime chembotuichavétava... Chetuichasevéko! Upéicharõ ndaiporiveichéne oñembosaráiva cherehe.

Taguato oiporiahuvereco chupe ha oipe'a ome'ẽ chupe peteĩ hague pytã ruguýva. Vokóike upégui Tapiti oho meme Mbóí akã kurusu rekávo. Ojuhu ha ojerure chupe hupi'áre.

–Che rupi'a pako... Ndetavy niko nde! –he'i ha opo hese oisu'u mo'ã chupe oho haguére asajekue omombay chupe iturupúpe. Hákatu oiporiahuvereco aveí Tapitípe ha ome'ẽ chupe peteĩ hupi'a haku asy ombo'a ramóva.

Upégui katu, vevépe oho Jaguarete rendápe. Ombopu ituru ha... peteĩ itakuágui okororõ pochy osẽvo karáí Jaguarete.

–Mba'éiko ndé, Tapiti chavi, reju chemyangekoi che rógape –he'i Jaguarete ha oñembo'y mbo'y Tapiti renondépe.

–Anína ndepochuy chendive, karáí Jaguarete... che chavieterei niko ha oime peteĩ chembotuichavétava arahárõ chupe ne raingué haimbe poráva. Eme'ëna chéve...

Jaguarete oma'ẽ sayke jerovia'y hese, opo'ẽ ijurúpe ha omombo chupe peteĩ háingue'a.

Vy'ápe oveve'íntema voí ohóvo ño Tapiti. Oguahẽ Ka'i rendápe (ha'e nipo ra'e) ha he'i:

–Péina ápe arúma ndéve umi mba'e rejerure vaekue chéve chembotuichave haguã. Chembotuichavéke!

–Ko ne michĩme rejapo rire ko rejapóva, mba'e nipo nderejapoiche ndetuicha ramo... Jajehejaiténte! Avá nipo opytareíne ndehogui rekakuaa ramo. Epytánte umi nambi guasu reheve.

Ha'e oikuaháicha, opo opo peteĩ yvyrarakãgui ambuépe ha sapy'aite ramo guarã okañymane ra'e ka'aguypýre. Tapití katu hova hova, haséta katuete. Ha karaja, omba'ẽ ñemi vaekue hina ra'e, ojepokuaa'yháicha ojeku'ako ha opuka puku...

DE CUANDO EL CONEJO QUISO SER MÁS GRANDE

Dicen que en tiempos antiguos había un Conejo muy llorón, lloriqueaba por cualquier cosa, nada le gustaba y siempre andaba protestando sin ninguna razón. Ya se quejaba de su color que se ensuciaba fácilmente, ya porque el humo de los fogones le molestaba. Pero nada le disgustaba tanto como el hecho de que era muy chico, se miraba en el espejo del agua en el arroyo y lloriqueaba. Por ahí alguien que pasaba lo escuchó llorando y protestando porque le parecía que su figura era esmirriada, poco elegante, denotaba debilidad.

—Oye, Conejo llorón, si haces lo que te pido yo te ayudaré a ser más grande y fuerte. Ve a traerme una pluma roja del Gavilán, un colmillo bien agudo y filoso del tigre y un huevo de serpiente, tiene que ser de la víbora de la cruz. No me preguntes qué debes hacer para eso...

Después de reflexionar acerca de lo que iba a hacer, el Conejo se fue. Subió a la cumbre de un cerro y sobre el cerro en lo alto de una gran roca y desde ahí gritó, llamando al jefe de los gavilanes. Como nadie acudió a su llamado, tomó un cuerno que encontró por ahí y tocó largamente. Por fin apareció el jefe de los gavilanes, echando chispas.

—Pero quién eres tú —le dijo— para que me molestes con el sonido de ese cuerno, atrevido irrespetuoso...

—Discúlpeme, señor Gavilán —dijo el Conejo compungido—, es que le necesito mucho, no se enoje conmigo. Si me da una pluma de debajo de su ala, alguien hará que sea más grande. ¡Quiero ser más grande y fuerte, señor Gavilán, para que nadie se burle de mí!

El señor Gavilán lo compadeció mucho, alzó el ala y arrancó una pluma roja, dándoselo. De ahí Don Conejo partió volando en busca de la serpiente de la cruz. Lo encontró enroscado en un tronco ahuecado y le pidió, con la misma historia, un huevo suyo.

—Tú estás loco —dijo al Conejo la serpiente y amenazó con morderle—. Quién eres para que vengas a molestar mi siesta...

Pero luego la serpiente se amansó, le compadeció también y le dio el huevo que acababa de traer bien calentito. De ahí a toda carrera fue a

buscar a Tigre. Tocó el cuerno y el tigre salió de su cueva rugiendo fieramente, enojadísimo por haberlo despertado.

–Pero qué es esto, Conejo inútil, que vienes a molestarme en mi propia casa –dijo Tigre y le amenazó con sus puntiagudas garras.

–No te enojas, por favor, señor Tigre. Soy demasiado chico e inútil, pero hay alguien que me va a hacer más grande si le llevo un colmillo suyo bien agudo y filoso...

El señor Tigre lo miró desconfiado, pero de pronto metió una de sus patas delanteras en la boca y arrancó un colmillo, dándoselo. De ahí, volando más que corriendo, llegó hasta un árbol en cuyas ramas estaba esperándolo Don Mono (pues él era quien lo había instado a hacer esas cosas).

–Aquí traigo las cosas que me pediste. ¡Pues, agrándame entonces!

Don Mono se tiró al suelo, dio unas vueltas en torno a Don Cobayo y dijo desconfiado:

–Si siendo tan chico e inútil fuiste capaz de hacer eso... ¡Qué no harías siendo grande! Dejémonos, pues, de este negocio... ¡Quédate no más así, esmirriado e inútil, lloriqueando y quejante por todo... que así estaremos más tranquilos.

Don Mono saltó a una alta rama, de ahí a otra y otra... y se perdió en lo intrincado del monte. En tanto, mientras Conejo quedaba lloriqueando, el serio señor Macaco, fuera de toda su costumbre, insólitamente, poniendo las manos a la cintura, se puso a reír a carcajadas.

* * *

TA'ANGA KAPI'I OÑEMOIRŨ RAMO GUARE GUYRA KUÉRARE

Kóva ha'e peteĩ mba'e ñemombe'u Ta'anga Kapi'i guyra mondyiha rehegua. Ojehu niko peteĩ mba'e ojehu'ỹ katúva. Guyra kuéra, oñemondy'i rangue chugui, oguejy joa hese, ogueropurahéi ha ohavi'ũ ha... ¡Upéa

katu! Ndopokoiete hikuái karai Chive kokuére, opu'ã porã hový'ũ asýva. Ojehecháko mba'éichapa, ko'ẽ vovénte umi guyra opaichagua opyta rangue yvyra ru'ãre tapiaguáicha, oguyje joa Ta'anga Kapi'i rendápe, vya-pópe ijayvu ha opurahéi hikua upépe. Peteĩ-teĩ ogueru vaerã katuetete ijurúpe umi aguekue pytã, hũva, hovýra, hesa'yjúva, morotíva hamba'e, ha oja-pete Ta'anga kapi'íre ombojeguávo. Ipahápe oiko chugui peteĩ ta'anga ne porãva, overapáva, ko'ẽre ojegua-jeguave.

Peteĩ árape karai chive ohechakuaa sapy'a, pe Ta'anga Kapi'i ogueraha vaekue upépe guyra mondýi haguã, ndaha'evéima pe ha'e ogueraha vaekue. Overapa niko ha opukavy vaicha... ¡Ha mba'éichapa umi guyra oguerohory chupe. Ou vaerã hikuai ko'ẽ soróvo omomaitei haguã kuarahy resẽ, ha ka'aru pytũ katu, oñembo'e haguã oke mboyve. Upéi ave, opoko rangue avatitýre, oñangareko uvei katu hese. Ohecha vove hikuái Ka'ípe ojere hina upe rupi, oko'i joa hikuái hese ombotapeju upégui.

Ha... Oje'éva voí niko mba'eporã ha vy'a ndaipukuivaha! Ha upeichaitete ojehu peteĩ ára. Pyhare tuichaiterei oky. Pe yvytu ratã omondryryva yvyra rakã. Pe ára ho'apáta vaicha, ojetyvyro, osunu ha otiri. Mymba ka'aguy itarovapa. Oime ho'áva ýpe, oñembotáva ápe ha pepe, oikéva vvykuápe téra itakuápe, oime hasẽ soróva ha osapukái vaipáva. Guyra kuéra ndoikuaái mba'épa oja-póta, otyryry joa yvýre... ¡Mba'e niko ko mba'e!

Ta'anga Kapi'i opyta ivã. Umi jeguaka por{aita oĩ vaekue hese ovevepa. Ojehecha isarambi umi yvyra rakãre.

–Mamóiko oime umi mba'evera ne mbojeguá morãite vaekue –he'i gua'a.

–Ha moóiko oime umi yvoty rope ojaho'ipa vaekue Ta'anga kapi'ípe –oñembyasy Korochire.

–¡Na pe amo, umi yvyra rakãre isarambi joa –he'i Masakara-gua'i–, Jahana jaru jey!

Karai Chive ou ohechávo mba'éichapa opyta ijavatity ha ohechávo ta'anga Kapi'ípe iñeke'ã yvývo, oho omoñembo'y jey. Guyra kuéra oñembojapa hese he'ívarõguáicha ombyasyeteha ha oporandu joa mba'épa ikatu ojejapo.

Karai Chive he'i oñembojagua jeyt haguã pe Ta'anga Kapi'i ha guyra kuéra vokóike oveve ha vy'ápe ombyaty joa umi mba'e vera ombojagua jey haguã ta'anga Kapi'ípe. ¡Néike! ¡Néike! Oñomyakāraku ha araire henyhẽ jey ayvu guasu ha purahéipe ha oime oturuñe'ẽva ha okarakakáva.

Kuarahy hendy vera amo yvate, ombyaku ára ha omoheñoi temity. Ára hovy asy, arai morotĩ avoá oñani mbeguakatu yvytu pepo ári. Ha karai Chive katu, pe avatity rembe'y guive opukavy rory ohechávo mba'éichapa ñopytyvõmba guasúpe ojevy'a ko tekovépe.

EL ESPANTAPÁJAROS QUE SE HIZO AMIGO DE LOS PÁJAROS

Mi padre había plantado mucho maíz porque se decía que iba a venir una época de carestía, “carencia” como decía la gente. Y tuvo suerte que las oportunas lluvias y el cuidado que le daba él, hicieron que crecieran muy bien y muy pronto ya se insinuaban las espigas. Pero he aquí que al mismo tiempo comenzaron a venir aves de las más diversas especies a picotear las mazorcas. Entonces mi padre hizo un gran espantapájaros y lo puso en medio del plantío. Pero resultó que éste, en vez de asustar y espantar a los pájaros, los llamaba para conversar y cantar y estar juntos, pues el espantapájaros no quería estar solo en un lugar tan solitario.

Por eso, apenas amanecía y ya el espantapájaros se encontraba rodeado por una multitud de pájaros de todos los tamaños y colores, trayendo en sus picos plumas de colores, papel, trapo, pajita y las más diversas cosas, como brillantes y coloridos envoltorios de alfajores y caramelos. A más día se lo veía chusco y elegante con tantos adornos. Mi padre que siempre iba a dar un vistazo a su maizal se dio cuenta de repente que el espantapájaros estaba cada vez más bello y adornado, y que los pajarillos solo cantaban y no picoteaban las mazorcas, que sonreían a todo maíz con sus grandes dientes blancos. Las aves se convirtieron en guardianes del maizal y acometían a picotazos si los monos se atrevían a acercarse.

Una noche se desató una tormenta y lluvia de todos los diablos. El viento huracanado todo se lo llevaba. Los árboles caían desgajados y los animales del bosque buscaban dónde refugiarse. El espantapájaros se vio en apurones y estaba desesperado. El viento le arrancaba sus adornos y en pocos minutos se encontró como desnudo. Los papeles de colores, las plumas, flores, ramitas desaparecían en la vorágine del huracán. Sintió frío y miedo de que de un momento a otro fuese arrancado por el viento.

Amaneció en calma. Los destrozos se veían por doquier. Muchísimas matas de maíz se hallaban por el suelo, arrancadas de raíz, torcidas o rotas. El sol empezó a dorar la tierra y los pájaros empezaron a aparecer. Se sentían extrañados y dolidos por la apariencia que tenía el espantapájaros después de la tormenta.

—Dónde están los hermosos adornos que te hemos traído —dijo el guacamayo.

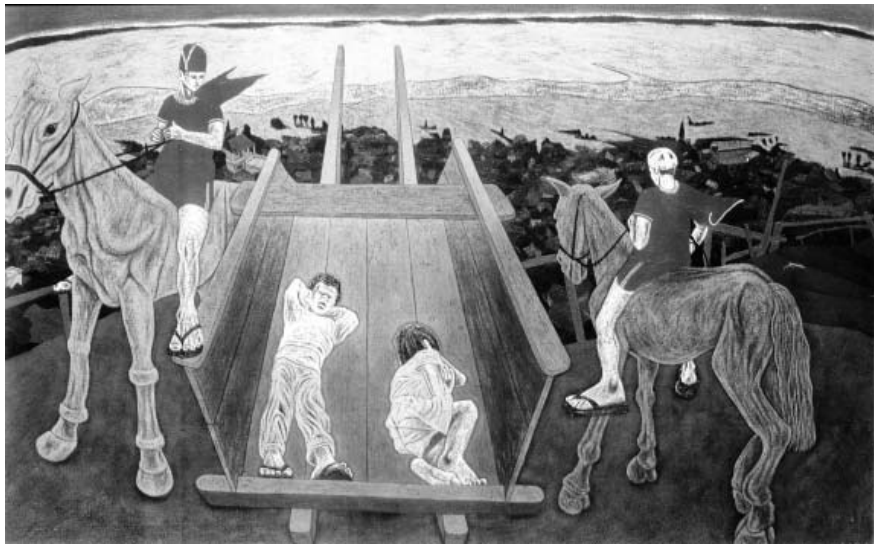
—Dónde están las flores y los papeles y trapos de colores —se conde-
lió el zorzal.

—¡Allá están en las ramas de aquel árbol! —dijo de repente el chingolo—. Vayamos a traerlos.

Entonces todo de nuevo alegría, los pájaros se posaban en los hombros, en la cabeza, en los brazos del espantapájaros. Saltaban y saracutaban a su alrededor. Se reían, gritaban, cantaban, acompañados por el propio espantapájaros, que aunque no podía moverse, participaba de tanta alegría.

El sol se levantaba majestuosamente. Sus dorados rayos daban vida a la naturaleza. El cielo era azul, surcado por nubes blancas como torundas de algodón. Y no lejos, en la orilla de la chacra estaba el dueño sonriente y admirado, escuchando el multitudinario concierto de las aves, que así expresaban su solidaridad.

DE: *Temimboe'u ha purahei mitãme guarã / Cuentos y poemas para niños* (Asunción: Editorial Servilibro, 2004)



“Carreta al cielo”, Óleo sobre tela, 140 x 240 cms. 1992.
Colección privada.
Obra de Enrique Collar.

SUSY DELGADO

(San Lorenzo, 1949)

Poeta bilingüe (español-guaraní), narradora y periodista. Egresada de la Facultad de Periodismo de la Universidad Nacional, con un curso de posgrado en la Universidad Complutense de Madrid, Susy Delgado se dedica al periodismo desde la década del 80 y fue responsable del área cultural del diario *La Nación* (1994-2004), donde dirigió un Suplemento Cultural semanal y creó la colección de fascículos “Grandes Figuras de la Literatura Paraguaya”, el Concurso Literario “Juan Bautista Rivarola Matto”, el concurso y la serie de publicaciones del Proyecto “Centenario de Josefina Plá”. Desde el año 2005 dirige la revista cultural *Takuapu*. Su producción poética en español incluye: *Algún extraviado temblor* (1985), *El patio de los duendes* (1991; Premio Radio Curupayty 1991 y Premio Junta Municipal 1992, compartido éste con Jorge Montesino), *Sobre el beso del viento* (1996), *La rebelión de papel* (1998; Mención Especial del Premio Municipal en 1998) y *Las últimas hogueras* (2003). En guaraní es autora de los poemarios bilingües: *Tesarái mboyvé* (1987; título en español: *Antes del olvido*; traducción de Carlos Villagra Marsal y Jacobo A. Rauskin), *Ta-taypype* (1992; título en español: *Junto al fuego*; traducción de la autora; primer finalista del Premio Extraordinario de Literaturas Indígenas, Casa de las Américas, Cuba, 1991), *Ayvu Membyre* (1999; título en español: *Hijo de aquel verbo*; trad. al gallego como *Xestado na palabra*, 2008), y *Ñe’ẽ jovái* (2005; título en español: *Palabra en dúo*; Segundo Premio Municipal de Literatura, 2006)). En literatura infantil tiene *Ñe’ẽ Saraki [Palabra traviesa]* (2003), poemas y cuentos en guaraní y castellano, y cinco libros de relatos infantiles que integran la *Colección Che pomimi* (2007). Algunas de sus obras han sido traducidas al inglés, portugués y alemán. Tiene además poemas y ensayos literarios incluidos en antologías, revistas y suplementos literarios nacionales y extranjeros. En 2001 aparece *Antología primeriza* y en 2002 *La sangre florecida*, su primera colección de cuentos. De posterior aparición son las antologías *25 Nombres Capitales de la Literatura Paraguaya* (2005) y *La voz mediterránea. Muestra de poesía del Paraguay* (2008), y *Jevy ko’ẽ* (2007), poemas y relatos en guaraní y castellano. El cuento que da nombre a este libro obtuvo el Premio Cide Hamete Benengeli (de la Universidad Toulouse Le Mirail y Radio Francia Internacional) en el año 2005. Sus obras más recientes incluyen dos poemarios: *Tyre’y rape [Camino del huérfano]* (2008) y *Ogue jave takuapu [Cuando se apaga el takua]* (2010); y una selección de textos periodísticos: *A dos tintas. 30 años. Un testimonio* (2011).

CACHO, NECHO Y UN PASEO POR UN PAÍS INVISIBLE

El sol de la siesta levanta un tufo caliente del basural. Como una especie de gran cacerola, el basural hierva. Una terca orilla verde se levanta a lo lejos, contradiciendo los colores que estallan en la olla, colores de comida podrida, de latas, botellas y hules sucios, de vida que ha pasado su fecha de vencimiento.

Los habituales rebuscadores de pequeños milagros olvidados, escaparon del calor y el tufo a sus humildes chozas, aunque éstas tampoco ofrezcan un consuelo muy efectivo. Solo quedaron Cacho y Necho, o el Gordo y el Flaco para algún abuelo que llegó a conocer a estos personajes en los viejos cines del barrio, cuando el basural era casi un proyecto, atendiendo a lo que es hoy. Inseparables aunque distintos, conversan y comparten sus afanes diferentes, bajo el sol ardiente. Cacho busca comidas, como siempre, y empeñando voluntad, encuentra alguna que otra migaja, manjar precioso para sus ganas insaciables de comer. Necho vaga en su propio mundo, comprimido en un cochecito pequeño, tan pequeño que nadie se explica cómo pudo encontrarlo, perdido en el gigantesco basural.

—Necho, mirá un poco lo que encontré, che ra'a... Un pedacito de milanesa y unas cuantas galletitas rotas. Qué v'ro los que tiraron esto, Necho, ¿no queré pio un poco?

—No... Yo ya comí una tortilla que hizo mi mamá. Yo me estoy paseando...

—¿Con tu cochecito pio, Necho? ¿Y a dónde te vas a ir?

—Yo me voy de paseo a un parque de diversiones grande, grande grande... Como este basural de grande, che ra'a.

—Ndé... Y¿qué hay en tu parque de diversiones, Necho?

—Hay calesita y rueda gigante y sombrero mexicano y cochecitos chocadores...

—Ah, ¿y tu cochecito es chocador pio?

—No, chamigo, Cacho. Mi cochecito es uno de verdad, que me lleva a todas partes a 1.000 por hora... Vuela y todo.

—¿Hay pio coche que vuela, Necho? No hay nio... Dejate katuna ya y vení vamo a comer. Mirá, encontré también un pedacito de manzana. A mí me gusta mucho la manzana. Cuando yo sea grande, voy a tener mucha planta de manzana, para comer todo el día.

—Pero vo queré comer nomá luego, Cacho... No hay pio otra cosa que te gusta?

—A ver un poco... Me gusta tener cosa nueva. En el Año Nuevo, mi mamá me compró para mi yoqui, ¿viste pa éste que tengo?

—Sí, cómo pio no voy a ver si no te sacá má luego.

—¿A vo no te gustan los yoqui, Cacho? ¿Vo no tené yoqui?

—No, chamigo, Cacho, a mí me gusta pasear, ya te dije.

—¿Pero y todo el día pio te vas a pasear?

—Sí, porque yo vivo en un país donde toda la gente es rica y no hace nada. Todo el mundo tiene su casa linda, con una pieza grande llenita de juguetes, y con un coche lindo como el mío...

—Y ¿hay mucha comida ahí en ese país, Necho?

—Hay comida para los que comen poco nomá como yo y también para los que comen todo el día como vo. No falta comida para nadie, hay postre, helados y caramelos que te dan de premio por ejemplo cuando comprá... una pandorga o un avioncito o un caballito... o un cochecito.

—Ndé... Esperá un poco, Necho. Yo me voy contigo a ése tu paseo. Vo quedate con tu pandorga y tu cochecito kuéra, todito, y yo me quedo con todos las comidas y los helados y los caramelos y...

* * *

EL SUEÑO DE JUANCHÍ

Juanchí se levantó eufórico esa mañana, antes de que nadie le reclamara sacudirse de las viejas y rotas mantas que le tocaban como lecho,

en un rinconcito de la casita de lata y cartón. Tomó unos sorbos de cocido y hasta pareció agradecer el pobre desayuno que a menudo era motivo de los primeros soki del día, entre los nueve hermanos comandados por la mayora, Antonia, quien había tenido que asumir las riendas de la maltrecha familia cuando murió la mamá, de una extraña enfermedad que le hinchó la panza como a un sapo.

Juanchí cumplió ese día sus obligaciones habituales con diligencia, silvando despacito esa canción que había aprendido espiando a los chicos del colegio chuchi ubicado sobre la avenida, por donde él pasaba siempre con su cajoncito de golosinas, rumbo a su puesto de trabajo, en esa esquina donde los chicos como él formaban un desordenado racimo, entre los colectivos, el puente y las casetas. “Yo tengo un sueño...” decía esa canción, pero Juanchí prefería silvarla, guardándose la letra como un secreto precioso, mientras controlaba el paso de las horas secándose el sudor con la remera mugrienta.

A eso de la tardecita, cuando el sol bajó como siempre a lamer el río, inundando con una luz dorada la barriada prendida a la barranca, justo a la hora en que Antonia solía reclamarle la recogida de las ropas lavadas, Juanchí desapareció por un largo rato, hasta que saltó a la ventanita con sus preparativos.

Y allí nomás estalló el circo completo de burlas de sus hermanos, pero qué vyro que sos, Juanchí, por algo luego sos el más chico, che ra’a, los Reyes ko no existen, Mamá nomáko era la que nos ponía algo en los zapatos, chamigo, ahora que ella ya se murió vas a ver que no vas a encontrar nada, nde estúpido... Y como Juanchí insistía en que ustedes lo que son vyro porque los Reyes existen y a mí me van a traer lo que yo les pedí, porque yo ví en la tele y yo les escribí y japara peë bobo que andan, mboy japaráta! Lo que no contó Juanchí es que el día en que no trajo ni un guaraní de la venta de sus chicles fue porque había gastado todito en el cyber mba’émbo, donde un socio grandulón y capo le envió su carta para los Reyes, haciéndose el ñembóta total del dueño, que le miraba con cara de asco. Hasta que Antonia cortó el debate con su firmeza acostum-

brada y aquí se acabó la joda y nadie va a parar nada, pejeíke che rapégui, peë tekorei partida. Al que macanee otra vez oúta hína chupe los Reyes, cable trenzado ho'ukáta chupe...

Juanchí ya sabía cuánto duraban las tormentas de Antonia y esperó, paciente, mientras el sol recogía bajo las aguas sus últimos rayitos. Y a la hora en que se armaba puntualmente el último soki del día por las escasas cucharadas de guiso que le alcanzaban a cada uno, Juanchí aprovechó el alboroto y las sombras ya bien instaladas, para colocar primorosamente el pastito y el agua para los camellos, junto a su championcito destartalado.

Ni intentó sumarse a la pelea por el guiso, pegó una mirada controladora al cielo, por donde imaginó que llegarían los viajeros soñados, y se durmió como un ángel, sobre sus trapos sucios. La pelea por el guiso arreciaba y se mezclaba con la telenovela que Antonia insistía en ver cada noche, porque ese bandido, badulaque de Carlos le está engañando a la pobre Silvia, pero yo creo que le va a pillar y que le va a matar, así como Ña Juana le clavó todito a su marido, porque eso lo que merecen estos año memby. Y entonces, sin tardanza, llegaron por el sur y bajaron suavemente la escalera invisible del viento hasta la playa, donde levantaron una ligera polvareda rosada. Su madre venía en ancas del último Rey, moreno como un yvapurü, con una enorme sonrisa de perlas blanquísimas. Los otros dos cantaban con unas extrañas guitarras dulcísimas, “Yo tengo un sueño...”. Con la misma suavidad del viento bajaron a su madre justo pero justito hasta el pobre lecho de Juanchí, y se fueron en un soplo, después de dar de comer y beber a sus camellos...

* * *

MEDIODÍA DE ABRIL, NI MBERU PARA LUSTRAR...

Pasaron las elecciones y todo volvió a la normalidad. El centro de la ciudad está como adormecido, quieto, un poco tal vez porque se acabó el jolgorio electoral, otro poco porque es tiempo de vacas flacas, porque el centro de a poco se va convirtiendo en un gran shopping de la marginalidad nomás, y otro poco porque es mediodía, hace un calor que ya no es digno del otoño, y el vare'a pelea con el kaigue que se extiende por plazas y calles.

En una de las plazas, los lustrabotas hacen su reunión cumbre habitual de cada mediodía, para digerir alguna milanesa ko'engue por la que pelearon tres o cuatro, algún pancho refritado en aceite de motor, porque olía a los infiernos, alguna gaseosa mal que mal compartida entre los mbaretecitos y los bichos. Y también para digerir el kaigue habitual de esa hora, cuando todos los señores que hacen lustrar sus zapatos parece que se escaparon a otro planeta. Chakeko ahora ya son pocos los que usan zapatos que se pueden lustrar, porque después, todo el mundo usa championes, sandalias de plástico, cualquier porquería... Y entonces, entre el aburrimiento y las cosquillas que no se apagan del todo en las tripas, salta la chispa.

—Che ra'a, acá no hay más nada que lustrar, ni mberu no hay che ra'a, para lustrar...

—Mberu pio jalustráva, nde tavyrón...

—Yo, cualquier cosa nomás ya quiero lustrar...

—Ndé... Para más, ahora se acabó el asunto de la elección, mi cuate. Ahí por lo menos todos esos que venían para cepillar a este candidato o al otro candidato, de traje y zapato memete... Y yo makatu lo que les cepillaba...

—Opáma, socio. Ahora, los que ganaron, ya ganaron, los que perdieron ya perdieron. Okepa hikuái... ¿Qué pa lo que podemos lustrar ahora?

—Yo le voy a lustrar su despertador para que se despierte, mba'e...

- Yo le voy a lustrar su billetera, para que traiga la plata, overapa...
- Yo le voy a lustrar su camino, para que venga pya'e porã...
- Yo le voy a lustrar su cabeza, para que se acuerde de nosotros, katu...
- Yo le voy a lustrar su corazón, porque mi Mamá dice que los capos tienen su corazón tujupa...
- Yo le voy a lustrar la Constitución, para que se acuerde de todos nuestros derechos...
- Yo le voy a lustrar su conciencia, porque a mí me parece que el que quiere mandar, es para robar nomás, no es para repartir un poco lo que hay...
- Y yo le quiero lustrar a ustedes, porque ahora ya no hay más nada para robar ni para repartir, dice mi Abuela. Oñemondapáma. No ves pio, ni mberú...

DE: Ñe'ẽ Saraki (*Palabra traviesa*) (Asunción: Editorial Servilibro, 2003)





“Alicia en el país de las maravillas 4”, Acrílico mix media,
61 x 61 cms. 2010.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

F

RENÉE FERRER

(Asunción, 1944)

Poeta, narradora, ensayista y dramaturga. Doctorada en Historia por la Universidad Nacional de Asunción, Renée Ferrer es una de las escritoras más prolíficas de su generación. Ha ganado varios premios nacionales e internacionales de gran prestigio. De sus obras publicadas, cabe destacar, en poesía: *Hay surcos que no se llenan* (1965), *Voces sin réplica* (1967), *Desde el cañadón de la memoria* (1984; Premio Amigos del Arte 1982), *Peregrino de la eternidad* (1985), *Sobreviviente* (1985; Premio Amigos del Arte 1984), *Nocturnos* (1987), *Viaje a destiempo* (1989; Premio El Lector), *De lugares, momentos e implicancias varias* (1990), *El acantilado y el mar* (1992), *Itinerario del deseo* (1994; edición bilingüe español-portugués, 1997), *La voz que me fue dada [Poesía 1965-1995]* (1996), *El resplandor y las sombras* (1996), *De la eternidad y otros delirios* (1997), *El ocaso del milenio* (1999), *Poesía completa hasta el año 2000* (2000) y *La celebración del cuerpo y otros cantos* (2005). En narrativa tiene *La Seca y otros cuentos* (1986; Premio La República), cuyo relato titular (“La seca”) obtuvo el Primer Premio Pola de Lena en España (1985), *Los nudos del silencio* (1988; edición en portugués, 1997, y en francés, 2000), su primera novela, *Por el ojo de la cerradura* (1993; Premio “Los 12 del año”), otra colección de cuentos, *Desde el encendido corazón del monte* (1994; edición bilingüe español-francés y edición en árabe, 2008), relatos ecológicos y obra ganadora del Primer Premio de la UNESCO y la Fundación del Libro en la Feria del Libro de Buenos Aires (1995), *Vagos sin tierra* (1999), su segunda novela, y *Entre el ropero y el tren* (2004), una tercera colección de cuentos. También es autora de poemarios y cuentos infantiles, entre éstos de *La mariposa azul y otros cuentos* (1987; edición bilingüe español-guaraní, 1998) y *Salvemos el lago* (2007), una obrita teatral. En 1993 realizó las adaptaciones teatrales de dos cuentos: “La sequía” de Rodrigo Díaz-Pérez y “Hay que matar un chancho” de su propia autoría, obras que integran la presentación unipersonal *Mujeres de mi tierra* llevada a

cabo en Francia, España y Colombia ese mismo año (1993) por la actriz paraguaya Ana María Imizcoz. Su producción dramática incluye cuatro piezas breves –*Escape al río*, *La partida de dados*, *El burdel* y *Se lo llevaron las aguas*, todas escritas y estrenadas en 1998– y *La colección de relojes* (2001), inspirada en un cuento de su propia autoría. De más reciente aparición es *La Querida* (2009), novela por la que se le concedió el Premio Municipal de Literatura 2010.

YO CUENTO ARBOLITOS

Una nueva propuesta frente a la destrucción

La idea de este libro surgió del deseo de aunar dos culturas diferentes para lograr un mismo fin: la defensa de la naturaleza ante la locura de exterminación de la vida natural y cultural, y la esperanza de generar nuevos modos de pensamiento y de acción ante el mundo, las cosas y los seres vivientes.

Pocos años de vida les quedan a los bosques del Paraguay, pocas esperanzas a las especies en vías de extinción, escasas alternativas para el verdor del planeta. ¿Seremos capaces de vislumbrar el peligro a tiempo y de detener la destrucción total?

Ante semejante pregunta surgió la posibilidad de buscar otros caminos para llegar hasta ustedes, lectores, que son los depositarios de este llamado a un compromiso compartido de salvamento ante el peligro de un daño irremediable, de una irrecuperable devastación.

Por ello, Axial Naturaleza y Cultura les invita a abrir un capítulo nuevo con respecto a la protección y a la recuperación de los bosques nativos del Paraguay, bajo el Programa denominado **Yo cuento arbolitos**, para lo cual se apeló a dos creadores muy distintos en cuanto a cultura y modos de expresión: Renée Ferrer, escritora, y el indígena chamacoco OGWA, artista plástico, quienes sumaron esfuerzos en la defensa de la ecología, a través del arte. Cada vez que este libro sea adquirido se dará la posibilidad de que un retoño de árbol originario de nuestro suelo conserve su savia y se yerga firme en las praderas de nuestro país.

Estos cuentos, narrados en voz alta o en la intimidad de cada uno de nosotros, servirán también para abonar nuestra sensibilidad ante la impotencia de la naturaleza frente a la pérdida de ese latido indefenso que, sin embargo, constituye nuestra única esperanza ante el futuro. ¿Será acaso factible, frente a estos relatos e imágenes, sentir la presencia de nuevos mundos posibles, donde exista un equilibrio entre las fuerzas naturales y las voluntades culturales? Nosotros creemos que sí.

Guillermo Sequera

Director de Axial Naturaleza y Cultura

* * *

EL ZORZAL Y LA FRONDA

Para Pupi Duarte Rodi

La conmovieron la inmensidad de la fronda, allá abajo, y los silbos que parecían emanar de cada hoja. Algo en su cuerpo menudo le avisó que había llegado. Quizás el retumbar de los latidos de su corazón o las rutas aladas de sus antecesores. Ni siquiera poseía la representación de la distancia. En su cerebro sin memoria todo sucedía en el presente: la espesura, el sol desplegado sobre la primavera y ella, arrebatada de cielo en los remolinos del viento.

Sobrevolando esa congregación de verdes que le llenaba la mirada, comprendió el término de su viaje y el arribo al hogar. Los montes le gustaban. Por la murmuración de las hojas, tal vez, por las hormigas atareándose en las ranuras de los troncos, o esa manta de trinos con que juntos los pájaros arropaban el atardecer. Por eso le gustaban. Si las golondrinas preferían el mojinete de los ranchos y las cigüeñas el distanciamiento de las chimeneas, ella, por el contrario, deseaba para su nido la umbría comunidad de los montes.

Por un hueco de sombra se metió en el follaje, brincando sobre los goterones de luz filtrados hasta el suelo; observando la respiración del bosque, su fluir de vida creciendo hacia las nubes; escuchándolo todo.

El balanceo de las lianas, los gusanos y el delicioso manjar de los insectos llamaban su atención por todas partes. Certera y astuta, picoteó una rama. Se bañó en el mullido colchón de hojas, que al pie de cada árbol esparcía su húmeda fragancia y, más tarde, hecha un capullo moteado sobre sus patitas tiesas, dormitó en plácido abandono.

Lo vio enseguida. Antes, el violín de su garganta había quebrado la campana de su sueño. Se dejó mirar ajena a su presencia, mientras se le iba en estampida el corazón. Permitted que su voz la recorriera, escabulléndose después como si no lo escuchase. A la espera y desde lejos, lo sintió arremeter con su gorjeo límpido, mientras ella, ensimismada, simulaba todavía indiferencia.

A él no le inmutó su pretendida ignorancia. Acicateado por aquella reticencia, a saltos cortos se le acercó. Huyó de nuevo ella, escurriéndose de prisa. Y una vez más, algo ofendido, pero resuelto y melodioso, en lentos giros la siguió.

Un poco más. Un poco más de ese canto, de la impalpable caricia de su voz. Que se repita el llamado. Que me persiga de nuevo. Que se me acerque. Me gusta. Y escapaba otra vez, vacilando entre la incertidumbre de la huida y el deseo.

De pronto, una nota se soltó de las otras para quedarse vibrando en el aire cual flecha sonora. El cortejo había terminado. Quieto y orondamente diminuto se paró el zorzal sobre la rama, mientras ella, abatida ya su resistencia, se le fue aproximando con el pico ansioso, como una cría desvalida que pide alimento.

Haciéndose esperar; retardándole aún más la respiración con su demora, buscó un abejorro y, con cuidado, para no lastimarla, se lo introdujo en esa súplica de amor que le tendía.

Antes que la luna desnudara su doncellez de plata, el zorzal alambró con su canto una parcela de monte y, al día siguiente, incuestionable señor

de sus dominios, buscó el lugar adecuado donde plantar su nido. Pelusas, pajitas secas, una pizca de musgo, algo de manantial y un poco de barro, bastaron para terminar aquella construcción, tras múltiples y compartidos ajetreos.

Fueron días de arrullo y contiendas de ternura. Y al poco tiempo: la sorpresa de ambos ante los huevos minúsculos; la discreción de ella en la tibieza con su canto solidario alrededor.

No bien arreció el sur, la madre y los polluelos partieron hacia la riqueza frutal de las cosechas, dejándolo al cuidado del nido.

Sin el revoloteo de los suyos, se le volvieron largos los días y más lejanas las estrellas. Las horas se quedaron baldías, ahora que su compañera se había borrado de la tarde.

Pacientemente la esperó; hasta que el invierno, por fin en retirada, cedió el paso a la resurrección de las semillas, a la esplendente anunciación de la savia.

No podía demorarse en llegar. Pronto el bosque le saldría al encuentro con su aroma verdecido.

Una y otra vez creyó divisarlo en el borde de la distancia, pero al acercarse, manchones renegridos le espantaban la esperanza.

No bien el día se coma a la luna; posiblemente antes que la noche se trague al sol, se repetía valerosa, buscando la fronda, entre que alentaba a sus pichones a volar ligero sin divisar el verde por ningún lado.

Desfallecía de cansancio cuando la golpeó el olor de la resina chamuscada. Una extensión de tierra interminable sangraba llamadas; los troncos como manos abiertas suplicantes. Allí estaban: su monte, su compañero, su nido: derribado, silenciado, destruido.

La humareda se le adentró en la garganta, en la desesperación, en la impotencia. Se demoró aún sobre el aliento candente del suelo y, después, con los ojos convertidos en dos lágrimas negras, se fue perdiendo en la tiznada palidez del horizonte.

* * *

DE CÓMO UN NIÑO SALVÓ UN CEDRO

Quiero saber por qué se dice que el cedro es un árbol sagrado... Ñamandu dijo: “Bien, este árbol, en este árbol bueno excavad”, dijo, “hemos de hacer que escuche árbol hermoso, este es el único árbol hermoso que creamos para tenerlo con nosotros, para hacer fluir la palabra...”.

Textos Mby’á. Las culturas condenadas.
Compilación de A. Roa Bastos, pág. 253.

Un ajeteo de hombres en la limpieza cercana no le dejó conciliar el sueño. A la amanecida Pablo se levantó, partiendo hacia el claro del monte, taciturno y de prisa, con la garganta obstruida por un pálpito siniestro.

Allí estaba, uniendo la tierra y el cielo con su tronco grisáceo, el cedro. No se dejó engañar la primera vez que lo vio. Sabía que bajo ese aspecto ceniciento dormían los colores rojizos de la aurora. No recordaba bien cuándo se convirtió en el compañero inmóvil de su imaginación. ¿Sería aquel atardecer en que se refugió bajo su follaje sintiendo sobre la frente una garúa apenas perceptible, que lo fue impregnando con un aroma de sombra y de jugos montaraces? ¿O aquella noche, cuando lo sorprendió meditando en voz alta, como si de la corteza cuarteada y olorosa *le fluyera la palabra*? Se acercaba desde entonces a escucharlo como los pájaros, como las nubes, como las abejas que, coqueteando con su tronco, guardaban en sus huecos la untuosa miel. Le fascinó su voz grave, bajada de la reverberación de los astros.

Arribó sigiloso y se retiró con temor. Era cierto. La sospecha se desplegó ante sus ojos: los hombres estaban allí; el campamento, a la izquierda; a la derecha, las máquinas. En el centro, el temblor de las flores.

Algo debía hacer para salvarlo; algo que su pequeñez le permitiera, pensaba con desesperación, observando los aprestos para la sierra.

A la noche siguiente, no bien los obrajeros se tumbaron al resguardo de las carpas, Pablo se internó hasta el corazón del monte y lo buscó entre los árboles, desdibujados por la ausencia de la luna. Separó las lianas que ceñían el matorral; atento al quejido del mantillo, recorrió la picada y, finalmente, guiado por el aleteo de las mariposas que comen sus brotos, lo identificó. Lo rodeó con sus brazos, acarició su aspereza, le preguntó cómo estaba. No temas, parecían decirle sus manitas morenas.

Sin más dilación comenzó el ascenso. El tronco, coronado por la copa servida, era un puente desde la tierra hasta la mismísima altura. Siguiendo los rastros del perfume, indagó el itinerario posible entre los racimos de flores; los atajos, los descansos de aquel viaje del cual no vislumbraba el final. Se topó con un fruto temprano e insistió sobre la premura de su misión. Debían entenderlo. En cualquier momento, el amanecer rompería el huevo de la noche y sería demasiado tarde. Averiguó entre una nidada bullanguera el trayecto más corto. Recordando el vuelo ondulante de una semilla de alas grandes, siguió a tientas la ruta que una vez le vio emprender. Le pidió consejos a la última horqueta para evitar los vahídos que amagaban tirarlo abajo. Subió y subió hasta tocar el cielo. Paseó entre las constelaciones y, antes que se apagaran las estrellas, eligió la más grande, la que brillaba más.

La tomó entre sus manos; con solicitud se la metió en el bolsillo; soslayando el vértigo descendió, firme y lento. Cuando estuvo en el suelo, la observó: su luz enceguecía.

Extendió los brazos tanto como su tamaño lo permitía y, buscando una saliente leñosa, la colgó sobre el fuste, como una señal.

Al otro día, cuando volvieron los hombres a terminar la faena, vieron sobre el cedro solitario aquella estrella, como un beso de luz sobre la madera fraganciosa y, asustados por el misterioso designio, lo dejaron vivir.

* * *

EL DÍA QUE SE DESPLOMARON LAS ESTRELLAS

Para Víctor Casartelli

Internarse en el monte, perderse por el laberinto de lianas y maleza, o seguir secretamente las huellas hasta encontrar los lugares donde los venados se echaban a dormir, era la pasión de Avaípe.

Nada le gustaba tanto. Ni otear el horizonte a la espera de los malos para dar la voz de alerta, escuchando cómo el pecho se le llenaba de coraje, ni pintarse la cara con los colores de las ceremonias rituales, ni mirar a los hombres, embriagados de chicha y baile, desatándose del mundo para entrar en la vorágine de una libertad inconsciente. Nada. Salvo quedarse dentro de su propio pensamiento bajo la cúpula de los árboles, con el olor humedecido de la tierra, arropada por un amasijo de hojas y de ramas tiernas; recorriendo después, meditativo, los santuarios de savia y de sombra otorgados por los dioses.

Si acaso otra cosa le interesaba más era el cielo, con su danza circular de estrellas, la aparición del tigre hambriento de luna, la marcha habitual de las constelaciones.

Entre la intimidad de los bosques y la vastedad del firmamento, Avaípe desgranaba los días rutinarios de la tribu. Se evadía tras las abejas hasta los colmenares escondidos, persiguiendo de paso el sueño calcinado de los lagartos; alternaba la búsqueda de presas, junto a los guerreros vestidos, con la recolección de peces burbujeantes; o acechaba, en la bóveda celeste, ese desvestirse de la noche, sacándose una a una las estrellas, como si fueran pendientes, hasta quedarse en pura aurora.

No le gustaba hablar, ni le hacía falta. Escurrizos y certeros, sus movimientos lo llevaban adonde su voluntad decidiera. Desaparecía semanas enteras de las tolderías o se quedaba a moler maíz con las mujeres, sin más ley que su propio deseo; pero guardaba en su corazón el apego a la vida y el secreto de dialogar con los luceros.

Nunca supo en qué estación sucedió. Tirado sobre la gramilla, de cara al universo, empezó a ver cómo se desplomaban las estrellas. De

alguna manera, por el deslumbramiento o por la entrega, sus miembros se quedaron tiesos bajo esa lluvia alucinante, que de pronto se desató sobre la tierra. No atinó a levantarse o a guarecerse, ni acertó a buscar, retrocediendo hacia el territorio de la infancia, los brazos de una madre que ya no existía. Sólo dejó que los ojos se le quedaran mirando aquel maravilloso cataclismo. Estrellas en añicos, cometas desprendidos de sus órbitas. desarenadas lunas despeñándose, le dejaron los labios atónitos y la voz estancada.

Ante el silbido de los astros, permaneció contemplando la avalancha que quebraba los árboles, la geometría irregular de los ramajes, la perentoria estabilidad de los nidos. Sometido a la belleza de la luz, canceló los sollozos, sabiendo que todo a su alrededor se desmoronaba, salvo él que, testigo impotente y obligado, presenció el derrumbe gradual de su morada.

Una vez terminado el aluvión, vuelto ya del temor y del embeleso, Avaípe trató de incorporarse. No se pudo mover. Su espalda, sus extremidades, su destino estaban clavados en el suelo. Sólo el rostro podía ladearse de un lado a otro, permitiéndole ver la cabellera de fuego que le había crecido a la tierra.

No pudo gritar, orar tampoco; los gemidos le fueron vedados, pero sus ojos dejaron correr, desde la esquina de los párpados un agüita empañada. Escuchó la soledad; aprendió con paciencia las argucias de la intemperie; reconoció, dentro de las llamas aturdidas por el viento, el esqueleto de las cosas. Nadie se acercó a socorrerlo ni comprendió su aislamiento. Ante tamaña orfandad, paladeó el lento sabor de la tristeza. Como ofrenda a un sol implacable y a una luna sombría, permaneció en idéntica postura durante el ciclo de las estaciones innumerables, escuchando la vida moribunda a su alrededor.

Desde el ojo de un manantial, un amor compadecido del páramo comenzó a brotar en su interior. Se supo parte y motor del universo y deseó inmolarse. Percibió los pasos de la sangre transitando sus venas cada vez con menos fuerza; se le apagaron los ojos y le florecieron las

manos. Entonces sintió emerger desde el centro del pecho, nutrido de su carne y de su desolación, un árbol nuevamente primigenio.

Cuentan los sabios, que pocos se atreven a contradecir, que hasta ahora puede verse en el solitario corazón del monte, petrificada y yacente, la figura de un hombre abrazado a las raíces plurales de la selva.

* * *

LA REBELIÓN DE LOS MONTES

Los árboles se despertaron antes que el sol sacara los brazos del horizonte. Ni el canto del corochiré, ni las corridas del venado, ni las cosquillas del rocío en las nervaduras de las hojas, fueron la causa. Tampoco las disputas de los loros o la acechanza del cazador: algo más siniestro se cernía sobre la calma del monte.

Con los ojos chorreando sueño escucharon el tronar de los motores, como un presagio de malos tiempos. Los golpes iniciales, liberando la leche de las cortezas, provocaron la alarma del palo santo y la indignación de los coronillos. Nuevamente estaban allí, los hombres.

Un estremecimiento recorrió el follaje. Un sollozo menudo comenzó a fluir de las alburas, impregnando el aire de un aroma triste.

Las lianas gritaban, enardecidas. Los arbustos, engalanados para sus próximas bodas, lamentaban la pérdida inminente de las compañeras. Y los árboles añosos guardaban silencio.

Los animales corren, saltan, se escabullen entre las matas. Por aquí, por allá, pronto, que ya se acercan. Las aves, despavoridas, piden refugio a la distancia.

Año tras año tenemos que aguantarlos, protesta un lapacho amarillo. Nos despojan de nuestros amigos, se queja el timbó, vertiendo un agua espesa. Nos arrebatan la sombra, se rebela un tarumá. Desbaratan las colmenas. Ultrajan el perfume. Silencian el murmullo que nos habita.

El campamento cobra vida. Cuatro estacas y un cuero sobre el envarrillado precario, algo de paja y palmas, es todo el resguardo contra la susurrante vitalidad del monte.

El vientre de los montes es la gran matriz del universo. En él muere y renace la vida, el incomprendido lenguaje de la naturaleza, medita un cedro en voz alta.

Aquella noche hubo un concilio en la floresta. Escogidos los ejemplares de buen fuste; condenada con la incisión precisa la resina aromática de los más vigorosos, todos sabían que a la mañana siguiente, sin reparos en la floración o en el albergue que otorgaban a los pájaros, comenzaría la tala.

Agobiados por tamaña indiferencia, y por la fatiga de rebrotar para morir sin tregua, los árboles conjeturaron el camino a seguir. Se acabó la paciencia, la estoica conformidad, el duelo después de la mutilación y del abandono. No estaban dispuestos a dejarse avasallar una vez más, aunque sí resueltos a impedir que el filo del invasor los volteara.

Se irían para siempre. Por rigurosa votación se decidió la partida. ¿Pero adónde?, preguntaban los retoños sin experiencia. A un lugar donde no nos destruyan, respondían, resignados, los ancianos.

Luego de mucho discutir, se pusieron de acuerdo sobre los pormenores de la fuga.

No era cosa de trasladar su pena mudando de paraje simplemente, olvidándose de florecer a fin de pasar inadvertidos. No era justo exigir a los pájaros que no cantaran o a las comadrejas que abandonasen sus guaridas, como tampoco podían negarles refugio a los coatís solitarios contra los disparos del predador.

Ocultarse era imposible. Ningún sitio escapa a la rapiña de los hombres, confirmaron los más altos desde sus copas lejanas. Adonde fuesen, estarían a la vista como pilares verdecidos.

Las deliberaciones se tornaron intrincadas. ¿Qué alternativa tenían? Ninguna. Antes de amanecer desprenderían sus raíces partiendo para siempre con las bestias.

No fue fácil acordar los detalles. Algunos árboles cobijaban familias enteras que se negaban al traslado; otros pretextaron la pesada carga de sus frutos, y la mayoría temía que se le cayeran los nidos de los brazos.

Finalmente, se decidió que esa noche, no bien saliera la luna, el monte entero escaparía hacia la altura, dejando al hombre huérfano de fronda.

Cuando se dio la señal, levantaron las ramas como si hubieran sido alas y, a la voz de libertad, ascendieron hacia el cielo, isla enorme de savia y de sombra.

Grande fue su estupor al comprobar el desatino de las aves, el escape precipitado de los lagartos, los aullidos de los zorros rojos, el fúnebre graznido del urutaú. Los animales se fueron resbalando hacia las fosas que quedaron, mientras ellos remontaban vuelo, sin posibilidad de detenerlos.

Llegaron, por fin, a una región exenta de amenazas, desde donde observaron el mundo suspendido, como un ojo vacío del universo.

¡Oh sorpresa! Los animales iban cayendo en la congoja. Los hombres, sentenciados a vivir sin sombra, deambulaban por los páramos; y las nubes, sin el llamado del follaje, retenían los aguaceros, mientras se agrietaba la tierra como una fruta sin pulpa.

No se llevaron consigo un picaflor, una colmena, una serpiente. Todos permanecieron abajo para extrañar su ausencia.

A la vista de aquella desolación, y arrepentidos de las consecuencias de su fuga, los árboles decidieron volver. Desilusión. Anclados en el cielo, impedidos del más leve movimiento, presenciaron la claudicación de las especies.

Una mañana, algo extraño aconteció. Mirando el erial en que se había convertido su antiguo asentamiento, entreabrieron los troncos y, desde el corazón que esconde la médula olorosa, fluyó una tupida lluvia de semillas, que lentamente fue cubriendo los campos desmochados.

Al verlas, desvalidas sobre tanta aridez, se pusieron a llorar, hasta que el sol hizo germinar nuevamente la vida.

DE: *Desde el encendido corazón del monte*. Edición bilingüe [español-francés] (Asunción: Fausto Cultural Ediciones, 1994)

* * *

CACERÍA

Sale moviendo la cola,
el gato de su rincón;
somnoliento despereza
su espalda de dormilón;
cuando en la clara mañana
dorada de tanto sol,
escucha en los corredores
las patitas de un ratón.
Las orejas se le paran,
curva su lomo marrón,
las pezuñas afiladas
ensayan un manotón.
Muy despacio y sigiloso
–mira que duerme el patrón–
se desliza contoneando
su elegancia de salón.
De repente se detiene,
corta la respiración.
–En el silencio se escuchan
corridas de refileón–
y aparece ante sus ojos,
encendidos cual tizón,
indefensa y sorprendida
la carita del ratón.
Comienza la cacería.
El pequeño es muy veloz,
pero el gato sus pezuñas,
ya le ha puesto alrededor.

Se le escapa entre las patas.
Corre, vuela, salta atrás,
buscando desesperado
un hoyito donde entrar.
Los bigotes expectantes
tras su mirada sagaz;
el gato paciente deja
que se canse su rival;
y cuando ya sin aliento
suspira sin ilusión,
el glotón se desayuna
con colita de ratón.

* * *

PLAYA

Castillos de arena
con torres redondas,
construyen los niños
con mezcla de sal.
¡Qué lindas ventanas
con cantos rodados,
balcones de escamas
y estrellas de mar!
De las caracoles
que silban al viento,
murmullo marino,
quejido fluvial,
se escapa una estela
de su chimenea,
formando cigüeñas

de grácil volar.
Con nácar sacado
de conchas tostadas,
y polvo de roca,
con espuma y sal,
les ponen alfombras
a los escalones,
que alcanzan el cielo
en línea espiral.
Castillos que guardan
en sus minaretes,
recuerdos de niños
tendidos al sol;
tendrán a la tarde
que volverse arena,
cuando estén cansados
de su torreón.

* * *

PINTANDO

Desde un pote de rojos,
amarillos y verdes,
con tus dedos alados
ayudaste a volar,
mariposas pintadas
con sus alas de seda
que esparcen en el viento
su vuelo circular.
Del hueco de tus manos
en crisol de colores,

con perfume de niños
y loco frenesí,
se escapan elefantes
con orejas manchadas,
y pájaros con picos
de color carmesí.
Pinta pequeño tu mundo
salpicado de color,
mientras la tierra embellece
bajo los rayos del sol.
Ponles alegría a las aguas
donde nada el caracol,
y puntos multicolores
al aire del ventarrón.
De tu nariz estampada,
y tus mejillas a rayas,
de tu sonrisa cubierta
con delicioso esplendor,
se escapan hasta el remanso
del corazón que te quiere,
cálido piar de paloma,
tenue murmullo de flor.

* * *

CASCARITA DE NUEZ

Cascarita de nuez,
barquichuelo arrugado,
cuna de mis recuerdos
de niño juguetero.
Navegando en la arena,
hallarás una estrella,

donde harás canción
con la brisa y el sol,
que me llene las manos
de esperanza y amor.
Botecito crocante
con perfume a nogal,
a la sombra de un árbol
te has ido a navegar,
dibujando a tu paso
una estela de paz.
Navecita pequeña,
pétalo sin timón,
cascarita de ensueños
conserva mi ilusión.

* * *

PASEO

Te voy a pintar
en las mejillas
tres hojitas hermosas
de ilusión;
para ir a los campos
en caballos
de perfumada madera
y de latón.
Corriendo por el aire
en semicírculos
llenaremos de verso
y de canción,
el cálido pedazo

del verano,
y el nido placentero
del gorrión.
Veremos en las flores
del camino,
picaflores con ojos de cristal,
y gallos de crestas encarnadas,
entonando su canto
magistral.
Mariposas con alas
coloreadas,
revoloteando sobre
espigas de maíz,
estampando en el aire
caprichosas,
los geniales arabescos
de un tapiz.
Volveremos somnolientos
a la tarde,
deshojando corolas
de cartón,
mientras llenan de luces
las estrellas,
la huella del potrillo
juguetón.

* * *

PANDORGA

Pandorga.
Que vuele la pandorga,
que bailotee en el aire,
que dibuje colores
en las nubes,
que caiga,
se levante,
se estremezca.
Dame tu cola coqueta
de moños pintados,
el tiritar
de tu papel de seda,
el sonido aflautado
de las tacuaras
que forman tu esqueleto;
dame tu alegría
de bandera
y tu ilusión
de alondra.
Pandorga,
torea tu existencia
de casuarina;
quédate mansamente dormida;
recibe el griterío jubiloso
de los niños
que siguen tu danza
de sol y viento,
hasta que vayas a morir,
resignada y majestuosa,
en la copa de un árbol.

* * *

CIRCO

Circo que llenas la infancia
de payasos coloridos,
son burbujas de alegría
tus tambores que hacen ruido.
¡Cómo saltan en el aire
volatineros pintados,
mientras saca del sombrero
siete conejos el mago!
Los caballos corcovean
sobre pistas de cristal,
con sus patas salpicando
picaflores al pasar.

Circo, circo,
que les atraes,
en dichoso
deambular,
carretadas
de alegría,
a los niños
del lugar.

Bajo tus luces pasean
adormilados camellos,
en la joroba meciendo
su alma de caramelo.
Las focas en las narices
llevan pelotas felpudas;
y los osos bailotean
vestidos de terciopelo.





“Circo”, Arte digital. 2001.
Obra de Edward P. Faith.



Corta el látigo la tarde
con su flexibilidad,
mientras suben a los cubos
tres leones de azafrán.
Y en la esquina de la carpa
que elegante al cielo va,
los monitos picarones
hacen muecas al compás.

Circo, circo,
que les atraes,
en dichoso
deambular,
carretadas
de alegría,
a los niños
del lugar.

* * *

BOLITAS

Ruedan las bolitas.
¿Hasta dónde irán,
cuando canta el viento
en el naranjal?
Entre el empedrado
de las calles llenas
de sol o de luna,
de pasto y arena,
recorren lomadas
–basáltico andar–
colinas y cerros

—cándido rodar—.
¡Cuántas cosas lindas
nos pueden contar,
de paseos cortitos
por esta ciudad!
En los bolsillitos
tibios de amistad,
las guardan los niños
después de jugar.

* * *

ARCO IRIS

Una lluvia empapó
la frágil silueta
de un rayo de luz
al hacer piruetas,
y con sus destellos
cuando salió el sol,
se formó un camino
de agua y color.

Con sabor a lluvia,
y aroma de lino,
brotes de jazmines
y oleaje fluvial,

nació el arco iris
con matices finos,
para hacer un viaje
a la inmensidad.

En su puente lindo
de luz coloreado

resuena la risa
de un niño encantado.
 Cuando de repente
 su tenue figura,
 se esfuma perdiendo
 su clara hermosura.

* * *

REYES MAGOS

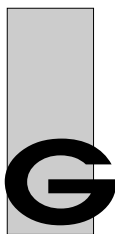
Sobre una cinta de plata
tendida en la inmensidad,
se acercan los Reyes Magos
caminando sin cesar.
Sus ropajes son de seda,
son sus capas de astracán,
y en sus turbantes las perlas
se menean al compás
del andar de los camellos,
que despacio en fila van.
Posados en una estrella
sus ojos buenos están,
mientras les marca el camino
con su fulgor de metal.
En la tierra todo es calma.
Sólo una luz, aquí, allá.
Los niños ya se han dormido
soñando en la oscuridad,
con las cartas enviadas
por palomas de cristal.
Los zapatitos lustrados

en voz baja parlotean,
mientras se bañan de luna,
esperando que los vean.
La noche deja un lucero
prendido en cada rincón,
salpicando de rocío,
los pétalos de cada flor,
hasta que despierta el alba
engalanada de sol.
Brillan chispeantes los ojos.
La risa se hace canción,
–los camellos se han bebido
toda el agua del latón–
y a los pies de las camitas,
hay juguetes. ¡Qué emoción!
Que cante siempre la alondra,
y gorjee el ruiseñor,
que a ningún niño le falte
la dicha de la ilusión.

DE: *Cascarita de nuez*. Edición bilingüe [español-inglés] (Asunción:
Fausto Cultural Ediciones, 2009)



“Alicia en el país de las maravillas 7”, Acrílico mix media,
61 x 91 cms. 2010.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.



DAVID A. GALEANO OLIVERA

(Asunción, 1961)

Narrador en guaraní, traductor (castellano-guaraní) y docente. Director General Académico de la Universidad Nacional de Asunción y miembro del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía de dicha universidad, es licenciado en lengua guaraní y se desempeña actualmente como profesor de guaraní (lengua, literatura, cultura) del Instituto Superior de Educación Dr. Raúl Peña y del Ateneo de Lengua y Cultura Guaraní. Socio fundador y varias veces presidente del Ateneo de Lengua y Cultura Guaraní, miembro de la Asociación Indigenista del Paraguay y de la Agrupación de Docentes y Funcionarios de la Educación del Paraguay (ADOFEP), David Galeano es un gran estudioso de la lengua y cultura guaraní y un activo promotor del bilingüismo en su país. Su labor de promoción y difusión de la lengua y cultura guaraní le han ganado una serie de distinciones importantes, entre ellas la Orden de Mérito Cívico-Cultural e Social en el Grado de Comendador, de la Sociedade de Estudos de Problemas Brasileiros, y los numerosos diplomas, menciones y plaquetas de reconocimiento de varias instituciones educativas y culturales nacionales. Su labor creativa incluye un libro de relatos en guaraní, *Jakavere ypykue: 15 káso ñemombe 'u* (1989), y un texto didáctico bilingüe, *Mbo'ehao arapapaha Guaraní ha España ñe'ême* (1988), escrito en co-autoría con Milciades Benítez. También ha publicado artículos y comentarios en revistas y periódicos locales y ha traducido al guaraní diversas glosas, poesías y canciones.

JATA'Y: LA LEYENDA

*Dedicado a Teresa Méndez-Faith /
Ahechakuaávo Teresa Méndez-Faith-pe*

Me contaba una abuela kapiateña que antiguamente había en las proximidades de la actual Asunción, capital del Paraguay, una aldea Guarani cuyo Mburuvicha se llamaba Kapi'i'atã, querido y respetado por los miembros de su comunidad. Allí vivieron siempre en armonía y la madre naturaleza les proveía de todo lo necesario para su subsistencia: enormes bosques, el agua limpia y cristalina, los peces, la miel, y todos los frutos de la tierra: maíz, mandioca, zapallo, banana, coco, guayaba, piña, yvapovô, yvapuru, pakuri, jakarati'a, etc. La vida comunitaria siempre estuvo marcada por la solidaridad y todos celebraban la vida agradeciendo diariamente a Ñande Ru y en su homenaje se reunían a la noche, en su templo, para rezar, danzar y cantar al ritmo de las sonajas de los hombres y el retumbar del sonido de las takuáras de las mujeres. *Peteĩ jarýi Kapi'atãygua omombe'úmi cheve ndaje yma, ymaite, táva guasu Paraguay ypype; oñemohendahague peteĩ tekoha Guarani, omyakãva Mburuvicha hérava Kapi'i'atã, kuimba'e ojehayhu ha ojehecharamóva hekohápe. Upépe oikoraka'e hikuái tekokatúpe ha ñande sy guasu, yvy, ome'ẽ chupekuéra opaite hemikotevẽ: ka'aguay kakuaa, y potĩ sakãã pira, eirete ha opaichagua yvy'a: avati, mandi'o, kurapepẽ, pakova, mbokaja, arasa, avakachi, yvapovô, yvapuru, pakuri, jakarati'a hamba'e. Ha'ekuéra niko oiko jekupytype ha akóinte omomba'eguasu tekove ha upépare o'aguyjeme'ẽ hikuái Ñande Rúpe ha hérape oñombyaty hikuái pyharekue, opýpe, oñembo'ejerokývo, upépe kuimba'ekuéra ombarakapu ha kuña katu otakuapu.*

Un día en una de las familias, nació una niña muy linda a la que dieron el nombre de Jata, que con el tiempo creció y se convirtió en una hermosísima mujer que fue pretendida por muchos hombres. Ella siempre vivió con sus padres y siempre anduvo sola. La fama de la belleza de





“Jata’y”, foto gentileza del autor (David Galeano Olivera).



Jata trascendió a otras comunidades de los alrededores. Sin embargo, pese a la insistencia de varios varones que intentaron desposarla, ella siempre encontraba alguna forma de deshacerse de todos aquellos pretendientes. *Peteĩ ára, peteĩva tapỹime, heñói peteĩ mitákuña'i iporãitereíva oñembohérava Jata, upéi okakuaáva oiko peve ichugui peteĩ kuñataĩ neporãmbajepéva ha hetaiterei kuimba'épe oipy'ara'áva. Ha'éniko oiko isy ha itúva ndive ha tapiaite heko ha'eño. Pe iporãngue niko oñemoherakuãkuri ambue tekoha rupi. Jepémo heta kuimba'e oityse chupe iñuhãme, Jata akóinte ojuhúmi peteĩ tape ojehekýi hagua umívagui.*

Un día llegó a la aldea del Mburuvicha Kapi'i'atã un guerrero de nombre Tekoñarõ, decidido a conquistar el amor de Jata, aunque sea por la fuerza. Y fue así que una mañana mientras el pueblo se hallaba reunido en una asamblea, Tekoñarõ se acercó hasta la choza de Jata, donde se encontraban sus ancianos padres, que ya no podían caminar. Tekoñarõ, con voz violenta, les dijo: “Yo vine a su aldea para raptar a su hija, para convertirla en mi mujer”, a lo que el padre de la joven respondió: “Muchos, antes que tú, dijeron e intentaron lo mismo y no lo lograron, y no creo que tú seas la excepción. Además eres un hombre malo”. Las palabras del anciano enfurecieron al guerrero, quien sin mediar más palabras, mató al padre y a la madre de Jata. *Peteĩ ára, oguahẽ Mburuvicha Kapi'i'atã tekohápe peteĩ guarini hérava Tekoñarõ, oúva mombyrýgui oñemomba'évo Jata mborayhúre, taha'éjepe mbaretépe. Ha péicha, peteĩ pyhareve avakuéra oĩ aja amandajépe, Tekoñarõ oñemboja Jata tapỹi oĩha meve, upépe oĩhina isy ha itúva, iguaigui ha itujamímava hikuái ha ndoguatakuaavéimava. Tekoñarõ, ñe'ẽ pohýi reheve, he'i mokõivépe: “Che aju pende rekohápe aguerahávo pene ñemoñarépe, che rembirekorã”; ohendúvo upéva, tujami osẽ ombohováí chupe: “Hetámako oĩ, nde reju mboyve, he'iva'ekue upeichaité avei ha ndohasáiva upégui. Che ndaroviái nde ikatutaha rejapo upe mba'e ha hi'ariete ndéngo peteĩ kuimba'e nderekomaráva”. Upe karaimi ñe'ẽndo'aporã Tekoñarõme ha kóva he'i'ỹre mba'evete, ojuka upe karaimi ha hembirekópe.*

Terminada la asamblea, Jata regresó a su choza y encontró a sus padres muertos y parado a un costado vió a Tekoñarõ. Este se acercó a

Jata, envuelta en llantos, la tomó del brazo y le dijo: “Si no quieres morir como ellos, mejor entégate, ven conmigo y te haré mi mujer”. Ella le gritó: “¡Asesino!, jamás seré tu mujer” y salió a correr. Tekoñarõ la siguió y le disparó una lanza que impactó y mató a la bella Jata. En eso llegaron al lugar el Mburuvicha Kapi’i’atã y varios hombres, quienes dieron muerte a Tekoñarõ. *Opávo amandaje, Jata oho itapỹime ha upépe ojuhu isy ha itúva omanóva ha ijykére ohecha Tekoñarõme. Kóva oñemboja Jata re-
nondépe, hasësoróva, ha he’i chupe: “Neremoséirõ ha’ekuéraicha, eñeme’ënte chéve, eju chendive ha ajapóta ndehgui che rembireko”.
Jata osapukái chupe: “¡Porojukahára!, araka’eve ndahamo’ãi nendive”
ha osë oñani. Tekoñarõ omuña chupe ha ojapi chupe peteĩ yvyra’akuápe
ha ojuka upe kuñataĩ porãitépe. Upe jave, oguahẽ upépe Mburuvicha
Kapi’i’atã ha iguarini ha oñondivepa ojuka hikuái Tekoñarõme.*

Al guerrero malo lo enterraron en un alejado lugar en el monte, en tanto que a Jata, la enterraron al costado de un hermoso arroyo. Tiempo después, nació y creció en el lugar de su tumba, una planta espinosa, parecida al cocotero, pero pequeña, a la cual llamaron Jata’y (hoy conocida como Jata’i), que recuerda a la hermosa mujer, que aun muerta, llena de espinas, jamás permitió hasta hoy que nadie se acercara a ella fácilmente. *Upe guarini hekomarãvape oñotý hikuái peteĩ ka’aguy mombyrýva
upégui; ha Jatápe katu oñotý hikuái peteĩ ysyry iporãva rembe’yype. Upe-
ririminte, heñói ha okakuaa upe Jata oñeñotýhaguépe, peteĩ ka’avo ha-
tĩmbáva, ojoguáva mbokajápe, ndatuicháiva ha uperupigua ombohérava
Jata’y (ko’ága ojekuaáva Jata’ípe), ogueromandu’áva upe kuñataĩ porã-
ite rekove, jepémo omano ha hatĩmbáva, ko’ágaite peve ndohejáiva, péi-
cha péichante, avave oñemboja hese.*

Hasta hoy existe en el Distrito de Kapi’atã una compañía llamada Jataity (Jata’yty) que perpetúa el nombre de la joven Jata. La palabra Jata’yty quiere decir “el lugar donde abundan las plantas de Jata’y”. Con el tiempo esta planta creció en todo el Paraguay, y en la actualidad, es fácil encontrar varias ciudades, compañías y barrios, que se denominan Jataity. *Ko’ágaite peve oĩ Kapi’atã Távape peteĩ tavapehẽ hérava Jataity*

(Jata'yty) ogueromandu'áva kuñataĩ Jata réra. Ñe'ẽ Jata'yty he'ise "tenda oĩháme heta Jata'y". Ohasávo ára, ko ka'avo iñasái Paraguay retã tuichakue javeve, ha ko'ága rupi, jajuhukuaa heta táva, tavapehẽ ha jeikoha, hérava Jataity.

DE: Blog del autor: <http://dgaleanolivera.wordpress.com/jatay-la-leyenda/>

* * *

LA LEYENDA DE URUNDE, URUNDE'Y

*Dedicado a Manuel Cuenca /
Ahechakuaávo Manuel Cuenca-pe*

En la espesura del gran monte, una noche, alrededor del fogón, el abuelo Guarani –como siempre rodeado de todos los niños de la aldea– se disponía a narrarles una leyenda, esta vez, se trataba de la leyenda del gran guerrero Urunde. Los Guarani tuvieron muchos héroes, valientes guerreros, líderes de sus respectivas comunidades, y precisamente, Urunde fue uno de esos hombres. Ka'a guasu hypy'üvéva mbytépe, peteĩ pyhare, tataypýpe, tamói Guarani –oguapýva tata jerére opaite mitã'ikuéra hekohapegua ndive– ohenduka chupekuéra peteĩ mombe'upy omombe'úva guarini guasu Urunde rekovekue. Guaranikuéra niko oguerekojepékuri heta tekoverechapyrã, guarini ha'evéva, hekoha motenondehára; ha ja'eporãtarõ, Urunde ha'eva'ekue umi rehegua.

El abuelo Guarani contó a los niños que Urunde fue hijo de Uruguasú, Mburuvicha de una gran aldea Guarani asentada en la costa del Río Paraguay pero en la Región Oriental. Urunde fue criado por su padre para ser un gran líder, un gran orador, un hombre sabio, un hombre pleno, que –a su muerte– le sucediera en el gobierno de la gran aldea Guarani... y en verdad, así ocurrió. Tamói Guarani omombe'úkuri mitãmimíme Urunde

ha'ehague Uruguasu ñemoñare. Uruguasu niko peteî Guarani Rekoha Guasu Mburuvichakue. Ko tekoha guasu oñemohendava'ekue Y Paraguay rembe'ýpe, Arasẽ Yvypehẽme. Uruguasu niko ohekombo'ékuri ita'ýra Urundépe oiko hagua ichugui peteĩ motenondehára guasu, iñe'ẽngatúva, iñarandúva, hekokatúva, omyengoviakuaátava ichupe – hi'aramano rire– tekoha guasu ñemotenondépe... ha añetehápe, upeichaite oikókuri.

Un día, ya muy entrado en años, Uruguasu falleció. Toda la aldea lamentó la muerte de ese gran hombre que brindó días felices a todos los miembros de la comunidad. Su hijo Urunde le confeccionó la urna funeraria, lo enterró en compañía de toda la comunidad, y luego sucedió a su padre como Mburuvicha de la gran aldea. Peteĩ ára, hetaitereirasa kuarahyresẽ ohecha rire, Uruguasu omano. Tekoha tuichaháicha ombyasy pe karai guasu ñemano. Ha'éniko heta ombovy'apavẽkuri opavavete oikóva guive upe tekohápe. Ita'ýra Urunde niko oja'pókuri ijapeporã, oñotýkuri chupe maymaite ñemoirũ rupive ha upehague omyengoviákuri itúvape ha oiko ichugui upe tekoha guasu Mburuvicha.

Urunde no se quedó atrás y prosiguió con las ideas de su padre. Fue así que en todo momento buscó que su pueblo transitara por los caminos de la justicia, de la sabiduría, de la libertad, herramientas necesarias para lograr la vida plena que finalmente los conduciría a la Tierra sin Mal. Logró mantener la tranquilidad en la gran aldea. Así, mientras las mujeres atendían el hogar, a los hijos y preparaban los alimentos y los tejidos hechos de karanda'y; Urunde salía con varios varones de la gran aldea a buscar los productos para la subsistencia: pescados, miel, frutos, agua y leña. A la noche, la felicidad se apoderaba de la gran aldea cuando se reunían en el templo –como una sola familia– a honrar a Ñande Ru, mediante sus oraciones, danzas y cantos. Urunde ndopytái tapykuépe ha ombojoapyvékuri itúva remimo'ã. Upeichahápe, ára ha ára, oñeha'ákuri omboguata hetã tekojoja rape rupi, arandu rekávo, tekosã'ỹ moañetévo, oikuaaporãgui umíva ha'eha tembipuru oguerahátava chupekuéra tekokatu repére ohupyty peve Yvy Mara'ỹ. Tekoha Guasu oiko tapiaite py'aguapýpe. Péicha, kuña oñangareko aja tapýi ha imembykuérare ha

upekuévo ojapo aja tembi'u ha ijaorã karanda'ygui; Urunde osēmiva'erã heta kuimba'ekuéra ndive ohekávo hembí'urã: pira, eirete, yva, y ha jepe'a. Pyharekue, vy'apavẽ oñemomba'e hesekuéra ha maymáva ohua'ĩ oñombyatývo opýpe –oñopehēnguéicha– omomba'eguasúvo Ñande Rúpe, ñembo'e jeroky rupive.

Sin embargo, de cuando en cuando, eran atacados por los temibles indios Pajagua, que vivían en la ribera de enfrente; es decir, en la Región Occidental. En esas circunstancias, Urunde y sus guerreros sacaban a relucir su vocación guerrera y en memorables acciones siempre lograban expulsar a los Pajagua de sus tierras, persiguiéndolos en sus canoas hasta el otro lado del Río Paraguay. Grandes celebraciones realizaban luego de esas batallas. Dicen que -entre los Guaraní- muy pocos Mburuvicha llegaron a ser tan admirados y queridos como Urunde, un hombre incorruptible, fuerte, duro, de estatura alta, de gran resistencia; quien gobernó por varios años a su gran aldea. Jepémo upéicha, sapy'apy'a, ojeitýjepi hi'arikuéra umi Pajagua ñaña, oikóva Y Paraguay mboypýri, Aragua Yvypehēme. Upéicha jave, Urunde ha iguarinikuéra ohechaukájepi ipy'aguasuha ha jetyvyro ijojahaýva rupi akóinte omosēmiva'erã Pajaguakuerape hekoha guasúgui ha omuñájepi chupekuéra, ygakuerape, Y Paraguay mboypýri peve. Umi ñorairõ rire ojejapómiva'erã vy'arã'aty ndetuichapajepéva. Oĩhe'íva ndaiporihavoi –Guaranikuéra apytépe– peteĩ Mburuvicha ojehecharamo ha ojehayhuvéva Urundégui, ha'éva peteĩ kuimba'e hekotuju'ýva, imbarete, hatã, ijyvateporã ha hekoverosã añete-téva; are omotenondeva'ekue pe hekoha guasúpe.

Un día, ya muy anciano, Ñande Ru convocó al alma de Urunde a la Tierra sin Mal, lugar destinado a los seres perfectos. La gran aldea Guaraní, con gran pesar, se encargó de enterrar su cuerpo en una hermosa urna funeraria, en la costa del río Paraguay, mirando hacia la Región Occidental como para atemorizar por siempre a los temibles indios Pajagua, que nunca pudieron vencerlo. Ñande Ru interpretó el sentimiento de los miembros de la gran aldea Guaraní e hizo crecer un nuevo árbol en aquel lugar, un árbol incorruptible, fuerte, duro, de estatura alta y de gran resistencia; al cual los Guaraní bautizaron Urunde'y, nombre de aquel gran guerrero

que por mucho tiempo los gobernó. Hasta hoy el Urunde'y es un árbol muy admirado y apreciado; y esta es la leyenda de ese hermoso árbol. Peteĩ ára, itujamímavo, Ñande Ru ohenói Urundépe ha hi'ãnga ojehekýi ñande apytégui ha oho Yvy Mara'ỹme, ha'éva upe tenda ohupytýva umi heko'aguyjéva. Guarani Tekoha Guasu, tuicha temimbyasýre, oñotýkuri hetekue peteĩ japepo neporãmbajepévape, Y Paraguay rembe'ýpe, ha omomaña hikuái chupe Aragua Yvypehẽ gotyo akóinte omondýi hagua Pajaguakuérape, araka'eve ndaipu'akaiva'ekue hese. Ñande Ru ohechakuaa Guarani Rekoha Guasuygua remiandu ha omoheñói upepete peteĩ vyvra pyahu, hekotuju'ýva, hatã, ijyvateporã ha hekoverosã añete-téva; Guaranikuéra omboherava'ekue upe vyvrápe: Urunde'y, ohechakuaávo pe guarini guasúpe are omotenondeva'ekue chupekuéra. Ko'ága peve Urunde'y ha'e vyvra ojehecharamo ha ojehayhúva ha kóva niko ha'e pe mombe'upy imandu'áva pe vyvra porãitére.

Finalmente, cabe mencionar que la partícula sufija “y” quiere decir “árbol o planta” por eso aparece en la denominación de prácticamente todas las variedades forestales (urunde-y, karanda-y, guapo-y, kurupa-y, jata-y, juasy-y, amba-y), y en zonas acuáticas la “y” sirve para indicar ríos (arroyos o cursos de aguas) con abundancia de determinados peces u otras especies y variedades acuáticas (suruvi-y, pirape-y, jatyta-y, akara-y, javeví-y). Todos estos nombres son muy antiguos, corresponden a la historia de la América precolombina; es decir, de antes de 1492. Ipahápe, tekotevẽ ñamyesakã pe ñe'ẽpehẽtai upeigua “y” he'iseha “vyvra téra ka'avo”, upévare omoirũjepi opavavete nunga vyvra rerakuérape (urunde-y, karanda-y, guapo-y, kurupa-y, jata-y, juasy-y, amba-y), ha he'õháme katu, pe “y” he'ise “ysyry” hetahápe peteĩchagua pira téra ambue mymba oikóva ýpe ha y jere rupi (suruvi-y, pirape-y, jatyta-y, akara-y, javeví-y). Opaite ko'ã téra niko aretereiguaréma; oĩmava'ekuevoi Colón oguahê mboyve Amérikape; ja'eporãsérõ, ary 1492 mboyve.

DE: Blog “Guarani Ñe'ẽ”: <http://dgaleanolivera.wordpress.com/la-leyenda-de-urunde-urundey/>

* * *

MAINUMBY – PICAFLOR (LEYENDA GUARANÍ)

Cuentan los ancianos que el gran Tupã es justo y bueno cuando justa y buena es la intención de los hombres. Y la intención de Potí (poty) y Guanumby (mainumby) fue la más noble que existe en este mundo: amarse siempre y mucho, más allá del cielo y de la tierra, del tiempo y de la muerte, de la vida y de la humanidad.

Eran sus familias de tribus enemigas y hacía tanto tiempo que se odiaban que ya nadie conocía la razón. Cuentan que Potí era bella. Bella como el alba en primavera. Bella como el viento del atardecer que arrastra las hojas en otoño y alivia a los hombres del verano. Bella como el sol que acaricia los rostros y alumbraba la sombra del invierno. A Guanumby no le costó enamorarse, y muy pronto Potí también lo amó.

Una y diez mil veces se encontraron más allá del monte blanco, bajo el sauce criollo, sin que nadie los viera. Pero un día la hermana de Potí sospechó. Sigilosa, la siguió hasta el monte y descubrió el secreto. Y enseguida se lo confió a su padre.

Al día siguiente, como siempre, Guanumby cruzó el monte blanco y esperó bajo el sauce. Pero Potí no llegó. Desesperado, se acercó a la aldea, a riesgo de que lo mataran.

Y encontró a Potí discutiendo fervorosamente con el cacique de su tribu:

–¡Jamás lo permitiré! –le gritaba él.

–¡Estoy enamorada de Guanumby! ¡Debes entenderlo, padre!

–¡Nunca! Por la mañana te casarás con uno de los nuestros, y esa es mi última palabra.

Entonces Guanumby salió de su escondite. Como si hubieran podido ensayarlo una y diez mil veces gritaron al unísono, ante el horror del cacique:

–¡Oh, gran Tupã, no lo permitas!

Cuentan los ancianos que jamás se vio en la tierra otro prodigio igual. De pronto Potí y Guanumby vieron sus propios cuerpos, extrañados, como si ya no les pertenecieran. Potí se deshizo en un tallo pequeño pero firme y su piel se fue volviendo suave como un terciopelo: era una flor, una flor bellísima como ella misma lo había sido antes de que el gran Tupá la transformara.

Guanumby, al mismo tiempo, se volvió ligero como el aire: dos alas diminutas, casi transparentes y veloces lo mantuvieron en vuelo y, desesperado por encontrar a Potí, se alejó torpemente del lugar. Desde entonces la busca. Huele cada flor de cada monte de cada aldea. Besa con su pico las corolas más bellas con la secreta esperanza de encontrarla. Cuentan que unos hombres lo vieron y quedaron extasiados por el color de sus plumas y la rapidez de sus movimientos.

–Picaflor –lo nombraron, porque una y diez mil veces lo vieron escarbando con su pico el interior de las flores, ignorantes de que Guanumby solo busca los besos de su amada.

DE: Blog “Guarani Ñe’ẽ”: <http://dgaleanolivera.wordpress.com/mainumby-picaflor-leyenda-guarani/>

* * *

LEYENDA DE LA YERBA MATE

Se dice que antes de que Jasy bajara, los hombres estaban tan ocupados en sus propios quehaceres que apenas se miraban o conversaban un poco. Jasy era inmensa, refulgente, poderosa. Era magia y luz. Porque Jasy era la luna, y plantada sobre el firmamento, alumbraba cada noche las copas de los árboles y los caminos, pintaba de color plata el curso de los ríos y revelaba los sonidos, que sigilosos y aterradorizantes, se escondían en la penumbra de la selva.

Una mañana Jasy bajó a la tierra, acompañada por la nube Arai. Convertidas en muchachas, caminaron por los senderos apartados de la

aldea, entre el laberinto de sauces, lapachos, cedros y palmeras. Y entonces, de improviso, se presentó un jaguarete. La mirada tranquila y desafiante. El paso lento y decidido. Las zarpas listas para ser clavadas y las fauces dispuestas a atacar. Pero una flecha atravesó como la luz el corazón de la bestia. Jasy y Arai no acababan de entender lo sucedido cuando vieron a un viejo cazador que desde el otro extremo de la selva las saludaba con un gesto amistoso. El hombre dio media vuelta y se retiró en silencio.

Aquella noche, mientras dormía en su hamaca bajo la luz de la luna, el viejo cazador tuvo un sueño revelador. Volvió a ver el jaguarete agazapado y la fragilidad de las dos jóvenes que había salvado aquella tarde, que esta vez le hablaron: -Somos Jasy y Arai, y queremos recompensarte por lo que has hecho. Mañana cuando despiertes encontrarás en la puerta de tu casa una planta nueva. Su nombre es Ka'a, y tiene la propiedad de acercar los corazones de los hombres. Para ello, debes tostar y moler sus hojas. Prepara una infusión y compártela con tu gente: es el premio por la amistad que demostraste esta tarde a dos desconocidas.

En efecto, a la mañana siguiente el hombre halló la planta y siguió las instrucciones que en sueños se le habían dado. Colocó la infusión en una calabaza hueca y con una caña fina probó la bebida. Y la compartió. Aquel día los hombres, entre mate y mate, conocieron las horas compartidas y nunca más quisieron volver a estar solos.

DE: Blog "Guarani Ñe'ẽ": <http://dgaleanolivera.wordpress.com/la-leyenda-de-la-yerba-mate/>





“Tocando estrellas”, Ilustración de tapa de *Tocando estrellas*
(Asunción: Fausto Cultural Ediciones, 2006).
Obra de Andrea Piccardo.

MARÍA EUGENIA GARAY

(Asunción, 1954)

Poeta, narradora y periodista. Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Católica de Asunción, socia fundadora de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP) y socia de Escritoras Paraguayas Asociadas (EPA), María Eugenia Garay realiza colaboraciones periódicas (entrevistas, crítica literaria, poemas, artículos históricos y otros textos) en diferentes medios de prensa locales, y sus obras han sido incluidas en antologías y publicaciones conjuntas dentro y fuera del país. En 1971 se la distingue con el Premio René Dávalos convocado ese año por la Revista Criterio. Hasta la fecha tiene publicados más de veinte libros que incluyen poemarios y numerosas obras (poemas, cuentos, relatos...) para niños y jóvenes, entre ellos: *Poesía* (1983), *Recobrarlo* (1984), *Elección personal* (1987), *Baile de disfraces* (1987), *Los indóciles sueños* (1999; Segundo Premio en Premio Municipal de Literatura, edición 2000, y Mención de Honor del Premio Nacional de Literatura 2001), *Bosque de luciérnagas* (2000; Mención de Honor en Premio Literario Roque Gaona, edición 2000), *Verano en Isla Esmeralda* (2000). En 2004 aparece *El hada de la luna* y un año después *El túnel del tiempo* (2005; Mención de Honor del Premio Nacional de Literatura 2005), declaradas ambas “obras de interés educativo y cultural” por el Ministerio de Educación y Cultura. De posterior aparición son una serie de narraciones y textos poéticos dirigidos a un público infanto-juvenil: *Duendes en el ropero* (2005), novela para niños, *Conversaciones con el abuelo* (2005), *En el Laberinto del Minotauro* (2005), relato de tipo policial, *En busca del Tesoro de los Dioses* (2006) y la *Colección: Abracadabra la Tierra nos habla* que comprende cinco tomos de poesías para niños, todos publicados en 2006-2007. Muchas de sus poesías han sido musicalizadas y grabadas por destacados compositores, otras llevadas al teatro y algunas plasmadas en pinturas por artistas plásticos nacionales. De más reciente publicación son: el poemario *A orillas del tiempo* (2010), *Aquella madrugada de 1811* (2011), relato adaptado de un capítulo de su novela *El túnel del tiempo* (2005), y *Colección Eros* (2011, una trilogía de poemarios: *Ansias de ti*, *Los signos del amor* y *Comarca de flores azules*).

LA CANCIÓN DE LA TIERRA

Comienza la ronda
del Abracadabra
la magia te envuelve
¡La Tierra te habla!
Te invito a la ronda,
del planeta Tierra
tómame la mano y
Las hadas y duendes
que hay en el jardín
tocarán la orquesta
compuesta de un piano
flautas, panderetas,
guitarra y violín.

Súmate a la ronda,
de todos los niños
unamos ideales
plenos de cariño.
Cantemos, bailemos
que este es el momento
de hacer un esfuerzo
para que el planeta
con tanta basura,
polución, residuos,
con nuestros esfuerzos
vuelva a relumbrar,
y a recuperar
como en la Creación,
ese antiguo brillo
como lo hizo Dios.

ESCALERA AL CIELO

Únete a la ronda
del techo infinito
bordado de nubes
de blanco algodón.
Pintado de azul,
de rosa o celeste
o en las tardecitas
teñido de añil.
Del hermoso cielo
hacedor de estrellas
cuna de la luna,
refugio del sol.
Cantemos gozosos
a la luz que alumbra
al árbol que crece
dando sombra y frutos
o a la flor que nace
en mitad del surco
desde la penumbra
hacia el resplandor.

HIMNO A LA ALEGRÍA

Cantemos felices,
al agua que fluye
pura y cristalina

trayendo en su cauce
voces de armonía.
Al aire diáfano
hecho de cristal
que es indispensable
para respirar.
Sin agua y sin aire
les puedo decir
que vida en la Tierra
no podría existir.
Un alegre himno
vamos a entonar.
Y entre sus estrofas
hechas con palabras
y flores de azahar
un amor inmenso
vamos a expresar.
A todo el entorno
que está en derredor,
las selvas, los cerros
la flor y el trigal.
Sin ellos la vida
se puede extinguir
y el hombre en la Tierra
no podrá vivir.
Por eso nosotros
vamos a cantar
y a decir que estamos
aprendiendo a amar.
El viento del bosque
llevará en sus alas
ráfagas del himno

con vibrante son,
congregando a todos
a entonar las coplas,
haciendo que aflore
profunda emoción,
en las multitudes
que espontáneamente,
se reúna en los prados
al oír la canción.

DE: *Tocando estrellas*, Colección ABRACADABRA la Tierra nos habla, libro 1 (Asunción: Fausto Cultural Ediciones, 2006). Estos poemas también fueron publicados en la *Revista Ñe-engatu*, Año XXVIII, No. 169, Octubre de 2010.

* * *

DUENDES VIAJANDO EN UN RAYO DE LUZ

Desde el infinito
cielo tan azul,
los duendes que pueblan
Júpiter y Venus,
que brillan lejanos
allá en el confín,
al oír nuestros cantos,
se querrán unir
para no quedarse
fuera del festín.
Sus niños viajando
en un rayo de luz

traerán mil guitarras,
flautas y violín,
sumándose entonces
a integrar la orquesta,
y a bailar la rueda,
tan llenos de júbilo
que la algarabía
nunca tendrá fin.
Con grandes sombreros
los duendes de Venus
traerán el disfraz
más original.
Los adornarán
para la ocasión
muchas mariposas
y bichitos de luz,
que tendrán el brillo
de las lentejuelas,
y competirán
en luz y color
con unos anillos
lindos y amarillos
que los de Saturno
van a repartir,
a todos los niños
que quieran venir.

* * *

LA MARAVILLOSA CRUZ DEL SUR

Habrá otros regalos
nunca imaginados
que serán sorteados
en el festival.

Hechos con diamantes
rayos y centellas,
colas de cometas
y algún mineral
de extraño fulgor,
que la Cruz del Sur
siempre tan genial,
al oír el barullo
quiso regalar,
porque aunque anhelaba
venir a bailar
alumbrando el cielo
se debió quedar.

Una golondrina
siempre parlanchina,
muy junto al oído
me cuchiche ,
que los duendecitos
venidos de Júpiter
lucir n dos botas
tan esplendorosas,
que tendrán un brillo
mayor a un farol,
porque las tejieron
con rayos de sol.
Seres mitológicos

vendrán de Quirón,
décimo planeta
que alguien descubrió.
Duendes, gnomos
y hadas, así arribarán
cabalgando sobre
alados unicornios
de mágico andar.
Habrá salamandras
nacidas del fuego,
que entre llamaradas
van a aparecer,
bailando en las llamas
con gracia ondulante,
danza que te danza
hasta amanecer.

DE: *Los Duendes de la Luz*. Colección ABRACADABRA, la Tierra nos habla, libro 2 (Asunción: Fausto Cultural Ediciones, 2006)

* * *

¡ABRACADABRA! LA TIERRA NOS HABLA

Por obra de magia
y del ¡Abracadabra!
la Tierra nos pide
que seamos su voz,
gritemos con fuerza
lo que ella nos dicta
con su milenaria

y serena canción:

**“¡Benditos los niños
que se empeñan hoy
para que en el mundo
triunfe el Amor!”**

Y el sol
que relumbra
con tanto esplendor
se suma a la rueda
de nuestra ilusión
Sus rayos
que besan
la Tierra que amamos
parecen decirnos
plenos de fulgor:
**“¡Queridos pequeños,
disfruten la vida,
el suelo y el sol,
sueñen como hermanos
con un mundo nuevo
repleto de amor.
Siembren esperanzas,
cosechen valor.
Yo que soy de fuego
hoy me acerco a ustedes
y afirmo rotundo
dándoles calor:
El mundo es hermoso,
las flores, los ríos
y los animales
que hay en derredor!
¡No se cansen nunca**

**de formar la rueda
y al unir esfuerzos,
protejan la Tierra
de tanta erosión!”.**

A la ronda, ronda,
de las alegrías,
y los cuatro vientos
lleven la canción
por el sur y el norte
el este y el oeste:
**“¡Que vivan los niños!
¡Que viva el Amor!
¡Salvemos la Tierra
regalo de Dios!”.**

DE: *La fiesta del jazmín*. Colección ABRACADABRA, la Tierra nos habla, libro 5 (Asunción: Fausto Cultural Ediciones, 2006)

* * *

VACACIONES DE VERANO

–¡Mañana comienzan las vacaciones de verano!–gritó Paloma, blandiendo la libreta de calificaciones en la mano.

Entró corriendo como una tromba seguida de cerca por Pablito.

Mamá Daniela se dio vuelta a mirarlos, sonriendo, se agachó y los abrazó. Papá Ramiro entró detrás. Acababa de traer a los chicos de la escuela ese último día de clases. Era cerca del mediodía.

Por toda la casa se expandía un magnífico aroma a comida recién hecha:

–¡Hummm, qué rico olor!–comentó destapando una de las cacerolas que estaban sobre la hornalla de la cocina–. ¿Qué estás cocinando?

—Un delicioso pollo con papas, arvejas y zanahorias y, en el horno, tengo una asadera de chipa guazú.

Cuando se sentaron a la mesa, Daniela sacó del bolsillo una tarjeta postal con todos los sellos del correo, y exhibiéndosela a los chicos, anunció:

—¡Carta de los abuelos! ¡Los invitan a ir a pasar el verano con ellos! Los chicos se quedaron boquiabiertos con la sorpresa.

—¡Magnífico! —se alegró Paloma—. Sabía que los abuelitos nos estarían esperando.

—¡Me encanta el campo! —aseguró Pablito—. ¡Mariposas de todos los colores, pájaros y hasta venados!

—Mañana haremos las valijas y los llevaremos hasta allá —afirmó el papá.

—Lo más importante es poner el traje de baño para bañarse en el arroyo —apuntó la mamá.

Esa noche, rendidos por el cansancio, la exaltación de ver abrirse ante ellos la perspectiva de un verano entre las sierras, se acostaron deslizándose entre las sábanas de algodón, tan excitados con la perspectiva del viaje, que antes de dormirse ya se veían corriendo por el prado verde bajo el brillo del sol, mientras el viento formaba remolinos de hojas a su alrededor.

En la duermevela, exóticas aves de especies desconocidas, pasaban a vuelo rasante sobre las cabezas de sus camas. Hasta ellos llegaban en andanadas arrobadas de hierbas empapadas de rocío.

Poco a poco se fueron quedando dormidos. Entretanto, el viento se colaba por la ventana abierta de par en par ante la oscuridad de la noche. Se sintieron arrastrados por una fuerte ráfaga y comenzaron a cabalgar sobre el viento, livianos, casi ingravidos, remontándose lejos, al país de la eterna alegría, ese que todos habitan cuando niños y que lastimosamente olvidan al llegar a adultos.

* * *

LA CASA DE LA COLINA

Dejaron atrás la ciudad. Poco a poco la silueta de Asunción fue desdibujándose en la distancia. Tomaron la ruta que conduce a Caacupé: árboles frondosos se erguían al borde del camino. Extensos campos cultivados con trigo, maíz, algodón, mandioca y soja, marcaban tableros de distintos tonos de verde.

Cuando quisieron darse cuenta se encontraron en campo abierto. La ruta era una cinta azul serpenteando entre el extenso verde de la planicie. Iban cantando e intercambiando planes y anécdotas. El papá les explicó que entre Asunción y Caacupé había una serie de pueblos muy importantes, con sus características propias: Luque, San Lorenzo, Capiatá, Areguá, Patiño, Itauguá, Itá, Yaguarón e Ypacaraí.

Luque se destaca, les dijo, en la elaboración de hermosas alhajas, especialmente las de filigrana en oro y plata. Tiene una Iglesia del siglo XVIII. En la época de la Colonia las joyas típicas estaban hechas con oro y coral: peinetas, rosarios, aros, collares y pulseras. No había mujer paraguaya que no poseyera alguna. Había las famosas *Kyguá-verá* o peinetas brillantes, que lucían en el pelo igual que las luciérnagas. ¡Se ponían luciérnagas en el pelo! Muchas de esas alhajas se elaboran hasta hoy, continuando con la tradición.

San Lorenzo les llamó la atención por sus viejas casas con recovas y su Iglesia gótica del siglo XIX. Desde Areguá, tierra de la frutilla, fundada por Domingo Martínez de Irala allá por el 1500 y algo, pudieron contemplar el famoso lago de Ypacaraí. Antiguamente el tren arribaba hasta allí, desde donde la gente se embarcaba en lanchas para cruzar hasta San Bernardino, que queda justo enfrente (y hasta donde era imposible llegar por tierra). Ahora también pueden encontrarse en el lugar grandes viveros de plantas naturales y cualquier cantidad de figuras de barro. En diciembre son famosos sus pesebres de todos los tamaños, hechos de arcilla y pintados de vivos colores.

La roja tierra de Itauguá se presta para modelar la arcilla. Sus artesanos se esmeran en hacer piezas de cerámica, y laboriosas mujeres produ-

cen tejidos como el *Ao Po'í* o el Ñandutí, que rememora el sutil tramado de la tela de araña, arte transmitido de generación en generación desde los tiempos coloniales. La alfarería de Itá les gustó mucho.

Yaguarón, con su templo suspendido en el tiempo, les remontó a la época de la Conquista. Es un pueblo fundado por los franciscanos, donde los indios trabajaron arduamente tallando la madera para su magnífica decoración. Los Franciscanos, encargados de las misiones de indios, conservaron los nombres indígenas de los pueblos, los jesuitas, no.

—En todos estos lugares —comentó papá Ramiro—, se pueden comprar chipas que las hacendosas mujeres cocinan personalmente, y ofrecen en impecables canastas que equilibran muy elegantes sobre sus cabezas, igual que los cántaros con agua. Al bailar con gracia y donaire, llegan a ponerse varias botellas, una sobre otra sobre la cabeza, llevando el ritmo con el cuerpo al compás de la música.

El ondulado paisaje de la cordillera los recibió. Suaves colinas bordeaban de azul los contornos lejanos. Subieron al cerro de piedra, desde donde se divisaba el lago de Ypacaraí. El abrupto precipicio poblado de una abigarrada vegetación se abría a los costados de la ruta. ¡Qué gusto disfrutar ese cielo infinitamente azul! Seguía la avenida de los eucaliptos, donde el viento se mecía cantando melodiosas canciones. Después, la pintoresca Villa Serrana con sus tranquilas calles empedradas, la Iglesia de la milagrosa Virgencita, la plaza, los patios somnolientos.

Continuaron un poco más respirando ese aire magnífico y torcieron hacia la izquierda, para comenzar a escuchar el característico ruido del arroyo que corría entre piedras, hasta cruzar el rústico puente de madera.

Entonces divisaron ¡por fin! la colina verde, verde, verde, y en su cima, la casa de los abuelos con sus galerías llenas de arcos, que dejaban entrar a raudales el sol y el viento, donde colgaban las folclóricas hamacas tejidas de liña. Había planteras rebosantes de helechos.

Un jazminero repleto de jazmines blancos trepaba enamorado del muro de piedra a un lado de la entrada. Hacia el costado derecho, una pérgola de madera sostenía la vid cargada de jugosas uvas moradas.

Entraron al enorme patio lleno de árboles, muchos de los cuales había plantado el mismo abuelo.

Un concierto de pájaros les dio la bienvenida.

Los abuelos aguardaban emocionados, parados en la amplia galería. Al verlos llegar, no cabían en sí de alegría. Apenas el papá frenó el auto, los chicos bajaron como una exhalación y corrieron saltando a los brazos de los dueños de casa, apretándose a ellos y pasándoles los brazos por el cuello.

Tom, el perro de los abuelos, también los recibió moviendo la cola y ladrando, feliz de volver a ver a los niños, sus incansables compañeros de juegos durante los veranos pasados. Ambos chicos le dieron un fuerte abrazo y lo agasajaron alborozados.

Papá Ramiro y mamá Daniela bajaron el equipaje y se reunieron con los anfitriones. La abuelita Carola preparó verdaderas exquisiteces para la merienda: chipas, chocolate y un bizcochuelo dorado relleno con dulce de leche. La mamá trajo dulce de guayaba y queso Paraguay blanco y mantecoso, además de pan recién horneado.

La espumosa leche acababa de ser ordeñada de una de las vacas lecheras del corral. Se escuchaba el balido de los terneros y el mugido de las mamás-vacas contestando.

Se sentaron alrededor de la mesa redonda, adornada con mantel bordado de *ao po'í*, bien almidonado. Comenzaron a charlar todos a la vez porque cada uno quería enterar al otro de las novedades. Después se echaron a reír a carcajadas, al percatarse de que no se entendía una palabra de cuanto estaban diciendo.

Sentado al lado de la mesa, Tom movía la cola y aguardaba atentamente por si alguien lo convidaba con un pedazo de chipa, una rosquita o un crocante palito. Por supuesto, los niños le daban a escondidas, por debajo de la mesa, todo lo que podían.

Tom amaba estas reuniones de familia. Sin los chicos, la casa se tornaba aburrida y demasiado silenciosa para su gusto. Pero cuando comenzaban a madurar los mangos en el patio y a caer los primeros cocos

de los cocoteros, se los comía gustoso, porque anunciaban el retorno del verano, y con el buen tiempo, más que presagio, la certeza del retorno de los chicos a la casa de los abuelos.

–Nunca vi un perro que comiera mangos –observó Paloma.

–Come también cocos y pindó –comentó Pablito.

Tom se limitó a mover la cola, pero esta vez puso una pata sobre la falda de Paloma, que le acarició la cabeza. Sus ojos almendrados la contemplaron con toda la nobleza que guarda el corazón perruno.

* * *

DUENDES EN EL ROPERO

Todo ocurrió por azar. Si no hubiera sido noche de luna llena y si Pablito no hubiese revuelto los cajones de la vieja cómoda provenzal, la flauta había continuado cubierta de polvo y olvido. Pero el niño la encontró y la hizo sonar. La melodía era contagiosa e invitaba a danzar.

Paloma, entusiasmada, bailaba arrastrando por el piso su camión de etéreo algodón.

–¡Chicos, duerman ya! –se escuchó decir al abuelito Pedro desde la habitación de al lado.

Pablito decidió esconder la flauta debajo de su almohada. Apagaron la vela y se acostaron a dormir.

La quietud se extendió como un manto de silencio sobre toda la casa. En el jardín sólo se escuchaba el sonido del viento entre el follaje. Desde el fondo del patio llegaba la cadencia del agua del arroyo, con su canto monótono y armónico.

La redonda luna se asomó a la ventana. Parecía estar espiando ¿o esperando algo? Su fulgor era inusitado. El pueblo entero dormía. No había ruido de coches ni parlantes bochincheros. En el campo se disfrutaba de paz.

Un grillo trasnochado emitía su clásico crick-crick, oculto en algún lugar del corredor.

Las cigarras, que habían armado tanto alboroto al caer el sol, ahora estaban calladas.

Paloma aguzó el oído. Le pareció percibir un ruido apagado, apenas perceptible, que venía de alguna parte de la pieza, totalmente ajeno y diferente a los sonidos de la noche abierta como un fruto maduro ante la intemperie infinita.

—¿Serán ratas? —pensó.

El ruido cesó. Paloma se dio vuelta en la cama, acomodó su almohada y se propuso dormir. Sentía claramente la respiración pausada de Pablito.

Un rato después el ruido volvió a producirse, esta vez con mayor intensidad. Paloma se sentó en la cama y trató de adivinar de dónde provenía. Con el mayor sigilo se levantó, caminando en puntas de pie. Lentamente se dejó guiar por el sonido. Atravesó la habitación, miró a uno y otro lado y, finalmente, optó por dirigirse hacia el ropero. Apoyó el oído contra la puerta cerrada y contuvo la respiración.

—¡Sí, el ruido provenía de allí, algo se movía adentro del armario!

Dio media vuelta y se acercó a Pablito. Lo despertó moviéndolo cuidadosamente por los hombros. Nada. Su hermano dormía profundamente. Repitió la sacudida. El niño entreabrió los ojos somnolientos y la miró. Ella, poniendo el dedo índice sobre los labios, le indicó “silencio”.

—¡Shhhhh!

Luego le sugirió con gestos que la siguiera. El niño, medio amodorrado, se sentó en la cama refregándose los ojos. Luego también escuchó el ruido. Se despabiló de inmediato y aguzó el oído. Entonces, suponiendo de que se trataba de algo inusual, carcomido por la curiosidad, siguió a su hermana en puntillas de pie hasta el ropero.

Adentro parecía haber gran alboroto, se escuchaban golpecitos, pisadas, corridas, revoltijo de ropas y entuertos de zapatos.

Los chicos se miraron interrogantes. ¿Qué podría estar sucediendo? Las cucarachas no harían ese ruido y las ratas tampoco. Así fue como, poniéndose de acuerdo con mímicas, decidieron abrir las puertas del placard, abruptamente.

Paloma estiró la manija de la derecha y Pablito la de la izquierda. El mueble se abrió de súbito, de par en par. Y ¡oh, sorpresa! Se encontraron con unos pequeños duendecitos que habían desordenado por completo toda la ropa tan cuidadosamente guardada por ellos esa tarde.

Al ser pescados en falta los visitantes quedaron como petrificados, con la sonrisa congelada en sus rostros. Parecían tímidos y sensibles. Algunos hasta se pusieron colorados de vergüenza. Otros agacharon las cabezas mirándose los zapatos, sin atreverse a alzar la vista.

Se distinguían claramente dos tipos de enanitos: unos más formales, con largas barbas blancas, chaquetas azules con botones dorados, pantalones a rayas y gorros rojos, y otros vestidos totalmente de verde con cascabeles en los gorritos y en la punta de sus zapatos.

Parecían graciosos adolescentes prestos a hacer bromas y piruetas. Los geniecillos no tendrían más de tres centímetros de altura.

Paloma fue la primera en reaccionar:

–¿Quiénes son ustedes? –les preguntó.

–¿Y qué están haciendo aquí? –inquirió su hermanito.

Apenas podían contener la risa, porque los diminutos seres resultaban tan cómicos y parecían tan tiernos, que era imposible enojarse con ellos a pesar de que habían revuelto todo el contenido del ropero.

DE: *Duendes en el Ropero* (Asunción: Editorial Servilibro, 2005)





“Las niñas de madera 2”, Serie Hawai, esculpido en madera,
pintura acrílico, 40 x 50 cms. 2007. Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

MILIA GAYOSO

(Villa Hayes, 1962)

Cuentista y periodista. Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Asunción en 1986, miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP), de Escritoras Paraguayas Asociadas (EPA) y del PEN Club del Paraguay, Milia Gayoso Manzur publicó sus primeros trabajos periodísticos en la revista universitaria *Turú* y sus primeros relatos en el suplemento femenino del diario *Hoy*. Desde hace varios años trabaja como periodista en el diario *La Nación*, donde publica reportajes, comentarios y cuentos cortos. Hasta la fecha ha publicado once libros de cuentos: *Ronda en las olas* (1990), *Un sueño en la ventana* (1991), *El peldaño gris* (1994), *Cuentos para tres mariposas* (1996), *Microcuentos para soñar en colores* (1999; cuentos infantiles), *Para cuando despiertes* (2002; cuentos infantiles), *Antología de abril* (2003), *Las alas son para volar: 13 relatos para adolescentes* (2004), *Dicen que tengo que amarte: Relatos con aroma adolescente* (2007), *Fuego que no se apaga: Relatos de amor y desamor* (2009) y *Micro-relatos para Julietta y tres historias de amor* (2010).

CARTA PARA NARITA

Tu cara era redonda como un sol, cuando naciste. Lo recuerdo bien porque ya tenía ocho años. Nos fuimos al hospital con papá, los dos nerviosos y felices porque ya estabas por llegar. Mamá se había internado a la mañana temprano para esperar los dolores de parto en un lugar seguro, porque era bastante miedosa y tenía muy poca resistencia al dolor.

Naciste a las dos y media de la tarde, y todos nos pusimos muy felices. Cuando me dijeron que eras una nena, mi alegría fue inmensa, porque me sentía muy sola en casa y no tenía con quien jugar. Quizás, papá esperaba un varón, pero se puso muy contento con la noticia. Te pusieron Nara, porque se conocieron en una ciudad del Japón que se llama así, cuando estaban becados, estudiando. A mí me llamaron Alicia, como mamá.

Al día siguiente, la alegría dió paso a la tristeza y yo no entendí por qué. Mamá volvió a casa contigo, pero se pasaba las horas llorando.

Pregunté si estabas enferma, pero me dijeron que no. Ibas y venías al pediatra con mamá, una y otra vez, durante meses. Tardaste en caminar, en hablar... pero sonreías siempre, y comías mucho, tanto que a los diez meses era casi imposible alzarte en brazos.

Un año después entendí que eras especial. Que las palabras tardarían en salir de tus labios, que tu sonrisa de niña sería eterna, que caminar te costaría más que a otros niños, que vivir a tu lado sería una aventura para todos. No sé quien de los dos fue el más fuerte, si ella o él, pero escuché sus discusiones durante noches interminables, e incluso varios portazos de papá en plena madrugada. Una vez, me levanté para ir al colegio, y él estaba en la hamaca del jardín, donde había amanecido con los ojos abiertos.

Fue mi madrina, quien les convenció de que fueran a una charla para padres de niños con ciertas discapacidades. Les hizo bien, creo que les ayudó a aceptar su realidad, y empezaron a verte con otros ojos. Entonces, la vida fue más fácil para todos. Cuando cumpliste cuatro años, mamá estaba esperando otro hijo. Llegaron dos, Juan Pablo y Juan Ignacio y papá casi murió de la emoción. Vos y yo la ayudamos a mamá a cuidarlos, porque eran muy inquietos, vos les atajabas las piernitas, mientras yo trataba de ponerles los pañales. Más de una vez, uno de ellos nos orinó en la cara, en pleno trajín, y nos hemos destornillado de la risa, juntas.

Crecimos felices, Narita. Claro, yo siempre fui un poco la mamita de ustedes, porque mamá tenía mucho trabajo en casa y en su oficina, entonces yo le ayudaba a Cornelia, para que no se acerquen a la cocina o no se lastimen, porque entre los mellizos y vos, la casa era un torbellino. Por las noches era una fiesta, porque nos reuníamos todos en la mesa para atacar la cena, como caníbales y papá traía helados y golosinas y nos embardunábamos las caras y las manos.

Ahora, los mellizos ya están grandes y dan menos trabajo. Y vos estás aprendiendo a leer, despacito, pero estás aprendiendo. Tu profesora dice que tenés una inteligencia extraordinaria, y que antes de los quince, vas a poder leer bastante bien. Siempre me preguntás si te quiero, con esa

sonrisa enorme que te marca toda la cara, y yo te digo que sí. ¿Cómo? preguntás, y te digo que como tres mil cielos. Todos te queremos Narita, tres mil cielos por tres mil tierras multiplicado por tres mil mares. Mamá, papá, los mellizos y yo, también los abuelos y los perros. Todos.

Te voy a dejar esta carta, entre las hojas de tu agenda Pascualina. Mañana me voy de viaje, voy a estar lejos durante cuatro años, y durante ese tiempo voy a estudiar, y cuando vuelva, vamos a seguir jugando y leyendo juntas. No tengas miedo, Narita, cuando papá y mamá ya no estén, yo te voy a seguir cuidando.

DE: *Dicen que tengo que amarte: Relatos con aroma adolescente* (Asunción: Editorial Servilibro, 2007)

* * *

LA CASITA DE CAACUPÉ

Verde musgo, verde pasto, verde esmeralda, verde limón, verde mar... Los rayos del sol se cuelan entre las hojas, el rumor de la pequeña cascada del arroyo otorga sosiego en plena siesta, mientras las cigarras buscan romper esa quietud, con sus cantos.

Rodeada de un paisaje maravilloso, la casita de madera exhibe su cabeza de chapas, color plata, cuyo brillo compite de noche, con la luna. A esa hora, las luciérnagas corretean sobre la pequeña laguna donde cantan las ranas. De madrugada, los tonos rojo-naranjas del horizonte, la encuentran erguida, noble, pequeña pero grande, aglutinadora de miles de momentos de felicidad.

* * *

VAMOS A BAILAR BAJO LA LLUVIA

A Segundo y Alejandra

Él bajó presuroso hacia el río y ató las canoas a los soportes instalados en los costados, para que el viento no las llevara aguas adentro.

Llegué corriendo a la orilla y me puse a bailar en círculo, sobre la arena blanca y mojada.

Abuelo, vamos a bailar bajo la lluvia, le dije, tratando de conseguir que me acompañe en mi feliz entretenimiento. Estoy ocupado che rajy*, andate a la casa porque te vas a enfermar si te mojás, dijo, mientras ajustaba los nudos con sus manos callosas de tanto remar.

Él sabía que cualquier cambio de temperatura o una mojada como esa podían acentuar mis ataques de asma. Pero yo era ajena a cualquier preocupación y prefería darle rienda suelta a la felicidad de estar cerca de él.

Abuelo, vamos a bailar bajo la lluvia, volví a insistir, nuevamente. El aseguró sus canoas con finas tiras de cuero fuertemente amarradas a los postes de sauce y se bajó a bailar conmigo, un poco dificultosamente a causa de sus achaques de lisiado de la Guerra del Chaco.

Reíamos felices.

Arriba, hacia la barranca, desde la casita con techo de paja, y un prometedor humito que salía de la cocina, abuela nos llamaba con la mano derecha, y un amenazante arreador en la izquierda, apuntando a los dos.

* Che rajy: mi hija

DE: *Micro-relatos para Julietta y tres historias de amor* (Asunción: Editorial Servilibro, 2010)

* * *

NAOMI

En realidad se llama Teodora, pero cuando entró al mundo de los blancos, descubrió nombres que sonaban mejor y quiso cambiarse el suyo. En casa de Alicia Cohene encontró una revista de modas, y allí estaba una mujer muy negra pero fascinante, que vestía las ropas más finas, y se llama Naomi.

Me quiero llamar así, dijo Teodora ante la mirada asombrada de su amiga, una jovencita rubia de ojos azules, la única que la aceptó desde el primer día. De piel cobriza y pelo negro y lacio, Teodora Moteroi llegó una mañana al colegio, apretando sus cuadernos contra el pecho, para que no se le notara el temblor. Siéntese allí, le dijo la maestra. La chica de al lado no pudo disimular su risita burlona cuando la vio vacilar ante la silla.

Se quedó derecha, quieta, con la mirada fija hacia la profesora y el pizarrón. No quiso mirar hacia ninguno de los lados, porque adivinó decenas de ojos curiosos observándola. El corazón le galopó de sólo pensar que alguien le pudiera dirigir la palabra y verse en la necesidad de contestar en su castellano maltrecho, mezcla de guaraní y maká.

Cuando sonó el timbre del primer recreo, Teodora no se movió del asiento, y fue Alicia quien se acercó a invitarla con un chicle. Gracias, le dijo ella, a punto de llorar. Alicia insistió y se preguntó Teodora por qué esa chica tan linda, como un ángel, estaba queriendo ser amigable con ella.

Recién cuatro días después salió al recreo. Alicia volvió a ofrecerle un chicle, y Teodora tuvo que aceptar. Desde allí se hicieron inseparables. Los primeros días su amiga soportó las bromas de las demás compañeras, pero ella no les hizo caso. Con el tiempo, era normal ver esa pintoresca unión de una rubia y una indígena, incluso en la presentación de los trabajos prácticos.

Yo te debo todo. Así decía la tarjetita hecha artesanalmente, para acompañar al bolso indígena tejido con cariño para Alicia. Se lo pasó en plena clase, cuando estaban copiando la lección de Historia. Veintiséis

pares de ojos se posaron en ambas, cuando la linda rubia que siempre huele a Madame Rochas se levantó de su asiento y abrazó con fuerza a su Teodora, de piel cobriza y olor a colonia barata.

La apretó contra sí mucho rato, balanceándola suavemente como para mecer ese cariño tan puro que le entregó desde que llegó a su vida. La profesora dejó de dictar un ratito y se ajustó los anteojos para disimular una lágrima que bajaba hasta el pómulo izquierdo.

Insistió durante mucho tiempo en llamarse Naomi, al tiempo de soñar que trabajando mucho como lo hacía, cambiaría la situación de su gente que se apiñaba en la toldería de Mariano Roque Alonso, y sobrevivía malvendiendo sus artesanías por las calles. Teodora-Naomi quería un futuro mejor para su familia y su tribu.

Dos años después, al terminar la secundaria, se hacía inevitable la separación. Alicia iría a perfeccionar su inglés a Estados Unidos y Teodora se pondría a estudiar alguna profesión corta que le permitiera un trabajo seguro.

Intentaron disfrutar del verano juntas, los fines de semana, cuando a Teo le daban libre en la casa donde trabajaba y vivía. Pero el día D llegó y se hizo inevitable la despedida.

Vestida con sus mejores galas, Teodora fue al aeropuerto con un oso de peluche para su amiga, para que la acompañara durante su nueva vida. A punto de pasar a la zona de embarque, Alicia le entregó un paquete.

Lo abrió en el colectivo, cuando volvía a su casa con los ojos enrojecidos de tanto llorar. Estoy volando entre las nubes Teodora y lloro como vos, pero también sonrío porque he conocido la mayor felicidad del mundo desde que llegaste a clase aquella tarde. Soy yo la que te debe todo querida amiga. No hace falta que te llames Naomi, simplemente no dejes de ser Teodora y de luchar por tus ideales. Yo volveré y te ayudaré a cuidar a los tuyos.

Las lágrimas le impidieron ver con claridad que Alicia le había dejado en el paquete, sus tesoros más preciados: sus aros de plata, su dije celeste en forma de estrella, su pulsera de perlas de agua dulce, su cadena

de oro con el dije en forma de corazón y su anillo de fibra de coco, que ella misma le había regalado. Usalos mientras no estoy, rezó la tarjetita de hoja de cuaderno.

Teodora apretó el paquete contra su corazón mientras se preparaba para bajar del ómnibus en la parada, cerca de su comunidad.

* * *

TODO IRÁ MEJORANDO

Cuando vi a las palomas picotear las migajas frente a la catedral, me vino a la memoria aquella mañana fría de Buenos Aires, en esa plaza atestada de palomas y los jubilados dándoles de comer migajas de facturas.

Seguramente tendría algo así como cinco años, o seis a lo sumo y me embelesé observando a esos pájaros hermosos e inofensivos que poblaban los paseos de ese espacio cuyo nombre no recuerdo, como muchas cosas que se han perdido en mi memoria luego del accidente.

Todo irá mejorando, Jorgito, solía decir mamá cuando me quejaba de lo poco que me daba para el recreo o de tener que ir a los cumpleaños de mis amigos con ese vaquerito remendado con un género a cuadros, en las rodillas. Todo irá mejorando, repitió cuando juntamos nuestras cosas, desocupamos la casita de la villa miseria donde estábamos viviendo y nos preparamos para volver a Paraguay.

Hay que reconocer que era una mujer muy positiva y con una voluntad de hierro. Su determinación la alejó de Santa Elena y la llevó a la gran ciudad. Trabajó mucho para enviarles dinero a sus padres y trabajó aún más para ayudar a mi papá cuando éste apareció en su vida, enfermo y sin conchabo alguno. Me llegó a contar que sólo dejó de trabajar una semana en la casa de la familia Pelayo, cuando nació yo.

Estuvo allí hasta dos horas antes de que naciera y apenas días después, me lió en una manta y nos fuimos de nuevo a cumplir con sus

obligaciones. Sus patronos la apreciaban mucho y la dejaron tenerme a su lado hasta que cumplí cuatro años y mamá consiguió que una vecina me cuide a cambio de algo de dinero. Solía contar con orgullo lo bien que me portaba en la casa ajena, mientras ella terminaba su trabajo diario.

Casi no recuerdo a papá. Era paraguayo como ella, pero de otra ciudad. Llegó a Buenos Aires también buscando empleo, trabajó como albañil durante mucho tiempo, pero el cigarrillo, la cerveza y el polvillo del cemento terminaron fulminando sus pulmones. Murió a los tres años de conocerse. Creo que la quiso mucho a pesar de no haberle traído más que problemas.

Ella vendió lo poco que teníamos, regaló las chapas de la casita y volvimos en un colectivo cuyo pasaje era mucho más barato que otras empresas, lo cual representaría llegar como seis horas después de lo que normalmente se tarda hasta Asunción. No traíamos demasiados bultos. Mamá prefirió deshacerse de las ropas más feas y traer las más presentables. Me permitió cargar mis discos, mis libros y mis camisetas y mis dos pelotas de Boca Junior.

La vi lagrimear cuando dejamos Buenos Aires. Yo sabía que esa despedida representaba dejar allá no sólo la tumba de papá, en el cementerio de Lomas de Zamora, sino sus sueños juveniles y sus ilusiones. A mí me daba también cierta tristeza dejar a mis amigos, mi barrio y a Florencia, a quien estaba empezando a querer. Pero no podía dejar que ella viniera sola, ¿qué iba a hacer yo solo allá?.

Todo irá mejorando, me volvió a decir cuando partimos de la terminal rumbo hacia su tierra. Me gustaba la idea de conocer a mi abuela, a mis primos, a su pueblo del que tanto me habló.

Estábamos durmiendo cuando sentimos la sacudida. Recién cuando escuché los gritos desesperados de la gente me di cuenta de que habíamos chocado. Me desperté al día siguiente, en el hospital de Resistencia; tenía los brazos enyesados y no sentía una de mis piernas, que se entumeció por los golpes. Pregunté por mamá, pero nadie supo decirme nada. Estuve allí una semana hasta que apareció una persona quien dijo ser Gabriel Pineda,

un primo de Santa Elena. Él supo del accidente y de la lista de heridos, entonces vino a buscarnos.

Pero ella no sobrevivió. Lloré días enteros y ni siquiera pude enjugarme las lágrimas porque tenía los brazos y las manos endurecidos por la escayola y el yeso. Gabriel me llevó a casa de mi abuela, una anciana que no paraba de abrazarme y llorar. Me quedé allí como tres meses, hasta que me puse mejor y me vine para acá. Yo creo que en Asunción, un muchacho como yo tiene más posibilidades de encontrar trabajo. Mientras tanto, cuido y lavo los autos aquí frente a la Catedral. Al principio los otros adolescentes me miraban mal, especialmente por mi acento, pero ahora ya nos hicimos amigos y compartimos los clientes.

Cada vez que suenan las campanas, y las palomas salen volando hacia el cielo, me repito su frase de que todo irá mejorando, alguna vez.

* * *

UN VALS PARA ADRIANA

Su papá estaba tocando el violín cuando escuchó el timbre. Dejó el instrumento sobre la silla y salió a mirar. No había nadie, pero sí algo. Miró hacia abajo y vio una canasta de karanda'y, de esas que utilizan las verduleras para vender sus productos por la calle. Pero no estaba vacía; adentro, liada con una sábana con flores azules había una cosita pequeña que bostezaba sin parar y observaba todo con un par de maravillosos ojitos verdes.

Él miró para todos los lados y no vio a nadie, entonces alzó la canasta con su precioso cargamento y la llevó adentro. ¡Fernanda, gritó, Fernanda, Fernanda, un ángel llegó a la puerta! Ella no le hizo caso porque Martín estaba por contarle a Julieta que amaba a Ernestina y no a ella. ¡Fernanda, vení te digo, esto es un milagro y no quiero vivirlo solo!

Ella continuó embelesada ante la pantalla viendo cómo las lágrimas de Julieta le estropeaban el maquillaje. Cuando él le puso la canasta sobre

la pierna, pensó que había comprado kumanda peky sin pelar y que se lo estaba pasando para que lo hiciera mientras veía “Sin tu amor soy un fantasma”, la novela que ninguna ama de casa se perdía a las siete de la tarde. Pero la canasta se empezó a mover y ella dejó de llorar con Julieta para quedarse con la boca abierta ante esa bebida rosada que no paraba de mirarla. Fue amor a primera vista, de a cuatro: De ellos dos y su hija de diez años con esa pequeña y hermosa desconocida.

Nadie la reclamó y N.N. pasó a ser Adriana María Fernández Pérez, alias polvorita o alegría de la casa. Era puro energía, puro besos, puro abrazos. Crecieron queriéndose los cuatro, aplacando necesidades con mimos, llorando juntos con las fiebres, las molestias del sarampión, los unos en matemáticas y los resbalones en el escalón en picada. Pero también rieron por sus morisquetas, sus adelantos en las clases de piano y danza paraguaya, con sus salidas inesperadas y sus besos pegajosos de chupetín y alfajores de chocolate.

Pero la alegría de la casa comenzó a perder la sonrisa cuando en la escuela le contaron que era adoptiva. Sí, y qué tiene que ver, fue la respuesta de su papá mientras afinaba sus cuerdas. Claro mi hija, pero eso no importa, le dijo Fernanda mientras hacía zapping con el control del televisor en la mano. Estelita levantó la vista de su bordado en punto cruz para decirle que deje de hacer teatro y no se preocupe por esas estupideces. Ya tenés doce años y tenés que comportarte como una mujercita, agregó mientras se iba hacia la heladera buscando algo para calmar su ansiedad.

Un rato después, Adriana les gritó que eran mentirosos y salió corriendo con su mochila cargada de cuadernos, uno o dos pantalones y sus tres remeras favoritas. En la esquina la alcanzó su hermana con otra mochila cargada con cualquier cosa. Si vos te vas yo te acompaño, porque también soy adoptiva, le dijo.

Se miraron, se abrazaron, y se mataron de la risa. Volvieron a la casa tomadas de la mano y con las mochilas livianas como plumas.

Cuando su madre abrió la puerta para que entraran, escucharon a su papá tocando un vals maravilloso de segunda bienvenida.

DE: *Las alas son para volar: 13 relatos para adolescentes* (Asunción: Editorial Servilibro, 2004)

* * *

CANCIONES SIN SENTIDO

Muchos me contaron que yo vagaba con ella por todos los lugares. Se nos vio por todas partes, juntas; el mercado, las avenidas, la terminal, a la salida de los cines... Dicen que ella siempre iba andrajosa, descalza, la mirada perdida, la sonrisa sin causa.

Cuando yo era un bebé ella me cargaba a su cintura o sobre su cuello y dicen que muchas veces yo lloraba de hambre porque como ella no se alimentaba, no tenía leche para amamantarme. Cuando ya fui un poco más grande chupaba durante horas algún trozo de cáscara de naranja o cualquier otra cosa que me daban por ahí.

Algunas veces vivíamos en el hospital. Me cuentan que por lo menos allí las dos comíamos un poco mejor que cuando vagábamos por las calles, a ella no le gustaba estar en el hospital, quería estar libre, caminar, que no la encerraran.

Cuentan que fue una chica feliz, que vino de la campaña para trabajar en una casa de familia, pero allí la maltrataban, le daban poca comida, trabajaba en exceso, dormía poco y tenía nostalgias. Trabajó tres años en diferentes lugares, uno peor que otro, la trataban como si fuera una esclava.

Los domingos tenía ganas de salir a pasear pero no la dejaban, se quedaba a limpiar todo lo que ensuciaban las visitas.

Un día se fue al mercado a comprar verduras y no volvió, se extravió por los recovecos del camino, colgó el bolso del brazo y vagó sin rumbo. Se fue ensuciando lentamente su vestido, se gastaron sus zapatos, se le ensució el cabello y su cara morena se manchó del jugo de las naranjas que comía y del piso sucio que utilizaba como cama por las noches. Se

sumó a los habitantes sin rumbo de la ciudad, compartió trozos de tortillas o el calor de una manta agujereada de algún mendigo o de otra mujer enajenada.

En una de esas noches, en la oscuridad de las esquinas, alguien la poseyó salvajemente. Su vientre se volvió mi hogar y fui parte de ella misma. Me dijeron que entonces algunas personas la internaron en el hospital y cuando nació ella me miraba sin entender muy bien lo que había ocurrido. Como el portón estaba abierto, nos fuimos a explorar la vida. A veces nos volvían a traer y otra vez ella me cargaba y salíamos de nuevo.

Me dicen que ella me quería, que me daba mil besos y me acunaba entre sus brazos sucios, me cantaba canciones que ni ella conocía. Eran canciones dulces aunque no tuvieran sentido.

Después, nos separaron. Personas preocupadas por mí me sacaron de sus brazos, me llevaron a un hogar infantil y a ella la dejaron vagando por las calles. Yo guardaba recuerdos de su cara sonriente, pero crecí con prisa y dejé de pensar en ella. Pero en estos días, de compras por la calle, vi a una anciana harapienta, que reía sin causa, entonces descubrí en sus facciones ajadas la forma de mi cara, mis ojos, mi sonrisa. Ella miró hacia mí y salió corriendo, se perdió entre la gente. La seguí cuatro cuadras y no pude alcanzarla, pero la buscaré. Quiero sentarme a su lado para que me cante canciones sin sentido.

* * *

LOS PEQUEÑOS GORROS DE MUÑECOS

Los de la pieza seis sólo estaban al atardecer y los fines de semana. Ella trabajaba en una fábrica de muñecos: pequeños y simpáticos; se encargaba de colocar los bracitos y las piernas en los diminutos agujeros creados para ello. Solía comentar que colocaba cientos de miembros por día.

Volvía al atardecer, generalmente cargada con dos enormes bolsos de papel madera de los cuales sobresalían dos largos panes para la

cena y los sandwiches que llevarían al trabajo al amanecer, ella y su esposo. Estaban casados desde hacía varios años pero no tenían hijos. Ella era fea de rostro pero tenía hermosas piernas: largas, blancas y rectas, caminaba con gracia y elegancia, pero cuando abría la boca lo arruinaba todo.

Una tarde trajo trabajo extra: gorritas para muñecos hechos a crochet. Anahí se ofreció a ayudarla, sabiendo que su vecina tenía poco tiempo, pero finalmente la ayuda de los primeros días se convirtió en trabajo constante y muy bien remunerado: juntas produjeron grandes cantidades de anaranjados gorritos para muñequitos montañeses y otros marrones y verdes para estibadores y soldaditos.

En la primavera siguiente ella encargó un bebé que a su tiempo llegó sana y hermosa y logró que su semihundido matrimonio resurgiera con fortaleza. Ella dejó a cargo de Anahí los gorritos y se encargó de lleno a cuidar a su hija cuando volvía a casa. Mientras tanto, como su esposo llegaba mucho antes, él se convertía en padre y madre: la retiraba de la casa de enfrente donde la cuidaban durante el día, la bañaba, le daba la merienda, y jugaba largas horas en el piso con su pequeña.

Ocurrió una tarde cualquiera. Ya había anochecido cuando padre e hija volvían del almacén, él empujando el carrito con la mano derecha y cargando un paquete en la otra. Cruzaban la calle cuando las luces del semáforo cambiaron de color, de pronto se trabaron las ruedas del cochecito y se les vino encima un automóvil sin freno.

El carrito lila con patitos quedó aplastado, hecho añicos en el asfalto.

Y él no supo nunca quién pudo haberle puesto aquellas alas que le hicieron elevar a su hijita del asiento y tirarse los dos hacia la vereda.

DE: *Antología de abril* (Asunción: Editorial Servilibro, 2003). Estos cuentos también fueron publicados en la *Revista Ñe-engatu*, Año XXIX, N° 171, Enero de 2011.





“Príncipe Lustrabotas”, Ilustración de tapa de
El Príncipe Lustrabotas (Asunción: Editorial Servilibro, 2005).
Obra de Nico Espinosa.

OSVALDO GONZÁLEZ REAL

(Asunción, 1938)

Poeta, crítico de arte, ensayista y narrador. Profesor de lengua inglesa, historia del arte y literatura en varias instituciones educativas del país, González Real es uno de los pocos escritores hispanoamericanos –y especialmente paraguayos– que cultivan el género de la ciencia-ficción. Aunque es autor de una vasta obra creativa y crítica, gran parte de ella se encuentra dispersa en periódicos y revistas literarias nacionales y extranjeras. Traductor de Ray Bradbury y de poesía inglesa, conocedor de la filosofía oriental de los maestros del Zen, ha colaborado, en diversas épocas, con las revistas *Alcor*, *Péndulo*, *Epoca*, *Criterio* y *Diálogo*. Hasta la fecha, ha publicado seis obras. En 1980 apareció su primer libro, *Anticipación y reflexión*, una antología de ocho cuentos (la mayoría de ciencia-ficción, pero de “inspiración ecológica”, según el propio autor) y ocho ensayos literarios. En 1999 dio a luz *El Mesías que no fue*, una colección de cuentos (reeditada en 2010 con el título de *El Mesías que no fue y Otra vez Adán*). Su primer poemario, *Memoria del exilio*, data de 1984, al que le siguió, más de dos décadas después, *Poema Sutra* (2008), un segundo poemario. También es autor de *Escritos sobre literatura y arte del Paraguay* (2004), un libro de ensayos y reseñas bibliográficas, y de *El Príncipe Lustrabotas* (2005), un relato infanto-juvenil.

EL PRÍNCIPE LUSTRABOTAS

Corría el año 1930. Un hombre larguirucho, de bigote bien cuidado y expresión melancólica, entró a la Plaza y comenzó a recorrerla lentamente, como para aspirar mejor el aroma de los jazmines y azahares. Acababa de llegar de Concordia, donde había bajado su avión, todavía con olor a trueno y lluvia. Era un piloto excepcional: volaba sobre la cordillera de los Andes, sobre el desierto del Sahara y sobre el mar, para repartir las cartas de los enamorados.

Se llamaba Antoine. Cuando surcaba los cielos de tormenta –en medio de las nubes– siempre recordaba su ciudad natal y los dulces besos de su madre, que lo esperaba, allá lejos, en la vieja casona rodeada de añosos árboles.

Había venido a este país desconocido, a este extraño lugar, para distraer su alma cansada de esperar que los mecánicos repararan su máquina averiada. Al pasear por la bella avenida circundada de cocoteros, se acercaron a él las chiperas y vendedoras de aloja, ofreciendo a gritos su mercancía. Algunos soldaditos, de franco, fumaban furtivamente cigarrillos baratos, mientras esperaban la llegada del tren que los iba a llevar a los cuarteles.

Los fotógrafos ambulantes se zambullían en sus cajas negras para fijar por siempre el amor de las parejas. Uno de ellos, por señas, ofreció sus servicios.

El recién llegado decidió sentarse en un banco de hierro forjado, donde también se encontraba un joven de traje desaliñado y zapatos gastados, con un libro entre las manos. Parecía estar aguardándolo. Después de un cordial saludo, le dijo:

–Usted debe ser extranjero...

–Así es—respondió el hombre, taciturno—. Luego de haber aterrizado en la Argentina, después de realizar un vuelo nocturno a través de las montañas, he llegado a Asunción por tierra. Soy el capitán Antoine de Saint-Exupery, a sus órdenes.

El interlocutor, sorprendido por el nombre y el porte del forastero, que hablaba fluidamente el español, preguntó por curiosidad:

–¿Ha vivido en América mucho tiempo?

–He estado en el Sahara, donde tuve muchos amigos españoles cuando era jefe de una base de aviones en las fronteras del desierto.

El hombre miró a lo lejos, con aire distraído, y continuó:

–Todavía tengo fresca en mi memoria esa forma de andar por el desierto, a lomo de camello, entre los nómadas que llevaban sus tiendas a cuestas. Me siento asombrado ante su ciudad. Es bajita pero hermosa. La selva no la ha dejado del todo. Todavía crece la hierba entre las baldosas de las veredas.

En ese momento un achacoso tren llegaba a la estación del ferrocarril, mezclando el negro humo de la locomotora con la fragancia de las

flores. Traía mercancías desde las destartadas estaciones que jalonaban los pueblos del interior. Se escuchó el silbido de la máquina y, resoplando como un dragón cansado, el tren se detuvo en el andén. Las chiperas corrieron en dirección a los pasajeros que bajaban. Los soldados también se encaminaron hacia la explanada.

El capitán venido del cielo observó ese revoltijo de gente que arribaba a la ciudad, y se dirigió nuevamente a su acompañante:

—Me gusta su chambergo de artista. Me encanta este sitio. Detesto los edificios de cemento con su ingenua soberbia de torres de Babel. Por eso escogí los caminos del aire, donde me deslizo con soltura, como el pájaro que busca una nube donde anidar. ¿Cómo es su nombre?

—Soy Hérib Campos Cervera. Estoy escribiendo un poema sobre mi tierra. Lo envidio a usted, que puede contemplar este bajo mundo desde las alturas, como un dios.

—Yo también estoy escribiendo un libro sobre la condición humana. Se va a llamar *El Principito*, y narrará las aventuras de un niño en un planeta desconocido —dijo con voz ronca—, aspirando una bocanada de humo de su pipa de madera.

De súbito se acercó a ellos un chico andrajoso con un cajoncito al hombro. Sus ojos hundidos y el rostro macilento hablaban de aventuras poco amables. Tendría ocho o diez años.

—¡Lustre, patrón! —exclamó con una voz de adulto curtida por la necesidad. Se arrodilló ante el que parecía turista, ofreciendo humildemente sus servicios.

Al capitán Saint-Exupery le sorprendió que el pequeñuelo estuviera en la calle a una hora en que debería estar en casa, rodeado de sus padres, jugando o estudiando en la escuelita de su barrio. Lo miró paternalmente y aceptó el ofrecimiento.

—En el Paraguay —explicó el poeta, sentado a su derecha— existen muchos niños huérfanos y abandonados, que tienen que ganarse la vida de este modo.

El recién llegado rememoró el castillo de Provenza donde transcurrió su infancia buscando tesoros escondidos en el inmenso parque que

rodeaba la mansión. A través de su maravillosa vida había procurado mantener intacto su corazón de niño feliz, tratando de recuperar aquel paraíso perdido en el tiempo.

El jovencuelo, que escuchaba atentamente el diálogo, se fijó en el visitante venido de las alturas, y se preguntó si había perdido sus alas.

–Usted debe ser alguien que camina poco –dijo el chico, con mirada de experto–. Las suelas casi no están gastadas, salvo en las puntas. ¿Es conductor de automóviles, quizás?

–Bueno, casi –respondió el aviador–. Soy piloto y estoy siempre pisando pedales y moviendo palancas. Eres un niño muy listo. ¿Puedes conocer el oficio de tus clientes a través de sus zapatos?

–Por su aspecto, señor. Los políticos tienen calzados puntiagudos y de charol para impresionar a los votantes. Los delatores tienen plantillas de goma para seguir a sus víctimas en silencio. Los mandones de turno usan botas con tacones que resuenan sobre el pavimento y los estudiantes y maestros llevan mocasines agujereados. Ni qué hablar de los que sólo podemos usar zapatillas baratas para no ir descalzos.

El francés escuchó atentamente los comentarios del chiquillo, que rezumaban sabiduría y sentido común. Pensó que, en efecto, los zapatos retrataban al ser humano y sus costumbres. Posó una mirada tierna sobre la cabeza del niño, e interrogó:

–¿Cómo te tratan los clientes? Porque tendrás muchos en esta plaza tan concurrida. ¿Te dejan buenas propinas? ¿O son avaros?

El niño sonrió irónicamente y contestó:

–Depende de su profesión. El político me prometerá más propina para la próxima vez. El comerciante me regateará el precio. El policía se irá sin pagarme. El turista me dará unos pesos, como lo hará usted.

Luego de esta lección magistral, Saint-Exupery pensó en los enormes ejércitos de soldados de la Primera Guerra Mundial, cuyas botas relucientes se pudrirían en las trincheras. ¡Qué desperdicio!, dijo al mirar los gastados zapatos del poeta que, azorado, se ponía de pie al tiempo que decía:

—Estos inquilinos de la plaza son grandes filósofos. Podemos aprender de ellos, porque sin ir a la escuela han llegado a los límites de la experiencia humana.

El representante de la Empresa Aeroespacial de Sudamérica se levantó también, y pasándole un billete de cien pesos al pequeño, se despidió estrechándole la mano mientras le regalaba una cajita de lápices de colores como propina. El aviador, quien era asiduo dibujante, iba a ilustrar algún día su propia obra. Dijo:

—Hijo mío, pensaré en ti durante mi travesía por los cielos de América, sabiendo que estás abajo, mirando esperanzado las estrellas.

Al pequeño se le ocurrió por un momento que su cliente era una especie de ángel, de visita entre los hombres. De su presencia brotaba una gran nobleza.

Al día siguiente, cuando Juancito —que así se llamaba el lustrabotas— se dirigía a su humilde morada en los lindes de la ciudad, un plateado avión cruzaba raudamente el espacio sobre su cabeza. Recordó al misterioso turista cuyo avión resplandecía como la cola de un cometa.

Contempló la máquina con admiración, imaginando cómo serían los zapatos de los ángeles, y soñando que él era un principito en busca de su reino perdido.

Nota: El capitán francés Antoine de Saint Exupery desapareció con su avión cuando volaba sobre el mar Mediterráneo, en una misión de combate, durante la Segunda Guerra Mundial.

DE: *El Príncipe Lustrabotas* (Asunción: Editorial Servilibro, 2005)

* * *

OTRA VEZ ADÁN

“El tiempo es el polen del Universo”

Mahabarata

“La tierra: ¿es el infierno de otro planeta?”

H. G. Wells

El cohete partió con un estruendo. A bordo de la nave, el Dr. Axes –un hombre anciano, testigo de los comienzos de la Nueva Civilización– se ajustó los cinturones de seguridad y habló a los tripulantes:

–Esta es una misión muy delicada –dijo con seriedad–. Debemos tener cuidado. Hay algo misterioso en relación con ese árbol. Circulan leyendas sobre su invulnerabilidad. Nuestros antepasados, por alguna extraña razón, no pudieron echarlo abajo –observó–. Se ha convertido en un mito peligroso desde que las expediciones anteriores fracasaron. Nunca se supo realmente lo que pasó. Esta vez trataremos de cortarlo con el láser o, en su defecto, lo destruiremos con un proyectil atómico.

Después de escuchar con atención al profesor, uno de los especialistas en láser exclamó en tono de suficiencia:

–Pierda cuidado, Dr. Axes, las nuevas cortadoras son insuperables. No hay nada sobre la faz del planeta que las pueda resistir. Nuestros antepasados del año 2000 quizás eran muy supersticiosos o, tal vez, sus sierras no eran suficientemente duras –añadió con una pequeña sonrisa.

–Puede ser –respondió el profesor– pero, de todos modos, tengan mucho cuidado con la radiación de los alrededores. No se olviden que hay desperdicios atómicos por todas partes. No sé si nuestros líderes estuvieron acertados al aislarnos en las ciudades, bajo las cúpulas, y contaminar el resto del planeta. Quizás sea el precio de la civilización –comentó como para sí mismo–. En cuanto a los semisalvajes que merodean en esa zona, no creo que se atrevan a enfrentarnos. Viven en un estado de desnudez primitiva, y son impotentes contra las armas que llevamos.

—No se preocupe, profesor—dijo el otro especialista, con voz similar a la de su colega—; sabemos cuidarnos, somos expertos en el oficio. Hemos estado cortando árboles desde hace años.

La expedición a la lejana comarca sudamericana —donde se encontraba el último árbol sobreviviente de la Gran Poda del año 2000— estaba al mando del eminente científico, al que acompañaban dos expertos en el manejo del láser y un joven de 17 años, Mario Adam, alumno aventajado del profesor. El muchacho nunca había visto un árbol, salvo en los viejos libros de la biblioteca privada de su maestro, y esperaba con ansiedad contemplar uno auténtico.

La Gran Poda fue la primera medida tomada por los Industriales Avanzados, con el fin de demostrar que el hombre ya no dependería del mundo vegetal.

Con la destrucción de los árboles, se habían ido el otoño, la primavera, las aves, y con ellas, el canto. Nadie podría ya encender una fogata en medio de la noche estrellada para contar extrañas historias, ni sentarse ante una mesa de sólido roble, frente a un cuenco de frutillas. Todas las rosas y su mudo lenguaje del amor desaparecieron, implacablemente segadas por los jardineros de la muerte.

En el Nuevo Orden sólo se toleraban las flores de plástico y los sabores sintéticos. Todo un cosmos de poesía fue sepultado en el olvido. El Sol quemaba, incontrolado, una tierra sin sombras. La humanidad había perdido —quizás para siempre— el antiguo perfume de los naranjos, el saber agridulce de los limones, la sidra de los manzanos. Los árboles ya no tenían cabida bajo las gigantescas cúpulas opacas que cubrían las ciudades. Los soles artificiales brillaban sin ocaso en un mundo donde no existía la noche. Sólo en las yermas tierras del exterior —devastadas por los residuos atómicos de las grandes industrias— el ciclo continuaba su marcha.

El hombre, en su orgullo tecnológico, había roto un equilibrio logrado a través de millones de años.

Los tripulantes de la nave estaban embargados por el sentimiento de la importancia histórica de su misión:

¡El último árbol...! –se decían, sin ocultar el orgullo que sentían por haber sido elegido para la gran empresa.

Sólo un miembro de la expedición no parecía contento. El joven estudiante no comprendía del todo los verdaderos motivos de la expedición. Estaba escuchando la conversación entre el profesor y los expertos cuando, súbitamente, como si lo asaltase una duda, se incorporó en su asiento y preguntó:

–¿Es absolutamente necesario que lo corten, doctor?

–Por supuesto –respondió el científico–. Es el único ejemplar viviente de la Era Ecológica y nuestros gobernantes no desean que algún ciudadano decente, que por algún desperfecto de su vehículo descienda fuera de las cúpulas, lo descubra accidentalmente y comience a preguntar. Estas preguntas ocasionarían muchos problemas a las autoridades y, quizás, hasta podrían provocar una revolución –afirmó, con seriedad, el anciano–. Podrían ponerse en duda los fundamentos mismos de nuestra civilización y sus grandes logros –agregó–. Además, no hay que olvidar a los salvajes...

El profesor Axes se refería al grupo de hombres y mujeres rebeldes que habían sido deportados fuera de las cúpulas por haberse opuesto a la Gran Poda. Estos seres marginados habían instaurado, aparentemente, una especie de culto a la naturaleza. No se sabía a ciencia cierta si adoraban al viejo árbol, o simplemente se reunían a su sombra para celebrar sus extraños ritos. Se mantenían en base a una agricultura incipiente, gracias a algunas semillas salvadas de la destrucción por ciertos exiliados. Existía la sospecha de que esta colectividad rebelde había redescubierto el amor; una desagradable costumbre desterrada en el Nuevo Orden y reemplazada por la obediencia.

El muchacho, después de la explicación del Dr. Axes, no pareció satisfecho con la respuesta e insistió, diciendo:

–¿Es entonces, un árbol, algo muy peligroso? Las reproducciones que usted me mostró en aquellas viejas láminas no lo pintan así.

–No, por favor –exclamó sonriendo el profesor Axes–; los árboles no son terribles en ese sentido. Sólo que no llenan ninguna función en

nuestro sistema. Antiguamente servían para algo. Sus frutos eran comestibles y de la madera podían fabricarse objetos hermosos; pero también garrotes, lanzas y horcas. Se la usaba tanto para calentarse en invierno como para quemar brujas y herejes. Un dios antiguo fue crucificado sobre uno de estos troncos –remató el científico, con aire de historiador.

–Ay, ya comprendo –dijo Mario, con inocencia–, un árbol era algo que servía tanto para el bien como para el mal y no como los elementos de nuestro mundo nuevo, que sólo sirven para el bien –subrayó.

–Efectivamente –dijo complacido el jefe de la misión–. El conocimiento de la diferencia entre el bien y el mal, y la posibilidad de elegir libremente, son atavismos ya superados. Sólo pueden ocasionar problemas al perfecto funcionamiento de una sociedad que ha llegado a la Tranquilidad Absoluta, y de donde se ha desterrado el pensamiento, por considerárselo innecesario –agregó, ajustándose los lentes.

La interesante conversación fue repentinamente interrumpida por el piloto del cohete, quien anunció que ya se aproximaban a destino.

–Estamos sobrevolando la región que los antiguos llamaban Chaco –hizo notar el piloto–; nuestro objetivo se encuentra cerca de la confluencia de dos ríos –añadió con voz impersonal.

La nave disminuyó considerablemente la velocidad y comenzó a descender en línea recta.

El Dr. Axes se acercó inmediatamente al telescopio de mando y observó cuidadosamente la región. Una tenue silueta se recortaba en medio de la llanura.

El milenario ejemplar, que había resistido los embates de las tormentas y los repetidos intentos de parte de varias expediciones, se mantenía aún en su sitio.

–Sí, tal como lo describen, allí está –dijo el profesor, con cierta emoción–. Todavía se yergue majestuosamente, a pesar del transcurso de los siglos. Por estos mismos lugares vagaban hacen miles de años tribus casi prehistóricas que buscaban un soñado paraíso terrenal, la tierra donde no existía el mal: el “Yvy maraẽ’y”, como lo llamaban, concluyó el Dr. Axes, haciendo alarde de su erudición en lenguas arcaicas.

—Bajemos inmediatamente —ordenó el piloto—. Veremos si el árbol es tan duro como dicen. Y no se olviden de sus armas —agregó—; no correremos ningún riesgo.

Un grupo de hombres semidesnudos, reunido en las inmediaciones del árbol, huyó apresuradamente hacia el desierto al notar la proximidad del cohete.

La nave descendió suavemente a cierta distancia de su objetivo. Las ramas del árbol se estremecieron por unos segundos bajo el viento repentino generado por los motores. El sol, en el ocaso, se nubló por un instante, en un torbellino de polvo.

El primero en descender fue Mario.

El joven caminó rápidamente hacia el lugar en que se encontraba el extraordinario ejemplar. Jadeante, se detuvo a unos pasos de distancia, y luego se acercó despacio, asombrado, como ante la presencia de un dios desconocido.

Mario contempló el árbol con su corazón adolescente, y lo encontró hermoso. El grueso tronco, de durísima corteza, se alzaba hacia el cielo en una frondosa copa verdioscura de ramas flexibles y ondulantes. Abajo, sus fuertes raíces se introducían en la tierra como serpientes enfurecidas. Ver esta noble estructura mecerse al viento como un viejo navío con velas desplegadas fue para el joven un espectáculo maravilloso y único: una verdadera revelación.

Mientras lo contemplaba, se sintió perturbado por una sensación extraña. Algo indefinible se desperezaba en el fondo de su ser, como una marea sin nombre, y le susurraba palabras misteriosas y lejanas. El muchacho, extendiendo la mano, se acercó aún más al tronco y, casi temblando, lo tocó. Un súbito resplandor —como un relámpago— le recorrió la sangre. Era como un fuego serpentino, traspasando su cuerpo. Asustado, retrocedió, mirándose la palma de la mano, como buscando alguna señal. Sólo las líneas del destino que surcaban su piel parecían más claras y profundas. El joven, desconcertado, apretó el puño con fuerza y pensó que su imaginación le estaba jugando una mala pasada.

Un momento después sintió las pisadas del profesor, que se acercaba.

—Ah. Ya lo has examinado de cerca —dijo—. Parece que te ha impresionado bastante. Estás pálido —miraba fijamente al muchacho—. ¿Te sientes bien?

Mario no respondió. Volviendo a mirarse la mano, se alejó como en trance en dirección al cohete.

—Bueno, parece que lo sorprendió un poco —se dijo el profesor—; sin embargo, mirándolo bien, es tan sólo un árbol muy viejo, que no se resigna a morir —pensó, mientras observaba el árbol con cierta compasión.

Entretanto, los hombres encargados de cortarlo habían llegado al sitio donde se encontraba el doctor.

Éste, dirigiéndose a ellos, hizo un ademán hacia el nudoso árbol:

—Ahí lo tienen: examínenlo con atención. No me parece nada excepcional, creo que no tendrán problemas. Además, no hay rastros de sus adoradores. Los pobres deben estar muy asustados. No deben ver cohetes como el nuestro muy a menudo —comentó, con un dejo de ironía.

Los dos especialistas sonrieron y se acercaron al árbol con mirada profesional, como para medir su potencia. Después de un corto examen, uno de ellos se dirigió al profesor:

—Es un árbol antiquísimo; la madera parece casi petrificada. No creo, sin embargo, que resista a nuestros aparatos —dijo con presunción.

—Aún así, nos llevará cierto tiempo cortarlo —observó su colega—. Creo que será mejor hacerlo mañana. Pronto oscurecerá y no es prudente arriesgarnos, teniendo a sus adoradores en las cercanías.

—Tiene razón; esperaremos hasta mañana —respondió el doctor mirando al árbol una vez más—; es una lástima que tenga que desaparecer. Podría conservárselo como monumento a nuestro pasado.

Mario, sentado en la escalerilla del cohete, intentaba en vano ordenar sus pensamientos y calmar su excitación. El árbol ejercía sobre él una oscura seducción. Ya no podía aceptar la idea de que lo fuesen a cortar. El muchacho había sucumbido ante los encantos secretos de la naturaleza y su prohibida hermosura.

Viendo al joven tan ensimismado, el profesor se acercó a la escalera y, tomando a Mario por el brazo le dijo:

—No te preocupes, hijo mío: los hombres lo cortarán sólo mañana. Así lo podrás contemplar por más tiempo. Adivino que le tienes simpatía. Ahora regresemos a nuestro compartimento: ya oscurece, y la noche en estas regiones es bastante fría.

El joven musitó algo ininteligible y, levantándose, siguió obediente a su maestro.

Esa noche, después de comunicarse con la base para informar sobre el desarrollo de la misión, el profesor y los demás tripulantes se introdujeron en sus literas y, debido quizás a la excitación y ansiedad ocasionadas por el trascendental viaje, pronto quedaron dormidos.

El muchacho, por su parte, sabiendo que le sería difícil conciliar el sueño, se ofreció a hacer la primera guardia. Asaltado por oscuros presagios, se paseaba de un lado a otro, mirando constantemente a través de la enorme ventana de la nave en dirección al árbol, no pudiendo resistirse a su encanto. Allá, a lo lejos, se podían adivinar sus contornos, iluminados ligeramente por las luces exteriores del cohete.

Mario comenzó a pesar que todo lo sucedido esa tarde había sido sólo fruto de su imaginación exaltada, cuando creyó distinguir un raro resplandor proveniente de las ramas del árbol.

El joven se concentró intensamente y observó con redoblada atención. En efecto, era una luz pálida y brillaba intermitentemente.

Pero, no; no podía ser. Era como si le estuviesen haciendo una señal; como si lo estuvieran llamando.

Y era como si él hubiera estado esperando ese llamado desde siempre.

Volvió a sentir el fuego abrasador recorriéndole las venas y ya no pudo resistir más...

Afuera, el viento de la noche obligo a Mario a bajar la visera de su caso para protegerse el rostro. A la luz de la luna y bajo el suave resplandor de la nave, el árbol parecía la sombra de un arcángel. Hipnotizado por

los destellos, el joven se aproximó lentamente. A pocos metros de distancia, se detuvo para sacarse las botas. La luz aumentaba en intensidad y su hechizo era como el de la estrella polar para los náufragos. El muchacho se quitó el casco transparente y lo arrojó a sus pies. Estaba ya bajo las ramas; sus plantas hollaban tierra sagrada. Sintió que un vértigo exquisito se apoderaba de sus sentidos y pensó, por un instante, que tal vez soñaba.

Pero no. Allí, ante sus ojos asombrados, pendiendo de una rama y balanceándose al viento de la noche, colgaba una fruta. El muchacho no recordaba haberla visto antes. Sin embargo, ahí estaba, brillando tentadora a la luz de la luna.

Dudó un momento... Unos segundos después Mario la arrancó.

Al día siguiente, los tripulantes de la nave se levantaron al amanecer. Extrañados por la ausencia del joven —quien no había despertado al que debía relevarlo— bajaron rápidamente de la nave y se dirigieron al árbol. Apenas llegaron junto a él, fueron sorprendidos por un insólito espectáculo. El árbol se había secado totalmente y sus ramas colgaban marchitas. Sus hojas se esparcían en remolinos, arrastradas por el viento del nuevo día. Cerca del tronco estaban el casco y las botas del muchacho. Más allá, sobre la arena calcinada, se veían claramente impresas las huellas de unos pies descalzos que se internaban en el desierto.

El doctor y sus acompañantes no atinaban a comprender lo sucedido. Por un momento, sospecharon que el joven había sido secuestrado por los salvajes. Pero al anciano profesor, al examinar con mayor detenimiento las proximidades del árbol, descubrió, repentinamente, los restos de la fruta.

—¡Pero qué es esto! —exclamó sorprendido el profesor—. Pensé que el árbol era estéril.

El Dr. Axes iba a seguir las huellas todavía frescas, cuando se detuvo y, como tratando de alejar de la mente un terrible recuerdo —perdido hacía muchísimo tiempo en los más remotos confines de la memoria—, murmuró:

—¡No! ¡No es posible! ¡No por segunda vez, Dios mío!

El profesor miró ansiosamente en dirección al desierto y luego, girando repentinamente sobre sí mismo, se dirigió apresuradamente a la nave.

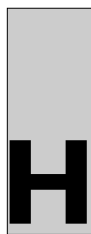
Los demás hombres, aún sin comprender, lo siguieron en silencio.

Asunción, 1972

DE: *El Mesías que no fue y Otra vez Adán* (Asunción: Editorial Servilibro, 2010)



“Hasta el caballo pierde su verticalidad”, Óleo sobre papel,
40 x 30 cms. 1998. Colección privada (Zurich).
Obra de Enrique Collar.



MARIO HALLEY MORA

(Coronel Oviedo, 1926 – Asunción, 2004)

Dramaturgo, narrador y poeta. Jefe de Redacción del diario *Patria* durante el régimen de Stroessner (1954-1989), libretista de radio en los años cincuenta y guionista (con el seudónimo de **Alex**) de las primeras historietas paraguayas en guaraní o bilingües, Mario Halley Mora fue también Director del diario *La Unión*. Autor de más de quince obras teatrales publicadas y de unas cincuenta piezas estrenadas, es el dramaturgo paraguayo más prolífico del siglo XX. De su abundante producción dramática sobresalen: *En busca de María* (1956), su primera pieza; dos volúmenes de *Teatro Paraguayo* que reúnen sus seis obras más conocidas, entre las que están *Magdalena Servín*, *Interrogante* y *Un rostro para Ana* (1971-1975); *Teatro Breve de Mario Halley Mora* (1984) –con piezas cortas que incluyen, entre otras, *La comedia de la vida* y *La mujer en el teléfono*– y *Testigo falso*; *El juego del tiempo* (1986). Sus obras teatrales más recientes son: *Ramona Quebranto* (versión teatral de la novela del mismo nombre, de Margot Ayala de Michelagnoli) y la zarzuela paraguaya *Loma Tarumá*, en *jopara* (guaraní-castellano), con música de Florentín Giménez. Su producción narrativa incluye novelas y cuentos. Algunos títulos representativos son: *La quema de Judas* (1965), novela premiada ese mismo año en el concurso de novelas del periódico *La Tribuna*; *Los hombres de Celina* (novela; 1981), *Cuentos, microcuentos y anticuentos* (1987), *Memoria adentro* (novela; 1989), *Los habitantes del abismo* (cuentos; 1989), *Amor de invierno* (novela; 1992), *Parece que fue ayer* (cuentos; 1992), *Manuscrito alucinado (Las mujeres de Manuel)* (novela; 1993; Premio El Lector), *Todos los microcuentos* (1993), *Ocho mujeres y las demás* (1994), mencionada por la revista *VISION* como la novela más leída del año, y *Cita en el San Roque* (2001), novela que le ganó en su país el Premio Nacional de Literatura 2001. Es además autor de un poemario: *Piel adentro* (1967). Tiene unos treinta libros publicados. Póstumamente apareció *Amalia al amanecer* (2004), novela en co-autoría con Lita Pérez Cáceres.

EL BURRO Y EL CABALLO

Se requieren dos actorcitos. Uno tendrá orejas de burro y otra cola de caballo.

- Caballo: *(Mirando al burro)* Dios mío, qué feo eres. Y pensar que la maestra dice que somos parientes.
- Burro: Vos serás más hermoso que yo, pero yo soy más feliz.
- Caballo: ¿Un burro feliz? Jamás he visto eso.
- Burro: ¡Lo que yo no he visto nunca es un caballo feliz!
- Caballo: ¡Yo soy feliz porque el hombre me aprecia más!
- Burro: ¿Te aprecia? ¡Linda manera de apreciar! Te usa.
- Caballo: ¿Me usa?
- Burro: Te pone una montura y se va a la guerra sobre tu lomo. Si te matan no te da las gracias y pide otro caballo para seguir combatiendo. ¡Pobres caballos!
- Caballo: Pero los burros también van a la guerra, como las mulas.
- Burro: Sí, pero para llevar las balas de cañón con que te dispararán a ti.
- Caballo: Que yo sepa, no existen burros de circo, pero sí elegantes caballos de circo. ¿Qué me dices a eso?
- Burro: ¿Y tú crees que los caballos de circo son felices? ¡Pobrecitos! Repitiendo siempre las mismas cabriolas con una señorita encima o un jinete.
- Caballo: ¡Pero el público aplaude!
- Burro: ¡Aplauda al jinete, pero no al caballo! Después, cuando seas viejo, te venden para tirar un carro.
- Caballo: Pero no me vas a negar. Tú, el burro, eres el símbolo de la ignorancia. Por eso se dice que “Fulano es un burro” cuando no sabe de nada.
- Burro: Eso es cierto. Los seres humanos dicen “burro” al ignorante. Pero te voy a hacer una pregunta: “¿Los seres humanos llaman ‘caballo’ al hombre inteligente?”

Caballo: En verdad, no.
Burro: Entonces... ¿Por qué te envanece?
Caballo: Porque soy mejor que tú. La gente se ríe cuando rebuznas.
Burro: ¿Y aplaude cuando relinchas?
Caballo: Hum... me parece que no. No nos vamos a poner de acuerdo.
Burro: Sí, podemos ponernos de acuerdo. Yo estoy conforme con ser burro, y tú deberías estar conforme con ser caballo. De modo que siendo parientes, dejemos de discutir y démonos las manos, o mejor dicho, las patas.
(Se dan la mano)

FIN

* * *

EL CANDIDATO

Personajes

D. Carlos: Padre de la nena: 50

Jorge: 23: el candidato

Decorado: la sala de la casa de D. Carlos

D. Carlos: Bueno... pase... pase, por acá... bien, siéntese allí... No, en ese sillón no, ese lo uso yo. Siéntese en esa silla. *(Aire descortés siempre)*
Jorge: Gracias.
D. Carlos: ¿Qué me agradece...?
Jorge: Y... la silla...
D. Carlos: *(Desabrido)* ¿Y por eso “gracias”? No se la regalo, solo le digo que se siente.
Jorge: Bueno... desde luego... ejem... yo no presumía que me regalara ninguna silla y...

D. Carlos: ¡Bueno! Si vamos a estar acá hablando de sillas y qué sé yo... ¿No le parece que perdemos tiempo...? Soy un hombre muy ocupado y... ¿entiende?

Jorge: Bien... me he atrevido a venir a esta casa...

D. Carlos: (*Descortés siempre*) ¡Sin preámbulos, sin preámbulos, por favor!

Jorge: Bueno. Se trata de su hija.

D. Carlos: ¿Sí...? ¿Y qué...? ¿O me va a venir a contar que tengo una hija? Ya lo sé. Lo sé desde hace 17 años y unos meses. ¿Y bien...? ¿Qué hay con ella...?

Jorge: Pues pasa que... bueno. Creemos que nos queremos y...

D. Carlos: ¿Uds. creen...? ¿Y bien...? ¿Qué quiere...? ¿Que le saque yo de la duda?

Jorge: ¡Es que no hay ninguna duda!

D. Carlos: ¿Y por qué dice que creen que se quieren?

Jorge: Es que... Ud., con su actitud... ¡le confunde a uno, señor!

D. Carlos: ¿Mi actitud? es la normal... soy el dueño de la casa, ¿no?

Jorge: Sí, desde luego... pero... (*Un poco picado ya*) ¡No le costaría mucho ser un poco más cortés...!

D. Carlos: Si me ha pedido una entrevista para darme lecciones de urbanidad...

Jorge: (*Molesto*) ¡No es para eso!

D. Carlos: Haga el favor de no levantar el tono de voz...

Jorge: Perdone... yo sólo...

D. Carlos: ¡Vamos, vamos, vamos, al grano...!

Jorge: ¡Vengo a pedirle permiso para visitar a su hija, como pretendiente!

D. Carlos: ¿Ah sí...? ¡Hummmmmmmmm!

Jorge: Su señorita hija opina que...

D. Carlos: No me importa la opinión de ella. ¡En esta casa sólo opino yo...!

Jorge: Pero señor... Yo pido visitar a su hija. ¿No es importante lo que ella piensa...?

D. Carlos: Para mí, no. Bien, quedamos en que me pide permiso para visitarla. Muy bien. Puede ser... Pero... ¿por qué viene solo? ¿Por qué no viene con Ud. su padre?

Jorge: La razón es sencilla, señor... no tengo padre. Soy huérfano...

D. Carlos: No crea que me va a impresionar, ¿eh? No soy sentimental ni sentimentalista... Para mí, el huérfano puede ser también un sinvergüenza. ¡Incluso Ud.! ¡No me diga nada! ¿Y su mamá, eh? ¿Por qué no viene con Ud. su mamá...?

Jorge: Pero señor... ¡si solo vengo a pedir llegar como amigo! Además, mi mamá vive en el campo. Yo vine a Asunción a estudiar, y vivo en una pensión...

D. Carlos: ¿En una pensión? Malo... malo... ¿Trabajo...?

Jorge: ¡Sí... soy dibujante...!

D. Carlos: Ah... ¡Dibujante! ¿Es Ud. el que dibuja esos monitos idiotas que salen en las revistas...?

Jorge: (*Picado*) ¡No, señor! Soy dibujante de planos... ¡Me gano la vida copiando planos...!

D. Carlos: Malo, malo... el que se pasa la vida copiando el trabajo de otros no tiene ningún mérito... ¡Es una forma de ser haragán...!

Jorge: (*Ofendido*) ¡Pero señor!

D. Carlos: Déjese de... ¿estudia...?

Jorge: ¡Tercer año de ingeniería!

D. Carlos: ¡Vaya carrera que eligió...! Sé por experiencia que todos los ingenieros terminan neurasténicos... ¡Dicen que por las matemáticas! O se van al monte a hacer caminos y terminan con malaria... hum, hum...

Jorge: Este... vea, señor... respeto sus objeciones... pero... ¿no puede ser Ud. un poco más... digamos, delicado? Lo único que me falta es que por ser lo que soy, me saque a patadas...

D. Carlos: *(Enojado)* ¡Un momento, se trata de mi hija!

Jorge: *(Enojado)* ¿Y Ud. qué pretende para ella? ¿El Príncipe de Gales...?

D. Carlos: ¡Por lo menos un sujeto educado!

Jorge: ¡Uno no puede ser educado con otro que como Ud. se lleva por delante al prójimo!

D. Carlos: Soy como soy... ¡Y Ud. no me va a cambiar, jovencito...!

Jorge: Es una lástima... porque tenía las mejores intenciones del mundo. ¡Y Ud. me está tratando como a alguien que se mete con malicia y mala intención en su casa!

D. Carlos: ¡Lo trato como se merece!

Jorge: Pues entonces no me conoce bien. Tengo el orgullo de ser lo que soy. Hijo de campesina humilde, 23 años. Me pago mis estudios, no como bien y me visto peor. Jamás fui preso ni mentí a nadie. Y tengo eso que muchos no tienen... ¡a pesar de su edad!: ¡respeto a sí mismo!

D. Carlos: Un momento, jovencito... Antes de irse, sépalo bien. ¡Le prohíbo terminantemente que se vea con mi hija...!

Jorge: Ah... no. Ahí está equivocado, señor. Mis sentimientos son rectos y sanos. Tratarla no hará daño a nadie, salvo a un padre egoísta. Así que... sáquese de la cabeza eso... y otra vez... ¡Buenas tardes!

D. Carlos: ¿La seguirá viendo?

Jorge: Sí, señor. La seguiré viendo. Por dignidad y por cariño hacia ella. Y por favor, no repita eso de que me prohíbe, porque... me dolería mandarlo al demonio... al padre de la chica que quiero... ¡Adiós, señor... lamento mucho haberle quitado su precioso tiempo!

D. Carlos: *(Ahora súbitamente cordial)* Che ra'y... vení acá...

Jorge: ¿Quéee...?

D. Carlos: Sentate ahí...

Jorge: Pero... ¿qué pasa...?

D. Carlos: Pasa que... bueno, soy papá... ¿no? Y mi nena se ha enamorado... y me preocupaba... quería estar seguro si el hombre la merecía, nada más... No quisiera yo un flojón para ella...

Jorge: Y... ¿pasé el examen...?

D. Carlos: ¡Claro...! Carácter... dignidad... conciencia de la nobleza de los sentimientos... ¡y coraje...! Si hasta ya me estaba esperando un moquete... porque, mirá que fui argel contigo, ¿eh Jorgito...? (*Ríe*)

Jorge: Demasiado... D. Carlos... je, je, je... ¿entonces...?

D. Carlos: Por ahora... los martes, jueves y sábados... de 7 a 9 de la noche, ¿eh? Ni un minuto más, ni un minuto menos... ¡ah... y en la sala...! Con las luces encendidas, ¿eh?... ¡Con las luces encendidas...! je, je, je.

* * *

TODO ES SEGÚN EL COLOR...

Personajes

Carlos: Abuelo, 70 años.

José: Nieto, 20 años.

En escena, José, leyendo un libro

Carlos: José, dejá un poco ese libro y vení para acá...

José: ¿Sí, abuelo...?

Carlos: Me contó tu mamá que le andás cortejando a Diana, la hija del Dr. Peralta...

José: Oh... sí, abuelo...

Carlos: No te ruborices, mi hijo... es una buena chica... conocí a su abuela... ¡Ella sí que era un bombón...! Bueno, la nieta

no llega a tanto, desde luego... pero... no está mal... no está mal...

José: Gracias, abuelo... da gusto que los mayores de la familia...

Carlos: Bueno... ¿y ella...?

José: Ella... ¿qué...?

Carlos: ¿Te quiere...?

José: Sí. Desde luego... somos jóvenes. Yo pienso recibirme para formalizar... y ella prometió esperarme... ¿Por qué me lo preguntas?

Carlos: ¡Porque corres peligro de perderla...!

José: ¿Y cómo lo sabes...? O mejor dicho... ¿por qué...?

Carlos: Digamos... ¡por estúpido...!

José: ¡Abuelo!

Carlos: Oh... lo digo en el sentido cariñoso, Josecito...

José: (*Amoscado*) Bueno... ¿puedo saber por qué soy estúpido desde el punto de vista cariñoso...? ¿Y por qué voy a perder a mi novia...?

Carlos: En primer lugar, quiero aclarar algo, ¡encontré la carta por casualidad!

José: ¿Qué carta...?

Carlos: Mirá, para recordar viejos tiempos... me puse a leer una novela de Dumas y...

José: (*Alarmado*) ¿Los Tres Mosqueteros...?

Carlos: Sí, y allí encontré tu carta para tu novia, ¡fresquita de tinta! Aquí está.

José: Dámela... abuelo... ¡no tenías derecho a leerla!

Carlos: Un momento... como hombre no tenía derecho, pero como abuelo interesado en tu éxito sentimental... sí. Así que la leí, y la encuentro estúpida. ¡Precisamente la carta ideal para que una chica se desilusione de un joven...!

José: ¡Pero abuelo...!

Carlos: Te callás... suerte que la encontré antes de mandarla. Analicémosla...

José: Abuelo... estás por cometer un disparate...

Carlos: Me hago responsable, Josecito. Pero empecemos. “Querida mía... anoche... cuando regresé a casa... trayendo en los labios la tibieza del leve y casto roce de los tuyos... pensé largamente en ti... casi hasta que diera la medianoche en el reloj de la sala...” ¡Por favor! ¡Qué ridiculeces...!

José: *(Con ironía)* ¿Te parece...?

Carlos: Claro... hombre... mirá, te habla la experiencia, mi hijo... Estas cosas poéticas, como el roce casto de los labios, sin macanas... no tienen sentido alguno para las chicas... ¿entendés?

José: ¡Ni un poquito...!

Carlos: Mirá... la mujer, aunque sea una niña angelical como Diana... siempre tiene un sentido práctico. Vaya y pase si le decís que viniste a pensar en tu porvenir y en el de ella, a hacer proyectos de trabajar y estudiar... ¿entendés...?

José: Más o menos...

Carlos: ¡Y después...! ¡Mi Dios...! ¡Qué estilo literario más infantil...! Decime..., ¿no copiaste por casualidad esta carta de uno de esos libros baratos que se venden por ahí...?

José: Te aseguro que no, abuelo, pero... ¿sabes que me interesa tu opinión...? ¿De veras te parece que la carta...?

Carlos: Es lo más idiota que he leído... No es una carta de amor, para empezar. ¡Porque está llena de frases de almanaque... de caramelo falsificado, de gelatina pegajosa y de chantilly sentimental que empalaga a cualquiera...!

José: Gracias a Dios que no la mandé... *(Siempre con ironía)*

Carlos: Gracias a tu abuelo, mi hijo... ¡Gracias a tu abuelo! Me figuro la reacción de esa señorita al recibir semejante mamotreto... ¿Sabes lo que iría a pensar? Al terminar el primer párrafo: ¡Ridículo! Al terminar el segundo párrafo: ¡Pero qué copión! Al terminar el tercer párrafo: ¡Uy,

pero qué romanticismo tan viejo...! Y al terminar la carta:
Pero... ¿de este coso me enamoré yo...? Dios mío... qué
pensamientos infantiles... qué falta de madurez... y sobre
todo, qué horriblemente escribe. Y de eso, a mandarte a
paseo, ¡hay un solo paso...!

José: *(Irónico)* Abuelo... me salvaste.

Carlos: ¡Si para eso estamos los abuelos! ¡Para eso estamos los
abuelos...!

José: Bueno... resumiendo...

Carlos: ¡No mandás semejante poema al cretinismo juvenil...!

José: ¿Otra recomendación...?

Carlos: Que si vas a ponerte a escribir cartas a tu amada... apren-
das a escribir como la gente. Con este estilo... con esas
palabritas repetidas una y mil veces en millones de car-
tas... lo único que ganas es que la niña piense lo peor de
vos... y de tu capacidad intelectual... ¿Conforme...?

José: Sí... abuelo. Conforme. Pero... sacame de una duda, abue-
lito...

Carlos: Preguntá, mi hijo... ¡preguntá...!

José: ¿Cómo demonios se casó abuelita contigo...?

Carlos: ¿Que cómo qué...?

José: ¡Te pregunto si cómo se casó contigo abuela!

Carlos: ¿Y para qué querés saber? ¿Y qué tiene que ver...?

José: Abuelo... ¿sabes que abuelita conserva tus cartas de amor?
Ella, anoche me llamó y me dijo: José... te voy a hacer un
gran favor, mi hijo... te voy a permitir que copies una
carta, para tu novia... es la carta que me mandó tu abuelo...
y la que me decidió a casarme con él... ¡Es maravillosa! Y
yo copié la carta, abuelo... ¿qué me decías ahora...?

Carlos: ¿De modo que...?

José: Esta carta tan vapuleada, tan infantil, tan, tan tan... se la
mandaste vos hace.... 50 años... a abuelita.

Carlos: De habérmelo dicho antes... ¡Desgraciado! Andá... ¡que no te vea más en tres días...! ¡Estas bromas, no se le hacen al abuelo! ¡No se le hacen!

TELÓN

* * *

EL PROFESOR

Personajes

D. Carlos Pérez: El profesor Cascarrabias.

José: Alumno.

En escena, profesor corrigiendo exámenes. Golpean la puerta.

Carlos: ¿Quién será a estas horas...?
(Toc. Toc. Toc...)
Voy... hombre, ya voy...
(Abre la puerta)
Buenas... ¿qué quiere Ud.?
José: Buenas noches, profesor... yo quisiera...
Carlos: Calle... calle... a ver... a ver... Ud. es... ¡González!
José: Sí, profesor... soy alumno suyo de Geografía en el cuarto y...
Carlos: Ya... ya... Amiguito... ha perdido el tiempo. Ud. ha dado exámenes... y justamente le tengo que calificar esta noche... ¡No podemos hablar ya de nada!
José: (Suplicante) Profesor...
Carlos: ¿Qué...?
José: Le suplico que...
Carlos: Vamos... diga... ¡o vamos a estar aquí parados toda la noche...!

José: *(Desalentado)* No... está bien... disculpe que le haya molestado, profesor... ¡Buenas noches...!

Carlos: No. Venga acá... anímese... pase... pase...

José: Gracias...

Carlos: Siéntese ahí...

José: Gracias...

Carlos: Bueno... ¿qué quiere?

José: Es referente al examen de esta tarde...

Carlos: ¿Sí...?

José: Yo le venía a pedir... bueno... un poco de consideración en la nota...

Carlos: ¡No me diga! *(Se enoja)* ¿Y cómo se atreve...? Jovenzuelo atrevido... ¡Fuera!

José: Sí... sí, señor... ¡y disculpe...!

Carlos: ¡No lo disculpo!

José: ¡No me extraña, señor...!

Carlos: ¿Qué es lo que no le extraña?

José: Que no me disculpe, profesor. Perdone Ud., pero... Ud. no hace otra cosa que justificar su fama... ¡Buenas noches, señor...!

Carlos: ¡Un momento...! ¿Mi fama...? ¿Qué fama?

José: Su fama de ser un hombre frío, sin alma, sin corazón... Los muchachos dicen de Ud. que Ud. es un libro que camina... ¡lleno de fórmulas fijas...!

Carlos: ¿Así que dicen eso...?

José: Y mucho más... para Ud. el estudiante es sólo un número... que va del cero hasta el diez... después... no es un ser humano... no sufre, no tiene esperanzas... ¡nada!

Carlos: ¿Eso dicen de mí...?

José: ¡Eso dicen de Ud.!

Carlos: ¡Tengo deberes que cumplir!

José: Desde luego... bueno, señor, me voy...

Carlos: Espere... ¿A qué vino acá...?

José: ¡Pasa que he dado un examen pésimo!

Carlos: ¡Entonces tendrá su correspondiente tres! ¡Es lo justo!

José: Sí, ya sé, profesor. Un tres que me va a costar mucho. Me quedaré en febrero... y en mi trabajo... no voy a ascender. Me prometieron un ascenso si pasaba al quinto, sin pasar por la vergüenza de febrero...

Carlos: Bueno. Ese es su problema. Mi problema es calificar su examen...

José: El examen de un simple muñeco, ¿no...?

Carlos: ¿Qué quiere decir...?

José: Profesor... con todo el respeto que me merece Ud., por lo menos, hubiera descendido de su alto pedestal para preguntarme... ¿Por qué rindió mal...?

Carlos: ¿Dónde diablos voy a ir a parar si me paso preguntando a todos los aplazados por qué se aplazaron? Se aplazaron porque no supieron...

José: Algunas veces se aplazan porque no recuerdan, simplemente.

Carlos: ¡Váyase al demonio!

José: Sí, señor... disculpe otra vez y otra vez... buenas noches...

Carlos: ¡González...!

José: ¿Sí...?

Carlos: ¿Qué es eso de saber y recordar...? Me interesa, pero conste que su examen ya está dado, ¿eh...?

José: Esta tarde... cuando Ud. tomaba examen por escrito, y yo trataba de hacerlo bien... no podía sustraer la mente de otro pensamiento... ¡eso es todo...!

Carlos: ¿Y en qué pensaba mientras daba examen?

José: Pensaba... ¡en mi padre!

Carlos: ¡Vaya momento que eligió para pensar en su padre...!

José: No podía elegir otro... en ese mismo momento... ¡a mi

padre lo estaban operando...! Y como no tiene el corazón en buen estado... ¡figúrese...!

Carlos: Caray... lo siento mucho... pero... ¡los reglamentos son los reglamentos!

José: Sí, señor. Los reglamentos... SON LOS REGLAMENTOS.

Carlos: Ejem... no se vaya... ¿Pero de veras rindió mal...?

José: Pésimamente...

Carlos: *(Rebusca entre los exámenes)* A ver... González... González... José... acá está su examen. Hummmm, pero qué disparate. Mire lo que me puso... que el río Danubio es la principal vía fluvial de Italia...

José: Ya ve... ¡confundí con el Volcán Vesubio! ¡Tenía la cabeza... bueno...!

Carlos: ¡Y aquí me pone a Berlín como la capital de Austria!

José: Ya ve... quise poner Viena... y...

Carlos: Y... hummmm *(lee)* Una serie de disparates por el estilo... ¡No hay caso, mi hijo... no hay caso...! ¿Y qué pretendía Ud., eh...?

José: Yo pensaba explicarle la situación particular y...

Carlos: ¿Cómo está su papá...?

José: Ah, sí... vengo del hospital... y..., ¡todo salió bien, gracias a Dios...!

Carlos: Y bueno, dése por contento. Su papá está a salvo... pero pretender que por este disparate, por esta porquería de examen, yo le ponga más de lo debido, no señor... no, no y renó. Así que confórmese, hombre. Le pondré lo que merece: un 4.

José: ¿Cuánto dijo?

Carlos: Dije: 4...

José: Entonces... ¿no me aplaza...?

Carlos: ¿Tengo que aplazarlo necesariamente? ¡Después de todo, entre Berlín y Viena sólo hay unos cuantos kilómetros...!

José: Cuatro... cuatro... Gracias, profe... gracias...
Carlos: Váyase al demonio... y déjeme trabajar tranquilo... ¿Estamos? ¡Buenas noches!

TELÓN

* * *

... EN TIEMPO DE VALS

Personajes

D. Carlos, el abuelo.

Luisa, la nieta que cumple 15.

Escena I: en un saloncito hogareño

Luisa: Abuelito, yo solo quería decirte que... bueno, dejemos todo esto. No es el momento más adecuado...

D. Carlos: ¿Dejarlo...? ¿Pero estás loca, muchacha...? ¡De ninguna manera!

Luisa: Son las circunstancias especiales, abuelito. Deberían acompañarme mis padres... y...

D. Carlos: Ellos no pueden, ¿verdad? Ya sabés, a tu papá lo mandaron a Buenos Aires en importante misión, y como el pobre hombre anda bastante mal de salud, lo tuvo que acompañar tu mamá. Esas son cosas normales, no “circunstancias especiales”, como lo decías pomposamente... ¿O te avergonzás de que te acompañe yo?

Luisa: ¡Abuelo! ¿Qué más quiero yo que seas vos el que me acompañe en mi fiesta de 15 años... bailar contigo mi primer vals...?

D. Carlos: Y bueno... preparate que es tarde...

Luisa: Pero... abuelito... lo hago por abuela. Está en el sanatorio.

D. Carlos: ¡Deberías estar con ella...!
 D. Carlos: Pero qué disparate, Luisita. ¡En cuanto llegue allí, tu abuela me va a sacar poco menos que a empujones...!
 Luisa: ¡Qué abuela!
 D. Carlos: ¡Qué abuela! ¡No podemos defraudarla...! ¿Quién te cosió ese bonito vestido blanco? ¡Ella! ¿Quién recomendó ese hermoso peinado estilo dama antigua que ahora tienes en la cabecita como una rica torta? ¡Ella! No. No. Ella soñaba más que vos en este instante y en esta fiesta. Así que... ¡a vestirse! No quiero tener plaguesos y reproches encima, por el resto de mi vida... vamos, caminá...
 Luisa: ¡Está bien, abuelo...! Pero qué abuelo éste... (*Mutis*)
 D. Carlos: ¡Qué nieta ésta...! Bien... ¿qué número era el del sanatorio? Ah... sí. 9779. Vamos a llamar... (*Teléfono que se disca*) Hola... con el Dr. Recalde, por favor. Gracias. (*Pausa*) Hola... ¿Dr. Recalde? le habla D. Carlos. Sí. El mismo. Sí. Es sobre mi esposa... (*Pausa*).
 Caramba...
 Pero si esta mañana estaba animosa y...
 ¿Cómo?
 Sí. Sí. Comprendo.
 Escuche, Dr. Creo entender que Ud. me recomienda que vaya ahí y permanezca al lado de ella...
 Sí. Sí. Ya sé que Ud. no puede anticipar nada, pero...
 ¿Irme? No sé. Estoy pensando... en lo que ella querría... que yo estuviera allí o... que hiciera aquí algo que hace mucho ella desea... Se trata de su nieta...
 Sí, Dr. Sí. No sé, yo creo que...
 (*Asoma de nuevo Luisa/Vestido largo*)
 Luisa: Abuelo... mírame... ¿qué tal me sienta el vestido?
 D. Carlos: ¡Maravilloso!, oh, perdón, doctor, hablaba con mi nieta. Bien doctor, no creo que la cosa sea como para que se

suspenda esto. A ella no le gustaría y... gracias. Gracias.
Hasta luego. *(Cuelga)*

Luisa: ¿Era de abuelita?

D. Carlos: Oh, no te preocupes. Me hizo llamar por el doctor para preguntar cómo estaba de linda la nietecilla... ¿te imaginás?

Luisa: Abuelo... ¿no me estás mintiendo?

D. Carlos: Dejate de pavadas, ¿querés...? andá, arreglate rápido...

Luisa: Sí, abuelo... voy. *(Mutis)*

D. Carlos: *(Vuelve a discar)* Hola... ¿Dr.? Sí, otra vez yo. Le rogaría, por si acaso, Dr., si sucede algo que... bueno, me llamen al Círculo Militar, en la fiesta de presentación... sí... gracias. Hasta luego...

Escena II: a la entrada de un salón. Se oye el sonido de un vals.

Luisa: Cuánta gente, abuelito... ¿entramos ya?

D. Carlos: Dejame que te mire, muchacha. Dejame que te mire...

Luisa: Pero abuelito... ¿qué te pasa...?

D. Carlos: Es que... son cosas de viejo, mi hijita. Con ese vestido y ese peinado tan bonito... estás... casi, casi tan hermosa como tu abuelita... cuando la conocí... en un sitio como éste... con música como ésta... claro que... yo era otro... no tenía mi reuma ni mis canas... je, je, je... Pero, palabra, estás casi casi tan linda como ella.

Luisa: Abuelo... ¡acabas de hacerme el elogio más encantador que he oído!

D. Carlos: Bien... ¿entramos?

Luisa: Sí, abuelo... entremos. *(Ambos ingresan al salón)*

Luis: *(Emocionada)* Abuelo... ya va a empezar el primer vals...

Un hombre: ¿Señor López?

D. Carlos: Sí. Soy yo.

Un hombre: El teléfono, señor, por acá...

D. Carlos: Nena, esperame un segundito... *(Va al teléfono que está en un rincón)* ¿Hola? Sí, Dr. Sí. Está bien, no le comprendo. ¡Pero explíquese, Dr.! ¿A qué hora? Sí. Sí. Gracias... Dr. ¿Es... taba consciente? ¿Y dijo algo antes de...? Ah... gracias... es cosa tan de ella... Es cosa tan de ella... No. Yo mismo pasaré a retirarla... Y.... Dr., que no la dejen sola, por favor, comprendo que ya... pero por favor, que quede una enfermera... alguien, a su lado... ¡Hasta luego, doctor!
(Vuelve al salón)

Luisa: ¿Quién era, abuelito?

Dr. Carlos: Era el Dr., mi hijita. Era un mensaje de tu abuela... te hace decir que te quiere mucho... y que seas muy feliz... muy feliz...

Luisa: ¡Qué abuela!
(Vals)
¡Abuelo, el vals...!

D. Carlos: Ah... sí... vamos...
(Danzan)

Luisa: Abuelo, bailas maravillosamente y... abuelo ¿lloras...?

D. Carlos: ¿Yo...? parece nomás... ¡y no me mires a la cara que vas a perder el paso!

Luisa: Pero abuelo... lloras...

D. Carlos: De felicidad, mi hijita... de felicidad. Es que... ¿sabes? las lágrimas me empañan los ojos, y entonces... te veo, ya no como mi nieta, sino como mi novia de hace muchos años.

Luisa: ¡Como abuelita! ¿Tan linda como ella?

D. Carlos: Un poco menos, Luisita... un poco menos...

Luisa: ¿Dijo el Dr. que está bien?

D. Carlos: Sí. Bien. Duerme sonriendo y feliz... contenta al fin de que vos... y el vestido... y el peinado... en fin, hijita, tu

abuelita está dormida... profundamente dormida... como
duermen... sí... ¡como duermen las buenas personas!

DANZAN Y TELÓN LENTO

DE: *Teatro breve [para uso didáctico en la iniciación teatral]* (Asunción:
Editorial El Lector, 1996)





“En boca cerrada no entra la mosca 1”, Óleo mix media,
76 x 70 cms. 2008. Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri.

LUIS HERNÁEZ

(Asunción, 1947)

Narrador, dramaturgo, ensayista y docente universitario. Aunque arquitecto de profesión, desde hace más de dos décadas se dedica también a la creación literaria. En efecto, a fines de los años ochenta irrumpió en el mundo de las letras con su primera obra, *El destino, el barro y la coneja*, novela publicada en 1990 y que desde su aparición en 1989 le ha ganado varios galardones importantes: el “Premio V Centenario 1989” la distinción de “Libro del año 1990” (otorgada por la Editorial El Lector), su inclusión en “Los 12 del Año 1990” y el “Premio Municipal de Literatura 1992”. En 1996 publicó su segundo libro, *Donde ladrón no llega*, primera novela histórica paraguaya situada en época de los jesuitas, durante sus últimos tiempos en tierras del Imperio Español, poco antes de su expulsión total en 1767. Posteriormente dio a luz *Levadura y mostaza* (2001), *Destidós* (2002) y *Ese interior reino de nada* (2003), su tercera, cuarta y quinta novelas, respectivamente. En teatro, es autor de *La moneda del abuelo*, comedia musical para niños y jóvenes (estrenada en Asunción en 1996), *La chispa azul* (2000) y *Pedro Achicado* (2003), otra pieza teatral infanto-juvenil. Tiene además varias obras inéditas que incluyen cuentos, novelas, ensayos y obras de teatro.

PEDRO ACHICADO

Personajes:

Pedrito, niño

Su madre

Kaiser, perro

Rayo, perro

Perro 1, perro

Perra 2, perra

Sapo

Amparito, novia de Sapo

Hormi Ganegra, hormiga

Hormiga 1, hormiga

Hormiga 2, hormiga

En escena, el patio trasero de una casa

Se deben incluir en la escenografía algunos detalles llamativos (un fondo de plantas con flores, algún arbusto, un árbol...) en los que sea fácil apreciar el cambio de tamaño que sufre el personaje, conforme se va desarrollando la acción. Estos elementos deben ser fácilmente removibles para que, luego de un corto apagón, durante el cual se procederá al cambio rápido de los elementos, sea posible apreciar el “agrandamiento” de las cosas del ambiente cuando el niño se va “achicando”.

Para que el montaje de la obra resulte más fácil, y no costoso, se sugiere la utilización de elementos como los que se detallan más adelante, que son fáciles de construir y ligeros para el cambio rápido en escena. Estos dos elementos, realizados con listones de madera y forrados con paneles pintados, pueden ser básicamente iguales aunque se recomienda algunas diferencias en el color, para resultar más vistosos, se pueden utilizar sobre un fondo oscuro, neutro.

El dibujo que se propone, puede ser ampliado utilizando diferentes reticulados. Así se logrará el efecto de diferentes tamaños que se desea. De esa manera, cada cara de los elementos servirá para un tamaño: Tamaño natural, Tamaño Perro, Tamaño Sapo y Tamaño Hormiga.

Se incluyen además algunas sugerencias para el vestuario de los actores que representarán a los perros, a los sapos y a las hormigas. En lo posible, este vestuario deberá resultar sugerente, sin ser abrumadoramente detallado, asegurando la libertad de movimientos y expresividad de los actores.

UNO

En el patio de su casa, de día, Pedrito se divierte trajinando con unas cuantas latas de cerveza o gaseosa vacías, una cuerda, y algunas piedritas que va cargando en las latas. Trata de hacer un sonajero bien ruidoso con la ristra de latas cargadas de piedritas.

Madre: *(Viene de la casa, trajinando en sus actividades)* Pedrito, mi hijo, otra vez te encuentro ideando cosas raras... ¿qué es lo que estás haciendo ahora, mi hijo?

Pedrito: Nada, mamá. Estoy aquí.

Madre: Ya veo que estás aquí, no soy ninguna tonta, pero ¿qué es lo que hacés con esas latas?

Pedrito: Nada, mamá, nada importante... es decir, hago un sonajero, ¿no ves?, estoy haciendo un sonajero...

Madre: *(Quejosa mientras trajina)* Ay, mi hijo, algo me dice que esta es otra vez alguna de las tuyas... Sos terrible, Pedrito, no es posible que te pases todo el santo día cabezudeando...

Pedrito: *(Con picardía)* Es que soy un niño, madre, ¡un niño...!, y los niños somos cabezudos.

Madre: Sí, pero eso no te da derecho a molestar a los demás... *(Se va)*

Pedrito: ¡Ufa...!, qué voy a molestar a nadie, si lo hago solamente en broma...

Pedrito se controla hasta que su madre sale y luego sigue con su trabajo. Sujeta una cuerda al sonajero, calcula el largo, mira a los costados.

Se acerca al lado opuesto al que salió su madre y llama, disimulando para que su madre no lo escuche:

Pedrito: ¡Kaiser!, ¡Kaiser...! Fiuuu, Kaiser, Kaiser... *(Se arrima al borde interior de la escena para que sólo pueda verse su cuerpo y no se vea lo que hace. Solamente se escucha su parlamento)* ¡Oh!, ¡aquí está Kaiser!, Kaiser, la gran siete, lindo perro es Kaiser, eso, eso, muy buen perro es Kaiser cuando se queda quieto... Ah!, mirá qué linda cola tiene Kaiser, quieto, ¡quieto te digo!, eso... así, así... ¡dejá

la cola quieta un momento, Kaiser!, eso, así, así, y ahora...
(grita) ¡¡YA...!!!

Se escuchan unos ladridos desesperados y el barullo infernal de las latas llenas de piedritas arrastrándose, que se va alejando.

Pedrito camina hacia el centro de la escena reventándose de risa.

Por el otro lado entra la madre.

- Madre: ¡Pedro, mi hijo, qué hiciste?!
- Pedrito: *(Riendo y señalando al costado)* ¿No lo ves?, mirá cómo corre Kaiser con el sonajero en la cola...
- Madre: Pobre animal, corre como si le persiguieran mil diablos, pobrecito, está desesperado... ¿No te da pena?
- Pedrito: Es solamente una broma que hice para divertirme, mamá, ¿qué pena me va a dar?, no seas exagerada. *(Corta transición)* ¿No sabés dónde está mi témpera amarilla?
- Madre: Cuando hiciste el último deber de Plástica la dejaste tirada en el comedor, como siempre...
- Pedrito: ¿Tirada?, cómo va a quedar tirada una témpera, si la dejé en la mesa del comedor... ¿querés decir que se perdió la témpera amarilla?
- Madre: No, señor, no se perdió la témpera amarilla porque yo la guardé. Si yo, YO, no la guardaba, se hubiera perdido.
- Pedrito: Ah, muy bien... Quiere decir que la guardaste.
- Madre: ¿Para qué la querés?
- Pedrito: Para hacer una cosa... *(duda)* Para hacerte un trabajo. Sí, te quiero hacer un trabajo, ahora que están por comenzar las vacaciones...
- Madre: Sin mentiras, Pedrito...
- Pedrito: Y bueno, en realidad no es un trabajo para vos, mami, sino una cosa importante que quiero probar...
- Madre: Ay, Pedrito, Pedrito, cómo me gustaría creerte, pero me

cuesta tanto, tanto, tanto creerte... sos terrible, mi hijo:
Bueno, enseguida te traigo la témpera. (Se va)

Pedrito controla hasta que se haya ido y luego saca del bolsillo una bolsita con granitos de isopor.

Pedrito: Mientras mamá me trae la témpera voy a buscar el ají...
Tengo que buscar el más maduro, para que sea bien picante...

De un arbusto arranca un aj  y se sienta a trabajar refregando las pelotitas.

Pedrito: Voy a refregar las pelotitas con aj  para luego pintarlas con témpera amarilla...  Ah!, esto va a ser simpatiquísimo: las pelotitas de isopor van a parecer granos apetitosos y las hormigas se las van a llevar...  Hijo...!  C mo pica este aj ...!

Cuando entra su madre con la témpera él se levanta rápidamente disimulando. La madre lo mira dubitativa, le entrega la témpera y se va.

Pedrito se sienta para continuar. Progresivamente sus movimientos se van haciendo más lentos, más adormilados. Tal vez pueda bostezar alguna vez.

Pedrito: Todas las pelotitas deben estar bien untadas con aj  y luego las voy a pintar de amarillo para que parezcan maíces, o cualquier otra cosa apetitosa... Van a trabajar como locas las hormigas llevándose los granos y después, cuando sientan el picante, van a bailar como más locas todavía... (bosteza)  Ah...! la gran siete, qué aburrido es esto... son tantas las pelotitas que debo juntar que se hace intermina-

ble este trabajo... Si no fuera por el gusto de ver a las hormigas saltando como locas, sería medio podrido hacer esto...

Se escucha un ruido raro, como un trueno. Pedrito se levanta, extrañado, en el medio de la escena.

Pedrito: ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que está pasando?, no entiendo nada, no entiendo nada...

Se escucha un trueno más fuerte y hay un cambio de luces. Luego queda la escena totalmente a oscuras.

DOS

Mientras dura el apagón se procede a cambiar los elementos de la escenografía (se giran los bastidores pintados), para mostrar que se ha pasado al Tamaño Perro.

Pedrito recorre el escenario extrañado, constatando los cambios que se produjeron.

Pedrito: Esto es rarísimo, no entiendo lo que está pasando; todas las cosas a mi alrededor se agrandaron de repente... (*mirando hacia un costado*) ¡Hijo...!, ¡mi casa es tan grande que parece un edificio de departamentos...!

Pedrito siente los ruidos que hace alguien que viene y temeroso se esconde detrás de un arbusto.

Entra Kaiser sujetando en su mano la piola con latas que pende de su cola. Está muy cansado y nervioso. Enojado recorre el escenario tratando de sacarse las latas sin conseguirlo. Mira con temor hacia el lado por donde entró.

Pedrito se asoma sigilosamente.

Pedrito: ¿Kaiser...? ¿Sos vos, Kaiser?
Kaiser: ¡Ah...! ¡Aquí estabas...! Te busqué por todas partes, para pedirte ayuda y no te encontré... pero ya no importa. Ya no tengo tiempo, me voy...
Pedrito: ¡Kaiser! ¿Adónde vas...?
Kaiser: Me voy, Pedrito... esta cosa que me pusiste en la cola me entorpece mucho y no puedo hacer nada para defenderme de los que me persiguen, así que me voy...
Pedrito: Pero, Kaiser, parece que estás muy molesto y no es para tanto... Fue solamente una broma que te hice, no es para que te enojés así conmigo...
Kaiser: Es que me siguen; no me puedo quedar aquí... ¿Lo recordás a Rayo, el perro de la otra cuadra? Pues bien, Rayo y toda su barra me están persiguiendo, y tengo que escapar... Rayo es muy peligroso cuando uno no puede defenderse... Corro mucho peligro quedándome aquí.
Pedrito: Pero qué tanto peligro vas a correr, Kaiser, no seas miedoso... Al final de cuentas, yo estoy aquí para defenderte...
Kaiser: *(Dubitativo)* No, no estés tan seguro... La verdad es que así como estás ahora, también vos corrés peligro, si yo me quedo... Es mejor que me vaya.
Pedrito: Dejame sacarte esto por lo menos... *(trata de ayudar para soltar el sonajero de la cola)* Ah, qué macana, ¿quién ató este nudo tan fuerte?
Kaiser: Vos lo ataste, Pedri, ¿ya no te acordás? Lo ataste cuando eras grande, cuando eras fuerte...
Pedrito: ¡A la miércoles que tenía fuerza entonces...! *(prueba también con los dientes)* Parece que está cediendo este nudo asqueroso... *(suelta el sonajero)*
Kaiser: Yo no habría podido sacármelo jamás...

Escuchan que alguien se acerca. Asustados se esconden detrás de un arbusto.

Entra por un costado Rayo, mirando amenazadoramente hacia todos lados.

Rayo: ¡Kaiser! ¡Kaiser...! ¿Dónde estás, cobarde? Aunque te escondas te voy a encontrar, no hagas que me ponga más nervioso, te conviene evitar que me ponga más nervioso...

En una de sus vueltas ve que asoma parte del cuerpo de Pedrito detrás del arbusto y lo estira de la ropa.

Rayo: ¡Aajajajáaa...! ¡te pesqué por fin, sinvergüenza...! *(nota que no es Kaiser sino Pedrito)* ¡Ah!, ¡pero este no es Kaiser! Qué sorpresa más grande... ¿A quién tenemos aquí? Pero si es Pedrito, este niño tan simpático que siempre se divierte a costa nuestra... este niño que se pasa la vida haciéndonos esas bromas tan divertidas *(lo zarandea con alguna violencia)* tan, tan, tan divertidas...

Pedrito: Rayo, dejame, dejame te digo, ¡basta, Rayo!, ¡soltame de una vez!

Rayo: *(Exagerando intencionalmente)* ¿Basta Rayo, dijiste? ¿Oí bien? ¿Me ordenaste que te deje? No; debo estar equivocado, seguramente no es eso lo que dijiste... Estoy seguro de que educadamente me rogaste: por favor, señor Rayo, tenga la gentileza de soltarme...

Pedrito: No... no... no voy a decir nada...

Rayo: *(Zarandéandolo)* A ver, decí por favor, ¡por favor...!

Kaiser: Basta, Rayo, es suficiente. Dejalo en paz.

Rayo: *(Exagerando)* Ah, ja ja jáaa!, ahora oigo otra voz, y esa voz sí que la conozco... ¿Alguien me está hablando? ¿Dónde está? ¿Dónde está quien me habla?

Kaiser: No te hagas el sonso. Dejalo en paz a Pedrito, que es mi amigo.

Rayo: ¿Es tu amigo? ¿Pedrito es tu amigo? ¡Ah...!, ¡esto sí que es realmente divertido! *(a los perros que están adentro)* ¡vengan, muchachos, y escuchen lo que dice este tonto!, ¡esto es realmente divertido...!

Entra Perro 1 y Perra 2 muy divertidos, bromeando entre ellos. Están en plan de diversión.

Perro 1: *(Entrando con Perra 2)* ¿Qué es lo que pasa, Rayo?, ¿qué es eso tan divertido que pasa aquí?

Perra 2: Oh, miren quién está aquí... mírenlo, mírenlo, es Kaiser... *(a Kaiser)* Kaiser, aquí estabas escondido, picarón, con razón no te veíamos por el baldío... sos un vago, querido, un vago... andás por los lugares más inesperados.

Perro 1: ¿Y este no es Pedrito...? Sí, señor... es Pedrito, ¡Pedrito!, el simpático de Pedrito que siempre nos anda tirando piedras *(comienza a molestarlo a Pedrito, como si lo fuera a pinchar)*, tirando cascotes, tirando latas, tirando palos...

Perra 2: *(Cerrándole con su cuerpo el paso a Pedrito que trata de escapar de Perro 1)* Y haciéndonos también la broma del hueso, ay, sí, la divertida broma del hueso atado con un piolín... ¿Eh? ¿Te acordás de esa broma tan, tan, tan simpática?

Perro 1: Ah, sí, yo sí que me acuerdo... Mirá de lo que me vengo a enterar... Así que eras vos, Pedrito, el que me hizo correr detrás del hueso atado con un piolín...

Rayo: *(A Perro 1, riendo burlón)* ¡Me acuerdo!, ¡ahora me acuerdo!, ah, cuánto nos reímos de vos, pedazo de tonto...

Perro 1: Así que eras vos... *(se acerca amenazador a Pedrito)* Así que vos ataste el hueso con un piolín para estirarlo cuando yo me acercaba y hacerme quedar como un tonto...

Pedrito: *(Un poco asustado)* Yo no quería molestarte, en ningún momento se me ocurrió molestarte... yo solamente quería hacer una broma...

Perro 1: ¡No, señor!, ¡no, señor! ¡Quisiste burlarte de mí! ¡Hiciste que todos se burlaran de mí!

Pedrito: Pero si yo solamente quería pasar un buen rato, con buen humor...

Perro 1: ¿Y quién te dio permiso para hacer tus caprichos a mi costa? Pero qué simpático... vos te portás igual que ese tavyrón de la televisión, que siempre se burla de los prójimos, haciéndoles quedar como tontos...

Pedrito: Yo solamente quería hacer una broma...

Perro 1: *(Exagerado)* ¡No! ¡No! ¡No lo puedo creer! ¡Eso no es una broma! ¿Eso es una broma?

Todos los perros menos Kaiser: ¡No!

Perro 1: Ah, bien. Estamos de acuerdo, no es una broma. ¡Eso es una estupidez! ¿Es una estupidez?

Todos los perros menos Kaiser: ¡Sí!

Perro 1: Muy bien, perfecto... Todos estamos de acuerdo en que es una estupidez. Y a los estúpidos hay que darles una buena lección para que aprendan...

Todos los perros menos Kaiser: *(Rodeando a Pedrito formando un corro y coreando amenazadores)* ¡Síiii! ¡Hay - quen - señarles! ¡Hay - quen - señarles...!

Kaiser: *(Trabajosamente rompe el cerco)* ¡Basta ya!, ¡déjense de macanas...!

Perra 2: ¿Y a éste qué le pasa?

Perro 1: *(Burlándose de Kaiser)*. Oh, atención, atención... ¡Aquí está llegando don Quijote para salvar a un necesitado...!

Rayo: Este tarado me está divirtiendo mucho, por eso les llamé... ¿Qué vas a hacernos, Don Quijote?

Kaiser: ¡No molesten más a Pedrito! ¡No lo voy a permitir!

Rayo: Mirá que sos pedazo de tonto, Kaiser... Pedrito se pasa todo el santo día molestándote a vos, y vos salís en nuestra contra para defenderlo...

Kaiser: Eso no me importa. Es mi amigo y eso me basta.

Perra 2: *(Comentando con Perro 1 y Perro 3, divertidos)*. ¿Es su amigo, dice? ¿Kaiser dice que este niño tan desagradable es su amigo? Ay, mi querido, este Kaiser es un ingenuo que no tiene remedio...

Rayo: Es un verdadero tonto, querrás decir, qué va a ser ingenuo...

Perro 1: En realidad pienso que es algo atontado, por la manera que tiene de reaccionar, digo... Hace un rato todavía andaba corriendo con la cola de latas que Pedrito le puso...

Perro 2: *(Burlándose)* ¡Eh, Rayo!, nuestro Don Quijote ya se olvidó de la cola de latas que tenía, calalán, calalán, calalán...

Rayo: *(Riendo)* Basta, basta, muchachos, sean un poco más respetuosos, no carguen más a nuestro amigo... ah, es que no puedo aguantarme *(se ríe)* ¡Don Quijote calalán...!

Perro 1: Pedrito, ponele de nuevo la cola, es tan divertido... *(se ríen)*.

Rayo: *(A Perro 1)* Bueno, acabá la cargada al pobre Kaiser, que al final de cuentas es nuestro amigo... A quien debemos dar la lección que se merece es a este jovencito que siempre se burla de nosotros... *(Muy amenazadoramente toma del brazo a Pedrito que, asustado, trata de liberarse pero no puede)*.

Kaiser: *(A Rayo, amenazador)* ¡Dejalo, Rayo!, ¡dejalo en paz, te digo!

Rayo: ¡Epa...! Esa sí que es una voz muy autoritaria... ¿Es una orden la que estoy escuchando? A mí no me gusta que me ordenen cosas... lo que me gusta es morder a la gente. Ah... esta oreja es bien tiernita...

Pedrito: ¡Ay...! ¡Me va a morder la oreja, Kaiser!
Kaiser: ¡Dejalo en paz, te digo! (*empuja a Rayo con violencia*).

Rayo lo deja a Pedrito y se acerca amenazador a Kaiser. Pedrito dolorido se refriega los brazos.

Rayo: ¿Quién te creés que sos para ordenarme lo que tengo que hacer? (*lo va alejando, como preparando una pelea. Los Perros 1 y 2 lo cercan, azuzando*).

Kaiser: No me creo nada. Pero lo vas a soltar o te voy a moler a patadas...

Rayo: ¿A patadas? ¿Me vas a moler a patadas, vos?

Kaiser: O a mordiscos... cualquier cosa, pero no voy a permitir que le lastimes...

Rayo: Vamos a ver si te animás, inútil...

*Rayo se abalanza sobre Kaiser y se trenzan en una pelea.
Pedrito los mira preocupado y trata de interponerse entre ellos pero la Perra 2 y el Perro 1 lo alejan de un empujón.
Se escucha el mismo ruido de trueno anterior, la luz parpadea y al final se apaga.
Queda la escena totalmente a oscuras.*

TRES

*Mientras dura el apagón se cambian los elementos de la escenografía para adaptar la escena al Tamaño Sapo.
Al encenderse las luces, Pedrito está solo, caído en el suelo, mirando alrededor sorprendido. Se refriega el brazo un rato más y luego lo olvida, cuando recorre la escena mirando todo con curiosidad.*

Pedrito: ¡A la miércoles...! ¿Qué es lo que está pasando hoy en mi

patio...? ¡Todas las cosas se pusieron enormes...! Esto es un despelote mayúsculo.

Mira al costado, o al fondo, donde se ven unas enormes sombras movedizas, y se escuchan ruidos y gruñidos de los perros peleando.

Por el otro costado entra Sapo sin que Pedrito lo vea y se ubica en un rincón. Sapo controla divertido todas las acciones de Pedrito.

Pedrito: ¡Hijo...! ¡Kaiser está convertido en un gigante...! ¡Dale, Kaiser, tríturalo a Rayo, tríturalo...! Oh, no, qué macana... ¡Rayo y los otros también son gigantes! Aguantá un poco Kaiser, que ya voy a ayudarte! *(agarra un palo largo, que hay en el piso y se acerca al costado, o al fondo, tratando de espantarlos)* Rayo, perro tonto, dejalo en paz a Kaiser...! *(Se da cuenta de la desproporción y vuelve al centro desalentado)* No les llevo ni siquiera a las rodillas... qué me van a escuchar, si son todos gigantes... Y el pobre Kaiser se las está viendo negras, por mi culpa... ¡porque quiere defenderme, pobre amigo mío...! *(a Kaiser, que está afuera)* ¡Trató de escaparte, Kaiser! Cómo quisiera ser más grande para hacerme respetar...

Los gruñidos se van haciendo más tenues, como si los perros que pelean se alejaran. Pedrito queda desalentado.

Sapo: *(Que entró por un costado, mira divertido a Pedrito, sin hacerse notar. Se sienta y mira a Pedrito, que, sin verlo, recorre muy triste el centro de la escena, preocupado por Kaiser. Sapo comienza a reír).* Jroo, jroo, jroo...

Pedrito: *(Asustado)* ¡A la miercoles, qué ruido más raro...! ¿Qué es lo que pasa ahora en este patio...?

Sapo: Jroo, jroo... Pedrito... iuju, Pedrito...

Pedrito: ¡Qué voz más horrible...! ¿Quién es? ¿Quién me está llamando?

Sapo: Jroo, jroo, jroo...

Pedrito: *(Lo ve al Sapo y retrocede espantado)* ¡Ay, juepete...! Pero, vos... vos...

Sapo: Jroo, jroo... ¡Esto es divertidísimo...!

Pedrito: ¡Vos sos un sapo...!

Sapo: Jroo, jroo, jroo... ¡Claro que soy un sapo!, ¡un lindo sapo, soy...! Te extraña verme tan grande, Pedrito... Me parece que hasta te asusta un poco verme así de grande. Esto es algo realmente divertido... Jroo... jroo... Lo que te pasa, mi estimado Pedro, es que ahora vos estás chiquititooo, chiquititoooo... Creo que me voy a morir de risa...

Pedrito: ¡Sos un insoportable maleducado...!

Sapo: ¡Epa...! Mucho cuidado con la forma de hablar, mita-í... Ahora no podés hacerte el altanero, Pedrito, no te conviene hacerte el altanero, porque puede resultarte peligroso...

Pedrito: Yo no me hago el altanero. Lo que pasa es que me molesta que seas tan burlón, y que estés hinchándome sin motivo, si yo no te hice nada...

Sapo: Jroo, jroo... ay!, creo que me voy a morir de risa... ¿Qué vos no me hiciste nada? ¿Nunca me hiciste nada...? ¿Nunca? ¡Siempre que me ves en tu patio me hacés la vida imposible, molestándome...!

Pedrito: Yo... yo... yo nunca quiero molestarte, solamente trato de espantarte...

Sapo: Ay, ya comprendo... no me querés molestar, solamente espantarme... Y eso porque decís que soy muy feo.

Pedrito: ¡Yo no dije eso!

Sapo: Claro. Ya entiendo. No dijiste que soy feo, y eso quiere decir que pensás que soy muy lindo.

Pedrito: ¡Yo tampoco dije eso!

Sapo: Permítame un momento, no te enojés, por favor (*ríe*). Jro... jro.... jrooo... Gracias. Si no reía un poco iba a reventar. No mientas, Pedrito, que la mentira tiene las patas cortas. Tiene las patas más cortas que yo... ¡Jro... Jro... Jro...! Este fue un chiste buenísimo. Si no me querés espantar porque soy muy feo, quiere decir que lo hacés para molestarme, para hacerme la vida imposible...

Pedrito: No es correcto lo que estás haciendo. Decís las cosas que se te ocurren porque te aprovechás de tu tamaño...

Sapo: ¡Ah...! Qué bien, ¡pero qué bien...! Resulta ser que ahora el que se aprovecha de su tamaño soy yo... ¿Ves esa lanza que agarraste del suelo para espantar a los perros?, ¿la ves?

Pedrito: ¡Claro que la veo...! Que me haya achicado no significa que me quedé ciego...

Sapo: Muy bien, muy bien... ah, esto es simpatiquísimo... Pues bien, mi querido y pequeño amigo Pedrito, esa lanza debería resultarte conocida...

Pedrito: ¿Cómo voy a conocerla? En este mundo raro todo es nuevo para mí; no he visto esa lanza nunca en mi vida.

Sapo: ¡Ay...! Jro, jro... cof, cof (*tose*) me vas a hacer reventar de risa con lo ingenuo que sos... Esa lanza, mi querido amigo, es el palito que usás siempre para tratar de pincharme... Y me pinchaste más de una vez, te cuento. Sí, señor. Las veces que estoy distraído y te acercás sigilosamente por detrás, me alcanzás a clavar esa horrible punta en el lomo...

Pedrito: Yo... yo no sé qué decir... Creo que estás mintiendo: siempre te escapás.

Sapo: Claro que me escapo, no voy a dejar que te diviertas a mi costa jugando al alfiletero... Me escapo después, pero la primera pinchada duele... Ah, ahora que me acuerdo, allí

tengo el alfiler que dejaste olvidado esa tarde que se te ocurrió trajinar con las mariposas... Sí, trajinaste con las mariposas y de repente se te ocurrió probar también conmigo... Ah, vamos a aprovechar este hermoso momento para probarte cuánto molesta una pinchada de alfiler... *(Va hasta el fondo y recoge del piso un alfiler de unos 50 centímetros. Se acerca amenazador y ríe)* Jroo, jro, jro...

Pedrito: No... no... no deberíamos ser vengativos, Sapo... No veo la razón para convertirnos en seres vengativos... y a mí no me interesa probar nada de nada, Sapo... *(Se esquiva)*.

Sapo: Esperá, esperá *(le persigue riendo divertido)* no te muevas, es sólo que quiero hacer una demostración científica...

Pedrito trata de escapar escondiéndose entre algunos tallos, matas, etc. En un momento dado despista al Sapo que retorna hacia el centro del escenario. Desde su escondite, Pedrito sigue el desarrollo de la acción.

El Sapo, con el alfiler en la mano, sigue buscando. Por el costado opuesto entra Amparito.

Amparito: ¿Se puede saber qué hacés con ese horrible artefacto en la mano?

Sapo: *(Sorprendido y emocionado la mira, paralizado y romántico)* ¡Ay!, ¡oh...! jroo, jroo... Amparito, qué sorpresa más agradable...

Amparito: *(Coqueta)* Pasaba por aquí y me dije: voy a dar una vuelta por ese patio... jamás me imaginé que te encontraría aquí...

Sapo: Hiciste bien, claro que sí... me alegra mucho que hayas venido a visitarme...

Amparito: Pero si yo no vine a visitarte...

Sapo: No, claro, qué cosas más tontas digo... me alegra mucho que hayas venido a este patio a dar una vuelta, quiero decir...

Amparito: Ah, así es mejor. Ustedes, los varones, enseguida piensan cualquier cosa y después se mandan la parte...

Sapo: Y ustedes, las hermosas, son siempre tan difíciles de entender...

Pedrito: *(Desde su escondite)* ¡Hijo...! ¡le dijo hermosa! ¡Pero qué va a ser hermosa...! ¡Este tipo está loco!

Amparito: *(A Sapo)* Ay, siempre sos tan amable... Una cosa que siempre me agrada mucho a mí es el trato amable...

Sapo: Pero no siempre soy así, no creas, no soy así con todas... Me comporto así solamente con las hermosas...

Pedrito: *(Desde su escondite)* ¡Este tipo la está atacando en serio...!

Amparito: *(Coqueta)* No te creo, no te creo ni una palabra... Los varones siempre usan palabras dulces para marearnos a nosotras, las mujeres...

Sapo: No, Amparito, no es así... Lo que pasa es que vos me tenés loco, todo el día me paso pensando en vos... *(Se acerca muy romántico a Amparito e inadvertidamente la clava con el alfiler).*

Amparito: *(Exagerada)* ¡Ay!, ¡ay, por Dios! ¿Qué es esto? ¿Qué me estás haciendo...? ¿Me querés matar...?

Sapo: No, Amparito, no es nada... ¡Qué tonto soy! Te lastimé sin querer, Amparito, perdoname *(tira el alfiler a un costado)*

Amparito: Pero, ¿qué es ese horroroso artefacto tan doloroso?

Sapo: Es solamente un alfiler, Amparito, un estúpido alfiler que acabo de tirar...

Amparito: ¿Y qué andás haciendo con estúpidos alfileres, si puede saberse?

Sapo: Nada, nada importante...

Amparito: Estás insoportablemente misterioso hoy. Vengo y te encuentro con un alfiler, que es la primera cosa misteriosa.

- Te acercás y me lo clavás, y eso es la segunda cosa misteriosa y, además, molesta. Te pregunto qué hacés con esa cosa estúpida en las manos y me contestás que nada. Esa fue la tercera cosa misteriosa.
- Sapo: *(Apenado)* Yo no quiero que te enojés conmigo, por nada del mundo quiero que te enojés conmigo...
- Amparito: Te digo una cosa: mirá, no sé qué querés que te diga pero no te entiendo. No querés que me enoje contigo pero hacés todo lo posible por ponerme nerviosa. Ustedes los varones...
- Sapo: *(Le interrumpe)* ¡Nosotros los varones sufrimos mucho cuando ustedes se ponen así...!
- Pedrito: *(Desde su escondite)* ¡Eso! ¡Así se habla! ¡Ya estaba poniéndose pesada esta loca burlándose del pobre enamorado...!
- Amparito: Ay, pero por favor... yo no me pongo de ninguna forma... *(mimosa)* Bueno, dale, no te enojés ahora vos, somos amigos, ¿no es cierto?
- Sapo: Sí, desde luego, claro que somos amigos...
- Pedrito: *(Desde su escondite)* Ah, ja, ja, jaaa... ¡Un viejo zorro resultó ser este sapo...! Ya comienza a atacarla de nuevo...
- Amparito: Pero hasta ahora no me contaste qué hacías con el alfiler... *Desde su escondite Pedrito sigue la conversación y gesticula su asentimiento, negativa, sorpresa...*
- Sapo: Encontré el afiler tirado entre el pasto y lo alcé para demostrarle a Pedrito cómo duelen las clavadas que nos suele hacer en la espalda.
- Amparito: Claro que duelen las clavadas en la espalda, lo sé muy bien... *(repentinamente se da cuenta y se sorprende exageradamente)* ¡A Pedrito, dijiste?
- Sapo: Sí, a Pedrito. Quería demostrarle cómo...
- Amparito: *(Le interrumpe)* Pero cómo vas a demostrarle nada a Pedrito, si siempre te está espantando... Si te acercás a él, te

- va a jugar una patada que vas a salir volando por los aires...
- Sapo: No, no lo creas, no me va a patear nada (*con mucha seguridad*). Si Pedrito intenta patearme, yo le voy a jugar una trompada que le hará conocer lo que es bueno...
- Amparito: Mirá con lo que me venís a salir, fantasioso... Con lo grande que es Pedrito si le ponés nervioso te va a hacer polvo...
- Sapo: (*Negando con la cabeza*) Jroo, jro... Permitime que me ría un poco. No es tan grande, no lo creas, no es tan grande...
- Amparito: Ya te estás poniendo misterioso otra vez... ¿Cómo que no es tan grande?
- Sapo: ¡No lo es! Jro, jro, esto es simpatiquísimo, ¡no es tan grande! Es como nosotros... Jro, jro...
- Amparito: (*Señalando su altura*) ¿Así?
- Sapo: ¡Así!
- Los dos: ¡Jro, jroo... (*se ríen*).
- Amparito: Es la noticia más increíble que escuché en mucho tiempo... ¿Y decís que está por aquí? ¿Cómo vamos a divertirnos...! (*Comienza a buscar a Pedrito en tanto éste se esquiva entre las matas*) Pedrito... ¡iujuuu, Pedrito...! (*al Sapo*) Traé el alfiler, que tenemos que estar preparados...

Cuando ellos van hacia el fondo, Pedrito viene hacia el centro, se agita. En un momento dado, los dos sapos se distraen buscando en el fondo y Pedrito queda en el centro sofocado.

Está tratando de descansar cuando se escucha el zumbido de un insecto que se acerca.

Por los movimientos de Pedrito se nota que el insecto revolotea por encima y que en un momento dado comienza a perseguirlo, amenazador. Pedrito se asusta y corretea tratando de escapar. Está muy asustado.

Amparito lo descubre.

Amparito: Ah, aquí está nuestro amiguito desaparecido...
Sapo: No lo vayas a tentar, Amparito... parece muy asustado...

Pedrito con sus movimientos muestra que el insecto le está persiguiendo. Y muestra también que entre el miedo al insecto y el miedo a los sapos no sabe con cuál quedarse.

El Sapo sigue atentamente la evolución del insecto que persigue a Pedrito y hace algún que otro JROO! amenazador. Amparito lo mira extasiada.

En una de las vueltas, cuando el insecto ya está por alcanzar a Pedrito, el Sapo se interpone, protege a Pedrito detrás de sí y con un movimiento decidido se come el insecto.

Pedrito: *(Se detiene muy cansado y mira a Sapo con admiración)*
¡Hijo...! ¡Te lo tragaste...!

Sapo: Jro, jro... ah, creo que me vas a hacer reventar de risa...
¿Cómo podés ser tan maleducado...? “Te lo tragaste”, decías... me salvaste la vida, ¡me salvaste la vida!, hubieras tenido que decir...

Amparito: *(Abraza al Sapo)* ¡Mi ídolo!, ¡mi ídolo...! ¡Qué valientes, mi ídolo...!

Sapo: Por favor, Amparito, no hice nada del otro mundo... Solamente protegí a un amigo...

Pedrito: Yo... yo... en realidad, no sé qué decir: me llegó a asustar mucho ese bicho...

Amparito: *(A Pedrito, señalando a Sapo)* Tendrías que aprender a confiar en él... ¡Es tan valiente! Yo, cuando estoy cerca de él me siento tan seguraaaAA...! *(Exclama asustada, convirtiendo su palabra en un alarido cuando recrudecen los zumbidos).*

Ahora son varios zumbidos, bastante fuertes. Se nota por los movimientos de los tres que los insectos vienen en formación. Los dos sapos

forman un frente para defenderse, se comen algunos insectos y espantan a los demás con unos cuantos JROO...! bien fuertes).

Cuando se acaban los zumbidos quedan los tres muy cansados en el centro.

Pedrito quiere agradecerles la ayuda pero los sapos se distraen porque hacia el fondo se ve caer entre las plantas una pelota luminosa.

Sapo: ¡Amparito! ¡Mirá!, es un muá, ¡un muá!

Amparito: Ay, ¡qué genial! ¡Los muá son riquísimos...!

El Sapo y Amparito van hacia la pelota luminosa del fondo y disfrutan dando pequeños rodeos, gozando por anticipado.

Pedrito se levanta, curioso. Olisquea el aire.

Pedrito: ¡No!, no, no se acerquen... ¡huele a humo de cigarrillo!, por lo visto papá acaba de llegar a casa... ¡No vayan, Amparito! ¡no es un muá!, ¡es un cigarrillo encendido, Amparito, no lo vayan a tocar...! ¡Se van a quemar...!

La luz parpadea nuevamente y se oye el mismo trueno de las veces anteriores. Por fin se apagan todas las luces y la escena permanece a oscuras.

CUARTO

Mientras dura el apagón se mueven una vez más los elementos de la escenografía, para convertir la escena a Tamaño Hormiga.

Pedrito está en el medio del escenario buscando desesperado pero ya no hay rastros de los sapos ni de la pelota luminosa. En el piso se observan unas cuantas pelotitas amarillas repartidas desordenadamente.

Pedrito: *(Recorre la escena buscando desesperado a los sapos)*
¡Sapo! ¡Sapo! ¡Amparito! ¿Dónde se metieron? ¡No to-

quien esa lucesita brillante! ¡No es un muá! ¡No es un muá! ¡Se van a quemar...! ¡Es un cigarrillo, se van a quemar...!

En una de sus idas y venidas se choca con Hormi, que atraviesa el escenario caminando muy formalmente. Hormi viste muy elegantemente, con un traje negro.

Pedrito: Oh, por favor, disculpe...

Hormi: *(Arreglándose la ropa con un refriegue de las manos, como las hormigas)* No es nada, caballero. No se preocupe. *(Hace un desplazamiento lateral para vadearlo y seguir su camino).*

Pedrito: *(Totalmente sorprendido)* Ya no entiendo lo que pasa aquí... cada vez suceden cosas más sorprendentes en este patio... *(lo sigue a Hormi con curiosidad)*. Perdóname, señor, pero ¿podría decirme quién es usted?

Hormi: *(Gira hacia Pedrito para observarle de frente y muy ceremoniosamente le entrega su tarjeta)*. Soy Hormi Ganegra, para servirle, caballero.

Pedrito: Hormi... ¿qué?

Hormi: Mi apellido es Ganegra, caballero. Soy Hormi Ganegra; una hormiga.

Pedrito: ¡Por todos los salamines de la despensa...! ¿Una hormiga? ¿Y cómo puedo estar yo conversando con una hormiga?

Hormi: Esa pregunta no se la puedo responder, caballero, sencillamente porque no conozco la respuesta. Y ahora, le ruego, dispéñeme; debo continuar con mi trabajo.

Pedrito: *(Burlón)* No debe ser un trabajo demasiado importante el suyo... Recuerdo que cuando se trata de una actividad sin mucha importancia, nosotros solemos decir: es un trabajo de hormiga...

- Hormi: *(Ríe bajito, por educación, pero se nota que está molesto)*
Una observación bastante tonta la suya, por cierto. En mi caso, caballero, puedo asegurarle que es un trabajo muy importante el que hago. Soy el encargado de buscar las provisiones para el nido. Yo selecciono los alimentos que habrán de transportar los obreros...
- Pedrito: *(Con ironía y agresivo)* Ajá, debe sentirse muy contento entonces, usted, con su trabajo..., es el más fácil. Me parece que usted es un poco avivado, señor Hormi Ganegra.
- Hormi: Y usted un poco irrespetuoso, caballero.
- Pedrito: *(Casi burlón)* Discúlpeme, señor Ganegra, no quise ofenderle...
- Hormi: Mi trabajo es importante y trato de hacerlo bien, caballero. Yo elijo el mejor camino, el más corto, dados los grandes esfuerzos que demanda el transporte de cargas tan pesadas, pero también el más seguro, y eso, mi querido señor, no es fácil.

Entran por el costado Hormiga 1 y Hormiga 2, trayendo cada uno sobre los hombros un trozo grande de hoja. Se detienen a escuchar la conversación de Pedrito y Hormi.

- Pedrito: *(Se burla)* O sea que usted hace el trabajo cerebral del grupo, señor Ganegra, qué simpático, el trabajo cerebral ¡con un cerebro de hormiga...!
- Hormi: *(Indignado)* Me está ofendiendo gratuitamente, caballero.
- Hormiga 1: *(Deja la hoja en el suelo y se acerca con Hormiga 2)* Señor Ganegra, ¿le está molestando este intruso?
- Hormi: Oh, muchachos, me alegra mucho verlos... ¿Está todo bien en el itinerario que elegí?
- Hormiga 1: Sí, señor, está todo bien... por suerte hoy no tenemos ninguna interferencia en el recorrido... Escuchamos que ha-

- blaba con este extraño tan descortés y nos acercamos para ver de qué se trata el problema.
- Hormiga 2: *(Mira con mucha atención a Pedrito, girando alrededor de él, como si lo reconociera pero no estuviera muy seguro. Pedrito se remueve un tanto incómodo).*
- Hormi: Oh, no hay ningún problema, muchachos; solamente estaba hablando con el caballero que hoy nos visita.
- Hormiga 2: *(Le interrumpe con algo de violencia).* ¡Señor Ganegra, creo reconocer a este caballero tan descortés!
- Pedrito: ¡Pero este loco está verdaderamente loco! ¡Cómo puede conocerme a mí una hormiga...!
- Hormiga 2: Sí, le conozco, le conozco... Luce un tanto diferente ahora, así como está, con nuestro tamaño... Pero sí que le reconozco: este es el mitaí que siempre nos molesta poniéndonos obstáculos en el camino...
- Hormiga 1: ¡Ajajáa, ya recuerdo...! ¡Ya decía yo que me tiene un aire conocido...!
- Pedrito: *(Un poco asustado)* ¡Están locos estos dos, señor Ganegra! ¿Cómo van a reconocerme estos locos?
- Hormiga 2: ¡Claro que te conozco, mitaí! ¡Siempre que ves cuando venimos en fila con nuestra carga ponés un palito, o hacés un hoyo, o escupís, para molestarnos...!
- Hormiga 1: Sí, ¡es cierto...! ¡Y parece elegir cuando la carga es máááás pesada para confundirnos, señor Ganegra! ¡Nos pone el dedo, o un palito, lo que sea para confundirnos y nos obliga a dar vueltas y vueltas con nuestra carga...!
- Hormi: Por favor, muchachos, compórtense educadamente. Estoy seguro que el caballero no sería capaz de hacernos una cosa así...

Pedrito, que sí suele hacerlo, acompaña las palabras de Hormi tratando de justificarse.

- Hormiga 2: No, señor Ganegra, no se vaya a equivocar, yo le aseguro que este sinvergüenza nos persigue siempre. Recuerdo que la mañana que llevábamos las hojas de la santarrita que podaron, hasta abrió una zanja con un palito, para cortar nuestro camino...
- Hormiga 1: Es cierto, es cierto, tenemos que darle una buena lección para que no nos persiga nunca más (*intentan pellizcar a Pedrito, que se esquiva*).
- Hormi: (*Con energía*) ¡Basta! ¿Qué es lo que les pasa, muchachos? No sean maleducados. Debemos comportarnos educadamente con las visitas, no me avergüencen...
- Hormiga 1: Usted no sabe lo que es capaz de hacer este mitaí, señor Ganegra.
- Hormi: ¡Basta, les digo! ¡Es un forastero y merece todo nuestro respeto...! Vamos, muchachos, dejémonos de macanas y volvamos al trabajo. (*Señala las pelotas amarillas que hay en el suelo*). Miren esos apetitosos granos... Deben ser riquísimos y muy nutritivos; vamos a llevarlos al nido. (*A Pedrito*) Y nosotros, caballero, debemos despedirnos.

A desgana, Hormiga 1 y Hormiga 2 dejan de amenazar a Pedrito y se dirigen a los granos.

Pedrito los ve alejarse y recuerda que son los granos que él preparó. Trata de interponerse entre las hormigas y los granos.

- Pedrito: ¡Hijo...! ¡Esas son las pelotitas de isopor que yo preparé...! ¡Esperen! ¡Esperen! ¡No toquen esos granos!
- Hormiga 2: (*A Hormi que está alejado preparándose para alejarse*)
¿Ve, don Ganegra, cómo nos molesta?, ahora no quiere que recojamos los granos.
- Hormiga 1: (*Acercándose amenazador a Pedrito*) Dejame que yo hable con él y vas a ver cómo nos deja...

- Hormi: ¡Quédense allí, muchachos! (*a Pedrito*). Espero, caballero, que tenga una buena explicación para este proceder tan inesperado.
- Pedrito: (*Un poco más tranquilo*) Sí la tengo, señor Hormi Ganegra, tengo una explicación... Lo que pasa es que estos granos no son granos.
- Hormiga 1: ¿Qué los granos no son granos?, este mitaí está más loco que una cabra...
- Hormiga 2: (*Burlándose*) Más loco que una cabra loca... (*ríe*).
- Hormi: ¡Silencio! (*a Pedrito*). ¿Puede explicarse mejor, caballero?
- Pedrito: Esas pelotitas las preparé yo, señor Ganegra, no son granos...
- Hormiga 2: ¡Mentira!, ¡se las quiere para él y nos está engañando una vez más...!
- Pedrito: No... no, no es mentira... es cierto lo que les digo: yo suelo hacer algunas cosas que no están bien, suelo hacer algunas bromas que causan problemas a la gente...
- Hormiga 1: ¡Mucho discurso, ya!, no podemos dejar que nos engañe una vez más, señor...
- Pedrito: No quiero ocasionar más daño, señor Ganegra, no toquen esas pelotitas, por favor, ¡no las toquen...!
- Hormiga 2: ¡No es cierto lo que dice! ¿Por qué ahora se va a hacer el bueno si siempre nos causó problemas? (*A Hormiga 1*) ¡Vamos...!

Hormiga 1 y Hormiga 2 se abalanzan sobre las pelotitas y las toman. Inmediatamente sienten una gran picazón y se retuercen.

- Hormiga 2: ¡Ay! ¡Cómo pica esta porquería...!
- Hormiga 1: ¡Y tiene un olor asqueroso...! (*Se vuelven los dos muy enojados hacia Pedrito*) ¡Esta es otra de tus macanas sin duda alguna...! (*Se tiran sobre Pedrito para pincharlo*)

Hay un parpadeo de luz y luego se apaga. La escena queda totalmente a oscuras.

CINCO

Durante el apagón se vuelven a cambiar los elementos de la escenografía, y al encenderse las lucas, la escena es la del inicio de la obra (Tamaño Natural).

Pedrito está acostado en el medio de la escena y se despierta, rascándose el brazo.

Entra la madre de Pedrito.

- Madre: ¡Pedrito! ¿Qué hacés tirado en el suelo?
- Pedrito: *(Sorprendido mira alrededor)* Me... me quedé dormido, parece... No entiendo lo que pasa... ¡A la flauta...!, yo creía que estas cosas increíbles solamente le podían pasar a Alicia, en el País de las Maravillas...
- Madre: ¿Alicia en el País de las Maravillas? No comprendo qué me querés decir...
- Pedrito: Nada, mamá, esto de soñar cosas raras, digo yo, o viajar... no sé.
- Madre: No es bueno dormir sobre el pasto, mi hijo, te puede picar alguna hormiga...
- Pedrito: *(Asustado)* ¿Una hormiga? ¿Dónde...?
- Madre: En el pasto, mi hijo; ¿dónde querés que estén las pobres hormigas...?
- Pedrito: ¡Ay, madre, madre...! ¡Si supieras cuántas cosas pueden hacer las pobres hormigas...!
- Madre: *(Sin entender muy bien)* Ay, mi hijo, me salís con cada cosa... Dale, recogé tus cosas... o no, dejámelas a mí y vos andá a lavarte para comer, mi hijo; que tu papá está por llegar...
- Pedrito: ¿Ya es la hora? ¿Ya viene papá...? *(Transición)* Voy a esperarle aquí.

Madre: Pero qué vas a esperarle aquí... sabés que siempre viene con hambre y quiere sentarse a la mesa enseguida... Andá a lavarte.

Pedrito: Entonces vos quedate de guardia aquí, mamá y avisale que no tire ninguna colilla de cigarrillo en el pasto... ¡Que no tire la colilla encendida en el pasto...!

Madre: *(Impaciente)* ¿Con qué cosa nueva me salís ahora, mi hijo?

Pedrito: ¿Y Kaiser, mamá? ¿Dónde está Kaiser...?

Madre: En el otro patio, pobrecito, casi se muere de desesperación, corriendo y corriendo, y a medida que corría, más se desesperaba por el ruido infernal de las latas... Bastante trabajo me costó sacarle las porquerías que le ataste en la cola...

Pedrito: ¿Y está bien, Kaiser?

Madre: Claro que está bien, ahora está bien, ya está tranquilo, pobrecito.

Pedrito: *(Se aleja hacia la salida)* Es una tontería lo que hice, mamá, te lo aseguro. ¡Decile a papá que no tire al pasto las colillas...! No podés imaginarte las cosas tontas que uno hace a veces sin darse cuenta.

Madre: No sé de qué me estás hablando, mi hijo.

Pedrito: *(Pomposamente)* Es sencillo, madre, muy sencillo... Tenemos que aprender, de una vez por todas, a vivir sin molestar a los demás... No tenemos que hacer a los otros lo que no queremos que nos hagan, madre, ¿no te parece?...

Pedrito se va y la madre hace un risueño gesto de perplejidad y se apagan las luces.

DE: *Pedro achicado* (Asunción: Editorial Servilibro, 2003)

EL APRENDIZ DE BRUJO Y EL HADA



“Aprendiz de brujo”, Ilustración de tapa de *El aprendiz de brujo y el hada* (Asunción: Editorial Lina, 2010).
Obra de Carmen Mendoza.

ALEJANDRO HERNÁNDEZ Y VON ECKSTEIN

(Buenos Aires, 1966)

Aunque argentino de nacimiento, ha hecho sus estudios universitarios en la Facultad de Ciencias Económicas, Administrativas y Contables de la Universidad Nacional de Asunción (UNA) y reside en Paraguay desde hace mucho tiempo. Miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP), hasta la fecha tiene siete libros publicados: *Conspiraciones Faraónicas* (2003), *Bajo la Mirada de la Cobra* (2007), obra ganadora del Concurso de Proyectos Fondec 2006, *El asesinato del Faraón* (2008), *El juego de los dioses* (2010), *La princesa sin rostro* (2010), *El aprendiz de brujo y el hada* (2010) y *El fotógrafo de Loma Tarumá* (2011).

EL APRENDIZ DE BRUJO Y EL HADA

Hace muchos, muchos años, cuando los duendes y hadas habitaban la tierra, existía un aprendiz de brujo de nombre Lothart.

Todos los días, el muchacho se dirigía al bosque cercano al castillo donde vivía en busca de agua.

Un día cansado de su caminata decidió sentarse sobre las raíces de un enorme y añoso roble; de repente, sintió un extraño tintineo, y al darse vuelta vio una diminuta hada que lo miraba. Sorprendido, comenzó a observarla también. ¡Era la criatura más hermosa que había visto!; con ensortijados cabellos rojos y grandes ojos, de mirada pícaro e inteligente, que reflejaban gran bondad, iluminaba hasta el rincón más oscuro del bosque.

Rápidamente se hicieron amigos, y el hada le enseñó el poder de las pequeñas cosas, por ejemplo: como se podía transformar una gota de rocío en un pequeño diamante, o el canto de las aves en una sinfonía.

Cada vez pasaban más tiempo juntos, hasta que un día el hada triste le dijo que debía marcharse a un lugar muy lejano. Lothart, en un raptó de egoísmo, decidió capturarla para tenerla siempre con él. Tomó el cubo de agua y lo arrojó sobre la pequeña, que desvanecida y con sus alas moja-

das, cayó al suelo. La levantó entre sus manos, y la llevó a la torre del castillo. Allí la encerró en una jaula para que no pudiera escapar jamás.

A medida que los días pasaban, la luz del hada se iba opacando más y más, por lo que preocupado contó lo que había hecho a su maestro, y este le respondió:

–“Si pierdes la fe, pierdes todo; pero si pierdes a un amigo, pierdes mucho más”. Dios hizo al amigo para reír y para llorar, para que sea confidente de nuestros sentimientos más íntimos, pero no por eso podemos obligarle, o encadenarle a nosotros con egoísmo. Sólo cuando dejes a tu amigo libre descubrirás que la amistad basada en el mutuo respeto es la cadena más fuerte que existe, a la cual, ni la distancia ni el tiempo podrán romperla.

Al escuchar estas palabras el aprendiz abrió la puertita de la jaula y dejó salir al hada, que alegre, fue emanando una intensa luz celestial que cegó por algunos instantes a Lothart y a su maestro.

–Discúlpame –le dijo Lothart al hada–. No quise hacerte mal, pero tuve miedo de quedarme solo.

–Lo sé amigo –le respondió el hada mientras desplegaba sus alas hacia el bosque–. De hoy en más nunca debes olvidar que siempre existirán seres cuyo amor, comprensión y amistad estarán contigo aún cuando estén lejos de ti y te sientas solo, porque aquellos cuyas vidas has tocado y los que han dejado huellas en ti, siempre ocuparán un lugar en tu corazón aunque el encuentro fuese muy corto.

DE: *El aprendiz de brujo y el hada* (Asunción: Editorial Lina, 2010). También publicado en la *Revista Ñe-engatú*, Año XXVIII, N° 168, Agosto/Septiembre de 2010.

ÍNDICE DE TEXTOS
Tomo I

<i>¡Abracadabra! La Tierra nos habla</i>	310
<i>Alicia y los universos alternativos</i>	113
<i>Amandáu</i>	86
<i>Amor y fama</i>	143
<i>Ani... (No)</i>	48
<i>Arco iris</i>	282
<i>Asteroides</i>	103
<i>Asunción</i>	85
<i>Bolitas</i>	281
<i>Burrito de Navidad</i>	201
<i>Cacería</i>	271
<i>Cacho, Necho y un paseo por un país invisible</i>	250
<i>Cada mes una flor</i>	142
<i>Canchita de Cualquierparte</i>	210
<i>Canciones sin sentido</i>	333
<i>Caperucita Roja y su prima (versión libre)</i>	181
<i>Carta para Narita</i>	323
<i>Cascarita de nuez</i>	274
<i>Che Mbarakaja (Mi gato)</i>	50
<i>Chiquitito</i>	199
<i>Circo</i>	278
<i>¿Cómo es la Navidad en Paraguay?</i>	91
<i>Crónicas de Cualquierparte</i>	207
	409

<i>De cómo un niño salvó un cedro</i>	264
<i>Del “Niño Ára” al “Día de Reyes”. Paraguay: Ka’a avove’i, flor de coco y Kamba kua</i>	96
<i>Duendes en el ropero.....</i>	317
<i>Duendes viajando en un rayo de luz</i>	307
<i>El amigo del río</i>	163
<i>El ángel guardián de la amapola</i>	77
<i>El aprendiz de brujo y el hada</i>	407
<i>El burro y el caballo</i>	356
<i>El candidato</i>	357
<i>El circo de Cualquierparte</i>	205
<i>El día que se desplomaron las estrellas</i>	266
<i>El gigante del cerro</i>	132
<i>El gusano</i>	108
<i>El lagarto y la lagarta</i>	143
<i>El origen de las ideas.....</i>	110
<i>El primer televisor.....</i>	64
<i>El Príncipe Lustrabotas</i>	339
<i>El profesor</i>	365
<i>El sueño de Juanchí.....</i>	251
<i>El sueño heroico</i>	79
<i>El zorzal y la fronda</i>	261
<i>En tiempo de vals.....</i>	369
<i>Escalera al cielo</i>	305
<i>Estoy gorda y fea</i>	57
<i>Estrofas para América</i>	83
<i>Fiesta en Cualquierparte (prohibida para mayores)</i>	202
<i>Fútbol</i>	121
<i>Himno a la alegría</i>	305

<i>Jata'y: la leyenda</i>	288
<i>Ka'i Ojepopete (El mono aplaude)</i>	49
<i>Karai Vosa y Jasyjateré</i>	192
<i>Koreko (Koreko)</i>	50
<i>La búsqueda</i>	155
<i>La canción de la tierra</i>	304
<i>La casa de la colina</i>	314
<i>La Casa de la Independencia</i>	84
<i>La casita de Caacupé</i>	325
<i>La leyenda de Urunde, Urunde'y</i>	293
<i>La maravillosa Cruz del Sur</i>	309
<i>La niña que abrió el cielo</i>	149
<i>La princesa</i>	219
<i>La rebelión de los montes</i>	268
<i>Las gemelas y el caballero enamorado</i>	227
<i>Leyenda de la yerba mate</i>	298
<i>Lo que me gusta</i>	201
<i>Los patitos y pollitos feos</i>	188
<i>Los pequeños gorros de muñecos</i>	334
<i>Mainumby – Picaflor (leyenda guaraní)</i>	297
<i>Mediodía de abril... ni mberu para lustrar</i>	254
<i>Municipalidad</i>	208
<i>Naomí</i>	327
<i>Niño del bicentenario</i>	145
<i>Ojitos negros</i>	200
<i>Okái Yvytu (Arde el viento)</i>	51
<i>Otra vez Adán</i>	344

<i>Pandorga</i>	277
<i>Papá, vos no sabés nada</i>	62
<i>Paráfrasis de la fundación mítica de Buenos Aires de Borges</i>	175
<i>Paseo</i>	275
<i>Patria</i>	215
<i>Pececillo dorado</i>	141
<i>Pedro achicado</i>	377
<i>Piel oscura, corazón paraguayo</i>	160
<i>Pintando</i>	273
<i>Playa</i>	272
<i>Primer amor</i>	222
<i>Princesita</i>	127
<i>Regalo de amor</i>	139
<i>Revuelta en el bosque</i>	129
<i>Reyes magos</i>	283
<i>Sapitos verdes</i>	144
<i>Se llamaba Manuela</i>	165
<i>Sopa de Cualquierparte</i>	213
<i>Ta'anga kapi'i ñemoirũ ramo guare guyra kuérare</i> <i>(El espantapájaros que se hizo amigo de los pájaros)</i>	243
<i>Tapiti tuichasevé ramo guare (De cuando el conejo quiso ser</i> <i>más grande)</i>	240
<i>Todo es según el color...</i>	361
<i>Todo irá mejorando</i>	329
<i>Un vals para Adriana</i>	331
<i>Una ahijada prodigiosa</i>	158
<i>Vacaciones de verano</i>	312

<i>Vamos a bailar bajo la lluvia</i>	326
<i>Victoria regia</i>	52
<i>Yo cuento arbolitos (Una nueva propuesta frente a la destrucción)</i>	260
<i>Yo no maté al obispo</i>	171
<i>Yo quiero ser doctora</i>	67
<i>Yrupe</i>	52
<i>Yvy Sapukái (El grito de la tierra)</i>	48
<i>Yvyra Omano (El árbol ha muerto)</i>	48



ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Tomo I

- “Siesta de reyes”, Óleo sobre lienzo, 100 x 120 cms. 1992.
Obra de Enrique Collar 7
- “Miedo a la siesta”, Óleo sobre lienzo, 50 x 30 cms. 1994.
Colección privada (Paraguay). Obra de Enrique Collar 45
- “La sombrilla”, Óleo sobre lienzo, 100 x 100 cms. 1991.
Colección privada (Paraguay). Obra de Enrique Collar 55
- “Cuando mis hijos eran chicos 3”, Óleo, 61 x 61 cms.
1999. Colección privada. Obra de Catita (Amalia)
Zelaya El-Masri 75
- “Pintando un sueño”, Óleo, 99 x 129 cms. 2001.
Colección privada. Obra de Catita (Amalia) Zelaya
El-Masri 89
- “Asteroides”, Arte digital, 2011.
Obra de Edward P. Faith 101
- “Alicia en el país de las maravillas 6”, Acrílico mix
media, 61 x 91 cms. 2010. Obra de Catita (Amalia)
Zelaya El-Masri 115

– “Danza mágica en noche oscura”, Óleo, 99 x 130 cms. 1999. Colección privada. Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri	125
– “El gigante del cerro”, ilustración de tapa de <i>El gigante del cerro y otros cuentos</i> . (Asunción: Editorial Servilibro, 2007). Obra de Andrea Piccardo	133
– “Sonámbula”, Óleo, 40 x 60 cms. 1998. Colección privada. Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri	147
– “Luna llena”, Óleo, 147 x 99 cms. 2000. Colección privada. Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri	153
– “El angelito”, Óleo sobre lienzo, 110 x 110 cms. 1990. Colección del artista. Obra de Enrique Collar	170
– “Cuando mis hijos eran chicos 1”, Óleo, 61 x 61 cms. 1999. Colección privada. Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri	179
– “El adiós 1”, Óleo, 91 x 121 cms. 2008. Colección privada. Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri	197
– “Escaleras al cielo”, Óleo, 40 x 50 cms. 2009. Colección privada. Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri	217
– “Gemelas”, Arte digital, 2011. Obra de Edward P. Faith	229
– “Alicia en el país de las maravillas 3, Acrílico mix media, 61 x 91 cms. 2010. Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri	237

- “Carreta al cielo”, Óleo sobre tela, 140 x 240 cms. 1992.
Colección privada. Obra de Enrique Collar 247
- “Alicia en el país de las maravillas 4”, Acrílico mix
media, 61 x 61 cms. 2010. Obra de Catita (Amalia)
Zelaya El-Masri 257
- “Circo”, Arte digital. 2011. Obra de Edward P. Faith 279
- “Alicia en el país de las maravillas 7”, Acrílico mix
media, 61 x 91 cms. 2010. Obra de Catita (Amalia)
Zelaya El-Masri 285
- “Jata’y”, foto gentileza del autor
(David Galeano Olivera) 289
- “Tocando estrellas”, Ilustración de tapa de *Tocando
estrellas* (Asunción: Fausto Cultural Ediciones, 2006).
Obra de Andrea Piccardo 301
- “Las niñas de madera 2”, Serie Hawai, esculpido en
madera, pintura acrílico, 40 x 50 cms. 2007. Colección
privada. Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri 321
- “Príncipe Lustrabotas”, Ilustración de tapa de
El Príncipe Lustrabotas (Asunción: Editorial Servilibro,
2005). Obra de Nico Espinosa 337
- “Hasta el caballo pierde su verticalidad”, Óleo sobre
papel, 40 x 30 cms. 1998. Colección privada (Zurich).
Obra de Enrique Collar 353

- “En boca cerrada no entra la mosca 1”, Óleo mix mixta,
76 x 70 cms. 2008. Colección privada.
Obra de Catita (Amalia) Zelaya El-Masri 375

- “Aprendiz de brujo”, Ilustración de tapa de *El aprendiz
de brujo y el hada* (Asunción: Editorial Lina, 2010).
Obra de Carmen Mendoza. 405

ÍNDICE GENERAL
Tomo I

Dedicatoria	9
Biografía de la autora	11
Palabras liminares	13
A modo de introducción	17

A

Feliciano Acosta Alcaraz

<i>Yvy Sapukái</i> (El grito de la tierra)	48
<i>Yvyra Omano</i> (El árbol ha muerto)	48
<i>Ani...</i> (No...)	49
<i>Kai Ojepopete</i> (El mono aplaude)	49
<i>Che Mbarakaja</i> (Mi gato)	50
<i>Koreko</i> (Koreko)	50
<i>Okái Yvytu</i> (Arde el viento)	51
<i>Yrupe</i> (versión en guaraní)	52
<i>Victoria regia</i> (versión en castellano)	52

Nelson Aguilera

<i>Estoy gorda y fea</i>	57
<i>Papá, vos no sabés nada</i>	62
<i>El primer televisor</i>	64
<i>Yo quiero ser doctora</i>	67

María Luisa Artecona de Thompson	
<i>El ángel guardián de la amapola</i>	77
<i>El sueño heroico</i>	79
<i>Estrofas para América</i>	83
<i>La Casa de la Independencia</i>	84
<i>Asunción</i>	85
<i>Amandáu</i>	86
María Eugenia Ayala	
<i>¿Cómo es la Navidad en Paraguay?</i>	91
<i>Del “Niño Ára” al “Día de Reyes”. Paraguay: ka’avove’i, flor de coco y kamba kua</i>	96
Jeu Azarru	
<i>Asteroides</i>	103
<i>El gusano</i>	108
<i>El origen de las ideas</i>	110
<i>Alicia y los universos alternativos</i>	113
<i>Fútbol</i>	121
B	
Maribel Barreto	
<i>Princesita</i>	127
<i>Revolta en el bosque</i>	129
<i>El gigante del cerro</i>	132
<i>El arpa mágica</i>	136
<i>Regalo de amor</i>	139
<i>Pececillo dorado</i>	141
<i>Cada mes una flor</i>	142
<i>Amor y fama</i>	143
<i>El lagarto y la lagarta</i>	143

<i>Sapitos verdes</i>	144
<i>Niño del Bicentenario</i>	145
Chiquita Barreto	
<i>La niña que abrió el cielo</i>	149
María Irma Betzel	
<i>La búsqueda</i>	155
<i>Una ahijada prodigiosa</i>	158
<i>Piel oscura, corazón de paraguayo</i>	160
<i>El amigo del río</i>	163
<i>Se llamaba Manuela</i>	165
Catalo Bogado Bordón	
<i>Yo no maté al obispo (Relato de un joven en la cárcel de menores)</i>	171
<i>Paráfrasis de la fundación mítica de Buenos Aires de Borges</i>	175

C

Gino Canese	
<i>Caperucita Roja y su prima (versión libre)</i>	181
<i>Los patitos y pollitos feos</i>	188
<i>Karai vosa y Jasyjaterere</i>	192
Gladys Carmagnola	
<i>Chiquitito</i>	199
<i>Ojitos negros</i>	200
<i>Lo que me gusta</i>	201
<i>Burrito de Navidad</i>	201
<i>Fiesta en Cualquierparte (prohibida para mayores)</i>	202

<i>El circo de Cualquierparte</i>	205
<i>Crónicas de Cualquierparte</i>	207
<i>Municipalidad</i>	208
<i>Canchita de Cualquierparte</i>	210
<i>Sopa de Cualquierparte</i>	213
<i>Patria</i>	215

Augusto Casola

<i>La princesa</i>	219
<i>Primer amor</i>	222
<i>Las gemelas y el caballero enamorado</i>	227

D

Félix de Guaranía

<i>Tapiti tuichasevé ramo guare</i> (versión en guaraní)	240
<i>De cuando el conejo quiso ser más grande</i> (versión en castellano)	242
<i>Ta'anga kapi'i oñemoirũ ramo guare guyra kuérare</i> (versión en guaraní)	243
<i>El espantapájaros que se hizo amigo de los pájaros</i> (versión en castellano)	245

Susy Delgado

<i>Cacho, Necho y un paseo por un país invisible</i>	250
<i>El sueño de Juanchí</i>	251
<i>Mediodía de abril, ni mberu para lustrar...</i>	254

F

Renée Ferrer

<i>Yo cuento arbolitos (Una nueva propuesta frente a la destrucción)</i>	260
--	-----

<i>El zorzal y la fronda</i>	261
<i>De cómo un niño salvó un cedro</i>	264
<i>El día que se desplomaron las estrellas</i>	266
<i>La rebelión de los montes</i>	268
<i>Cacería</i>	271
<i>Playa</i>	272
<i>Pintando</i>	273
<i>Cascarita de nuez</i>	274
<i>Paseo</i>	275
<i>Pandorga</i>	277
<i>Circo</i>	278
<i>Bolitas</i>	281
<i>Arco iris</i>	282
<i>Reyes magos</i>	283

G

David A. Galeano Olivera

<i>Jata'y: la leyenda</i>	288
<i>La leyenda de Urunde, Urunde'y</i>	293
<i>Mainumby – Picaflor (leyenda guaraní)</i>	297
<i>Leyenda de la yerba mate</i>	298

María Eugenia Garay

<i>La canción de la tierra</i>	304
<i>Escalera al cielo</i>	305
<i>Himno a la alegría</i>	305
<i>Duendes viajando en un rayo de luz</i>	307
<i>La maravillosa Cruz del Sur</i>	309
<i>¡Abracadabra! La Tierra nos habla</i>	310
<i>Vacaciones de verano</i>	312
<i>La casa de la colina</i>	314
<i>Duendes en el ropero</i>	317

Milia Gayoso	
<i>Carta para Narita</i>	323
<i>La casita de Caacupé</i>	325
<i>Vamos a bailar bajo la lluvia</i>	326
<i>Naomi</i>	327
<i>Todo irá mejorando</i>	329
<i>Un vals para Adriana</i>	331
<i>Canciones sin sentido</i>	333
<i>Los pequeños gorros de muñecos</i>	334
 Oswaldo González Real	
<i>El Príncipe Lustrabotas</i>	339
<i>Otra vez Adán</i>	344

H

Mario Halley Mora	
<i>El burro y el caballo</i>	356
<i>El candidato</i>	357
<i>Todo según el color</i>	361
<i>El profesor</i>	365
... <i>En tiempo de vals</i>	369
 Luis Hernáez	
<i>Pedro achicado</i>	377
 Alejandro Hernández y Von Eckstein	
<i>El aprendiz de brujo y el hada</i>	407